
CAOS Y ENAGUAS : LIBRO 5
Desenmascarando a la Señorita FAIRWEATHER
ANYA WYLDE

DESENMASCARANDO A LA SEÑORITA FAIRWEATHER

Anya Wylde

CONTENIDO

Página del título
Dedicatoria
Agradecimientos
Nota de la Autora
El Seminario
Capítulo uno
Capítulo Dos
Capítulo Tres
Capítulo Cuatro
Capítulo Cinco
Capítulo Seis
Capítulo Siete
Capítulo Ocho
Capítulo Nueve
Capítulo Diez
Capítulo Once
Capítulo Doce
Capítulo Trece
Capítulo Catorce
Capítulo Quince
Le Bon Ton

Capítulo Dieciséis
Capítulo Diecisiete
Capítulo Dieciocho
Capítulo Diecinueve
Capítulo Veinte
Capítulo Veintiuno
Capítulo Veintidós
Capítulo Veintitrés
Capítulo Veinticuatro
Capítulo Veinticinco
Capítulo Veintiséis
Capítulo Veintisiete
Capítulo Veintiocho
Capítulo Veintinueve
La Sopa del Escándalo
Capítulo Treinta
Capítulo Treinta y Uno
Capítulo Treinta y Dos
Capítulo Treinta y Tres
Capítulo Treinta y Cuatro
Capítulo Treinta y Cinco
Capítulo Treinta y Seis
Capítulo Treinta y Siete
Capítulo Treinta y Ocho
Capítulo Treinta y Nueve
Capítulo Cuarenta
Capítulo Cuarenta y Uno
Capítulo Cuarenta y Dos
Capítulo Cuarenta y Tres

Capítulo Cuarenta y Cuatro
Capítulo Cuarenta y Cinco
Capítulo Cuarenta y Seis
Capítulo Cuarenta y Siete
Capítulo Cuarenta y Ocho
Capítulo Cuarenta y Nueve
Capítulo Cincuenta
Capítulo Cincuenta y Uno
Capítulo Cincuenta y Dos
Capítulo Cincuenta y Tres
Capítulo Cincuenta y Cuatro
Capítulo Cincuenta y Cinco
Capítulo Cincuenta y Seis
Capítulo Cincuenta y Siete
Capítulo Cincuenta y Ocho
Capítulo Cincuenta y Nueve
Capítulo Sesenta
Capítulo Sesenta y Uno
Capítulo Sesenta y Dos
Otros Libros de la Autora
Sobre la Autora

DEDICATORIA

A Marcus, Daniel y Portia.

AGRADECIMIENTOS

Gracias, John.

NOTA DE LA AUTORA

He reelaborado la serie Hermanas Fairweather para crear una versión más atrevida. Encontrarás nuevas escenas entretejidas a lo largo de la historia, junto con una exploración más profunda de la perspectiva masculina. Espero que disfrutes esta versión más intensa y apasionada de la serie.

EL SEMINARIO

CAPÍTULO UNO

Las cuatro ruedas del coche de ciudad dejaron profundos surcos en Rosemary Lane, cubierta de nieve como por una gruesa capa de azúcar glas.

El oscuro y exquisitamente elaborado carruaje, tirado por seis caballos negros de excelente linaje, atrajo la atención de los habitantes del pequeño condado situado a cincuenta millas al sur de Londres. Pegaron la nariz a los cristales empañados mientras observaban la comitiva de fornidos guardias vestidos de cuero negro que seguían al coche, el cual avanzaba lentamente hacia Atterberry House, un distinguido internado femenino para señoritas en ciernes.

Los cascos resonaban al unísono, como si pertenecieran a caballos de guerra entrenados. El ritmo acompasado llenó el pueblo de aprensión y temor; incluso los pájaros y pequeños animales saltaron fuera del camino y se ocultaron tras arbustos secos y desnudos.

Las miradas curiosas se retiraron apresuradamente al reconocer la librea verde y dorada del cochero y el blasón dorado de un león labrado en la puerta del carruaje.

Ajeno al gran terror que su apacible recorrido por el campo había causado, el lujoso coche se detuvo con suavidad ante las puertas de Atterberry House, una extensa mansión de tres pisos con amplios jardines.

Este internado para señoritas llevaba el nombre de un par de hermanas viudas, la señora Helen Atwater y la señora Jane Berry.

En el crepúsculo, dos figuras solitarias se alzaban ante las altas verjas del colegio: un joven apuesto y una muchacha. Observaban la procesión con asombro y curiosidad, al igual que muchas alumnas asomadas a las ventanas de la fachada.

Se preguntaban quién poseía tal poder y riqueza como para llegar con semejante pompa.

Cuando distinguieron la librea y el emblema del duque de Blackthorne, su curiosidad se intensificó, y treinta eruditas de entre trece y dieciocho años cuchichearon entre sí, moviendo los labios a velocidad vertiginosa mientras mantenían los ojos muy abiertos, fijos en la escena.

¿Por qué alguien que nada en manteca enviaría a un familiar a un internado femenino?

¿Acaso todos los tutores e institutrices privados de Inglaterra habían ardido espontáneamente y ya no quedaba ninguno disponible?

Y aun si hubieran decidido enviar a una joven a la escuela, ¿por qué a la tercera mejor del país?

¿La perseguía un pretendiente indigno? ¿O era, por Júpiter… una hija ilegítima?

Todo era sumamente misterioso.

La muchacha de catorce años que tiritaba junto a la verja aferró el borde del apagado abrigo azul de lana del joven y tiró con fuerza.

—¿Crees que es una alumna, William?

En la penumbra, lord William Edmond Darby parecía sorprendentemente pálido e increíblemente apuesto. Sus agudos ojos negros eran fríos como el aire gélido que lo envolvía, y copos de nieve se habían posado sobre su sombrero gris de copa alta, sus estrechos hombros y sus botas negras, como si su aura helada hubiera creado cristales de hielo al contacto con el viento.

Parecía casi demoníaco, como si ocultara una guadaña mortal tras su chaleco sin recortar; pero cuando volvió la mirada hacia la joven a su lado, su expresión se suavizó, revelando rasgos delicados, boca fina y nariz elegante.

Esa combinación de frialdad reservada y dulzura lo hacía intrigante y de inmediato atractivo. Dejaba a la gente preguntándose si era un villano despiadado o un héroe incomprendido.

En consecuencia, ¿debían llevárselo a la cama o protegerlo como a un niño?

—Una alumna —respondió al fin a su prima.

La señorita Josephine Ingram golpeó el suelo con sus robustas y sensatas botas marrones para entrar en calor.

—¿Y por qué ha de ir escoltada de ese modo?

El aliento de William formó volutas de vapor al hablar.

—Muchas razones, Jo.

—¿Como cuáles?

—Los luditas se han sublevado de nuevo, y los caminos no son seguros.

Jo guardó silencio y volvió a fijar la vista en el carruaje. Su abrigo marrón apagado no tenía adornos ni forro, y su sombrero era igualmente sencillo, sin plumas ni cintas; aun así, permanecía erguida, con las manos firmemente entrelazadas como si temiera que alguien notara el temblor de sus dedos.

Un momento después, los pesados cortinajes de terciopelo verde del carruaje ducal se apartaron, y un ojo brillante asomó para retirarse enseguida. Un lacayo se adelantó con presteza y colocó un escabel frente a la puerta.

La portezuela se abrió y un pequeño pie calzado con zapatilla de satén blanco se deslizó hacia fuera. Unido a él parecía haber un enorme conejo blanco, o así lo interpretaron los curiosos. Un travieso ojo marrón se dejó ver bajo una gran capucha de piel blanca y parpadeó, como aturdido por la ráfaga de aire frío.

En ese instante, el sol decidió brillar con intensidad, reflejándose en la nieve con un destello cegador que acentuó el contraste entre la criatura peluda, la nieve recién caída y los amenazantes guardias de cuero negro reluciente montados en caballos de guerra.

—¡Achís! —estornudó la bola de piel, y la capa blanca cayó hacia atrás, revelando un rostro rosado, boca color cereza y grandes ojos marrones.

Por su estatura, era una niña, quizá de no más de doce años. Su aspecto era suave como un cojín de visón, envuelto en capas y más capas de costosas telas. Sus mejillas eran redondas y sonrosadas, y un collar de perlas adornaba su cuello.

Su pequeña mano enguantada de blanco asomó, y una doncella la ayudó a bajar. Ella saltó del último escalón con una risa encantada, y la criada la reprendió con premura cuando la nieve grisácea salpicó sus zapatos y enaguas.

La doncella hablaba en tono monótono; sus advertencias eran casi de compromiso, pues sus ojos revelaban calidez e indulgencia.

La niña corrió hacia la entrada de Atterberry House, seguida por la criada y un lacayo que transportaban numerosas sombrereras y cofres de tocador.

William se sobresaltó cuando Jo, de pronto, citó a Shelley, …

En voz baja, para mí mismo, dije:
¿Y qué es esto? ¿De quién es esa silueta dentro del carruaje? ¿Y por qué...
habría añadido: ¿acaso todo aquí está fuera de lugar?
Pero una voz respondió: Vida.

La niña, vestida con piel blanca e impecable, resultaba casi cegadora bajo la áspera luz invernal y, superficialmente, parecía encarnar el triunfo de la vida. Una culminación de belleza, porte, riqueza y conexiones, como si los cielos hubieran arrojado un ángel en medio de ellos, pero temieran que su criatura predilecta se mancillara y, por ello, hubiesen amortiguado su existencia en la tierra mortal con toda clase de lujos.

Jo observó las perlas que colgaban del cuello de la otra y el broche de diamantes que centelleó cuando la joven se acercó.

—Parece una dama. Me pregunto si será la hija del duque.

—Improbable —respondió William.

A la hija de un duque jamás se le permitiría asistir a una escuela, por muy privada y costosa que fuese. A sus ojos, aquella bolita de piel blanca era una niña consentida… quizá hija ilegítima de la amante favorita del duque, aunque eso no podía explicárselo a Jo.

La conversación se interrumpió cuando la muchacha estuvo casi frente a ellos; se detuvo al notar la figura delgada de Jo temblando junto a la verja.

Las dos adolescentes se miraron como gatos cautelosos que se encuentran por primera vez. De pronto, la joven se quitó la capa de un tirón, dejando ver un vestido azul ribeteado con encaje blanco, y colocó con cuidado la piel sobre los hombros de Jo.

—Tienes frío —dijo.

Las orejas de Jo se enrojecieron; se quitó la capa e intentó devolvérsela.

—No quiero tu compasión.

—¿Compasión? —La frente suave y blanca se arrugó con desconcierto—. No te compadezco; lo hice por mí. Es mi primer día aquí y tu figura desolada arruina la vista de mi nueva escuela. Solo me gusta mirar cosas bonitas —añadió, citando a Rossetti—: «La querida anciana del camino está enferma y dolorida». Con suerte, te verás más agradable cuando entres en calor.

William se preguntó si estaba de moda entre las jóvenes recitar poesía fuera de contexto. Sintió lástima por los maestros que estaban a punto de educar a aquella nueva generación.

—No soy una anciana —replicó Jo, aunque esta vez permitió a regañadientes que la envolvieran otra vez en la piel. Aquella señorita estaba tan mimada que no veía nada perturbador en su conducta. Qué vanidosa, pensó, acurrucándose más en la suavidad del abrigo.

William observó el intercambio con impaciencia mientras jugueteaba con un abanico de plumas de pavo. Se deslizaba entre sus largos dedos, danzaba sobre los nudillos y, con un floreo, quedaba atrapado en un firme agarre. Estaba ansioso por regresar a Cambridge.

—Entra —dijo, entregándole el abanico a Jo—. No hagas esperar a la señorita Berry.

Jo señaló de pronto hacia él.

—Él también tiene frío. ¿No estropea tu vista?

La joven se volvió para examinarlo. Sus ojos no mostraban timidez alguna; su evaluación fue franca y audaz.

Él sostuvo su mirada.

—¿Vas a conjurar también una capa para mí?

Ella negó lentamente con la cabeza.

—Tus labios pálidos, los copos de nieve brillando como luz de estrellas entre tu cabello negro y tu figura temblorosa son conmovedores. Eres apuesto, y la adversidad añade encanto a tu belleza trémula. Preferiría que permanecieras así y siguieras mejorando el paisaje.

Él quedó atónito un instante antes de soltar una risa suave y encantada. La alegría brotó de él sin querer, sorprendiéndolo incluso a sí mismo.

Jo lo miró, y las comisuras de sus labios se alzaron como si su risa fuese contagiosa.

Aun riendo, él empujó a Jo hacia la escuela.

—No olvides escribirme. Espero una carta cada mes, aunque sea solo una línea.

Luego, con un gesto de despedida, se alejó al trote, la sonrisa aún prendida en los labios y la espalda erguida con orgullo.

Cuando su figura desapareció por completo, las muchachas entraron. En el vestíbulo se volvieron una hacia la otra.

—Ya no necesito esto —dijo Jo, devolviendo la capa.

—Quédatela. Considérala un regalo de tu nueva amiga.

Jo miró la lujosa piel con suspicacia.

—¿Cómo te llamas?

—Soy la señorita Elizabeth Fairweather. ¿Y tú?

—Josephine Ingram.

Elizabeth hizo un gesto al lacayo que estaba detrás de ella; este le ofreció una pequeña bolsa de tela. La abrió con cuidado y sacó una maceta.

—Este es Cecil.

Miró a Jo con expectación.

Jo contempló la ramita con una sola hoja verde que sobresalía del barro.

—¿Eh?

Elizabeth siguió esperando.

Por fin, Jo carraspeó y asintió hacia la planta.

Satisfecha, Elizabeth volvió a guardarla y devolvió la bolsa.

Jo respiró hondo para serenarse y preguntó:

—La guardia del duque te escoltó… ¿Por qué querrías ser amiga de alguien como yo?

Elizabeth recorrió con la mirada el atuendo apagado de Jo.

—Tienes los dedos manchados de tinta, lo que indica que eres estudiosa. Tu abrigo es nuevo y limpio, pero sin forro; por tanto, tu familia ha reunido con esfuerzo la matrícula de esta costosa escuela

con la esperanza de que hagas buenas conexiones y consigas un matrimonio decente cuando salgas de aquí. Estás nerviosa, así que eres una buena chica y no quieres decepcionar a tu familia. Lo más importante: eres orgullosa, pero hablas poco y en frases cortas y claras. En conclusión, no eres una imbécil.

Jo se quedó pasmada ante el análisis, tan astuto como certero.

—¿Eh? ¿Y eso en qué te beneficia?

—Si alguien importante presta atención a un don nadie, esa persona hará todo lo posible por complacer a su benefactor. Quiero una amiga completamente devota mientras permanezca aquí, y tú servirás.

Jo rechinó los dientes lenta y ruidosamente.

Elizabeth frunció el ceño.

—Permíteme explicarlo. Odio a las chicas parlanchinas, y si me hago amiga de una estudiosa pobre y tímida como tú, estarás lo bastante agradecida como para ayudarme con mis estudios.

Los ojos verdes de Jo habrían lanzado veneno de haber podido. Le devolvió la capa de piel a Elizabeth y se marchó furiosa. Tenía la boca tan llena de amargura que apenas podía articular un rechazo formal a aquella "amistad".

Elizabeth miró la piel en sus manos, confundida. ¿Acaso su explicación no había sido suficiente? Le había ofrecido a aquella empobrecida intelectual una capa exquisita y la oportunidad de ser su amiga.

Ella, Elizabeth Esther Hester Letitia Fairweather, hermana de la duquesa de Blackthorne y miembro de la familia Fairweather, una de las más influyentes de Inglaterra, ¿había sido rechazada?

¿Qué le ocurría al cráneo de la pobre señorita Josephine Ingram? ¿Se le habría helado el juicio con el frío del invierno?

CAPÍTULO DOS

—Señorita Fairweather —llamó una voz dulce.

Elizabeth, que estaba a punto de salir tras Josephine, se detuvo cuando una joven apareció detrás de ella.

La señorita Felicity Fortune, hija del conde de Rothfarn, era una joven elegante, hermosa y refinada, con un futuro prometedor. A pesar de contar con una dote miserable, estaba destinada a cosechar numerosos y apuestos pretendientes y a casarse con el mejor de todos.

—Señorita Elizabeth Fairweather, ¿no es así?

Elizabeth sonrió ampliamente. Sus mejillas redondeadas parecían dos melocotones maduros —rosadas con un matiz dorado—, mientras que sus ojos castaños claros eran suaves y límpidos como los de un cordero recién nacido.

—Sí.

Felicity miró a la niña inocente con incertidumbre. La bien relacionada y adinerada Elizabeth era como una manzana dorada, lista para ser arrancada y fácilmente sometida, pues era nueva en la escuela y no tenía amigas. Pero…

—¿Cuántos años tienes?

Elizabeth bajó las pestañas, aparentando docilidad, mientras sus pupilas se contraían bruscamente tras los párpados entornados.

—Catorce. ¿Y tú?

—Dieciocho. Pareces menor de lo que eres.

La tensión en la boca de Felicity se relajó.

—Y tú pareces mayor de lo que eres.

Felicity frunció el ceño.

—Me sorprende tu presencia aquí.

—Y a mí la tuya.

Las pestañas de Elizabeth revolotearon y volvieron a alzarse; su sonrisa se ensanchó aún más, haciéndola parecer adorable.

—¿Eres la señorita…?

—Felicity Fortune. Ya nos hemos conocido antes.

Elizabeth inclinó la cabeza y se dio unos golpecitos en la barbilla.

—Un rostro tan encantador es difícil de olvidar, pero es una lástima que no pueda recordarlo.

La boca de Felicity se tensó en una línea recta. Fue directa al punto.

—Sé por qué te expulsaron de los otros seminarios.

—Entonces, ¿por qué preguntaste por qué estoy aquí?

—Si estoy satisfecha con tu comportamiento, mantendré todo en secreto.

Elizabeth negó lentamente con la cabeza.

—No es necesario. Siéntete libre de difundirlo.

Felicity pareció no haber oído bien.

—¿Quieres que le cuente a todos lo que pasó?

—Sí, por favor. Pero, si no quieres que yo invente un cuento escandaloso sobre ti, entonces págame.

—No tengo secretos.

—Tuviste un romance con el cochero del duque de Blackthorne.

—¡Eso no es cierto!

—Yo lo sé, y tú lo sabes, pero ¿quién creerá la verdad si dejo caer el rumor?

—Yo también puedo inventar historias sobre ti.

Elizabeth la miró fijamente.

—Tu familia está empobrecida y dependes de un buen matrimonio para sobrevivir en el futuro. Yo, en cambio, tengo una dote generosa y conexiones que enterrarán cualquier chisme. Por lo tanto, estás en una situación mucho más delicada, señorita Fortune.

La cabeza de Felicity dio vueltas, y su incipiente carrera como chantajista terminó de inmediato. Miró a la joven frente a ella y comprendió que, tras años de reinar como la tirana de la escuela, por fin había encontrado a una déspota superior.

La señorita Fortune no era completamente malvada; aquella breve vacilación, cuando pensó que Elizabeth era demasiado joven para infligirle sufrimiento, había aligerado su castigo. De lo contrario, Elizabeth habría comenzado a tramar su ruina sin ese instante de duda. Ahora habló con amabilidad:

—Hazme una reverencia completa, baila una alegre jig, y quizá olvide este desagradable asunto.

Felicity palideció, pero obedeció. Sus rodillas temblaban de rabia mientras hacía una reverencia y luego saltaba y brincaba al compás de una melodía que Elizabeth tarareaba con gracia.

El baile terminó, y Elizabeth la elogió, incluso aplaudió dos veces. Hizo un gesto hacia atrás, y el lacayo, que se había fundido con el fondo casi como parte del tapiz, dio un paso al frente y ofreció la maceta.

—Cecil también quiere una reverencia.

Así que, una vez más, la señorita Fortune obligó a sus rodillas enfurecidas a obedecer y se inclinó ante la ramita de una sola hoja.

Satisfecha, Elizabeth ayudó a la otra joven a ponerse en pie.

—Buena niña.

La señorita Fortune, cuatro años mayor, se mordió la lengua, aún aturdida al descubrir que alguien con apariencia tan inocente podía ser tan letal.

Elizabeth continuó:

—No olvides difundir ese rumor sobre mí. Tienes mi permiso para adornar los hechos cuanto quieras. No lo negaré. Ahora necesito encontrar a la directora.

Felicity observó aquella pequeña espalda alejarse, completamente desconcertada. ¿La señorita Elizabeth Fairweather quería que arruinaran su reputación? Estaba estupefacta y, por primera vez en sus ocho años en la institución, no comprendía lo que acababa de suceder.

La acosadora había sido acosada; la chantajista, chantajeada. Con la cabeza aun girándole como una rueda de carruaje cuesta abajo, la alta y peligrosa belleza se dirigió tambaleándose a su dormitorio para recostarse.

***

Elizabeth se reunió con las directoras. Escuchó a la señora Berry con la cabeza inclinada. El sol del atardecer se reflejaba en su cabello castaño dorado y en su piel clara, enterneciendo el corazón de la señora Berry.

La señora Berry había esperado a una joven orgullosa, con la boca llena de críticas amargas y la nariz alzada como si estuviera oliendo perpetuamente un calcetín mojado.

En cambio, aquella cosita dulce era obediente, bien hablada y complaciente. Sonreía y asentía como si todos los arreglos le parecieran satisfactorios y se mostraba agradecida de que el desayuno fuera poco después del amanecer, justo cuando los pájaros comenzaban a cantar.

—La comida es abundante —advirtió con severidad la señora Atwater—. Pero a algunas chicas les gusta el pan más que a otras, y me han dicho que a menudo se pelean por él, de modo que las cocinas siempre se quedan cortas.

—Una buena manera de mantener ágiles nuestras extremidades —respondió Elizabeth radiante, imaginando cómo asestaba un hermoso puñetazo a una robusta jovencita mientras disputaban un bollo caliente y untado con mantequilla.

La señora Berry se enterneció aún más. Quizá los otros dos incidentes previos que habían llevado a aquella dócil y bien educada joven hasta allí habían sido malentendidos. No quería juzgarla demasiado pronto, así que su tono fue amable y acogedor.

La señora Atwater, en cambio, pospuso prudentemente formarse una opinión.

—La señorita Laura Pekham le dará un breve recorrido por nuestra escuela. Las clases ya han comenzado; puede asistir a la última y luego retirarse a descansar. Eso será todo.

La señorita Pekham era una joven amable, de rostro redondo y grandes ojos azules que hacían sentir como si llevara una cola invisible moviéndose tras ella. Caminaba deprisa con sus piernas cortas, parloteando a una velocidad increíble sin perder claridad.

Elizabeth avanzaba con paso tranquilo, sus ojos brillantes ahora algo apagados y entornados tras el largo viaje desde Finnshire.

La escuela brotaba del césped cuidadosamente podado como hongos bellamente perfumados, más altivos que las setas comunes que salpicaban la tierra. Enseñaba el mismo plan de estudios que el resto de las instituciones bienintencionadas, pero la fragancia exótica

de riqueza y clase que emanaba de sus habitantes la hacía destacar como champán entre botellas de ginebra.

Esa altivez, semejante a la de una trufa, también se reflejaba en la decoración: las aulas eran amplias, aireadas y luminosas, con numerosas chimeneas que las mantenían cálidas. Los pasillos estaban cubiertos de gruesas alfombras de tono pardo, y las paredes se alineaban con retratos de personas influyentes que parecían severas y taciturnas, como si una disposición alegre las volviera sentimentales o tontas.

El comedor incluso lucía candelabros de cristal que proyectaban una luz fragmentada, en tonos de arcoíris, sobre las largas mesas pulidas de palo de rosa.

La señorita Laura Pekham continuó parloteando sin parar mientras Elizabeth, somnolienta, intentaba mantenerse *au courant* y dar sentido a toda la información que le arrojaban en fragmentos inconexos.

El colegio tenía treinta alumnas; algunas clases se impartían en conjunto y otras se dividían por edad.

La señorita Felicity Fortune era la mayor y ostentaba la mayor parte del poder entre las estudiantes, pues era hija de un aristócrata perteneciente a una nobleza empobrecida pero respetada. Su grupo estaba compuesto por muchachas de antecedentes similares, mientras que la señorita Rose Thornburgh pertenecía al otro grupo. Su padre era un rico comerciante que viajaba por el mundo con su esposa, por lo que la había enviado a ese internado. Su círculo estaba formado principalmente por hijas de comerciantes u oficiales destinados en regimientos en el extranjero.

Aparte de estos dos grandes grupos dominantes, existían algunas rezagadas: aquellas que eran casos de caridad o estaban envueltas en algún escándalo. Flotaban por la vida escolar como ratones, apareciendo solo en la cena y en clase, y ocultándose el resto del tiempo.

—Sin duda te unirás a Felicity —observó la señorita Pekham.

—No.

—Lo harás —dijo la señorita Pekham con una sonrisa de superioridad—. Pero ten cuidado y no la ofendas. La señorita Grant

intentó rebelarse contra ella y no sé qué le dijo Felicity, pero desde ese día comenzó a entregarle toda su asignación. No regresó al año siguiente y poco después la casaron.

—Ya veo.

—Mi padre es dueño de la botica Pekham, donde se venden las mejores aguas florales; tal vez hayas oído hablar de ella. ¿No? También posee Pekham & Co Tailors, por eso sigo a la señorita Thornburgh. Su padre suministra los materiales para nuestras tiendas. —Se detuvo para recuperar el aliento y señaló la hilera de puertas a ambos lados del pasillo—. Las alcobas están en el ala oeste. Las que pagan más se alojan solas; las demás comparten en grupos de dos, tres o cuatro. Las habitaciones con cuatro camas están llenas de las chicas más pobres o de caridad. Yo comparto con la señorita Thornburgh. ¿Y tú?

—Tengo mi propia habitación —respondió Elizabeth, observando la cabeza curiosa que rebotaba frente a ella y preguntándose si, de poner una oruga en la ensalada de aquella joven tan parlanchina, se asustaría o se deleitaría.

Una campana sonó a lo lejos y la señorita Pekham la arrastró hacia un aula en el tercer piso con vistas a los jardines. La sala era amplia, con un magnífico escritorio para la profesora, catorce pupitres más sencillos para las alumnas y dos chimeneas encendidas, una al fondo y otra al frente.

Un grupo de chicas se apiñaba alrededor de Felicity en la parte trasera, mientras que una muchacha robusta, de ojos azules y boca sonrosada, dominaba el grupo delantero… *debía de ser la señorita Rose Thornburgh*.

Elizabeth no reconocía ningún rostro. Las mujeres con las que había crecido pertenecían a las más altas esferas de la sociedad y jamás pondrían un pie en un colegio así; tampoco encontraría allí a sus amigas de Finnshire, el pequeño pueblo donde había crecido.

Ambos grupos le dedicaron grandes sonrisas y se volvieron hacia ella, esperando ver a cuál se acercaría.

Elizabeth ignoró a ambos y se dirigió hacia una chica solitaria sentada junto a la ventana, donde una corriente fría agitaba su cabello oscuro.

Se dejó caer en el asiento junto a Josephine Ingram y se recostó con un suspiro cansado. Le habría gustado descansar tras el viaje, pero no importaba; el día estaba por terminar. Era la última clase; pronto podría cenar y retirarse.

Los dos grupos comenzaron a susurrar de inmediato. Ella era una Fairweather. Cierto, sus hermanas se habían casado con aristócratas y la mayor era duquesa, pero su linaje no era noble. No corría sangre azul por sus venas; ¿cómo podía pensar en unirse a ellas?

El otro grupo creía igualmente que no pertenecía a la clase mercantil y que su padre solo había hecho fortuna gracias a oportunos consejos de sus poderosos yernos.

La profesora se retrasó y, mientras tanto, la señorita Thornburgh se separó de su grupo —como moscas sobre una naranja madura— y se acercó a su mesa. Elizabeth arqueó una ceja cuando, en lugar de dirigirse a ella, Rose posó una mano sobre el huesudo hombro de Josephine.

—¿Estás segura de que no quieres unirte a mí, Jo? —preguntó.

Josephine levantó la vista y negó con la cabeza.

—Relacionarte conmigo te causaría problemas.

—No me importa, somos parientes.

—Primas lejanas —respondió Jo con aspereza y volvió la mirada hacia los copos de nieve que danzaban en la luz de la tarde.

Rose la observó un momento más, suspiró y regresó a su grupo de cacareantes hijas de comerciantes.

Elizabeth estaba intrigada. Era evidente que Josephine estaba vinculada a algún escándalo que la convertía en paria. Preguntó:

—¿Rechazaste mi oferta de amistad porque también te preocupa mi reputación?

Josephine resopló.

—Eres una Fairweather; ¿quién se atrevería a excluirte?

—¿Entonces?

—Eres demasiado vanidosa y orgullosa para mi gusto.

—¿No temes ofenderme?

—He ofendido a los cielos y a toda Inglaterra por nacer en la familia equivocada. No buscar tu favor no afectará mi posición en

sociedad, ya que pertenecemos a clases distintas y jamás nos encontraremos fuera de esta institución.

Los ojos de Elizabeth brillaron, pero la profesora entró antes de que pudiera continuar.

Era francesa. De estatura media, llevaba el cabello recogido hacia atrás y trenzado en un moño en la nuca, a diferencia de las alumnas con rizos enmarcando el rostro. Vestía un fino traje de lana, de corte elegante, y una sencilla cadena de oro.

Habló en francés, dio la bienvenida a Elizabeth y Josephine —las únicas dos nuevas alumnas— y luego pidió que cada una se presentara por turnos. Las examinó a todas y declaró que Elizabeth era la peor y Josephine la mejor de la clase.

Este anuncio no ofendió a Elizabeth; al contrario, se disculpó por su falta de conocimientos.

—Espero —dijo con timidez— que las alumnas más adelantadas me ayuden a mejorar.

Aquella respuesta humilde resultó inesperada.

La profesora francesa, que había intentado demostrar que todas serían tratadas por igual poniendo en su lugar a la joven más influyente, se quedó desconcertada.

Se había preparado para una discusión, incluso para un berrinche. A diferencia de la directora, había juzgado a la muchacha desde que oyó hablar del desagradable incidente que provocó la expulsión de la señorita Fairweather de sus escuelas anteriores.

Ahora, ante una reacción tan encantadora y avergonzada, lamentó haberla juzgado con tanta premura.

—Puedes seguir sentándote con Ingram a partir de ahora —dijo en tono más suave—. Ella puede ayudarte.

Elizabeth sonrió radiante, se sentó, sacó un pergamino y mojó su pluma en tinta, ansiosa por aprender.

La mademoiselle francesa se alegró de tener una alumna tan aplicada y comenzó a enseñar con entusiasmo.

Josephine reprimió un bostezo y echó un vistazo a las notas de Elizabeth.

Pero Elizabeth no estaba copiando la lección, sino haciendo un extraño dibujo: figuras variadas —cuadrados, rectángulos y círculos

— cuidadosamente dispersas sobre la hoja. De vez en cuando se detenía, pensaba con intensidad y añadía un círculo, un punto o un cuadrado. Resultaba muy misterioso.

Al cabo de un rato, Josephine no pudo contenerse y susurró:

—¿Qué estás dibujando?

—Te lo diré si aceptas ser mi amiga.

Josephine entrecerró los ojos y estuvo a punto de negarse cuando Elizabeth soltó una risita.

—Pareces a punto de explotar de curiosidad si no lo confieso. Estoy anotando la estructura y las rutas de escape del colegio mientras aún están frescas en mi memoria.

Josephine se enfureció.

—Si no quieres decírmelo, no lo hagas. No necesitas mentir por mi causa.

Elizabeth la miró desconcertada, observando el rostro enrojecido a su lado. ¡Había dicho la verdad!

CAPÍTULO TRES

Elizabeth se sentó frente a la chimenea, tan ancha que ocupaba por completo una pared. La ventana era más pequeña de lo que le habría gustado, pero la vista del jardín oriental cubierto de nieve y del bosque más allá resultaba agradable.

Molly, su doncella —que parecía una pasa avinagrada—, pasaba lentamente un peine de plata por el cabello de Elizabeth.

—¿Le gusta el colegio, señorita?

Elizabeth bajó las pestañas y, por primera vez, una sombra de soledad y añoranza cruzó su expresión.

—¿Pusiste el cubo de velas bajo mi cama?

—Sí, y la caja de yesca está al lado. ¿Está segura de que no quiere cenar algo?

—Cena tú en la cocina. Es una buena manera de hacer amigas.

Aunque la chimenea ya iluminaba la estancia, Molly encendió otra lámpara de aceite y la colocó sobre la mesa baja frente a Elizabeth.

—Volveré para arroparla.

—No soy una niña.

Molly asintió dócilmente, pero Elizabeth sabía que regresaría pronto. Observó a la criada salir, suspiró aliviada y, por fin, dejó que sus verdaderas emociones afloraran en su rostro.

Tomó el atizador y hurgó la leña ardiente. Las brasas chisporrotearon y saltaron peligrosamente, casi por encima del protector de hierro.

Su hermana mayor, Jane, aquella insoportable aduladora, la había acusado injustamente de arruinar su pintura y había insistido en que la enviaran a un internado para que aprendiera a comportarse como una dama. Había declarado con entusiasmo que Elizabeth era como una gata endemoniada y desgreñada, con la boca llena de groserías.

—¡Bah! —Elizabeth arrojó un puñado de virutas de sándalo al fuego con dedos temblorosos.

La Academia Faraday para Señoritas Refinadas fue el primer colegio al que la enviaron a la fuerza. También fue la primera vez en su vida que la arrancaron de su capullo y la lanzaron al mundo como una mariposa recién nacida.

Así que, como insecto inexperto, entró tambaleándose… y fue aplastada al instante. Faraday presumía de formar jóvenes *soigné*, y pronto comprendió que ella no era más que una polilla apagada.

Las muchachas estaban llenas de palabras melosas; ella revoloteó hacia ellas y recibió un golpe en la cabeza. Personas a quienes consideraba amigas se aprovecharon de su bondad, tomaron sus cosas, rieron y jugaron con ella, y luego hablaron horriblemente de ella y de su familia a sus espaldas.

Entonces decidió vengarse, cubriendo su lengua de azúcar y esperando el momento oportuno. Cuando las chicas aceptaron su dócil presencia, sugirió con inocencia una forma de resolver un pequeño conflicto entre dos bandos rivales.

Tres rondas de puñetazos, propuso suavemente, zanjarían el asunto y demostrarían quién tenía la sangre más noble. Después de todo, los reyes eran primero guerreros y gobernantes. Sin duda, la sangre azul en sus venas herviría ante la adversidad. Cuanto mayor el poder, mayor la conexión con la realeza, más fuerte el golpe y más auténtica la aristocracia.

Las chicas aceptaron. Entonces Elizabeth tosió ligeramente, preguntándose por sus preciosos vestidos. Las profesoras notarían las manchas y los desgarrones… ¿No sería mejor desnudarse y quedarse en camisón?

Así, la directora —alertada por una preocupada "polilla"— llegó para encontrar a doce chicas forcejeando en la sala de música sin una sola prenda encima.

La polilla se sonrojó y se negó a atribuirse todo el desastre.

Las furiosas muchachas acorralaron a Elizabeth en un aula vacía e intentaron golpearla. Pero los puñetazos no alcanzaron su objetivo: Elizabeth había aprendido a luchar del mejor espía del mundo, el exquisitamente apuesto e ilustre genio militar Lord William Adair.

Al final, las señoritas de Faraday lamentaron haberse encerrado con ella. Elizabeth respondió con el entusiasmo de una guerrera

experta. Las dejó tan maltrechas que varias perdieron dientes; algunas tuvieron moretones durante semanas, y otras mechones enteros de cabello.

Aquello fue un desastre, pues muchas estaban a punto de debutar en sociedad y buscar marido. Varias tuvieron que posponer su presentación.

Al principio, las profesoras se negaron a creer que una joven que parecía tan delicada como una flor silvestre pudiera derrotar a chicas tan corpulentas. Pero desde entonces, cada vez que alguna alumna veía a Elizabeth —sin importar su edad— hacía una profunda reverencia y no se levantaba hasta que ella lo permitía.

A veces… no lo permitía, y terminaban desmayándose del agotamiento y siendo retiradas por lacayos. Era todo muy peculiar.

Incapaces de manejar la situación, pidieron a la familia Fairweather que la retirara.

La Escuela Longford para Señoritas era la segunda mejor del país, y Elizabeth llegó allí más cautelosa y desengañada. Su prudencia fue interpretada como arrogancia, y sus hazañas en Faraday la precedieron, alimentando aún más la hostilidad.

Planearon quebrarla encerrándola en un granero oscuro detrás del colegio. No mucho después, Elizabeth se encontró atrapada en una estancia llena de grano y ratas correteando. Solo un rayo de luna le hizo compañía toda la noche. Aunque era valiente, tenía apenas trece años y una imaginación vívida; cuando la encontraron, estaba pálida y casi muerta del susto.

Las profesoras, avergonzadas y temiendo por la reputación del colegio, no informaron a su familia ni mencionaron su enfermedad. Las culpables, pertenecientes a familias influyentes, escaparon con castigos leves.

Así que Elizabeth decidió tomar cartas en el asunto… y quemó el granero.

Esta tercera vez, en Atterberry House, planeaba pasar desapercibida y marcharse antes de que ocurriera algo.

Las llamas casi se habían extinguido; solo las brasas iluminaban débilmente la habitación. Su mirada se dirigió a la gran cama en la esquina, y sus largas pestañas temblaron. No quería usar sus

conexiones; su orgullo nunca se lo había permitido. De lo contrario, habría contado a sus hermanas sus desgracias y ellas habrían solucionado todo.

Volvió a mirar la cama y se levantó de un salto. Su humildad la había llevado al desastre; era hora de usar su posición como la menor de las Fairweather y hacer su estancia lo más cómoda posible.

¿Por qué seguir sufriendo por orgullo? A veces, el orgullo era una necedad.

Tomó una capa, se envolvió bien y caminó hacia el comedor de las profesoras.

El pasillo, iluminado por lámparas, parecía inquietante. Aceleró el paso y suspiró aliviada cuando escuchó el murmullo de voces femeninas.

Las directoras y algunas profesoras cenaban cordero y pollo.

—Le tengo miedo a la oscuridad —dijo Elizabeth con franqueza a la señora Berry—. ¿Puede alguien compartir la habitación conmigo?

La señora Berry se sorprendió, pero su impresión de la joven se volvió aún más cálida. ¡Ah, la dulce criatura temblaba de miedo! Sus instintos maternales despertaron de inmediato.

Si las alumnas de los otros colegios hubieran oído aquello, habrían sacado rosarios y rezado un exorcismo.

La señora Berry frotó las manos desnudas de Elizabeth para calentarlas.

—¿Tiene a alguien en mente?

—A la señorita Ingram —respondió de inmediato.

Así, Jo fue desalojada de la habitación que compartía con tres chicas y arrastrada sin ceremonias hasta la de Elizabeth.

Elizabeth organizó la colocación de otra cama junto a la ventana, dejando la habitación algo más estrecha pero acogedora.

Jo apareció en la puerta con una almohada, el cabello revuelto y los ojos enrojecidos como un sabueso irritado. Su viaje no había sido tan cómodo como el de Elizabeth; había pasado horas en un carruaje con un abrigo fino y el brazo de su prima como único abrigo.

Estaba cansada, irritable y furiosa.

Elizabeth ignoró su gesto huraño y la metió dentro.

—¿Chocolate caliente? —preguntó con dulzura.

Jo miró alrededor, boquiabierta. Las dos camas estaban cubiertas con pesadas cortinas de terciopelo y llenas de cojines suaves. La enorme chimenea había calentado tanto la estancia que su rostro se sonrojó. Había cuadros de pájaros y prados en las paredes, y el papel pintado claro con flores amarillas brillaba a la luz de las velas.

En la mesa había una jarra de chocolate, pastelitos y galletas. Incluso los orinales bajo la cama eran ornamentados. Y, lo mejor de todo, había un baño privado con bañera de mármol.

Las cuatro paredes frías que compartía antes no podían compararse. Su cama había sido dura y pequeña, y la chimenea mucho más pequeña. Solo había un baño para todo el piso, con filas de lavabos de agua fría.

Ser invitada a vivir con tanto lujo… sus dedos se hundieron en la alfombra mullida y el aroma del chocolate le hizo agua la boca, pero su orgullo volvió a alzarse.

Elizabeth la observaba atentamente. No sabía por qué, pero era la única persona del colegio en quien confiaba. Tal vez su franqueza punzante y su resistencia a la amistad la hacían la opción más segura.

—Le tengo miedo a la oscuridad —suplicó en voz baja—. Por favor, quédate aquí.

El orgullo se suavizó. Jo asintió bruscamente. Si era como un favor… entonces era aceptable. Era una persona razonable y caritativa, y el alojamiento no era desagradable.

Pero rechazó el chocolate caliente —aunque lo deseaba— y se metió en la cama. Sus pies tocaron los ladrillos calientes y suspiró. Hacía tiempo que no sentía tanto calor.

Cerró los ojos, respirando el aroma a lavanda que emanaba de los saquitos bajo el colchón, mezclado deliciosamente con el olor del chocolate.

Inglaterra parecía no descongelarse nunca en aquellos años, pero por un instante recordó su infancia rodando por colinas de hierba cálida y flores silvestres perfumadas.

Se durmió rápidamente, sin sueños.

Elizabeth sonrió al ver el rostro sonrojado y relajado. Molly retiró la bandeja en silencio, las arropó y apagó la vela.

Las dos niñas durmieron en paz. Su primer día en el nuevo colegio había sido sorprendentemente tranquilo.

CAPÍTULO CUATRO

A la mañana siguiente, los pájaros piaban afuera mientras las muchachas de la casa de Atterberry parloteaban adentro. Las alumnas debatían por qué la señorita Elizabeth Fairweather se había negado a unirse a los grupos establecidos; algunas la declaraban una tímida alhelí, mientras que otras la consideraban más circunspecta.

Al final de la confabulación entre huevos cocidos y tostadas, se declaró con total convicción que la señorita Elizabeth Fairweather era una polluela vanidosa.

Nadie dio con la verdad.

Elizabeth no se molestaba en hacer amistades porque no pensaba quedarse mucho tiempo. Había decidido que tres meses era todo lo que podía soportar estirar en aquel lugar.

Con ese pensamiento reconfortante, terminó sus ejercicios matutinos —una serie de estiramientos que lord Adair le había enseñado— y practicó movimientos con la espada. Mientras tanto, Jo dormía, ajena a que Elizabeth giraba por la habitación apuñalando asesinos invisibles.

El desayuno le fue servido en su cuarto; Molly, su doncella personal, había logrado convencer a la profesora encargada de las cocinas insistiendo en que Elizabeth tenía una constitución delicada y que no sería apropiado que su señorita muriera. Tal suceso agitaría en gran manera el pecho de su hermana mayor, la duquesa de Blackthorne.

Y como nadie osaría agitar el pecho de una duquesa, y mucho menos una solterona asalariada, la petición fue concedida.

Jo seguía dormida cuando Elizabeth terminó de comer, así que se lavó en silencio y se dirigió a la primera clase del día. El viento gemía afuera, haciendo eco de sus pensamientos: iban a aprender aritmética.

Las chicas guardaron silencio en cuanto ella entró al aula, pero Elizabeth no les prestó atención y eligió con calma un pupitre al fondo, cerca de la chimenea.

La habitación pareció estremecerse ante su elección; algunas incluso soltaron un jadeo horrorizado. Elizabeth fingió no oírlas y apoyó la cabeza sobre el pupitre para dormitar.

El día anterior se habían incorporado dos alumnas nuevas: Elizabeth Fairweather y Josephine Ingram. Como ya no podían hablar de la más emocionante señorita Fairweather, cambiaron de tema hacia la otra muchacha.

—¿Quién era el apuesto joven que acompañaba a Ingram?

—Su primo —respondió una joven—. Mi madre solía conocer a la señora Ingram, así que lo sé todo sobre ellos.

Las chicas giraron de inmediato como planetas, otorgándole a aquella joven el lugar del sol.

—Cuéntanos más, Briggs.

Elizabeth reprimió un bostezo y permaneció desparramada sobre la mesa. Como en otras escuelas, aquí también todos preferían llamarse por el apellido.

Briggs continuó complacida:

—Sir Ingram tenía dos hijos, Percy y Richard. Tras su muerte, el mayor, Percy Ingram, heredó la propiedad y el título; Josephine Ingram es su segunda hija.

—¿Y el joven que la acompañaba?

—Es lord William Edmond Darby, hijo del señor Richard Ingram, el menor. Lord Darby obtuvo su título de un tío lejano que murió sin descendencia.

—Qué afortunado.

Briggs negó con la cabeza.

—Los padres de lord Darby murieron cuando él tenía diez años, y su tío, sir Ingram, lo acogió. Por desgracia, sir Ingram empezó a especular y pronto se vio hundido en deudas. Es verdaderamente despreciable; una vez se emborrachó y casi apostó a sus propias hijas. Los prestamistas lo persiguen constantemente mientras él mendiga dinero sin vergüenza a sus conocidos.

Las muchachas se mostraron debidamente horrorizadas y la instaron a continuar.

—No solo gastó todo su dinero —susurró Briggs—, sino que también tomó lo que pudo del joven pupilo, lord Darby. Como sir Ingram solo tiene hijas, la propiedad habría pasado a lord Darby tras su muerte; sin embargo, parece que lo único que heredará será una deuda tan grande que le llevará toda una vida pagarla. Sus perspectivas están arruinadas.

—Es una lástima —dijo alguien—. Quizá pueda pedirle a padre que lo ayude si acepta casarse conmigo. Es tan apuesto; apenas podía apartar la vista.

La conversación se detuvo un momento y Elizabeth abrió un ojo para comprobar si la profesora había llegado. No lo había hecho, pero Felicity sí.

Las chicas se mostraron de pronto expectantes; sus miradas iban de Elizabeth a Felicity, aguardando una masacre junto al pupitre de la chimenea.

Temblaban de emoción cuando Felicity se acercó a su asiento habitual, pero para decepción general, no mostró expresión alguna al ver a Elizabeth sentada en su lugar y eligió otro pupitre sin más.

Las muchachas parpadearon como un grupo de aves aturdidas.

Una severa profesora de aritmética entró con paso decidido, seguida por Jo, que tropezó en su prisa. Se disculpó profusamente y miró alrededor.

Todos los pupitres estaban ocupados excepto el que estaba junto a Elizabeth, así que no tuvo más remedio que sentarse a su lado.

—¿Por qué no me despertaste? —murmuró Jo con los puños apretados.

Elizabeth afilaba una pluma.

—¿Cómo podría? No me atrevería a despertar a una desconocida; ahora, si fueras mi amiga, habría cantado una alegre tonada y hasta habría pedido a Molly que te sirviera el desayuno en la cama.

El estómago de Jo gruñó al oír la palabra desayuno, y tragó su irritación.

De nuevo, como alumnas nuevas, fueron interrogadas. Las respuestas de Elizabeth fueron aceptables, mientras que Jo volvió a

demostrar su brillante inteligencia.

La profesora, encantada, no pudo evitar preguntar quién había sido su tutor.

—Mi primo —respondió Jo, ruborizada.

—He oído que es un erudito sobresaliente en Cambridge —sonrió la profesora.

Jo se sonrojó de alegría, mostrando un lado distinto al de su habitual expresión agria.

La siguiente clase fue italiano, y Elizabeth volvió a sentarse junto a Jo, pues las demás ya tenían sus lugares asignados. La profesora le hizo un desaire indirecto a Jo, pero dio la bienvenida a Elizabeth.

Elizabeth se sintió incómoda ante aquella parcialidad tan evidente e intentó ofrecerle a Jo un trozo de chocolate para que aguantara hasta el recreo, pero Jo la ignoró y tomó apuntes mientras la profesora divagaba.

Josephine Ingram tenía el rostro delgado, labios anchos y pálidos, una nariz fina, orejas grandes y ojos verde oscuro, inteligentes. Si llevara el cabello con más volumen a los lados en vez de aplastado contra el cuero cabelludo, equilibraría mejor las proporciones de su rostro y resultaría más atractiva.

Elizabeth se preguntó si Jo le permitiría jugar con su cabello cuando se conocieran mejor.

De pronto, la profesora, la señorita Shelley, pidió a Jo que respondiera una pregunta. El italiano era su punto débil, y tardó un momento en recordar la respuesta.

Mientras tanto, Elizabeth echó un vistazo a su letra y se quedó horrorizada. *Sacré bleu* Era espantosa.

Frunció el ceño. Eso no tenía sentido. Jo era inteligente y buena estudiante; debía escribir constantemente, por lo que su caligrafía debería ser hermosa.

Jo se sentó tras dar la respuesta correcta y volvió a raspar el pergamino con la pluma. Le temblaban los dedos, y Elizabeth se animó; quizá esa era la razón de la caligrafía terrible.

¿Y por qué temblaba? ¿Tenía frío? Elizabeth estaba bañada por la cálida luz del sol, mientras Jo permanecía en la sombra.

Así que decidió calentar a su compañera.

—Ingram —susurró—. Voy a por agua; mientras no esté, cambia de asiento conmigo.

Como era de esperar, Jo frunció el ceño con suspicacia.

—¿Por qué?

—El sol me está dando en la cabeza. Me saldrán pecas y me pondré morena.

Jo resopló, y por su expresión parecía reprender en silencio su vanidad.

Elizabeth reprimió una sonrisa y salió tras pedir permiso. Cuando volvió, Jo había cambiado de asiento.

Bañada por el sol, parecía más agradable a la vista, como un gato disfrutando del calor. Elizabeth lamentó que una muchacha tan recta se negara a ser su amiga; personas así eran útiles, del tipo que morirían por sus seres queridos o, más importante aún, proporcionarían coartadas impecables como ciudadanas honorables en caso de que una cayera en un frasco de encurtidos y hubiera que rescatarla a toda prisa.

Miró de nuevo la letra de Jo, ahora que ya no temblaba, y se estremeció: seguía siendo punzante para los ojos. Qué extraño.

***

Atterberry House era una escuela de señoritas diseñada para educar a mujeres a fin de que no hicieran el ridículo cuando fueran liberadas en sociedad.

Se enseñaba aritmética, inglés, italiano, francés, geografía, costura, pintura, baile y música. Sin embargo, era cara y muy solicitada porque ofrecía algo más poco convencional.

Enseñaban a las chicas el arte de atrapar marido.

No se hacía de manera burda, sino sutil, con insinuaciones sobre cómo maquillarse, mantener conversaciones encantadoras, escribir cartas seductoras y decir mucho sin significar nada.

Aprendían que las damas debían pensar por sí mismas y actuar según su criterio, pero los hombres debían permanecer bajo la ilusión de haber desposado a unas tontas.

Tras el matrimonio, las esposas debían atender las comodidades de sus maridos como si fueran mascotas queridas, guiándolos suavemente en la dirección correcta con tono agradable.

El sexo femenino debía esforzarse siempre por permanecer dulce, modesto y sensato mientras manejaba las cuentas del hogar, los eventos sociales y otros deberes familiares *con puño de hierro en guante de terciopelo*.

Pero la lección más emocionante de todas era el arte del coqueteo.

Naturalmente, las profesoras no lo llamaban así, sino el arte del compromiso.

Esta primera lección tuvo lugar una semana después de que Jo y Elizabeth comenzaran en la escuela. Se sentaron inmóviles y en silencio, con los ojos muy abiertos, escuchando a la profesora.

La señorita Swan era tan hermosa como su nombre; su atractivo rostro oscuro emergía sobre capas de volantes rosados que ocultaban su figura voluptuosa.

—Las alumnas mayores —anunció— ya dominan algunas de las lecciones que imparto, como hacer reverencias, bailar, el lenguaje secreto de los abanicos, el uso de los cubiertos y cómo comportarse al viajar a distintos países con sus maridos…

La clase soltó risitas al oír la palabra maridos.

La profesora puso los ojos en blanco y continuó:

—Deben comprender la historia y la cultura de los lugares que visiten para no parecer necias. Para la lección de hoy, solo las más jóvenes y la señorita Fortune permanecerán; el resto puede dar un paseo por el jardín.

La mayoría salió apresuradamente mientras la señorita Felicity Fortune tomaba su lugar al frente.

—¿Han nacido con la nariz torcida, una oreja graciosa o la frente equivocada? —tronó la señorita Swan—. No importa, pueden atrapar a un hombre.

La sala zumbó como si mil abejas hubieran encontrado un campo de flores silvestres extraordinariamente dulces.

—Ahora, Fortune —aplaudió—. Demuestre cómo atraer la atención de un joven en un parque o en un salón de baile.

Las muchachas se enderezaron, electrizadas.

La señorita Swan hizo una pausa amable para que recuperaran la compostura antes de asentir a Felicity.

Elizabeth se inclinó hacia adelante; tenía los ojos incómodamente secos de tanto tiempo sin parpadear.

Felicity se suavizó como si todo su cuerpo se hubiese quedado sin huesos. Bajó las pestañas, que temblaron levemente, y avanzó por el centro de la sala. La luz del sol se filtraba por la ventana, bañándola en un resplandor favorecedor, y su cabello parecía hilado en oro.

De pronto se detuvo; un rubor se extendió por sus mejillas. Sus ojos brillaron, soltó una risita y alzó las pestañas hacia un hombre invisible. Luego, con timidez, dejó caer un pañuelo y se alejó apresuradamente.

Toda la actuación apenas duró unos instantes, pero el tiempo pareció estirarse y tensarse. La sala entera dejó escapar un suspiro colectivo, liberando el aire contenido, y muchas jóvenes buscaron sus abanicos a pesar de que la nieve formaba ventisqueros al otro lado de las ventanas.

Elizabeth cerró la boca y compadeció en silencio al hombre que recibiera una mirada semejante. No tendría ninguna oportunidad; Felicity casi le había robado el corazón con aquella hermosa interpretación. Fue Elizabeth quien aplaudió con más entusiasmo al final.

La señorita Swan sonrió con orgullo.

—Mi mejor alumna. Ahora, Fortune, ¿y si eso no funcionara?

El porte de Felicity cambió de inmediato. Sus hombros cayeron como una flor marchita y su rostro adquirió una palidez enfermiza. La transformación fue notable, y algunas de las chicas jadearon con admiración.

Comenzó a caminar nuevamente por el centro de la sala. Se detuvo para toser con delicadeza en la manga y alzó la vista con expresión lastimera. Volvió a toser, encarnando el aura de un alma atormentada.

Como si el sol también se hubiera conmovido por su actuación, se ocultó tras las nubes y la habitación quedó en penumbra.

Elizabeth se secó una lágrima imaginaria.

—¿Y si eso también falla? —preguntó suavemente la señorita Swan.

Felicity cerró los ojos y se desmayó con exquisita gracia sobre la chaise longue escarlata: la cintura arqueada, el pecho elevado y una insinuación de pierna al caer sobre los cojines. Todo ejecutado en un solo movimiento rápido y artístico.

Elizabeth quedó sin palabras. Aquella interpretación merecía ser representada en el *Theatre-Royale.*

La señorita Swan dio palmadas para romper el hechizo.

—Ahora, niñas, formen fila y comiencen a practicar el Paseo Feliz del Pañuelo… Mary Belany, camina como una dama y no como un cerdo. Tú, Pekham, muy bien, un poco más de balanceo. Ah, Fairweather, eres natural, pero Ingram, pareces un palo temblando de terror. Relájate e inténtalo de nuevo.

Tras una hora de risitas, balanceos y sonrisas, pasaron al Romance del Paseo Enfermizo.

—Nada de carraspear —chilló la señorita Swan—. Nada de flemas, solo un sonido delicado. No, no, suenas como un gato con una bola de pelo. ¿Eres un pato? Dime, ¿eres un pato? No, ¿segura, Ingram? Entonces deja de graznar. ¿Ahora eres una gallina? ¿Por qué estás relinchando? No, no… tose como un ángel.

Cuando llegó el turno de practicar el desmayo, Elizabeth destacó. Gracias a su dedicación a las artes marciales, sabía utilizar su cuerpo, y sus caídas eran siempre perfectas, sin importar cómo girara o se dejara caer.

Jo fue, una vez más, la peor. Sin un solo hueso engañoso en su cuerpo, no lograba fingir correctamente el desmayo y, cuando caía, lo hacía casi siempre al suelo, como una ardilla despatarrada.

Más tarde, les entregaron un folleto sobre cómo ser una joven consumada y les pidieron memorizarlo.

Aquello, junto con la clase en la que aprendían a usar colorete y hollín para maquillarse, se convirtió en lo que Elizabeth más esperaba de las lecciones.

Antes de darse cuenta, su objetivo de permanecer tres meses en la casa Atterberry se había cumplido, y con la llegada de la primavera comenzó a tramar con urgencia su libertad.

CAPÍTULO CINCO

La nieve se derritió y brotes verdes asomaron en el vasto mundo marrón. El aire, aunque aún frío, se volvió fresco y fragante, como si lo hubiesen restregado con fuerza hasta dejarlo limpio y liberado, junto con un ejército de abejas, avispas y babosas.

La llegada de la primavera no calentó los huesos ni el corazón de Jo. Seguía reacia a entablar amistad con Elizabeth y la veía únicamente como una compañera fastidiosa y pegajosa, a pesar de que ambas habían sufrido mucho en los últimos tres meses.

Ah, sí, habían sufrido.

Habían sufrido como solo pueden sufrir los brotes nuevos y poco amistosos entre flores exuberantes. Mantuvieron la cabeza baja y trataron de desaparecer bajo las enredaderas y hojas, dejando que el sol brillara sobre cráneos más prominentes.

Por desgracia, su actitud indiferente no fue bien recibida, y sus compañeras las tomaban como blanco habitual. Palabras maliciosas aparecían grabadas en sus pupitres, sillas y armarios, y objetos preciados desaparecían de sus habitaciones.

Desde que les robaron las medias y las zapatillas, asistieron descalzas a clase en más de una ocasión, y solo podían recuperarlas durante la hora del té.

—¿Cómo puedes soportarlo? —susurró Jo, con los ojos llenos de lágrimas, al ver las palabras hirientes contra sus familias escritas en un pergamino entre las páginas de un libro de aritmética.

Elizabeth sonrió y respondió lo bastante alto para que toda la clase la oyera:

—Quienes escribieron eso están celosas. ¿Cómo no habrían de estarlo? Soy rica, tengo conexiones y soy hermosa. Perfecta en todos los sentidos; es natural que quienes están por debajo de mí se sientan resentidas y quieran arruinar mi felicidad y mi buena fortuna. No les prestes atención, Ingram; no son más que pulgas.

Las muchachas que estaban al alcance de su voz bajaron la cabeza y apretaron los labios con irritación.

Pese a su bravuconería, Elizabeth no era inmune a los ataques. Aún no había cumplido los quince años, y su corazón no se había endurecido del todo, aunque lo disimulaba bien.

Jo, en cambio, se fue desmoronando bajo la avalancha de rumores y los discretos pellizcos y arañazos que recibía cuando Elizabeth no estaba cerca. Tal vez aquella agonía mental silenciosa fue lo que la enfermó.

Una mañana, Elizabeth se despertó temprano, como de costumbre, para ejercitarse. La primera vez que Jo la vio sacar una espada y blandirla contra un asesino invisible, su alma había abandonado su cuerpo del susto y tardó una quincena en regresar.

Ahora abrió un ojo, vio a Elizabeth saltar de la cama a la silla mientras atacaba al aire, y volvió a dormirse.

Elizabeth se secó el sudor de la frente, consciente del tiempo que volaba. No quería admitirlo, pero había pospuesto la planificación de su huida porque, a pesar de los ataques a su reputación y la falta de zapatos, disfrutaba de la vida escolar.

La comida era deliciosa; las chicas eran soportables, pues eran amables en su presencia y maliciosas a sus espaldas; y algunas clases resultaban interesantes. Extrañaba a su familia, pero con la resiliencia propia de la juventud, era solo una punzada fugaz en el corazón que apartaba rápidamente.

Se lavó en silencio y sacó una caja de un gran baúl, cuyo interior de sándalo rojo contenía bálsamos, cataplasmas y hierbas. Tomó una cucharada de Tintura Real de Flores Griegas, que prometía mejorar el cutis y hacerla brillar como una lámpara de gas en una noche sin luna. Luego se aplicó gotas egipcias para los ojos, destinadas a hacer que sus ojos castaños centellearan como hadas alimentadas únicamente con rocío matinal.

Sonó la campana de la escuela, pero Jo seguía envuelta en el edredón.

—Jo, despierta. ¿Jo? —Elizabeth la pinchó y la zarandeó sin resultado.

La campana volvió a sonar, indicando que el desayuno había terminado.

Elizabeth tiró del edredón con impaciencia.

—Ingram, despierta…

Su voz se apagó.

El rostro de Jo estaba rojo como una cereza; el cabello se le pegaba al cuero cabelludo y una sustancia gris se acumulaba en sus escasas pestañas.

Elizabeth fue a buscar a la señora Berry, quien, tras una sola mirada, trasladó a Jo a la enfermería.

El médico del pueblo llegó horas después y recetó medicamentos, pero Elizabeth percibió el fuerte olor a ginebra que despedía y perdió la fe en sus habilidades. Rogó que llamaran a otro doctor, pero le dijeron que aquel hombre era competente y había curado a muchas alumnas.

Jo fue aislada durante varios días, pero Elizabeth se escabullía constantemente para visitarla.

—Han pasado días y sigues enfermiza —se quejó.

—Vete y róele la cabeza a otra persona —murmuró Jo.

—No quiero; la mayoría están vacías.

—No deberías estar aquí. ¿Y si te contagias?

—Entonces perderé algo de peso. Qué lástima que me guste tanto comer. Solo pienso en comida: carne grasienta, frutas confitadas, caramelos de limón y peladillas. Mírate tú, tan delgada y delicada. Ah, qué estupendo debe de ser estar enferma. Quizá me envíen a casa si casi me muero, y entonces mi familia lamentará haberme mandado aquí.

Jo estaba demasiado agotada para poner los ojos en blanco.

—Así que has venido por ti.

—Naturalmente.

—¿Ya no tienes miedo por las noches?

—Molly duerme en la habitación conmigo, pero ronca. Date prisa y vuelve al dormitorio.

Jo tosió. Elizabeth la ayudó a beber agua y le ofreció rosas y almendras confitadas.

—Son de Francia. Mi hermana Dorothy envió una caja. Prueba.

—Parecen caras.

Jo volvió la cabeza, pero no antes de que Elizabeth viera una lágrima deslizarse por su nariz.

Elizabeth guardó los dulces sin comentar nada.

En su familia, cuando alguien enfermaba, acudían decenas de personas con médicos incluidos, y rondaban al paciente hasta que este se recuperaba solo para escapar de tanta insistencia.

¿Dónde estaba la familia de Jo?

Jo volvió a toser.

—Deberías irte —susurró con voz ronca.

Las paredes y cortinas eran grises. El olor a sudor y medicinas flotaba en el aire, en contraste con el sol brillante y los jardines floridos a pocos pasos.

Elizabeth observó el perfil sombrío de Jo con el corazón oprimido. ¿Se aferraba a la enfermedad porque era infeliz?

Sus ojos destellaron. Decidió dar una lección a cada muchacha que había sido cruel con Jo y encontrar la manera de abandonar la escuela para siempre.

El médico de Finnshire era excelente, y en su casa había muchos sirvientes que harían la vida de Jo confortable. Cuando se recuperara, pediría a su familia que la adoptaran y crecerían juntas como hermanas.

Satisfecha con su plan, lo puso en marcha esa misma noche.

***

Primero se vistió completamente de negro, se pegó barba y bigote, y saltó el muro al caer la noche. Luego caminó hasta el pueblo cercano.

Se deslizó entre las sombras, trepó por una enredadera tras la posada *The Porcupine Saddle* y rodó dentro de una habitación tenuemente iluminada.

Su amigo del alma, el hijo menor del famoso salteador conocido como el magnífico Halcón, la miró con severidad.

Penelope, la duquesa de Blackthorne y su media hermana mayor, había entablado amistad con el Halcón años atrás. Elizabeth había conocido a su hijo en la infancia y lo había apreciado de inmediato.

Ahora Dimbercove era mayor y mucho más grande, con un cuerpo musculoso coronado por un rostro dulce e inocente, mejillas sonrojadas y grandes ojos azules.

Como si hubiese crecido y crecido, pero su cabeza no hubiese seguido el ritmo.

Le señaló una silla y esperó a que se sentara antes de decir:

—Es un disfraz terrible.

—Discrepo.

—Llevas barba.

—¿Y?

—Y un vestido.

—Della, en mi pueblo, tiene una barba exquisita.

—Eso es cierto —admitió, pinchando un bollo con un tenedor y acercándolo al fuego—. ¿Qué quieres?

Las orejas de Elizabeth se enrojecieron.

—¿Eli? —El bollo se partió, ennegreció y se deshizo.

Ella respiró hondo.

—¿Recuerdas lo que robamos del carruaje de Lord Montgomery el año pasado?

Él palideció.

—No lo tengo.

—Mentiroso.

—Eli, no puedo permitirte esto. No es para que lo vea una señorita… ¿cómo voy a arruinar tu mente pura?

—Ambos vimos el contenido. Las imágenes están grabadas en mi cerebro como ese bollo chamuscado.

—Pero insistir en ello…

—Intento salvar una vida. Es urgente; tráelo mañana.

—¡Pamplinas!

—¡Debes hacerlo!

—Dime la verdad.

—Lo juro, o que mi piel se llene de marcas. Mi amiga está gravemente enferma.

—Pero…

—Te pagaré… cinco chelines.

—No.

Sus ojos se llenaron de lágrimas.

—Por favor, hermano Covey, prometo no mirar.

Le tiró de la manga.

—Hermano, solo esta vez… ayúdame.

Sus hombros cedieron.

—Lo dejaré bajo tu almohada mañana mientras estés en clase.

Las lágrimas desaparecieron al instante.

—Buen chico.

Dos días después, un grupo de alumnas mayores quedó atrapado en la biblioteca con una pila de literatura escandalosa.

Como era de esperar, quedaron traumatizadas, aunque ni Elizabeth había previsto hasta qué punto. Incluso la señorita Felicity Fortune palideció cuando Elizabeth explicó amablemente que aquello era lo que sucedía tras el matrimonio y les ofreció los libros para "educarse".

—Champiñones alargados —exclamó horrorizada una joven que acababa de cumplir dieciséis años.

El término desató el caos entre las muchachas.

En medio de la conmoción, Lord William Darby llegó nuevamente a las puertas de la casa Atterberry.

CAPÍTULO SEIS

La escuela seguía sumida en el caos tras el incidente de la biblioteca. Varias alumnas habían salido en distintos estados de conmoción; algunas tuvieron que ser llevadas a la enfermería después de desmayarse y negarse a despertar, incluso cuando les acercaron esponjas con vinagre a la nariz.

William descendió del carruaje y contempló Atterberry House. Apenas habían pasado tres meses desde que dejó allí a su prima, y ahora regresaba.

Si no hubiese vuelto de la universidad para un breve descanso y encontrado las cartas urgentes del colegio enterradas entre los documentos del despacho de su tío, ¿habría seguido Jo esperando indefinidamente, sola y enferma, a que alguien respondiera?

Avanzó hacia la verja con la vista empañada por los recuerdos. La melancolía en sus ojos realzaba su atractivo, y cualquiera habría pensado que una figura así, bañada por la luz primaveral, habría deleitado a las muchachas confinadas juntas como huevas en un frasco.

Por desgracia, las que lo divisaron desde las ventanas palidecieron, huyeron a sus dormitorios y cerraron las puertas con firmeza.

Ignorante de los pechos agitados tras las cortinas, recordó la amarga realidad de su infancia: una tía terrible y un tío aún peor. Y la hija mayor de ambos, cierta Mary Ingram, cuyo nombre era casi una invocación al diablo.

Era la hermana mayor de Jo, unos años mayor que él, pálida como un cadáver y de carácter acerado. Sabía que, al no haber nacido un hijo varón, toda la herencia recaería en William y que dependería de él si no se casaba. Pero, en vez de obrar con sensatez y tratar con bondad al huérfano que vivía bajo su techo, se mostró cruel.

Su tío lo trató como a una inversión en especias aún en alta mar; su tía, al ver su semblante frío, acudió de inmediato a las sales aromáticas.

Así, sus iris negros, con apenas diez años, se volvieron opacos por el dolor, y su carácter alegre, semejante a un girasol, se transformó en el de un sauce sombrío medio sumergido en agua.

La única que le ofreció una sonrisa genuina fue Jo.

Cuando él se instaló en la casa Ingram, ella tenía cuatro años, seis menos que él.

Con manos delgadas, pegajosas y sucias, tomó las suyas limpias y preguntó con el ceceo de quien apenas aprende a hablar:

—¿Te quedarás con nosotros y jugarás conmigo todos los días?

Al asentir él, aplaudió.

—Me alegra que tus padres murieran. Ahora puedes ser mi hermano.

Sus palabras lo hirieron entonces. Se negó a hablarle, y ella lloró sin consuelo. Cuando eso no funcionó, le llevó sus dulces y juguetes favoritos, negándose a dejarlo hasta que la perdonó.

Con el tiempo comprendió que Jo no entendía la muerte. También comprendió que era la única en la casa que se alegraba de su presencia.

La única que se alegraba de que existiera.

Desde entonces prometió protegerla como a una hermana.

Sería su única familia.

Crecieron unidos. Jo lo acosaba para jugar; él cedía cuando no estudiaba. Ella empezó a interesarse por los libros al verlo leer, y pronto compartieron largas horas en la biblioteca.

Aquel lugar se convirtió en su refugio, una isla tranquila rodeada de tormentas.

Y ahora, saber que yacía enferma y sola le desgarraba el corazón.

Respiró hondo, abrió la verja y entró.

El sendero serpenteante hasta la puerta principal ya no estaba cubierto de hielo gris como en su última visita.

Dos jóvenes aparecieron por una esquina y se quedaron paralizadas al verlo. En ese instante, una bandada de gansos cruzó el cielo con graznidos estridentes.

Las muchachas palidecieron y comenzaron a tambalearse.

William frunció el ceño y avanzó hacia ellas, pero, con un chillido horrorizado, ambas se desmayaron.

Una mujer alta y de mediana edad fue más rápida y las sostuvo antes de que cayeran.

Antes de que William pudiera pedir indicaciones para la enfermería, la profesora se llevó a las jóvenes.

Se quitó el sombrero y se rascó la cabeza.

—¿Por qué llega tan tarde?

Una chica ligeramente rellenita, con aspecto de melocotón suave, rodó hasta él y le bloqueó el paso.

—¿Perdón?

—Josephine lleva casi dos semanas enferma. Y el carruaje lento tarda dos días desde su casa. ¿Dónde estaba?

—En Cambridge.

—Bah. ¿También sus padres van a Cambridge?

—¿Dónde está? —interrumpió con brusquedad.

—En la enfermería. Sígame.

—¿Está bien?

—No.

Aceleró el paso.

—Más despacio, Lord Darby. Un momento más no cambiará nada.

—¿Cómo me ha reconocido? ¿Usted es la señorita…?

—Fairweather. Elizabeth Fairweather.

—Encantado.

—Yo no.

—¿Eh?

—No estoy encantada. La pobre ha estado ardiendo en fiebre. He pasado noches cuidándola. Si mi cutis empeora por esta tragedia, ¿quién me compensará? Este incidente puede dejar cicatriz en mi alma. Mi queridísima amiga está muriendo… ¡Ah! No lo soporto.

—Me escribió diciendo que no tenía amigos.

Elizabeth se detuvo.

—Esa ingrata pequeña…

Él carraspeó y ella se mordió el labio.

William reprimió una sonrisa al verla inflar las mejillas con indignación. Ahora la recordaba: la joven que descendía del carruaje del duque y envolvía a Jo en una capa de piel. Era una Fairweather, una de las hermanas de la duquesa.

—¿Dónde están los profesores?

—Ocupados con un pequeño incidente ocurrido ayer. Ha dejado a las chicas… alteradas. No se preocupe, Jo no tuvo nada que ver.

—¿Qué ocurrió?

Ella vaciló un instante antes de lanzarse a una explicación florida.

—La cocinera se jubiló y las chicas le hicieron una fiesta de despedida. Brindaron con un poco de aguardiente de melocotón… y luego con seis copas más. Ya sabe cómo es cuando alguien está borracha como una carretilla: empiezan las historias de fantasmas y ven espectros por todas partes. Ahora creen que usted es un fantasma, porque es un hombre apuesto, algo raro en nuestra escuela.

Terminó satisfecha.

Él sintió un impulso súbito de despeinar aquella cabeza mentirosa.

—Aquí es.

Abrió la puerta.

La enfermería estaba abarrotada como si una peste hubiese invadido el lugar. Algunas murmuraban, otras se balanceaban con mirada vidriosa, y unas cuantas suplicaban permiso para ingresar en un convento. Físicamente parecían sanas, pero sus mentes parecían sacudidas por un terremoto.

William comenzó a sospechar que la historia de Elizabeth no era del todo falsa.

—¡William! —llamó una voz débil.

Jo yacía en un rincón tras una cortina gris entreabierta. Su rostro estaba pálido; sus ojos, demasiado brillantes.

Elizabeth se dejó caer en una silla junto a la cama.

—Lo encontré perdido y lo traje.

—Gracias.

La figura alta de William eclipsó la luz al situarse al pie de la estrecha cama. Su abrigo azul marino y sus ojos negros contrastaban con su tez pálida.

—¿Cómo te sientes? —preguntó con suavidad.

—Enferma —susurró Jo, y una lágrima resbaló por su mejilla—. Estoy cansada y tengo frío todo el tiempo.

En un paso estuvo a su lado, tocándole la frente.

—Estoy aquí ahora.

Ella se incorporó y lo abrazó con fuerza, sollozando libremente.

Elizabeth cerró las cortinas, aislándolos del mundo.

Cuando los sollozos se transformaron en hipo seco, William se volvió un instante para ocultar su emoción.

Al girarse de nuevo, vio a Elizabeth acomodando la almohada de Jo.

—Debe beber esto —señaló una pequeña botella marrón—. Tres veces al día. Le aliviará la garganta.

Él asintió.

—Por la mañana tiene los labios agrietados; este ungüento ayuda. Si tiene fiebre, ponga un paño frío en la frente. Le gustan ladrillos calientes en los pies antes de dormir y solo come gachas con mucha leche caliente. A veces, un poco de pan tostado mojado en té.

Él la miró sorprendido.

—Me gusta hacer de enfermera —explicó ella—. Y… así puedo faltar a clase.

Bostezó, exhausta, y le sonrió con ojos húmedos.

William volvió a sentir el impulso de revolverle el cabello. La mimada señorita Elizabeth Fairweather había elegido pasar los hermosos días de primavera al lado de su amiga enferma en vez de pasear por jardines florecidos.

Habló en voz baja para no molestar a las otras chicas en la habitación.

—Puede jugar a ser enfermera, pero no olvide cuidarse usted también. ¿Cómo va a atenderla si no descansa lo suficiente? ¿Acaso la escuela no tiene una enfermera o una maestra que cuide a las chicas aquí?

Elizabeth asintió.

—Sí, la señorita Hammersmith cuida de todas aquí y también viene el médico del pueblo, pero no quería dejar sola a Jo.

—Ya veo.

—Quería que se pusiera bien para que estuviera lo bastante bonita como para que yo pudiera sentarme a su lado en clase otra vez.

Las palabras inconexas, pronunciadas con prisa, no tenían sentido. Si solo le gustaba mirar cosas bonitas, ¿por qué sentarse junto a una chica enfermiza que tosía flema y se volvía más pálida cada día? Su intento de negar su corazón bondadoso era enternecedor.

Él no expresó sus pensamientos y, en cambio, siguió la corriente a la niña, asintiendo ante su explicación.

Jo miró el semblante alterado de Elizabeth y, por primera vez, notó las sombras bajo sus ojos y las líneas de cansancio. Jo solía estar sana y, cuando enfermaba, su madre enviaba a los sirvientes para que la cuidaran. Le llevaban las comidas a tiempo y, por lo demás, la dejaban sola.

Pero Elizabeth la animaba a comer, ofreciéndole dulces azucarados como soborno. Se sentaba a su lado durante horas, tejiendo en silencio o intentando hacerla reír. A veces, incluso se enfadaba con ella por no mejorar lo bastante rápido o por no querer tomar la sopa y las medicinas porque no sabían bien.

—¿Tienes sed? —preguntó Elizabeth al notar su mirada.

Jo negó con la cabeza.

—Deberías descansar ahora. William cuidará de mí.

Elizabeth frunció el ceño.

—Ahora que tu primo está aquí, ya no me quieres. Ah, casi lo olvido, ni siquiera soy tu amiga.

Jo se sonrojó y miró a su primo. William apretó los labios, esta vez negándose a acudir en su ayuda.

El silencio se alargó y Elizabeth finalmente se puso de pie, con el labio inferior temblando.

—Que tengas un buen día. Adiós.

Jo se incorporó de repente y agarró el brazo de Elizabeth para detenerla.

—Eres mi amiga. Te considero mi amiga… si eso es aceptable.

Elizabeth se quedó inmóvil, y también William. No podían creer que la chica hubiera dejado de lado su orgullo. William llegó a una

conclusión: la muchacha estaba realmente muy enferma, tan enferma que la mente se le había visto afectada.

Elizabeth pareció pensar lo mismo y cayó de rodillas al instante.

—No se te ocurra morirte.

—¿Serás mi amiga? —insistió Jo.

—Con una condición —Elizabeth parpadeó varias veces, su mente cansada esforzándose visiblemente por idear algo—. Dámelo a mí.

William volvió a quedarse desconcertado cuando un dedo casi le señaló la cabeza.

Jo miró pensativa a ambos.

—¿Para casarse?

—Sí —sonrió Elizabeth.

—Champiñón alargado —una chica que yacía en la cama junto a Jo se incorporó de repente, corrió la cortina entre ambas camas y advirtió a Elizabeth con horror—. No te cases. Nunca. Jamás. No olvides los libros.

Elizabeth se sonrojó, pero no retrocedió.

Jo asintió.

—Creo que serás buena para él, y me gustaría tenerte como familia.

Se dieron la mano para sellarlo.

William, que acababa de ser entregado en matrimonio sin previo aviso, miró a las chicas aturdido. Las comisuras de sus labios se alzaron ligeramente y preguntó con tono perezoso:

—¿Mi opinión cuenta para algo?

La habitación pareció enfriarse varios grados y, aunque seguía sonriendo, sus ojos se habían vuelto afilados y duros por el desagrado.

CAPÍTULO SIETE

Jo se tensó.

—William, ella tiene la costumbre de decir lo que piensa. No pretendíamos ofender.

Los ojos de Lord Darby parecieron oscurecerse aún más por algún juego de luces, semejantes a un abismo infernal que amenazaba con engullirlas a ambas.

—¿Es este un asunto que deba tratarse con ligereza?

—El matrimonio es el paso más importante en la vida de una joven. ¿De qué otra cosa se supone que debemos hablar si no es de eso? —Elizabeth lo miró con audacia, pero cuanto más lo observaba, más incómoda se sentía.

Estaba acostumbrada a la deferencia, la indulgencia y el fastidio de quienes la rodeaban, pero nunca a la indiferencia o a la desaprobación.

Le temblaron las pestañas y el estómago se le revolvió. Quería explicarle que, en los tres meses que llevaba en la escuela, había descubierto que Jo poseía un orgullo inmenso. En un momento de debilidad, Jo había accedido a ser su amiga, pero pronto su cabeza se hincharía y comenzaría a pesar sobre sus hombros delgados, y lamentaría su decisión.

Jo nunca quería nada sin dar algo a cambio. Odiaba deber favores, quizá porque su padre estaba hundido en deudas. El mundo entero parecía pensar que debía responsabilizarse de las aficiones de su padre al juego, y detestaba añadir siquiera una gota a aquel vasto océano aceptando el más pequeño favor.

Así que el cerebro cansado de Elizabeth había girado sin descanso, y se le había ocurrido un deseo impulsivo.

Un deseo arbitrario de casarse con Lord Darby.

Eso permitiría que Jo dejara a un lado sus reparos y que su amistad floreciera sin trabas.

Pero con Jo observándola, no podía hacer más que soportar la mirada fría e inflexible de él, tan helada que la hizo estremecerse.

Fue ella quien apartó la vista primero.

—Hablando de matrimonio, sus hermanas han hecho buenos enlaces —observó él.

Ella se irguió de golpe.

Él continuó:

—Son mujeres admirables, de excelente carácter, y por eso estaban en ventaja.

La mente de Elizabeth comenzó a oscilar como un péndulo. Aunque le agradaba que alabara a sus hermanas, el tono indicaba que ella carecía de sus cualidades.

Su sospecha quedó confirmada cuando añadió:

—Puede decir lo que piensa porque tiene la fortuna de contar con ellas a su lado, pero a veces es mejor pensar, analizar y tragarse las palabras.

—¿O si no nadie querrá casarse conmigo? —se burló Elizabeth—. ¡Bah! Tales asuntos no me preocupan, mi lord.

—¿Tiene usted una hermana mayor soltera? —preguntó él. Cuando ella asintió bruscamente, continuó—. ¿Es resiliente como usted?

Elizabeth pensó de inmediato en la mirada velada de Jane, como si viviera en otra parte… como si fuese una criatura intercambiada al nacer por las hadas, incapaz de comprender el mundo físico y severo.

Si Elizabeth las arrastraba a todas a un escándalo, ¿podría Jane sobrevivir al aluvión de burlas?

Era poco probable.

¿Arruinarían sus acciones irreflexivas las perspectivas de Jane?

Posiblemente.

Su mirada horrorizada cayó sobre Lord Darby, que la observaba como si fuese una joven inteligente y no una niña. No consideró necesario explicarse.

La vergüenza le encendió la piel y la cabeza se le inclinó como una rosa bajo la tormenta. En todos los años en que la habían reprendido y fulminado con la mirada personas y, a veces, animales

—quizá incluso algún árbol ofendido—, nunca se había sentido avergonzada; y sin embargo ahora, bajo su penetrante mirada, estaba desarmada.

—Necesito reflexionar —admitió con humildad.

Dos jadeos resonaron en la habitación. Uno fue de Jo; el otro, de Dorothy, la hermana mayor de Elizabeth, que había llegado sin que nadie lo notara.

—¿No discutiste con él? —repitieron ambas al unísono.

Elizabeth frunció el ceño.

—La esencia de su consejo es fundada. No soy una criatura irracional.

—Cuando yo dije lo mismo —replicó Dorothy—, decidiste trepar a un árbol y te negaste a bajar hasta que admití que eras una buena niña y nada traviesa.

—Entonces era una niña —se sonrojó Elizabeth.

—Eso fue el verano pasado.

Elizabeth empezó a irritarse.

—¡Tú querías tener a un deshollinador como mascota!

Dorothy soltó una risita.

—No sabes discutir bien cuando estás enfadada.

Lord Darby le tendió a Jo una pastilla para la tos e intentó calmar las pequeñas ondas que habían provocado sus palabras.

—Su hermana ha cuidado excelentemente de mi prima. Se lo agradezco.

Dorothy hizo un gesto con la mano.

—Esta joven está un poco mimada. Si le pago bien, ¿se mudaría a nuestra casa de Finnshire y aparecería cada vez que necesite ser reprendida? Quizá su atractivo físico la hizo escucharle con tanta paciencia. Sea cual sea la razón, diga su precio.

Las oscuras pestañas de Lord Darby vacilaron con incertidumbre, y cruzó una mirada confundida con Jo.

—Deja de molestarlo —murmuró Elizabeth—. ¿La directora te pidió que vinieras?

—Sí —respondió Dorothy—. Quieren que te llevemos a casa.

—Llevemos también a Jo —se animó Elizabeth—. Está enferma.

—Yo me la llevaré —interrumpió Lord Darby con brusquedad—. Puedo ocuparme de ella.

—Lleva casi dos semanas enferma —replicó Elizabeth—. Nadie vino a atenderla.

Él se irguió, ofendido.

—Hay una razón.

—¿Más importante que su vida? —contraatacó Elizabeth.

La frágil paz entre ambos volvió a romperse, y un oportuno trueno retumbó afuera, como si reforzara el ambiente dramático.

Dorothy ignoró a las dos criaturas irritadas y se centró en la paciente. Tomó la muñeca de Jo y le midió el pulso. Tras criar tantos hijos, sobrinos y sobrinas, cualquiera de las hermanas Fairweather casadas habría superado un examen médico con honores.

—Nadie se la lleva —frunció el ceño Dorothy—. Está demasiado enferma para ser movida. Creo que debemos traer a mi médico desde Londres. Mientras tanto, quítenle las mantas y mójenle la cabeza con agua fría. ¿Dónde está la enfermera?

—¿Soy un árbol? —preguntó Lord Darby—. ¿Nadie piensa consultarme?

—Sígame, señor Abedul Plateado —Dorothy le hizo un gesto con el dedo—. Podemos hablar afuera. Y, Eli, la duquesa te espera en el despacho de la directora. Está enfadada.

Lord Darby se quedó de pie, indeciso, mirando el rostro demasiado pálido de Jo y la puerta por la que Dorothy había salido.

—La duquesa está aquí —chilló una de las alumnas en la enfermería, rompiendo el silencio. Las escolares, una maestra y tres gatos del colegio habían escuchado toda la conversación con avidez, y ante ese recordatorio la estancia se llenó de excitación.

Las niñas enfermas cojeaban y gateaban hacia las ventanas; algunas incluso escaparon al patio para vislumbrar a la duquesa de Blackthorne, pues muchas quizá nunca volverían a tener ocasión de ver a un personaje tan distinguido.

Era un momento histórico, una experiencia que contarían a sus nietos y registrarían en los diarios familiares.

Mientras tanto, Elizabeth retiró todas las mantas de Jo y la ayudó a incorporarse para tomar su medicina. Era amarga, pero Elizabeth

tenía lista una cucharada de miel.

—Estás a salvo, Ingram. Dorothy no permitirá que te ocurra nada. Me habría entristecido mucho si hubieras muerto. He estado devanándome los sesos pensando qué ponerme para tu funeral. El negro no favorece mi tono de piel. ¿Servirá un gris oscuro de seda?

Jo la miró como un monje que hubiese renunciado a los bienes terrenales y se hubiese afeitado la cabeza.

—El asunto de tu boda con William…

—Arráncate ese gusano de la cabeza, pequeña —Lord Darby se puso el sombrero y dio por terminada la discusión—. Iré a buscar al médico a Londres. Será más rápido que enviar un mensajero. Estaré fuera un día.

Jo bajó las pestañas y asintió.

Él le tiró suavemente del cabello y susurró:

—Curiosa Josey, pórtate bien.

—¡William! —Jo se sonrojó—. Ya no soy una niña.

Él rio.

—No, ahora eres una señorita; prometo no molestarte más.

Y volvió a tirarle del cabello, haciéndola enrojecer de furia.

La luz moteada de la tarde se filtraba junto al roble frente a la ventana y caía sobre las oscuras pestañas de Lord Darby, su piel pálida y su cuello largo y esbelto. Sus labios fríos y firmes sonreían, pero su porte seguía siendo reservado y compuesto, como si solo unos pocos elegidos pudieran acercarse lo suficiente para conocer su verdadero ser.

Elizabeth deseó de pronto ser una de esas personas privilegiadas. También deseó poseer el talento pictórico de su hermana Jane para capturar aquella sonrisa en un retrato para siempre.

Había visto sonreír a muchas personas; algunas le habían proporcionado más alegría que otras, pero ninguna había hecho latir su corazón con tal fuerza.

—Elizabeth —la llamó Jo con voz débil—. Fairweather, ¿te has quedado dormida de pie? Apresúrate, no hagas esperar a la duquesa.

CAPÍTULO OCHO

Un destello iluminó el cielo gris oscuro mientras Elizabeth avanzaba alegremente a saltitos hacia el despacho de la directora.

Dentro, el ambiente era denso y brumoso, con una sensación persistente de peligro, como si soldados fueran a irrumpir sigilosamente y sitiarlas en cualquier momento; pero en lugar de flechas y espadas, fue la voz serena de la duquesa la que cortó el aire.

—Solo té, por favor. Gracias.

Envuelta en rígidas telas grises, la señora Berry y la señora Atwater flotaban por la habitación como fantasmas inquietantes, atendiendo a una hermosa mujer sentada en una silla.

Elizabeth llamó y entró, con la cabeza gacha y los hombros caídos, como si las desgracias del mundo hubieran recaído sobre sus delicados hombros.

Su expresión desolada no engañó a nadie.

La señora Atwater se irguió y dijo con severidad:

—¿Golpeaste a la señorita Brown en la cabeza con un tomo grueso?

El tono de la señora Berry fue más suave.

—Se desmayó y ahora tiene un gran chichón en la cabeza.

Elizabeth se preguntó vagamente si un cuerno de diablo estaría intentando asomar del bulto. ¿Aparecería pronto un segundo? En cuanto al golpe, había sido un leve toque de advertencia desde que descubrió que la responsable de garabatear palabras desagradables sobre sus hermanas en su pupitre había sido la señorita Brown.

Había robado los pergaminos del escritorio de la maestra por la noche, los comparó con la escritura del pupitre y descubrió a la culpable. Molly había temblado durante toda la operación mientras sostenía una vela y dejaba caer cera caliente por todo el suelo.

La señora Atwater continuó, al ver que Elizabeth se negaba a confesar:

—¿Y de dónde conseguiste esos… libros?

—¿Quién te los dio, niña? —preguntó la señorita Berry.

—Esta niña está llena de trucos taimados —refunfuñó la señora Atwater, aunque no se atrevía a mirarla a los ojos.

Nadie en la habitación se atrevía a sostenerle la mirada a Elizabeth y, en cambio, se dirigían a su largo cuello. Tenía un rostro dulce, una disposición encantadora y unos ojos tan brillantes y llenos de risa y luz que era difícil no derretirse ante ellos.

No sería exagerado pensar que poseía un talento innato para la hipnosis, pues sus labios temblorosos y su expresión melancólica tenían el poder de ablandar los corazones más duros. Por eso las maestras habían aprendido a apartar la vista al reprenderla; de lo contrario, se debilitarían ante la imagen de la encantadora niña infeliz y le darían un dulce en lugar de la vara.

Penelope alzó la cabeza, haciendo que las flores de su sombrero temblasen.

—Elizabeth, ven aquí.

Elizabeth obedeció y se colocó frente a ella.

—Has estado comiendo demasiadas rosas azucaradas. Tus mejillas se han redondeado —comentó Penelope.

Elizabeth levantó la cabeza de golpe y miró a su hermana, abandonando toda pretensión. Aquello fue un golpe cruel, y por fin sintió una punzada en el corazón.

—¿De verdad?

Los labios de Penelope se curvaron con diversión.

—Me gustan tus mejillas llenitas.

—¿Y mi cutis?

—Precioso. Muy claro y luminoso. Pero pareces cansada; duerme un poco más.

—¿El cabello?

—Puedo oler el humo de incienso que se desprende de tus sedosos mechones.

—¿Las manos?

—Un poco ásperas. Te traje lociones, pócimas y otros caprichos. Molly los ha guardado para que los uses cuando termine tu castigo.

Las maestras se miraron entre sí, confundidas. ¿Por qué la duquesa estaba elogiando a la niña traviesa?

Elizabeth sonrió ampliamente.

—¿Vas a llevarme a casa ahora?

Penelope le devolvió la sonrisa.

—No.

Elizabeth frunció el ceño y confesó:

—Golpeé a la señorita Brown y encerré a las niñas con esos libros.

Penelope se volvió hacia las maestras.

—En esta situación, ¿cómo castigarían a sus alumnas?

—Enviándolas a casa.

—¿Y si no pudieran enviarlas a casa?

—Unas semanas de arrepentimiento sin hablar con nadie. Aislarlas y quitarles sus caprichos y asignación. Alimentarlas solo con gachas y un poco de carne, quizá un azote o unos cuantos golpes de vara.

Elizabeth entró en pánico.

—Penny, de verdad soy horrible; soy una influencia nefasta para las niñas. No deberían permitirme quedarme.

Las directoras bajaron la cabeza como si estuvieran de acuerdo, aunque parecían resignadas.

—Quítenle todas sus cosas bonitas, tónicos y caprichos, y que nadie le hable durante el próximo mes —ordenó Penelope—. Un ligero azote será suficiente.

—¡Penny!

—He oído que tu amiga está enferma. Puedes quedarte con ella hasta que mejore, pero después deberás arrepentirte.

Elizabeth apretó los labios, su mente ya ideando maneras de enfurecer a las maestras hasta que no tuvieran más remedio que enviarla a casa.

Penelope le dio una palmada en el brazo.

—He comprado la escuela. No pueden expulsarte, hagas lo que hagas.

—¿Compraste esta escuela?

—Así es. Es una escuela maravillosa.

Elizabeth rompió a llorar cuando la realidad se impuso. Penelope había comprado la escuela; hiciera lo que hiciera, no la expulsarían.

Dorothy apareció junto a Penelope.

—Ah, así que ya se lo dijiste.

La duquesa se levantó, besó la cabeza apesadumbrada de Elizabeth y se dirigió a las directoras.

—Castíguenla igual que a las otras niñas. Si le dan trato preferencial, las echaré de Atterberry House y cambiaré su nombre a Conejos Dormilones.

—¡Penny! —aulló Elizabeth.

—Pórtate bien —ordenó Penelope—. Y aprende a convivir en paz con todos. No se te permitirá regresar a casa en vacaciones a menos que las maestras consideren que te has comportado debidamente.

—Eres cruel —sollozó Elizabeth.

Dorothy la abrazó.

—Deja de llorar. Estás arruinando tu cutis.

Elizabeth se secó de inmediato las lágrimas y contuvo el llanto.

—Vuelve con Jo. Nos veremos en Navidad.

***

Elizabeth regresó a la enfermería y se dejó caer en una silla junto a la cama de Jo. Las lágrimas brillaban en sus pestañas mientras miraba a su amiga.

No era justo. La habían enviado lejos de casa, Penny la había reprendido y su amiga estaba enferma. La vida era difícil a los catorce años.

Lloró en silencio junto a su amiga dormida y, en algún momento, se deslizó de la silla, se sentó en el suelo y apoyó la cabeza en el duro colchón.

Y así fue como William encontró a Elizabeth a la mañana siguiente, cuando regresó con el médico de Londres.

Se inclinó, levantó con suavidad a la muchacha dormida en sus brazos y la depositó en la cama vacía junto a la de Jo.

Se despertó justo cuando su cabeza tocó la almohada.

—Shh, vuelve a dormir. Aún es temprano —susurró.

El día anterior le había hablado como si fuera una joven adulta, pero en ese momento no pudo evitar usar un tono suave reservado

para los niños muy pequeños. Era menuda para su edad y, cuando sus traviesos ojos castaños quedaban ocultos tras los párpados rosados y pesados, no aparentaba más de once años.

Una niña dulce y obediente.

Lo miró adormilada. Los últimos días de viaje y la falta de descanso habían dejado sombras bajo sus ojos. Curiosamente, el cansancio lo hacía parecer aún más apuesto.

Excepcionalmente apuesto.

Sintió que el corazón le daba un vuelco y se preguntó por aquella repentina sensación de cosquilleo en el estómago.

—¿Tiene un poco de ginebra? —susurró.

—¿Qué?

—Ginebra.

Parpadeó.

—¿Para qué?

—Para beber. Quiero ahogar mis penas.

Él apretó los labios, conteniendo la risa.

—¿No deberías pedir champán en su lugar?

—Quiero sentirme pobre y hundirme más en esta infelicidad.

—No tienes edad para tocar esas cosas.

Ella hizo un puchero, pareciendo un herbívoro irritado.

Esta vez tuvo que apartar la cabeza para ocultar la sonrisa.

—Lord Darby —lo llamó el médico.

Se apartó y se sentó en la silla, con la mirada fija en el rostro pálido y dormido de Jo. El hombre mayor que le tomaba el pulso murmuró algo.

Lord Darby asintió en respuesta.

—¿Cómo está? —preguntó Elizabeth en voz baja.

—El médico aún la está examinando. Duerme por ahora —la reprendió con suavidad.

Elizabeth no quería dormir; quería mirarlo. Sus ojos se negaban a apartarse de sus apuestos rasgos.

Le gustaba contemplar cosas hermosas, y él era agradable a la vista —extremadamente agradable—, tan apuesto que de pronto comprendió el sentimiento de quienes lloraban ante la obra de un gran artista.

Él notó su mirada firme y luminosa.

—Gracias por cuidarla estos últimos días.

Ahora que estaba despierta, volvió a hablarle como si fuera una joven racional. Jo siempre se enfadaba cuando él le hablaba en tono condescendiente, y sabía instintivamente que a Elizabeth le disgustaría aún más, por muy infantil que él la considerara.

En realidad, quería pellizcarle las mejillas, reprenderla y enviarla de vuelta a su habitación, lejos de aquella enfermería oscura y fría, para que durmiera todo el día.

Tal como había previsto, su manera de hablar la hizo feliz. Ella le ofreció una sonrisa amplia y llena de dientes.

—¿Vas a volver a casa? —preguntó él, divertido por lo fácil que era complacerla.

Ella negó con la cabeza y susurró:

—Tengo que quedarme aquí.

—¿Seguirás cuidándola?

Elizabeth asintió, y un leve rubor tiñó sus mejillas. Aquella conversación susurrada al amanecer, cuando el mundo aún dormía, la hacía sentirse extraña, como si fueran íntimos y no simples desconocidos.

—Eso está bien.

Sus hombros se relajaron y se volvió hacia el médico, que ya había terminado de examinar a Jo.

—¿Cómo está?

El pronóstico era favorable, y los acertados consejos de Dorothy ayudaron a romper la fiebre de Jo. Tras unos días de reposo y medicinas, el médico les aseguró que se recuperaría.

Lord Darby, aliviado, pasó el resto del día junto a Jo, conversando sobre viejos tiempos mientras Elizabeth observaba.

Más tarde, tuvo que ir a clases y, cuando regresó, Lord Darby ya se había retirado a una posada. Jo le informó además que al día siguiente volvería a Cambridge.

Elizabeth sintió una extraña sensación de vacío al escuchar la noticia y un impulso repentino de llorar. Aquella tristeza desesperada era incluso peor que la que había sentido cuando partió por primera vez al internado.

Jo notó su expresión y le preguntó por el castigo. Elizabeth se lo contó todo y, al final, volvió a romper en llanto.

Jo le dio unas palmaditas en la espalda.

—No llores. Admito que me alegra que no te envíen a casa. No quería quedarme aquí sin ti.

—Supongo que sí me necesitas —dijo Elizabeth, secándose los ojos—. Las niñas te habrían acosado sin mí.

—Y solo estaremos aquí dos años. No es tanto tiempo. Sé que es difícil para ti… no te gusta que te digan lo que debes hacer, y esta escuela trata precisamente de disciplina y orden. Pero aún podemos divertirnos rompiendo algunas reglas.

—Es cierto.

Aún tenía la mirada baja, con la advertencia de Penny resonando en sus oídos. Nunca le habían dado azotes; ¿dolería?

Jo reflexionó un momento y luego dijo con seriedad:

—Hoy te ves muy hermosa.

Elizabeth se animó de inmediato.

—¿De verdad?

—Las lágrimas brillando en tus pestañas son encantadoras.

—¿Mi piel está deliciosamente sonrojada?

Jo miró el rostro redondo y rojo, con una pequeña burbuja de mucosidad en la punta de la nariz, y mintió con total aplomo.

—Nunca he visto a nadie más favorecida en toda mi vida.

Elizabeth se sintió un poco mejor.

—Estar triste de vez en cuando no es tan malo. Forja el carácter.

Jo apretó los labios.

—¿Serás feliz ahora por mí?

Elizabeth la abrazó.

—Lo intentaré.

Más tarde esa noche, Elizabeth mojó la pluma en tinta, pasó la página y continuó escribiendo en su diario.

Rodeada de una familia amorosa, ¿es extraño que me sienta tan sola? Y, sin embargo, la cercanía entre Lord Darby y Jo me hizo desear tener a alguien así también, alguien con quien pudiera compartirlo todo sin temer ser juzgada o reprendida. La última vez

que Jane descubrió que me había metido a escondidas en el carruaje del conde Penbrooke y me había ido a Londres, se enfureció. Yo había ido a comprarle cintas, y aun así estaba disgustada.

Jo ha estado llorando en su almohada todas las noches desde que enfermó y ocultando su tristeza durante el día, pero en cuanto vio a Lord Darby rompió en lágrimas y tuvo tantas quejas que me quedé pasmada.

Él la escuchó con paciencia, le secó el rostro con un paño húmedo y la complació hasta que sus sollozos se apagaron. Fue tan amable que no pude evitar sentirme conmovida.

Le dije a Jo que quería casarme con él. No lo decía en serio entonces, pero el enlace tiene ciertas ventajas. Parece frío, pero se transforma en un ponche caliente con la persona que ama.

Es casi seis años mayor que yo, pero no creo que sea una diferencia tan grande. Me habló como si yo fuera una dama, pues es lo bastante maduro como para mirar en mi alma y reconocer mis profundas y sabias cualidades.

He pedido a mis hermanas que frustren sus planes de matrimonio hasta que yo tenga edad suficiente. Sin duda harán todo lo posible por mantener a mi prometido a salvo y protegerlo de las garras feroces de las damas solteras.

Es demasiado bueno para este mundo y necesita que yo lo proteja.

Ah, mi corazón tiembla de preocupación. No puedo esperar a crecer y casarme con él.

Quince días después, Jo por fin regresó a la habitación de Elizabeth y volvió a asistir a clases.

—Monitores —la señorita Shelley, la profesora de italiano, entró en el aula con paso firme—. Repartan estos folletos.

La señorita Shelley tenía un aire extraño y rancio, como si estuviera aferrada al pasado. Al igual que las otras maestras, llevaba racimos de rizos alrededor de la cabeza y un vestido bien entallado y de busto alto, pero su rostro estaba excesivamente maquillado.

Evidentemente se había cubierto la piel con cerusa veneciana y se había pegado unas horrendas cejas de piel de ratón, además de un lunar negro en forma de estrella sobre el labio superior. A las niñas les resultaba aterradora, y su lengua afilada y cruel aumentaba la sensación de opresión cada vez que entraba en el aula.

Jo se tensó cuando la mirada de la señorita Shelley recorrió la clase y se posó en ella.

—Ingram, repase la lección de ayer.

—Estaba en la enfermería —respondió Jo en voz baja.

—¿Y por qué no pidió a alguien que le llevara las lecciones?

Jo se sonrojó y bajó la cabeza, avergonzada por tantas miradas sobre ella.

—Yo la ayudaré —dijo Elizabeth con pereza, tirando de Jo para que volviera a sentarse—. No deberías estar tanto tiempo de pie; acabas de recuperarte.

Su voz era baja, pero se oyó claramente en toda el aula.

La señorita Shelley lanzó a Jo una mirada irritada antes de continuar con la lección.

Jo inclinó la cabeza, casi desapareciendo en su asiento. Había perdido mucho peso y parecía frágil mientras escondía el rostro en el pecho.

Elizabeth vio que apretaba una carta en la mano y susurró:

—¿De quién es? ¿De un amante?

—De William.

El corazón de Elizabeth empezó a latir con fuerza mientras miraba la carta.

Jo la alisó para mostrarle la firma al final.

Los ojos de Elizabeth recorrieron las palabras con avidez. Su letra era limpia, audaz y firme. No había ni una gota de tinta derramada, y el contenido era conciso, como si el autor no quisiera desperdiciar papel ni tinta.

—¿Qué dice?

—Mi hermana Mary iba a casarse con el señor Russell este verano, pero él se ha fugado con la menor de las señoritas Temple. Es el tercer compromiso roto de Mary.

—Qué pena.

Jo suspiró suavemente.

—Mi madre no está bien otra vez. Puede que tenga que ir a casa pronto.

—Creo que nos dejarán volver a casa al comienzo del verano. ¿Puedes esperar hasta entonces?

—No estoy segura. William es impreciso. Tal vez no quiera preocuparme, o quizá no sea nada y solo sea un simple resfriado.

—¡Ingram! Póngase de pie.

Elizabeth esperaba que también la reprendieran, pero la señorita Shelley la ignoró.

—Niña sucia, no se ha lavado bien. ¡Mire debajo de sus uñas y ese vestido arrugado tan horrible!

El vestido de Jo estaba algo gastado, pues era viejo y lo había usado repetidamente, así que guardó silencio. Se negaba a disculparse por ser pobre. En cuanto a no haberse lavado bien, las sirvientas habían llevado cubos de agua caliente a su habitación y llenado una bañera en la que se había sumergido durante largo rato. Gracias al jabón de Elizabeth, incluso olía a rosas.

—¿No va a admitir su falta? —el rostro de la señorita Shelley se ensombreció.

Las lágrimas brillaron en los ojos de Jo, pero apretó los labios y se negó a hablar.

—Sus uñas están limpias —Elizabeth perdió la paciencia—. No me habría importado que nos regañara por hablar en clase, pero esto es ensañarse con ella. ¿De qué debería disculparse? Quizá debería revisarse la vista, señorita Shelley. Un monóculo no estará de moda, pero es práctico y le sería de gran ayuda.

Por fin la señorita Shelley se volvió hacia Elizabeth. Claramente había estado favoreciendo a la hermana de la duquesa, pero ahora… sus ojos se entrecerraron.

—Ya que Ingram se ha recuperado, debería comenzar su castigo, señorita Fairweather. Aislamiento durante un mes, ¿no es así? Hablaré con la señora Atwater y lo anunciará mañana en las oraciones matutinas. Desde ahora nadie podrá hablar con Fairweather, y se trasladará a la habitación preparada para su penitencia.

—Yo… —Jo abrió la boca, pero Elizabeth la empujó suavemente hacia abajo para que se sentara.

—Ya la he irritado —susurró Elizabeth—. No te disculpes, o todos mis esfuerzos habrán sido en vano.

Jo, a regañadientes, se mordió el labio y puso la carta en la mano de Elizabeth. Ya no podían hablar, pero con aquel gesto Jo demostraba que le entregaba su tesoro más preciado, su primo Lord William Darby, a Elizabeth.

CAPÍTULO NUEVE

Más tarde esa noche, Elizabeth fue a su habitación para hacer el equipaje y retirarse a su reclusión de un mes. No le permitían llevar dulces ni ropa bonita, y se consoló pensando que pasar un tiempo casi en ayunas podría ayudar a reducir sus mejillas hinchadas, que en ese momento parecían notablemente las de una ardilla almacenando nueces.

En algún punto, empezó a disfrutar el papel de heroína melancólica y eligió deliberadamente las prendas más lúgubres, los sombreros más espantosos y las zapatillas más trágicas. Incluso su lectura consistía en tomos densos y sombríos que o bien la convertían en una muchacha llorosa o en una adormilada.

Por fin, arrastró su desdichado cuerpo hasta el escritorio y escribió una carta a un sastre en Londres para encargar ropa para Jo. Metió uno de los vestidos que mejor le quedaban a Jo en una bolsa y le rogó a Molly que lo enviara al día siguiente.

Planeaba darle la ropa nueva a Jo e insistir en que era un regalo de cumpleaños adelantado, para que nadie volviera a burlarse de ella.

Molly se despidió de Elizabeth con lágrimas en los ojos.

—Nunca ha tenido que valerse por sí misma, señorita; ¿cómo se las arreglará?

—No soy una estúpida. —Elizabeth colocó con cuidado su planta en el alféizar de la ventana—. Es solo un mes; compórtate bien y disfruta de tu libertad.

—Pero…

Elizabeth sacó una botella de brandy de cereza y la metió en las manos de Molly. Naturalmente, la criada dejó a un lado sus dudas y sonrió radiante.

—Es hora del té.

Cuando Molly se marchó, Elizabeth examinó la habitación que le habían asignado. Era sencilla, tosca, básica y fría. Consistía en una

cama dura, un escritorio y una pequeña ventana. Sus pertenencias debían guardarse en un baúl de viaje bajo la cama, ya que la habitación ni siquiera tenía armario.

Molly había llorado al verla, pero Elizabeth contempló su celda casi monástica con deleite. Estaría incómoda y angustiada por primera vez en su vida, y quería asegurarse de ser lo más miserable posible.

Por desgracia, su deseo de ser desgraciada no se cumplió, porque su habitación temporal estaba en la planta baja y daba al huerto. Así que cada noche, Dimbercove trepaba hasta su cuarto y le llevaba dulces y abundantes novelas y poemas encantadores. Durante el día dormía en clase y, como nadie tenía permitido hablarle, los profesores no podían hacer más que verla roncar.

Los días de castigo no fueron tan terribles. Los maestros habían olvidado azotarla y, al final, se sentía renovada, como si hubiera estado de viaje en Bath.

Al término de su sentencia, parecía que Elizabeth había recibido una recompensa de un mes. Salió luciendo aún más hermosa, más delgada y radiante. Los profesores solo pudieron morderse los labios con rabia y tragarse sus palabras.

Pero hubo cosas que irritaron a Elizabeth durante su castigo. Primero, había pasado frío por las noches, así que empezó a detestar las habitaciones sin chimenea. La otra fue que la señorita Shelley había aprovechado su silencio para acosar a Jo a diario. La maestra entraba con paso firme en el aula y pedía a Jo que repasara la lección del día anterior. Si fallaba en un solo punto, la hacía ponerse de pie frente a la clase con los brazos en alto.

Jo se avergonzaba con facilidad, y aquello era la peor forma de tortura para ella. Elizabeth sabía que Jo soportaba todas las injusticias por el bien de William. Él había suplicado a Sir Ingram que enviara a Jo a la escuela y había destinado parte de su asignación para pagar su educación. Así que Jo hacía todo lo posible por estudiar y cumplir el deseo de su primo, tratando de mantenerse alejada de los problemas y portarse bien.

La maestra parecía percibir esa debilidad y, como una experta intimidando, empezó poco a poco a intentar quebrar la orgullosa

columna de Jo.

Pero Jo soportaba los insultos en silencio. No era que no se atreviera a responder, sino que temía que, si lo hacía, la expulsarían pronto, dada la mala reputación de su familia y sus escasos recursos.

Elizabeth jamás permitiría que algo así ocurriera y, ahora que Penelope era dueña de la escuela, era casi imposible que expulsaran a Jo. Pero Jo no quería tentar a la suerte y permanecía callada.

Así que, en cuanto terminó el castigo de Elizabeth, su mente se centró en el quid del problema.

La señorita Shelley.

Elizabeth comprendió una verdad desde muy joven: la gente buena sufría, pero le habían dicho que el cielo los recompensaría al final.

Sin embargo, Elizabeth se preguntaba si no sería mejor ser traviesa y feliz mientras su cuerpo aún era joven y capaz de disfrutar de las cosas buenas de la vida, en lugar de recibir una existencia fácil en la segunda mitad. La vejez nunca era agradable, y la vida podía extinguirse en cualquier momento, así que ¿qué sentido tenía portarse bien?

Aprendió esa lección reflexionando sobre su carácter defectuoso durante su estancia en la cámara de castigo. Como resultado, decidió lograr que despidieran a la señorita Shelley.

***

El mes de reflexión había sido esclarecedor en muchos sentidos. Aunque Elizabeth había disfrutado plenamente del castigo, aquellos momentos de meditación silenciosa la iluminaron sobre asuntos importantes. Por ejemplo, se dio cuenta de que tendría que vivir en el seminario durante dos años y hacer ciertos cambios para que sus días fueran más llevaderos.

Debía hacer más amigas, ya que estar rodeada de rostros sonrientes sería más agradable que de ceños fruncidos. Esto también beneficiaría a Jo, pues las conexiones significaban aliados y, como joven empobrecida, era una excelente forma de ascender socialmente. Algunas de esas chicas provenían de familias de

comerciantes ricos, mientras que otras podrían casarse con poderosas familias aristocráticas, así que debían ganárselas.

En segundo lugar, necesitaba su ayuda para deshacerse de la señorita Shelley.

—¿Quieres hacer amigas? —frunció el ceño Jo—. ¿Y quieres que yo haga lo mismo?

—Sí. Necesito su ayuda para librarnos de la señorita Cejas Escondidas de Ratón.

—¿Quién?

—La señorita Shelley.

Jo se mostró escéptica.

—Has enfurecido a todas. Te llevará la mayor parte del año ganártelas. Y aun así, puede que no funcione.

Esa tarde, después del almuerzo, Jo entró al aula y encontró a Elizabeth sentada sobre el escritorio de la maestra, con las piernas colgando y balanceándose con impaciencia. Su rostro rosado estaba lleno de encanto inocente. Lanzaba una bolsa de monedas al aire y la atrapaba con una risa encantada, haciendo que muchas jóvenes se volvieran a mirarla.

—Señorita Ray —llamó Elizabeth a una joven empobrecida—. Aquí tiene unos chelines; cómprese un bonito vestido.

La señorita Ray palideció.

—¿Qué puedo hacer por usted a cambio?

Ella sonrió dulcemente.

—Nada, solo sea mi amiga.

La señorita Ray pareció desconfiada, pero aceptó las monedas y volvió a su asiento.

Elizabeth continuó repartiendo dinero a todas las chicas necesitadas, seguido de frutas confitadas y pasteles.

A las hijas de comerciantes adinerados les entregó los nombres y direcciones de los mejores sastres, modistas, merceros y zapateros de Francia y Londres, frecuentados por la nobleza.

Luego ofreció recetas secretas transmitidas en familias famosas para mejorar la tez, gotas para lograr ojos brillantes y cómo hacer rubor con pétalos de rosa. La receta más popular consistía en poner un poco de carne fresca sobre un lunar y luego enterrarla en el

jardín de alguien que detestabas. Al día siguiente, el lunar desaparecería y aparecería otro en la nariz del enemigo.

Al anochecer, las chicas se agrupaban alrededor de Elizabeth en la sala de estudio, susurrando y compartiendo chismes. Gracias a sus hermanas y a los bailes que había observado en secreto, Elizabeth estaba llena de noticias. Conocía muchas historias divertidas, y para la hora de irse a la cama ya se había ganado a todas.

Esa noche, Jo, acostada en la cama, aún estaba aturdida por los acontecimientos del día.

—Te hiciste amiga de toda la clase en un solo día.

—No es nada —dijo Elizabeth con modestia.

—¡De toda la clase! Incluso la señorita Fortune te lanzó una mirada afectuosa.

Elizabeth estaba complacida, pero intentó mantener la modestia.

—Mis talentos están en comprender a las personas, mientras que los tuyos están en los estudios. Pero no tengas envidia. Aunque tenga a toda la alta sociedad a mis pies, siempre te consideraré mi amiga más cercana.

Jo no lo dudó, ya que las chicas habían rodeado a Elizabeth toda la noche, pero ella le contaba sus historias mirando a Jo y compartió primero con ella los pequeños pastelillos que la duquesa le había enviado. El mensaje fue claro para la clase: si querían ser amigas de Elizabeth y beneficiarse de ella, debían tratar bien a Jo o la amistad se acababa.

Jo cerró los ojos y reflexionó profundamente. Su visión del mundo dio un giro y sus prioridades se reordenaron. Elizabeth había comprado amigas de manera efectiva. Tener dinero era realmente maravilloso, y se prometió casarse con un hombre rico cuando creciera. Era una importante lección de vida.

El dinero podía comprar la felicidad.

Elizabeth puso en marcha su plan el mes siguiente para expulsar a la señorita Cejas Escondidas de Ratón.

Le explicó a Jo que necesitaba tiempo para cultivar su amistad con las chicas y descubrir secretos que pudieran usar para chantajearlas si decidían traicionarla y denunciarla ante la señora Berry y Atwater.

Jo, ingenua, creía que hacerse amigas significaba lealtad de por vida, pero Elizabeth era más astuta. Tras haber aprendido la lección con amargura en escuelas anteriores, no confiaba con facilidad, y solo después de extraer algunos secretos de sus compañeras las involucró en su gran plan.

El primer día, Elizabeth eligió a seis chicas para interrumpir la clase. A Gilly le pidió que durmiera durante la lección; a Poppins, que hablara constantemente con sus vecinas; a Mayberry, que lanzara bolitas de papel, y si la maestra no se daba cuenta, que apuntara a su cabeza empolvada. Burtons era excelente para reírse, así que debía hacer precisamente eso, y así sucesivamente.

La señorita Cejas Escondidas de Ratón era irritable y perdía los estribos constantemente. Mientras tanto, Jo y Elizabeth mantenían la cabeza baja como niñas obedientes.

Al día siguiente, Elizabeth eligió a seis chicas diferentes para interrumpir la clase de manera similar. Esto continuó hasta que la señorita Cejas Escondidas ya no pudo soportarlo más. Lloró al final de la segunda semana y renunció en la tercera.

Las chicas celebraron con una botella de vino, un frasco de aguardiente de manzana y un gran pastel de frutas. A partir de entonces, los días de Jo fueron mucho más fáciles. Su confianza aumentó y, al tener tantas chicas con quienes hablar, su carácter floreció y parte de su timidez desapareció.

Jo registró fiel y regularmente todo esto en una carta que envió por correo lento a su primo.

***

William tomó el abrecartas de plata y abrió la carta de Jo, escrita meses atrás, pero que apenas ahora se disponía a leer.

Desdobló el fino pergamino y examinó cuidadosamente el contenido.

William,

Me alegra que te hayas graduado con honores. Felicitaciones. Estoy bordando un pañuelo para ti como regalo.

Las chicas aquí aún recuerdan tu apuesto rostro, y Eli piensa que deberías untarte la cabeza con grasa de cerdo cada vez que salgas para protegerte de las damas solteras y peligrosas.

William frunció el ceño. ¿Eli? Ah, Jo debía referirse a aquella niña, Elizabeth.

Recordó haberla conocido por primera vez cuando dejó a Jo en el seminario. Nevaba intensamente y Jo estaba exhausta por el largo viaje en carruaje, pero aun así había insistido en despedirlo hasta el coche alquilado después de saludar a la directora.

Había sido un día gris. La tierra, el cielo y su ánimo habían estado igual de apagados. En medio de la incomodidad y la desdicha, apareció una dulce niña envuelta en piel blanca, con suaves ojos castaños llenos de luz y del asombro absoluto de la juventud, destacándose contra el fondo de un carruaje oscuro y severo.

Era evidente, por su ropa costosa, sus mejillas rosadas y la inconfundible expresión en sus ojos, que la niña era querida, protegida y adorada. Era alguien que había recibido todos los lujos posibles desde su nacimiento. Su existencia era una rareza, pues pocos podían presumir de una vida tan feliz y despreocupada.

Había bajado del carruaje, y las expresiones atentas y preocupadas de su doncella y su lacayo ofrecían un atisbo de su futuro. Sus problemas nunca serían graves y siempre se resolverían con rapidez, y jamás probaría el verdadero dolor ni las penurias.

El sol brilló de pronto con más intensidad cuando él comprendió que una niña tan bendecida existía en aquel mundo infernal, un pequeño bollito lleno de fragancia y sol.

No envidiaba su buena fortuna, sino que esperaba que permaneciera feliz y dichosa el resto de su vida.

Más tarde, cuando la vio cuidar de su prima, se alegró de no haber resentido sus comodidades a primera vista. Una niña así era demasiado buena y merecía tener el mundo a sus pies.

Con una sonrisa, inclinó la cabeza y continuó leyendo la carta de Jo.

«Me he recuperado bien, pero Eli no lo cree. Estoy cansada de sus regaños constantes. Su familia sigue enviando cajas de dulces todos los meses, y ella insiste en que debo comérmelos porque ella no puede o engordará, y entonces tú no querrás casarte con ella.

También me obliga a sentarme al sol o cerca del fuego, diciendo que mi figura pálida y temblorosa da miedo y que debo entrar en calor.

La señorita Cejas Escondidas de Ratón, quiero decir, la señorita Shelley, la maestra que mencioné y que había sido horrible conmigo estos últimos meses, ha renunciado. Eli sobornó a la clase para atormentarla hasta que perdió la razón y dimitió.

¿Está mal que me sienta encantada con el resultado?

Lo celebramos horneando un pastel de frutas en la cocina a medianoche. Nadie nos descubrió. Eli incluso sacó una botella de aguardiente de manzana y la compartió con la clase el día de la partida de la señorita Shelley. Pero se negó a dejarme probar una sola gota, diciendo que estaba demasiado frágil y que me había recuperado hacía poco. ¿Me dejarás probar brandy cuando vuelva a casa?

Más tarde esa noche, oí a un perro aullar desde la ventana de mi dormitorio. Eli también lo oyó. ¿Está todo bien?

Escribe pronto. Te echamos de menos. Eli insistió en que escribiera "echamos".»

William sonrió al doblar la carta y guardarla en el cajón. Se alegraba de que Jo por fin se hubiera asentado y empezara a llevar una vida normal en su internado. Había temido que fuera discriminada y que la sombra de los actos de su padre la convirtiera en una paria.

Por suerte, la señorita Fairweather la había tomado bajo su protección y estaba cuidando de ella, aunque Jo no parecía darse cuenta. Pero si llegara a comprender la amabilidad de la señorita Elizabeth, probablemente detestaría sentirse compadecida y la apartaría de su lado.

Jo no entendía a las personas ni sus motivaciones tan bien como entendía la aritmética.

Por otro lado, la señorita Fairweather resultaba ser más lista de lo que él había supuesto, con un corazón cálido y afectuoso. La única preocupación era su lado travieso. Esperaba que la niña no se hiciera daño en alguna de sus aventuras.

Sacó un pergamino nuevo, y su expresión se ensombreció al inclinar la cabeza para escribir. Sus *problemas* no podían borrarse con facilidad, y ningún ángel poderoso sanaría sus cicatrices.

Jo,

No me pondré grasa en el cabello.

Anoche asistí a una representación de Othello con la señorita Harper. A mí me gustó, pero a ella no. No creo que volvamos a vernos, y sospecho que la culpa es mía, ya que al final de la velada me arrojó una copa de vino sobre la cabeza y se marchó hecha una furia.

Desde que comenzó la temporada, algunas otras damas adineradas me han extendido invitaciones. He estado asistiendo a eventos por insistencia de tu padre, intentando encontrar un partido adecuado.

Tu madre vuelve a estar indispuesta. ¿Cuándo comienzan tus vacaciones? Sería agradable tenerte en casa.

Mary ha encontrado otro pretendiente. Esta vez, un general feroz.

Cuídate, escucha a la señorita Fairweather y pórtate bien.

William

Releyó el contenido y esperó que sus intenciones quedaran claras. Aunque las muchachas hubieran decidido fingir que él se casaría con la señorita Elizabeth Fairweather, era esencial hacerles saber que no sería así. Aun siendo jóvenes, no quería herirlas siguiendo el juego. Después de aquello, si Jo continuaba con aquel sinsentido de emparejarlo con Elizabeth, sería más directo y lo pondría fin.

Nadie podría haber previsto que enviaría otra misiva apenas un mes después de aquella carta, solicitando con urgencia a la señora Atwater que permitiera a Jo ausentarse y regresar a casa.

Su madre había muerto.

CAPÍTULO DIEZ

William no podía abandonar Ingram House, y estaba al límite intentando encargarse de los asuntos del funeral y de su tío sumido en la depresión. Quería enviar a un amigo de confianza para traer a Jo del seminario, pero antes de que pudiera hacerlo, recibió un mensaje urgente.

La señorita E. Fairweather organizó un carruaje rápido y partió con la señorita J. Ingram. Deberían llegar antes de la medianoche.

Atwater.

William, que acababa de terminar de escribir a su amigo, arrugó la carta con la tinta aún húmeda y la arrojó a la papelera con un suspiro de alivio.

***

Elizabeth sostuvo en silencio a su amiga durante todo el apresurado viaje. Jo no derramó una sola lágrima; su porte era rígido, congelado.

Elizabeth no era ajena a la muerte, aunque hasta entonces la habían mantenido alejada de funerales y protegida de presenciar el dolor profundo de sus familiares. Era la primera vez que se veía arrojada a una situación sin el abrazo protector de su familia.

La aterrorizaba, pero intentó ser valiente por el bien de Jo.

Llegaron a la casa avanzada la noche y encontraron a Lord Darby esperando. Permanecía en la entrada con un candil que proyectaba una luz débil y escasa, mientras su alta figura se erguía sobre los escalones y proyectaba una sombra alargada.

Elizabeth bajó primero y ayudó a Jo a descender, y luego se acercaron rápidamente a él.

El frío aire otoñal estaba impregnado del aroma de flores que llenaban la casa y la entrada, enmascarando el hedor de la muerte.

El perfume empalagoso y el traqueteo del carruaje habían hecho que Elizabeth se sintiera enferma, y apretó las faldas para ocultar el temblor de sus manos.

Se sentía inquieta, sabiendo que un cadáver yacía tras una pared, a pocos pasos de donde estaba. El último funeral al que había asistido había sido el de la viuda de Blackthorne, pero era demasiado joven entonces para comprender demasiado.

Ahora entendía mejor la finalidad de la muerte. Ese conocimiento, sumado a la incómoda sensación de encontrarse en una casa llena de extraños, la llenaba de ansiedad.

Jo tropezó en el primer escalón, y Elizabeth la sostuvo con rapidez, reprendiéndose en silencio.

No se trataba de su propia incomodidad, sino del sufrimiento de Jo.

Sus pasos vacilaron cuando el rostro de Lord Darby quedó a la vista. Seguía siendo impactante, pero la suavidad de la juventud parecía haber abandonado su semblante, y sus ojos eran aterradoramente negros.

Jo corrió a sus brazos, y él la estrechó con fuerza. Miró a Elizabeth por encima de la cabeza de su prima y reconoció su presencia con una leve inclinación.

La ternura que ella había visto en él la última vez que se habían encontrado parecía ahora un sueño lejano.

Elizabeth entrelazó las manos mientras observaba a los primos abrazarse y consolarse. Desvió la mirada, incapaz de soportar la intensidad de aquellas emociones, y deseó poder huir de regreso a la seguridad del colegio.

Tras un largo rato, Lord Darby se apartó de Jo y contempló su rostro pálido.

—Tengo mucho que atender. El cuerpo está en el salón. Mary y tu padre velan junto a las criadas… ¿quieres verlo?

Jo tembló y se mordió el labio.

Él continuó con suavidad:

—El cortejo fúnebre está organizado para la mañana; no es seguro acompañar el ataúd.

El significado era claro: aquella era su única oportunidad de ver el cuerpo.

Jo finalmente apartó la mirada, se refugió en el abrazo de Elizabeth y negó con la cabeza.

—Quiero recordarla feliz y sana. No quiero verla sin vida.

Él pareció aliviado por su decisión y asintió.

—Entonces te llevaré a tu habitación.

Se volvió hacia Elizabeth.

—¿Puedes compartir habitación con Jo? No quiero que duerma sola.

—Sí. Para la procesión, puedo pedirle al duque que envíe guardias.

Él negó con la cabeza.

—Tu presencia a su lado es suficiente. Gracias.

Aquella conversación distaba mucho de la última vez. Era como si dos adultos se enfrentaran con la misma preocupación.

Esa noche, Elizabeth sostuvo el cuerpo tembloroso de su amiga y la consoló con palabras suaves. No durmieron ni un instante y, después de eso, pasaron los días siguientes sumidas en un profundo duelo.

Ingram House era apodada por la alta sociedad como "el Caldo del Escándalo". Había sido en otro tiempo una respetable residencia aristocrática, con excelentes muebles y diseño. Ahora, las sedas y terciopelos estaban descoloridos, las alfombras manchadas por el descuido y las paredes del ala norte mohosas y descascaradas.

Los colores y tapicerías llevaban cincuenta años pasados de moda, gran parte de la vajilla estaba desportillada, la plata sin pulir y el polvo se acumulaba en las habitaciones de invitados. No era por falta de sirvientes, sino por negligencia.

Elizabeth comprendió que Lord Darby estaba ocupado con los invitados y los asuntos del funeral, ya que Sir Ingram había quedado desolado tras la muerte de su esposa, y la hija mayor de la casa, Mary Ingram, no aparecía por ninguna parte. Así que decidió encargarse de Jo, consiguiéndole vestidos negros de seda y preparándole infusiones cada noche para ayudarla a dormir.

Unos días después, finalmente se cruzó con Mary. La mujer era nueve años mayor que Jo, pero su carácter era inmaduro. Su rostro era alargado y amargo como una pluma afilada, y sus ojos azules estrechos y acuosos.

Era tan delgada que una ráfaga de viento podría hacerla temblar, pero su porte era audaz y su lengua cruel y cortante.

Se la oía gritar a los sirvientes todo el día, dándoles órdenes y quejándose sin cesar. Pero ante extraños se volvía suave, indefensa y dulce, lo cual asombró a Elizabeth. Tal cambio era notable.

Durante toda la estancia, Mary no mostró preocupación por su hermana menor ni la buscó. Coincidían en las comidas, ignoraban la presencia de la otra y vivían de manera independiente.

Cuando Mary supo que Elizabeth era una Fairweather, su actitud se suavizó e intentó mostrarse amistosa, pero Elizabeth había visto suficiente en aquellos días como para mantenerse cautelosa.

Dos semanas después, un incidente lo cambió todo. Sir Ingram comenzó a mirar a Elizabeth de una manera extraña, lo bastante perturbadora como para que ella evitara cruzarse con él.

Pero no podía evitarlo para siempre. Un día la encontró sola en la biblioteca. El olor a alcohol la alertó de su presencia. No tenía miedo —le habría bastado un instante para derrotar a un hombre de su tamaño—, pero no quería herirlo. Era, después de todo, el padre de Jo, así que esperó a ver qué quería.

Él empezó a acercarse y, en el camino, tomó un pesado candelabro. Era pleno día, no necesitaba una vela; lo tomó porque planeaba golpearla con él.

El corazón de Elizabeth se hundió, y enderezó la espalda, preparada para luchar. Él alzó el candelabro, con los ojos vidriosos y rojos, y apuntó a su cabeza. Pero antes de que pudiera reaccionar, alguien lo sujetó por la cintura y lo lanzó lejos.

Lord Darby fulminó con la mirada a su tío, que yacía sobre la alfombra. Su rostro, habitualmente apuesto, mostraba una expresión feroz, y sus ojos se habían vuelto de un rojo oscuro por la ira. Se inclinó lentamente hacia Sir Ingram, y sus largos dedos pálidos se clavaron en el grueso cuello del hombre mayor.

—Elizabeth, vete —gruñó.

Ella no discutió; salió rápidamente de la habitación y se ocultó junto a la puerta para escuchar.

—¿Qué intentabas hacer? —la voz grave de Lord Darby estaba llena de desprecio—. Tiene la misma edad que tu hija.

—Me malinterpretas —balbuceó Sir Ingram—. Solo pensaba en secuestrarla y pedirle dinero al duque. Piénsalo, William. No le haríamos daño, solo la esconderíamos unos días, y cuando consiguiéramos fondos suficientes para pagar las deudas, la enviaríamos de regreso a casa.

—Has perdido la razón si crees que aceptaré una proposición tan odiosa.

—Si no quieres involucrarte, que así sea, pero puedo encargarme de todo yo solo...

—Si quieres vivir, destierra ese pensamiento de tu mente, tío.

—¿Q...qué quieres decir?

—El lobo acecha al ciervo —la voz de Lord Darby descendió a un tono bajo—. El tigre sigue sus pasos.

—William —Sir Ingram sonaba horrorizado—. No hablarás en serio. Soy tu tío, tu única familia.

— ¿Le chupaste la felicidad a tu esposa y la enviaste a la muerte? ¿Y ahora también quieres dañar a niñas inocentes para satisfacer tu codicia?

—¡Esa muchacha tiene casi dieciséis años, edad suficiente para casarse! No es una niña, y su familia es rica; escucha la razón...

—Tendré que pasar mi vida pagando tus deudas, pero si cruzas esa línea, te mataré.

—Tú… tú… ¡Te prohíbo que me hables así! Después de todo lo que he hecho por ti, hijo desagradecido.

—¿Hijo? ¿Ahora estás cegato? —rio, y el sonido heló la sangre de quien escuchaba—. Tu muerte me conviene, así que no me tientes.

Elizabeth no se atrevió a oír más y se alejó en silencio. El corazón le pesaba de pena. Sentía lástima por Jo por tener una familia tan horrible y por Lord Darby, cargado con responsabilidades que no le correspondían.

Su propia familia era tan distinta que el contraste la golpeó con más fuerza. En verdad, quería ayudar, y si Jo se lo permitía, pagaría gustosa las deudas, incluso si eso significaba fingir un secuestro por un corto tiempo.

Pero conocía a los primos; eran demasiado orgullosos para aceptar un plan así.

A la tarde siguiente, Elizabeth no se sorprendió cuando Lord Darby apareció a su lado. Dejó el tejido y alzó la vista.

—Ven conmigo.

La condujo al despacho de Sir Ingram.

Entró en la estancia y se volvió para verlo abrir más la puerta antes de sentarse detrás del gran escritorio de palisandro.

Le indicó la silla frente a la suya, y ella se acomodó en ella.

Elizabeth sabía lo que él quería preguntar, y su rostro se encendió de vergüenza. Era una sensación nueva, así que evitó su mirada preocupada y escrutadora.

Él sirvió una taza de té y la colocó ante ella. Su voz era suave y baja, como si hablara con un pájaro herido.

—¿No estás herida?

Ella negó con la cabeza.

Él empujó hacia ella un plato de castañas glaseadas.

—¿Estás tan disgustada que ya no puedes ni mirarme?

Le pesaban las pestañas, pero se obligó a alzarlas un instante antes de bajar la cabeza otra vez.

—No estoy disgustada.

Era cierto que no lo estaba; simplemente estaba increíblemente cohibida. Era la primera vez que estaban solos en una habitación y, aunque la conversación era sombría, su corazón no podía evitar brincar como un cervatillo excitado.

En el breve vistazo que le había dado, él parecía angustiado. A ella le picaban los dedos por apartarle el mechón de cabello que caía como seda negra sobre su frente y alisar las líneas entre sus cejas.

Al ver que ignoraba las castañas, él empujó hacia ella unos bombones con torpeza e inseguridad.

—Lo siento.

—Usted no tuvo la culpa —murmuró ella.

Él se frotó los ojos como un niño exhausto.

—Todo lo que él hace… es culpa mía.

Ella comprendió su significado. Sir Ingram era su familia, y aunque Lord Darby no cometiera los delitos, no podía escapar a las consecuencias de las malas acciones de su tío.

Se inclinó hacia adelante y habló con sinceridad:

—No lo hago responsable de este asunto. Le ruego que lo aparte de su mente.

Tras un momento, él volvió a acercarle los dulces mientras sus ojos recorrían ansiosos sus facciones, como si no creyera sus palabras. Era evidente que nadie le había dicho jamás que no debía cargar con la culpa de los actos de su tío.

Ella lo miró con impotencia, preguntándose cómo convencerlo. Finalmente, tomó la taza de té, dio un pequeño sorbo y mordió un bombón.

La tensión alrededor de sus ojos se suavizó al verla comer, así que ella lo complació continuando, aunque no tenía apetito.

Él tomó su taza y la sostuvo entre las manos.

—Deberías regresar a la escuela con Jo. Aquí es desagradable. Sir Ingram ha perdido el juicio.

Entonces ella lo miró y sugirió con cautela:

—¿Puedo llevarla a mi casa en su lugar? Unas semanas en Finnshire le harán bien. Cuidaré bien de ella.

Tras un momento, él asintió.

—Sí, pueden partir mañana por la mañana. Esta vez, permíteme organizar el carruaje.

Su tono fue firme, así que ella no discutió, y así, las muchachas se encontraron poco después alejándose a toda velocidad de la atmósfera deprimente de Ingram House hacia el luminoso y pequeño pueblo de Finnshire.

CAPÍTULO ONCE

Elizabeth decidió distraer a Jo en cuanto llegaron a Finnshire. Insistió en que ambas eran demasiado bajas y que debían aprovechar su juventud para trabajar en sus figuras. Así, durante los tres primeros días, bebieron únicamente caldo de huesos por la mañana, por la tarde y por la noche.

El plan de Elizabeth funcionó, en cierto modo, pues cayeron enfermas a causa de dos tazones de sopa dudosa y tardaron un mes en recuperarse. Después de eso, Elizabeth decidió dejar la preocupación por su estatura en manos del destino, y los días se volvieron más relajados y apacibles.

Fue entonces cuando Jo comprendió lo consentida que estaba Elizabeth. Se despertaba cuando quería, comía lo que le apetecía y cuando le apetecía, y cada dos días llegaba una caja de parte de sus hermanas, parientes o amigos de la familia, llena de regalos para entretenerla.

Tenía un ejército de sirvientes ayudándola todo el día, y no tenía que mover un dedo ni alzar la voz. Casi como por arte de magia, los criados anticipaban y satisfacían sus necesidades.

Su habitación estaba llena de lujos, y su armario rebosaba de los vestidos más hermosos a la última moda. Joyas, sombrereras y zapatos se apilaban de manera asombrosa en su salón privado.

Su hermana mayor, Jane, no tenía interés en tales ostentaciones, pero Elizabeth… Ah, Elizabeth vivía para esas cosas. Pensaba en el desayuno antes de irse a dormir y en el almuerzo mientras desayunaba. Pasaba horas hojeando revistas femeninas y marcando los estilos que le gustaban. El resto del tiempo escribía a sus hermanas, suplicándoles que compartieran los últimos chismes de la alta sociedad, o se sentaba en un árbol silbando a vacas y ovejas.

Mientras tanto, Jo se acercó mucho a la señorita Jane Fairweather. Jane pasaba sus días pintando en la galería acristalada, y a Jo le gustaba tumbarse en un banco, sin hacer nada más que

escuchar el suave roce del pincel sobre el lienzo y aspirar la fragancia del óleo y la trementina.

No le gustaba correr, caminar ni siquiera moverse. Además, ahora hacía frío. Una nevada temprana había cubierto el campo de blanco.

Jo no lograba entender por qué Elizabeth prefería corretear en el frío con dos lecheras, una vaca y una oveja, vestida de seda y pieles, en lugar de beber té dulce junto al fuego.

En vez de disfrutar de una habitación cálida y acogedora, Elizabeth revoloteaba como un conejo feliz, entrando y saliendo a toda prisa, trepando a los árboles y bajando de ellos, todo mientras sujetaba un puñado de revistas femeninas.

Así que Jo se alegró de descubrir a la hermana más tranquila y se quedó a su lado.

Elizabeth, en cambio, no estaba complacida. Si las encontraba juntas, se enfurruñaba, hacía un berrinche y a veces incluso se encerraba en una habitación con su gata, Miaow Miaow, hasta que Jo lograba convencerla de salir.

En momentos como esos, Jo compadecía al futuro esposo de Elizabeth. Le sería difícil convivir con una criatura tan posesiva.

Con todo el caos y los berrinches que rodeaban a Jo en Finnshire, se mantuvo distraída y no cayó en lo más profundo del duelo.

La mayoría de las veces, Jo despertaba sin poder creer que su madre ya no estaba, y cuando lograba convencerse de que era real, rompía a llorar.

Entonces Elizabeth aparecía con algún acertijo absurdo, como que el tónico luminoso que le había dado la señorita Pekham no surtía efecto, o que la carne de res que había enterrado en el jardín del carnicero después de aplicarla al lunar de la cocinera no había funcionado como esperaba. La piel del carnicero seguía reluciendo como manteca, mientras que el lunar de la cocinera había echado dos pelos, así que debían encontrar una solución antes de volver a la escuela.

En otras ocasiones, Jo era arrastrada a conocer a una extraña colección de amistades que Elizabeth había reunido con los años, o tenía que intervenir en una pelea entre Elizabeth y Jane a petición de la señora Fairweather.

Jane incluso le suplicó a Jo que vigilara a Elizabeth y fuera la voz de la razón en la escuela. Temía que su hermana resultara herida por su carácter impulsivo, y Jo se sintió orgullosa de la responsabilidad que le habían confiado. Juró proteger a Elizabeth y apartarla del mal camino.

En cuanto al señor Fairweather, se escondía todo el día en el estudio.

Al final, Jo se preguntaba cómo aquella casa tan maniática había sobrevivido sin ella todo ese tiempo.

Ese lado salvaje de Elizabeth solo se mostraba ante la familia. Su risa abierta y alegre, su espíritu juguetón y su necesidad de revolcarse al aire libre quedaban ocultos para las chicas de la escuela y las damas que a veces visitaban desde pueblos cercanos. Ante ellas, Elizabeth era una joven perfecta, de delicadas sensibilidades y gran elegancia.

Los días siguientes se volvieron un poco más cálidos, y la nieve se derritió lo suficiente como para despejar los caminos. Así, se decidió que las chicas debían regresar a la escuela. La señora Fairweather invitó a sus amigas y a sus hijas a una merienda para animar a Elizabeth antes de su partida.

La posición social de la señora Fairweather había ascendido tras los excelentes matrimonios de sus hijas, y ahora muchas familias notables elegían visitar su casa en Finnshire. La señora Fairweather disfrutaba de aquellas visitas y hacía todo lo posible por exhibir lo que había acumulado gracias a su nueva riqueza y conexiones.

El día de la reunión, las mujeres mayores se sentaron en el salón principal, bebiendo té mientras todo, desde saquitos aromáticos hasta almohadas del dormitorio de la señora Fairweather, era sacado y pasado de mano en mano para que el grupo lo alabara. Después, la conversación derivó, como era natural, en debatir qué nieto era más talentoso.

Mientras tanto, Elizabeth, Jo y un grupo de jóvenes se sentaron en la sala de recepción, ya que el salón estaba siendo redecorado y Jane ocupaba la galería acristalada. Lo más importante era que aquella era la única habitación lo bastante alejada de los oídos de sus madres.

Elizabeth se sentaba con la espalda recta, los ojos bajos y las manos colocadas con gracia sobre el regazo. Vestía un precioso vestido verde oscuro. Un collar de diminutos diamantes brillaba en su cuello, y un broche de perla relucía en su suave cabello castaño.

Jo llevaba un vestido de satén negro, pero su cabello estaba rizado al frente y el moño en la nuca estaba cuidadosamente arreglado. No era especialmente hermosa, pero su expresión silenciosa y melancólica la hacía parecer intrigante y aún más distinguida y madura.

Las visitantes quedaron debidamente impresionadas.

—He oído que el carruaje de ustedes tiene buena suspensión —dijo Elizabeth en voz suave a la señorita Hayworth—. ¿Los caballos son árabes?

La señorita Hayworth no tenía idea, pero asintió con entusiasmo.

—Sí.

—Eso pensaba.

Elizabeth sonrió y bebió su té con delicadeza.

—¿Una galleta? —ofreció la señorita Dew, tendiéndole un plato.

—No podría, gracias. No me gustan los dulces.

Jo apretó los labios al recordar las almendras azucaradas y las rosas confitadas escondidas en el bolsito que Elizabeth sostenía con gracia sobre el regazo.

Tras otra ronda de conversación cortés, el ambiente se volvió un poco más animado. Quizá porque la incomodidad inicial de conocerse había desaparecido o porque el vino sin rebajar corría libremente por gargantas de lirio.

—Anoche —la voz de Elizabeth bajó, y las jóvenes se inclinaron hacia delante con expectación— recibí una carta intrigante de alguien.

—¿De quién? —preguntó una.

—No puedo decirlo —respondió Elizabeth con fingida modestia, sacando una bolsa de cacahuetes y pasándolos antes de continuar —. Pero puedo contarte lo que decía. Fue absolutamente escandaloso. Tuve que beber un trago de brandy para calmar mis nervios. Son delicados.

—¿Qué es delicado? —preguntó Jo.

—Mis nervios —frunció el ceño Elizabeth—. ¿No lo sabías?

Jo movió la cabeza de un lado a otro.

—¿Qué decía la carta? —rogó la señorita Pennywise.

Elizabeth partió un cacahuete y se llevó los granos a la boca mientras Jo se levantaba de pronto.

—Debo llevar esto a la biblioteca antes de que continúes —dijo.

Todas vieron la Biblia que descansaba sobre la mesa auxiliar de la sala para entretenimiento de los invitados que esperaban, y asintieron con la cabeza.

Alguien señaló el rosario que yacía al lado, así que también fue retirado con rapidez. Jo escondió obedientemente los objetos y regresó. No podía impedir que Elizabeth hablara, pero sí podía mitigar los efectos lo más posible.

—Continúa —suplicó la señorita Dew.

Elizabeth obedeció.

—La conocida que me escribió juró que vio a la señorita Woodsworth, la última belleza que ha cautivado a la alta sociedad; seguro han oído hablar de ella. Pues bien, estaba bajando del carruaje, y el lacayo…

—¿El lacayo? —repitieron las jóvenes al unísono.

La voz de Elizabeth descendió aún más.

—Le apretó el trasero.

Las jóvenes soltaron jadeos y gritos, en parte por el escándalo y en parte por puro deleite.

Elizabeth quedó satisfecha con la reacción y se dio unos toquecitos en los labios con el pañuelo para ocultar su sonrisa complacida.

—¿La señorita Woodsworth se molestó? —preguntó la señorita Dew.

—No —respondió Elizabeth—. Lo hizo dos veces más, y ella solo se echó a reír.

La conversación continuó, y las demás comenzaron a compartir sus propias experiencias y chismes picantes. Elizabeth escuchaba todo con fruición mientras partía cacahuetes a gran velocidad y arrojaba las cáscaras al suelo sin reparo.

—¿Han oído hablar de Lord Darby? —dijo de pronto la señorita Pennywise.

Elizabeth y Jo se quedaron inmóviles.

—¿Quién? —preguntó alguien.

—El hombre más apuesto de la alta sociedad. Está arruinado y endeudado, con una historia trágica. Mi hermana lo adora, al igual que sus amigas. He oído que recibe rosas y camafeos pintados casi a diario. En el último baile hubo una estampida cuando entró en el salón, y el anfitrión tuvo que esconderlo. Dicen que casi siete jovencitas se desmayaron al ver sus cejas afiladas como una espada.

El corazón de Elizabeth empezó a dolerle con fuerza. Quería oír más y, al mismo tiempo, deseaba que la muchacha guardara silencio.

—¿Lo has visto? —preguntó Jo con cautela.

La señorita Pennywise miró hacia la distancia.

—He visto su retrato. Mi hermana contrató a un artista para que siguiera a Lord Darby y captara su imagen. El artista se escondía en arbustos, detrás de árboles, se colgaba de ramas y cosas así, y al final logró un parecido bastante fiel.

Jadeó y alzó un dedo tembloroso.

—¡Cielos! Se parece exactamente a ese joven. Qué inquietante semejanza.

Las jóvenes se giraron y vieron a un muchacho apoyado en la puerta. Por su postura, parecía que llevaba un buen rato escuchándolas.

Se ruborizaron.

¿Cuánto habría oído? Pero, más importante aún, ¿cómo podía alguien ser tan deslumbrantemente atractivo?

El sol estaba a punto de ponerse y bañaba la habitación con una luz suave que realzaba sus facciones. Sus ojos negros y penetrantes contenían risa, exasperación, afecto e irritación… mientras su alta figura, envuelta en un abrigo de lana verde oscuro, acentuaba su masculinidad entre el mar de jóvenes sobresaltadas.

Era como si un ángel hubiera descendido entre mortales y capturado la luz dorada del atardecer. Un extraño hechizo se apoderó del grupo, y todas sintieron que, si se acercaban

demasiado, arderían en llamas o alcanzarían la iluminación como Siddhartha Gautama.

Mientras las invitadas permanecían embelesadas, el corazón de Elizabeth comenzó a latir con violencia, presa del horror.

¿Las habría oído? ¿Qué pensaría ahora de ella?

Se enderezó y sacudió las migas de su vestido, incapaz de sostener la mirada en su rostro.

¿Por qué su padre no le había advertido cuándo llegaría Lord Darby? Había imaginado que, cuando volviesen a encontrarse, ella se presentaría como una visión encantadora. Quizá él entraría en la habitación y la hallaría tocando el piano, vestida de seda blanca, o la descubriría bebiendo té recostada en una chaise longue iluminada por la luna. Después se mirarían durante tres cuartos de hora y estallarían en una balada de amor.

En cambio, la había sorprendido cubierta de cáscaras de cacahuete, algo achispada y chismorreando como una vulgar.

Quería hundirse en la tierra o evaporarse.

—William —Jo corrió a su lado—. Qué sorpresa tan agradable.

Él sonrió a su prima, y sus ojos se suavizaron al instante, llenos de afecto.

—He venido a acompañarte a casa por Navidad. No creo que debas volver aún a la escuela.

Elizabeth notó las miradas curiosas de las demás y una extraña rabia se alzó en su interior. Quería ocultarlo de aquellos ojos codiciosos.

Jo lanzó una mirada al rostro de Elizabeth y arrastró a William lejos, como si protegiera a las jóvenes de ser abatidas como faisanes despistados.

En cuanto se marcharon, las muchachas estallaron en chillidos y comentarios excitados, deseando saberlo todo sobre la criatura tan apuesta.

Elizabeth hervía en silencio y se negó a hablar más. La merienda se volvió incómoda y se prolongó una hora más antes de que pudiera escapar para ir en busca de Lord Darby. Él estaba en la galería acristalada, observando a Jane pintar junto a Jo.

Jane y Lord Darby tenían edades similares y, uno junto al otro, formaban una pareja atractiva.

Elizabeth se acercó y le sujetó la manga con dos dedos. Él la miró con interrogación.

Su mirada aguda le atravesó el alma, y su cuerpo se balanceó como un péndulo sobre una fuente de agua, mientras sus entrañas se agitaban como si hubiera caído en el vacío y descendiera sin fin.

Permaneció así, mirándolo, hasta que un pincel cayó al suelo con estrépito.

Elizabeth parpadeó y recobró el juicio.

—¿Se encuentra mal? —preguntó él con preocupación.

—No.

Con cuidado, lo apartó de Jane, intentando no llamar la atención.

—¿Cuándo se marcha?

Él le sujetó la muñeca con la mano enguantada y, con un leve esfuerzo, logró soltarse del abrigo.

—Mañana por la mañana.

—¿Dónde pasará la noche? —preguntó Jo.

—En la posada del pueblo. Vendré a recogerte por la mañana; estate lista.

—Quédese aquí. Tenemos habitaciones de sobra —dijo Elizabeth.

Jane parpadeó ante la voz suave y humilde que su hermana había empleado con él.

Una sombra de incomodidad cruzó el rostro de Lord Darby.

—La posada es suficiente, y solo será por una noche…

—Tonterías —intervino Jane con cortesía—. Padre no le permitirá irse. Además, Jo ha sido un encanto, y la tratamos como a la familia. ¿Cómo podríamos permitir que su primo se aloje en otra parte?

Jo se sonrojó de placer, y hasta Elizabeth dedicó a Jane una sonrisa agradecida.

Tras otra ronda de discusión, esta vez ante el señor y la señora Fairweather, él finalmente aceptó quedarse.

Elizabeth apenas pudo hablar con él durante la cena, y luego se retiraron para ayudar a Jo a preparar su equipaje.

A la mañana siguiente, en medio del ajetreo, Elizabeth logró escabullirse unos minutos a solas con Lord Darby. Ocurrió cuando él

aguardaba junto al carruaje, listo para partir.

***

William observó cómo Elizabeth enviaba al lacayo que ayudaba a cargar el equipaje con un recado. Su intención era evidente: deseaba unos instantes a solas con él.

Se pellizcó el puente de la nariz. Cuando las mujeres se le acercaban en bailes y eventos, una leve insinuación bastaba para romperles el corazón; pero Elizabeth era joven, y no quería herirla.

En sus cartas había intentado dar a entender que probablemente se casaría pronto con una rica heredera. No era cierto, pues no tenía intención alguna de contraer matrimonio. Había cedido a los deseos de su tío y hecho todo lo posible por la familia Ingram, pero se negaba a venderse en matrimonio.

Aun así, lo había mencionado repetidamente para enfriar el evidente encaprichamiento de Elizabeth. Le inquietaba el afecto que ella le profesaba. Era una compañera excelente para Jo, y sería una lástima perderla. Sin embargo, había notado la mirada adoradora en sus ojos la noche anterior y comprendido que su enamoramiento infantil no hacía sino intensificarse.

—Es un día precioso para viajar —dijo Elizabeth con una sonrisa radiante.

Sus ojos brillaban al sol, y su rostro parecía un poco más delgado de lo que recordaba. Era una lástima; le habían gustado sus mejillas redondas y rosadas, que la hacían parecer un dulce y pequeño herbívoro.

—Lo es —respondió él con sequedad, volviéndose.

—Sobre lo de ayer… —se ruborizó ella—. ¿Cuánto escuchó?

Él se detuvo y volvió a mirarla.

—Lo suficiente.

—Entiendo.

Él dudó un instante, con la vista fija en un roble a lo lejos.

La brisa era cortante y se arremolinaba entre las ramas, haciendo temblar algunas hojas ocres antes de que descendieran lentamente al suelo.

Sus ojos regresaron lentamente al rostro de ella.

—Señorita Elizabeth, usted es alguien de relevancia, y sus palabras se toman en serio. Una sola opinión frívola suya puede arruinar la vida de una persona. No es la clase de joven que yo creía que era.

—¿…Qué?

Sus ojos le recordaron castañas bañadas en miel, claros y dulces hasta doler.

Él endureció el corazón y continuó:

—La señorita Woodsworth… esa joven de la que usted habló con tanta ligereza ha ayudado a muchas muchachas tímidas en el pasado y ha animado a sus pretendientes a bailar con ellas. Es bondadosa y generosa, pero usted ha manchado su reputación y sus posibilidades de encontrar un buen matrimonio con sus comentarios mordaces. Esa vaga conocida suya pudo haber inventado toda la historia por envidia y, aun así, sin investigar, usted la ha sentenciado.

Vio cómo la luz se apagaba en sus ojos y cómo el rubor ascendía a sus mejillas como si la hubiera golpeado físicamente, pero prosiguió con frialdad:

—Además, aunque se hubiera enamorado del lacayo, no debería mostrarse tan intolerante. No tiene nada que ver con usted.

—No me di cuenta —balbuceó ella.

—Tiene edad suficiente para entender que sus acciones y palabras tienen consecuencias. Jo jamás sería tan cruel, y espero que su buen carácter modere el suyo.

La cabeza de Elizabeth cayó, y fijó la vista en sus pies. Nadie la había reprendido jamás con tanta dureza y en un tono tan distante y cruel. Sus ojos se enrojecieron, y su piel palideció aún más, haciéndole pensar que estaba a punto de desmayarse.

Él dio un paso atrás, y una ramita seca crujió bajo su bota.

Ella alzó la cabeza de golpe y lo miró valientemente a los ojos.

—¿Tiene algo que decir? —preguntó él.

Sus labios temblaron, sus ojos se llenaron de lágrimas a punto de derramarse, pero aun así forzó las palabras:

—Lo siento. Fui irreflexiva y cruel. Enviaré a alguien a las casas de todas las jóvenes que vinieron ayer para aclarar que no ocurrió nada y que me equivoqué. Les rogaré que no difundan el rumor y pediré a

mis hermanas que ayuden a la señorita Woodsworth a encontrar un buen partido.

Él la miró con sorpresa. Había esperado que se rebelara, que discutiera o que hiciera un berrinche. En cambio, había recibido sus palabras con más madurez de la que anticipaba. De pronto se sintió orgulloso de ella, como cuando Jo resolvía una fórmula matemática compleja.

Deseó extender la mano y acariciar su suave cabeza castaña, decirle que todo estaba bien. Era joven, y él había sido innecesariamente severo para poner fin a su enamoramiento infantil, pero se contuvo.

Tras un instante, respondió con una sola palabra seca:

—Bien.

Ella se iluminó de inmediato.

—¿Entonces me perdona?

Una vez más, quedó desconcertado. ¿Qué debía responder ahora? Si decía que no, ¿no sería él el inmaduro? Si aceptaba, todas las palabras crueles que había pronunciado quedarían en nada.

La miró desde arriba, impotente, y poco a poco se suavizó al encontrarse con sus ojos esperanzados. Parecía un cordero deseoso de jugar; ¿cómo podría cortarle la cabeza en su lugar?

—¿Está listo para partir? —la voz de Jane acudió en su ayuda. Ella y Jo habían estado junto a un roble, observando la escena durante algún tiempo.

William se volvió rápidamente y se inclinó ante Jane.

—Lo estoy. Gracias por su hospitalidad.

Jo se acercó a Elizabeth, cabizbaja como si tuviera una cola que rozara el suelo. Le susurró al oído:

—No veo la hora de que Ingram House sea tuya y regresemos juntas a casa como una sola familia.

Elizabeth le ofreció una sonrisa temblorosa y, en secreto, se secó las lágrimas en el hombro de Jo mientras se abrazaban.

Después, todo quedó olvidado entre el torbellino de despedidas, buenos deseos de última hora y promesas de reencontrarse en el nuevo año.

Jane observó cómo el carruaje se alejaba y regresó de inmediato al interior para escribir una carta a sus hermanas.

Por fin habían descubierto la debilidad de Elizabeth: un hombre capaz de hacerla arrepentirse, reflexionar y cambiar sus travesuras.

Era un milagro de Navidad, y no debían dejarlo escapar.

CAPÍTULO DOCE

Elizabeth tampoco regresó a la escuela, pues la Navidad estaba ya muy cerca. Además, la nieve había comenzado a caer de nuevo; los copos, ligeros como plumas, formaban gruesos montículos contra ventanas y puertas y cubrían los caminos con hielo, haciendo peligroso viajar largas distancias.

Aquel año, la Navidad se celebró en la casa de Finnshire, ya que el señor Fairweather había estado delicado de salud y había solicitado la presencia de todos. Así, todas las hijas Fairweather, junto con sus maridos e hijos, llegaron desde distintas partes de Inglaterra.

Fue un tiempo caótico, ruidoso y feliz, y resultaba imposible hablar en voz baja o comportarse con el menor decoro. Elizabeth pasaba el tiempo decorando la casa con sus sobrinos o comiendo empanadas frías y dulces.

La intensa nevada y el viento helado los mantuvieron confinados juntos y, aunque Elizabeth adoraba a su familia, su paciencia comenzó a agotarse en apenas dos días.

La casa de Finnshire había sido en sus inicios una construcción modesta, pero con los años se le añadieron distintas alas hasta que llegó a ser tan grande como una mansión, y ninguno de los nuevos anexos combinaba con los demás.

Era como si a un ciempiés le hubieran añadido una cola espinosa, a un pez unas patitas rechonchas, a un gato dos vidas o a un perro un pico.

La fachada caótica daba carácter a la casa, pero la intromisión de la señora Fairweather y su pésima planificación hacían imposible vivir con comodidad.

Por ejemplo, el cuarto de los niños estaba demasiado cerca del dormitorio de Elizabeth, y durante la noche permanecía despierta escuchando llorar a los pequeños, pues cuando uno chillaba, despertaba a los demás.

El día de Navidad, los mayores y los niños se reunieron alrededor de las chimeneas después de la iglesia, así que Elizabeth se sentó junto a la ventana y observó los copos de nieve flotando en el viento. Uno de sus sobrinitos le robó la porción de pastel mientras soñaba despierta, y lo único que pudo hacer fue perseguir al mocoso furiosa.

—Elizabeth, ven conmigo —la llamó Jane.

Elizabeth abandonó la persecución y salió dando pisotones junto a Jane.

—Ahora tengo las botas empapadas, Jane. ¿Qué quieres?

Se dirigieron al pabellón de caza detrás de la casa, que había sido convertido a partir de un viejo granero, la inspiración creativa del señor Fairweather en aquella ocasión. Estaba lleno de manzanas secas y grano, pues el señor Fairweather había olvidado que lo que antes se guardaba en el granero también necesitaba un nuevo lugar donde almacenarse.

Las paredes estaban adornadas con cabezas y pieles de diversos animales. El mobiliario era oscuro y sombrío, e incluso la madera que revestía los muros era casi negra. Abrieron las cortinas, pero la tenue luz del sol invernal apenas mitigó la atmósfera deprimente del lugar.

Elizabeth se sentó sobre un saco de trigo y Jane sobre uno de arroz.

—Viento atolondrado, gansa insensata —Jane se inclinó y le dio un golpecito en la cabeza—. Estás terriblemente encaprichada, y tu comportamiento es vergonzoso.

—¡Le diré a mamá que me has pegado!

—¡Válgame...! —Jane se llevó la mano al pecho y fingió desmayarse—. Estoy aterrada.

Elizabeth, que había estado conteniendo su mal genio durante dos días, explotó y se lanzó contra ella.

—¿Por qué me regañas, arpía horrible?

Jane esquivó un puñetazo.

—Mostrabas tu afecto por Lord Darby como mamá cuando exhibe sus cajas de rapé.

Elizabeth le tiró del cabello, mientras Jane le atrapaba la oreja con dolorosa firmeza.

El rostro de Elizabeth se tornó rojo, y jadeó.

—¡Ay, suéltame, ay, ay! Esto no tiene nada que ver contigo.

—¡Otra torpeza y arruinarás el nombre de los Fairweather!

—¡Torpe tú! —Elizabeth le arrancó la cinta del cabello—. ¡Zoquete, pato desplumado lleno de grasa rancia!

—Otra vez no tienes sentido cuando te enfadas. Cálmate —dijo Jane, soltándole la oreja—. Escúchame un momento, Eli. Ya hay suficientes chismes sobre nosotras. Todos se preguntan cómo nuestras hermanas hicieron matrimonios tan excelentes; algunos incluso nos llaman brujas. Oíste bastante en la escuela, ¿por qué entonces sigues coqueteando sin decoro?

—No he provocado ningún escándalo.

—No he dicho que lo hayas hecho, pero cualquiera que te observara sacaría conclusiones desagradables. Me dio vergüenza por Lord Darby; el pobre hombre no sabía qué hacer. Si continúas con ese comportamiento descontrolado, jamás se casará contigo. Parece un caballero de naturaleza reservada, y lo espantarás con tus maneras.

Elizabeth soltó a Jane y volvió a sentarse en el saco. El estómago le dio un vuelco, ya fuera por las palabras de su hermana o por el gran cuenco de castañas que había devorado aquella mañana; no sabía cuál de las dos cosas era la culpable.

¿Había sido tan descarada que había arruinado sus posibilidades? ¿Era vulgar su comportamiento? ¿Por eso él no la veía como una candidata adecuada? Conocía las indirectas en sus cartas y la frialdad creciente de su actitud hacia ella.

¿Era su naturaleza impetuosa la culpable?

Sintió el rostro arder y evitó la mirada de Jane, deseando huir y esconderse en su habitación para llorar. Sin embargo, con tanta gente en la casa, alguien irrumpiría y la sorprendería en lágrimas. Oh, no podía soportarlo.

—Eres odiosa —escupió Elizabeth.

Jane se inclinó hacia ella.

—Eli… intento ayudarte. Eres joven y no entiendes...

Elizabeth apartó su mano bruscamente.

—¡Casi tengo dieciséis! Pronto haré mi presentación en sociedad. Mi amiga Amber tiene mi misma edad y se casó hace poco...

—Pero tú eres más ingenua.

—¿Me estás llamando tonta?

—¡No! Eres lista, más que la mayoría, pero no comprendes los sentimientos entre un hombre y una mujer. Adoramos tu naturaleza desenfrenada, pero debes moderar tu lengua si quieres conquistar al que amas.

Su temperamento volvió a encenderse.

—Lo entiendo todo.

Jane suspiró.

—Crees que sí, pero… ah, eres obstinada y te estás enfadando. Intento ayudarte.

La sangre de Elizabeth comenzó a hervir otra vez. Aún no se había recuperado de las duras palabras de Lord Darby, y ahora su hermana también la reprendía.

¿Qué había hecho tan mal?

La mayoría de las chicas de su edad se enamoraban o admiraban a alguien. ¿Era un crimen mostrar sus emociones con honestidad y sin engaño? Le habían enseñado toda la vida a no mentir ni actuar a escondidas, y ahora se le pedía precisamente eso en la decisión más importante de todas.

Por una vez, no sabía qué hacer ni cómo conseguir lo que deseaba. Una lágrima ardiente rodó por su mejilla.

—No necesito tu ayuda. Eres horrible, y ojalá te obliguen a casarte con alguien a quien no ames.

Empujó a Jane y salió corriendo del pabellón.

Cuando regresó a la sala familiar, la señora Fairweather estaba ebria y anunciaba lo complacida que se sentía de que todas sus hijas se hubieran casado bien. Esperaba que Jane hiciera lo mismo pronto. Cuando le preguntaron por Elizabeth, guardó silencio y dijo que no le importaría que Elizabeth se quedara con ella para siempre, pero que si se casaba, esperaba que fuera por amor y no por conveniencia.

Fue una declaración tan extraña y un favoritismo tan evidente que una de las hermanas bramó de inmediato, llamando malcriada a Elizabeth, quien supuestamente obtenía todo lo que deseaba.

Elizabeth, que había vuelto a su asiento junto a la ventana, corrió las pesadas cortinas a su alrededor, bloqueando las miradas acusadoras. No se consideraba la afortunada, pues todas sus hermanas se habían casado con el hombre del que se enamoraron, mientras que la persona que a ella le gustaba la miraba como si fuera una niña de cinco años que se hurgaba la nariz y necesitara ser reprendida en cada encuentro.

Unos días después, uno de los niños destruyó una pintura en la que Jane estaba trabajando, y Jane sospechó que Elizabeth lo había hecho en un arrebato de ira. Elizabeth se enfureció, pues no era la primera vez que la acusaban de algo así sin ser culpable.

Se produjo otra pelea; esta vez fue tan desagradable que no volvieron a hablarse ni a mirarse durante el resto de las vacaciones.

La feliz reunión familiar quedó completamente arruinada para Elizabeth, de modo que, cuando llegó el momento de regresar a la escuela, sintió alivio.

Una vez más, Atterberry House bullía con muchachas renovadas y listas para chismear tras las fiestas.

Jo y Elizabeth se abrazaron y lloraron a mares, junto con el resto de la clase, declarando que estaban absolutamente desoladas por haber estado tanto tiempo separadas de sus amigas. Todas habían engordado un poco tras atiborrarse en Navidad, aunque juraban haber subsistido con una dieta escasa de sopa blanca y vino aguado.

De nuevo se restableció la rutina escolar, y Jo volvió a escribir a su primo, describiéndole todo lo que Elizabeth hacía con la mayor fidelidad y honestidad posibles. Sentía que era su deber transmitirle la información con regularidad y se tomaba muy en serio la tarea de unir a las dos personas que más quería en el mundo.

Jo adoraba la personalidad de Elizabeth, así que no le ocultaba nada a su primo. Relataba con todo detalle sus travesuras, con la esperanza de que él también llegara a amar su lado aventurero.

William,

Jo garabateó su nombre con la lengua asomando fuera de la boca. El papel y la tinta ya no eran artículos preciados, pues Elizabeth era generosa con los suministros, así que había comenzado a divagar en sus cartas.

¿Recuerdas al gato de Finnshire? Pues está muerto, y Eli ha estado llorando durante una quincena. Cualquier mención del gato o de su nombre, Miaow Miaow, la hace romper en sollozos.

La planta que había llevado a la escuela como recuerdo de Finnshire también está muerta. Sospecho que alguna de las chicas de la clase lo hizo, pero con tantas traidoras entre nosotras, es imposible determinar a la culpable.

Así debe de sentirse Inglaterra, rodeada de enemigos.

Quiero ser enfermera y ayudar a nuestros apuestos soldados a sanar después de la batalla.

Jo

*****

William,

Recibí tu carta y respeto tu opinión de que todos los soldados son valientes, aunque no necesariamente apuestos. Gracias por ilustrarme. Ya no quiero ser enfermera.

Eli y yo volvimos a pelear. Es enteramente culpa suya. Le pidió a la clase que organizara un funeral, y yo pensé que era para la planta, pero dijo que era para mí. Me quedé horrorizada y la enfrenté de inmediato.

Dijo que si seguía comiendo solo dos cucharadas de gachas en el desayuno y nada más, sin duda moriría antes de que terminara el año. Aseguró que quería tener listos los arreglos funerarios y a mi gusto para cuando estirara la pata. Solo dejó de preguntarme sobre ataúdes y mortajas cuando empecé a terminarme el cuenco entero.

Me negué a hablarle después de eso. ¡Imagínate organizar mi funeral mientras todavía respiro!

Lloró y lloró hasta que finalmente cedí y la perdoné, así que decidió unirnos como hermanas.

Encontró un libro con un extraño ritual que prometía que, si se realizaba correctamente, nos convertiríamos en hermanas de sangre

en la próxima vida.

Trajo dos copas de sangre, lo cual me asustó, pero dijo que temía cortarnos la piel porque podría dejarnos cicatriz y entonces nadie querría casarse con nosotras, así que utilizó sangre de pollo y de cerdo para realizar el ritual.

William, ¿funcionará si es sangre de pollo y de cerdo? ¿Somos hermanas ahora o hermanas del pollo y del cerdo? ¿Está mi alma unida a la de Elizabeth o a la del ave? ¿Cómo sabré si he conseguido una hermana del alma en forma de un porcino fantasmal? ¿Existe algún experimento del que pueda observar y sacar conclusiones?

Escribe pronto; estoy ansiosa por desentrañar esta cuestión metafísica.

Siempre tuya,
Josephine

Te ruego que quemes esta carta en cuanto la leas, no sea que alguien la encuentre y acabemos atadas y arrojadas al Támesis.

*****

William,

Perdona, pero esta semana solo puedo escribir unas pocas líneas. Anoche Eli consiguió una botella, y las muchachas pronto quedaron empapadas en lágrimas del jarro. Estoy enfadada porque no me incluyó en el plan ni me dejó probar nada. Es la segunda vez que me trata así.

Fue Eli hace un momento, y el exceso la dejó con náuseas, así que se puso colorete bajo los ojos y fue a la enfermería a dormir.

La enfermera cree que está gravemente enferma, y me han pedido que la acompañe, lo que significa que me perderé todas las lecciones. Por otro lado, podré dormir hasta tarde durante dos días, lo cual es maravilloso.

Las alumnas mayores se marchan pronto, y nos contaron un gran secreto: un fantasma ha empezado a rondar nuestra escuela.

He oído que tienes una amante.

La prima cuarta de la señorita Pekham lo supo por su vecina, que es amiga de la señorita D. ¿Estás ahora con la señorita D.? ¿Es cierto? ¿Puedes permitírtela?

Jo

***

William,

Hoy dimos un largo paseo. La nieve se ha derretido y la vegetación está verde y exuberante. Por el camino vimos muchos corderos, patitos y terneros. Cuando regresamos, todas las chicas mayores se apiñaban alrededor del hogar en la sala común. Las monitoras estaban sentadas más cerca del fuego y nos hicieron sitio a Eli y a mí.

Pero Eli ahuyentó a las mayores y animó a las más pequeñas, que tiritaban con sus delantales, a sentarse más cerca del fuego.

Cuando las monitoras protestaron, Eli les dijo que se veían muy bonitas con las mejillas sonrojadas por el frío. Que era mejor conservar ese rubor natural el mayor tiempo posible y admirarlo. Las pequeñas podían calentarse, ya que no necesitaban verse bien.

Las chicas estuvieron de acuerdo, pues un profesor apuesto se había unido para enseñarnos aritmética y estaba en la sala.

Cuando le pregunté a Eli si lo que había dicho era verdad, me recordó que no le gusta mirar nada desagradable y que la visión de niñas pequeñas y heladas resultaba poco grata.

Pero, William, la vi en secreto acariciar a la niña más desaliñada, cuya falda estaba cubierta de tierra, como si se hubiera caído durante el paseo. Tenía la nariz chorreando, y hasta a mí me resultaba poco agradable el espectáculo. Eli eligió a esa niña para sentarla en el lugar más cálido, le acarició la cabeza, le deslizó un caramelo de limón y luego se apresuró a marcharse, como avergonzada de que alguien hubiera visto su gesto.

¿De verdad a Eli le importan tanto las apariencias? Si no es así, ¿por qué insiste en lo contrario? A veces no la entiendo.

Mis lecciones van bien. Sobresalí en todas las materias excepto en italiano y francés. Eli es la mejor cosiendo y tejiendo. Le gusta hacerlo en nuestra habitación, pero se niega a admitir que lo disfruta.

Me alegra que padre haya dejado de acumular deudas, ya que está demasiado ebrio para hacerlo.

Sigo triste por mi madre, pero el dolor en el pecho es menor cuando pienso en ella ahora. No puedo creer que hayan pasado ya seis meses desde su muerte. Quisiera llevar luto un poco más, si eso es aceptable.

Como sugeriste, iré a Finnshire en Pascua. Es una lástima que el general se negara a casarse con Mary. ¿Será solterona para siempre? Esperaba que estuviera casada para el verano, así podría quedarme con su habitación cuando me gradúe. Tiene mejor vista que la mía.

Siempre tuya Jo

Las cartas de Atterberry House siguieron inundando el escritorio en Ingram House con noticias, pero Jo ocultó dos cosas a su querido primo.

En primer lugar, no mencionó que Elizabeth había resuelto el asunto del fantasma. Algunas muchachas habían visto a su amigo Dimbercove visitándola a altas horas de la noche. Desde lejos resultaba aterrador, pues era alto y de constitución robusta; sin embargo, su cráneo era pequeño, por lo que lo habían confundido con un jinete sin cabeza.

No lo contó porque no creía que su primo aprobara la amistad de Eli con un hombre así. Por lo general, no evitaba compartir ni siquiera los peores defectos de Elizabeth, ya que consideraba que su primo tenía derecho a saberlo todo sobre su futura esposa, pero este asunto era, sin duda, demasiado comprometedor.

Un joven y una joven encontrándose por la noche era algo escandaloso y difícil de explicar en una carta. No pensaba que él creyera que su relación era como la de hermanos a menos que los hubiera visto interactuar como ella lo había hecho.

La otra noticia que le ocultó fue acerca del recién llegado y apuesto profesor, y que se había enamorado profundamente de él. William desaprobaría el asunto si llegara a enterarse y, con toda probabilidad, le ordenaría regresar a casa.

CAPÍTULO TRECE

La llegada del apuesto profesor fue un acontecimiento que tuvo lugar tiempo atrás.

Cuando las alumnas mayores se graduaron, siguió una semana de festejos. El último día, tras una encantadora pantomima creada por las pequeñas, las junior despidieron alegremente a las senior, deseándoles buena salud y maridos apuestos.

Al día siguiente, algunas de las jóvenes, con los desvanes ahora vacíos, se negaron a tomar el té de la tarde; algunas incluso omitieron la cena y la merienda para demostrar cuán desdichadas estaban porque la popular y futura diamante de primera agua, Felicity Fortune, había abandonado la escuela para emprender su viaje hacia la vida adulta.

Esta desdicha se propagó por la escuela como la peste, y lamentar la partida de la señorita Felicity Fortune se convirtió en moda. La mayoría apenas había intercambiado palabra con la popular señorita Fortune, pues resultaba intimidante, pero eso no impidió que se unieran al duelo con lágrimas de aflicción.

Muchos brazos pálidos fueron pellizcados y algunos vellos de piernas sacrificados en el intento de exprimir una lágrima.

Algunas incluso se desmayaron por falta de alimento, mientras otras juraron que jamás olvidarían a la criatura más encantadora que había caminado por aquellos pasillos y escribieron poemas y cantaron canciones en su honor.

Al caer la tarde, un hombre apuesto, de unos treinta años, complexión ligera, rostro delicado, cabello rubio y grandes ojos azules, apareció en la entrada de Atterberry House. Era el nuevo profesor de matemáticas, y el asunto de la señorita Fortune fue olvidado al instante.

Las chicas se arremolinaron a su alrededor como abejas a la lavanda, con los rostros rebosantes de emoción y expectación, como

si al fin hubieran concluido una ardua peregrinación y se encontraran ante su ídolo.

Un hombre apuesto había sido depositado entre ellas; por tanto, era natural que sus cabezas giraran como molinetes.

Gritaron y rieron sin recato, embriagadas de júbilo ante la idea de que pronto les daría clase.

Algunas volvieron a desmayarse, y otras rompieron en llanto.

Las directoras, avergonzadas, tuvieron que pedir a las profesoras que escoltaran a las alumnas fuera y aislaran al aterrorizado señor Marlowe durante todo un día, hasta que las muchachas asimilaran el hecho de que se encontraba dentro de los muros de la escuela y no podía escapar.

Las profesoras temían que el recién contratado señor Marlowe, con excelentes credenciales, fuera demasiado apuesto para soltarlo entre las estudiantes. Naturalmente, su retrato no había sido adjuntado cuando respondió al anuncio, y ahora no podían despedirlo tras haberlo hecho viajar hasta allí y prometerle el puesto simplemente porque era condenadamente atractivo.

Francamente, temían por su vida, pues era como un pez dorado en un estanque lleno de pirañas.

Así que idearon una solución novedosa para calmar la tormenta: solo seis alumnas por clase podrían aprender aritmética con él, y serían aquellas que obtuvieran las calificaciones más altas.

Aquello encendió una llama en el corazón de cada muchacha. Las que odiaban estudiar se volvieron estudiosas de la noche a la mañana, y no sería exagerado decir que, con el celo que mostraron, habrían aprobado el examen final de Oxford si se les hubiera permitido presentarse.

Las matemáticas se convirtieron en la asignatura favorita al instante, y podían encontrarse chicas de todas las edades recitando fórmulas a velocidad alarmante en baños, pasillos, jardines y dormitorios.

Fue una revolución, y no sería exagerado afirmar que, desde ese día, la escuela Atterberry comenzó a producir a las mejores matemáticas del mundo. Sin embargo, el secreto de tal logro permanecía enterrado en el pecho de las directoras.

Las clases con el profesor eran supervisadas, pero las seis elegidas seguían estando cerca del apuesto señor Marlowe, mirándolo de frente.

Solo Elizabeth declaró que su corazón ya estaba entregado y que no tenía interés alguno en él.

Llegó el día de la prueba, y las muchachas desfilaron con ojeras marcadas, tan nerviosas como si fueran a presentarse ante la reina. Jo obtuvo la calificación más alta y se convirtió al instante en la chica más popular de la escuela, mientras que Elizabeth obtuvo la más baja.

Las que antes eran objeto de burla por su afán de aprender ahora eran admiradas y veneradas. Eran abordadas con preguntas de suma importancia para jóvenes de su edad: cuántas pestañas tenía el señor Marlowe, cuántas pecas y dónde; si se enfadaba, y si lo hacía, si sus ojos centelleaban de manera atractiva; cuántos vellos tenía en los brazos y si habían logrado vislumbrar sus tobillos; si eran varoniles y robustos o delgados y delicados.

La escuela entera analizó su caligrafía y examinó todo, desde el grosor de sus cejas hasta la forma de sus uñas, intentando averiguar cuanto fuera posible sobre el apuesto dios caído entre ellas.

Jo era la más observadora de todas y solía comentar estos detalles con un grupo de chicas enamoradizas.

Mientras Jo se enamoraba de las pestañas y los nudillos velludos del señor Marlowe, Lord Darby continuaba escribiéndole cartas con los nombres de sus posibles candidatas a esposa.

Eso también era fielmente transmitido a Elizabeth, y ambas examinaban cada carta de Lord Darby con gran minuciosidad, a veces hasta altas horas de la noche.

Parecía que el nuevo año estaba dedicado al amor y a los hombres. Una ola de color rosa descendió sobre la escuela, y un enjambre de mariposas invadió los estómagos. Incluso las intelectuales más severas del seminario lucían sonrisas tontas y miradas vidriosas, haciendo que las profesoras se estremecieran de horror.

Mientras tanto, Lord Darby comprendió que sus intentos de disuadir a su prima de ejercer de casamentera estaban fracasando,

pues Jo llenaba obstinadamente cada carta con las andanzas de Elizabeth. En silencio, juró mantenerse alejado de Elizabeth y evitar volver a encontrarse con ella.

Por su parte, Elizabeth fantaseaba constantemente con volver a verlo, pero esta vez se prometía presentarse como una joven perfecta, madura y sensata.

Era una lástima que Elizabeth respetara tanto la privacidad de Jo que jamás pensara en pedirle ver lo que escribía a su primo. No sabía que sus hábitos cotidianos estaban siendo anotados con honestidad y que su verdadera imagen ya había quedado grabada en la excelente memoria de Lord Darby.

A veces sacaba una de sus cartas, rozaba suavemente los trazos de tinta e imaginaba que él escribía en su escritorio, con la luz del sol, llena de polvo brillante, iluminando su cabeza inclinada. En otras ocasiones, en su imaginación, era la luna otoñal la que lo contemplaba mientras él garabateaba.

El corazón le latía de manera descompasada ante tales pensamientos, y arrojaba el pergamino lejos, solo para calmarse, recogerlo de nuevo y guardarlo en una caja.

No lo hacía a menudo, porque aquella sensación era extraña y desconocida, y la hacía preguntarse si estaría enfermando. Sin embargo, ese sentimiento inquietante traía consigo tal emoción y estremecimiento que deseaba buscarlo una y otra vez, hasta que volviera a desbordarla.

En medio de toda aquella efervescencia de romance naciente y fervor académico, una noticia impactante golpeó a Elizabeth.

Jane Fairweather, su hermana mayor, se casó con un hombre al que no conocía ni amaba.

CAPÍTULO CATORCE

Elizabeth leyó la carta de su madre anunciando el matrimonio de Jane y recordó las últimas palabras que le había lanzado a su hermana.

Había dicho que esperaba que Jane se casara con un hombre al que no amara, y ahora aquello se había cumplido.

Le dolía el corazón y se preguntó si su lengua afilada e irreflexiva había provocado aquel desenlace tan desdichado. No lo había dicho en serio; las palabras habían escapado en un momento de enojo.

Golpeó el suelo con su pequeño pie con tanta fuerza que se hizo daño, y lágrimas ardientes inundaron sus ojos.

Jane era la más cercana a ella en edad, y habían crecido juntas. Peleaban constantemente, pero Jane a menudo la protegía de sus padres y de sus hermanas mayores cuando hacía alguna travesura.

Cuando regresó a Finnshire para unas breves vacaciones tras recibir la noticia del matrimonio de Jane, sus sentimientos de culpa y pesar se intensificaron ante la ausencia del tono suave y burlón de su hermana.

Se sentó en el escritorio de Jane y escribió una carta de felicitación; la rompió, escribió otra que creyó no revelaba cuánto la echaba de menos, y la envió.

Su extraño estado reflexivo afectó también a Jo, que la había acompañado a casa, y ambas comenzaron a conversar hasta altas horas de la noche. Susurraban secretos y agravios largamente enterrados en sus corazones, rozaban levemente las filosofías esotéricas de la vida, compartían momentos esenciales de sus infancias, y así se hicieron aún más cercanas.

Como verdaderas amigas del alma, ahora sabían la una de la otra más que quizá sus propias familias.

Una noche, Jo se volvió hacia Elizabeth, con la cabeza medio hundida en la almohada de seda color crema. La cera de la vela casi se había consumido y chisporroteaba suavemente. Su luz tenue se

filtraba a través de las cortinas de la cama, dando a las muchachas una ilusión de intimidad.

Jo respiró hondo y finalmente confesó:

—Yo… siento afecto por el señor Marlowe… creo que lo amo.

Elizabeth no se sorprendió, y sin embargo sabía que aquella unión era imposible. Los sentimientos, al parecer, podían convertir incluso a la criatura más práctica en una necia.

Jo era sensata y no entregaría su corazón con facilidad, pero el amor parecía caer sobre las personas como un rayo. Podía golpear en cualquier momento y lugar, como una repentina granizada.

Le acarició la cabeza y no intentó disuadirla; en cambio, la consoló.

Jo se relajó al comprender que Elizabeth no discutiría ni le pediría que lo olvidara.

Se quedaron acostadas, extraordinariamente complacidas, pues la conversación las hacía sentirse adultas. Era delicioso sentirse tan deliciosamente maduras y hablar de amor y pérdida.

La vela terminó de consumirse y la luz se extinguió; se quedaron dormidas en la oscuridad.

A la noche siguiente, la señora Fairweather salió a visitar a una vecina anciana y enferma del pueblo, y el señor Fairweather se retiró temprano como de costumbre. Solas en casa, las chicas se acurrucaron junto al fuego en la sala familiar.

Era casi verano, pero el frío aún no desaparecía por las noches.

Elizabeth sostenía una taza de chocolate caliente; sus pequeñas manos se habían vuelto de un rosa horrible tras el paseo reciente. Continuaron la conversación de la noche anterior.

—Si un hombre ama a una mujer, se mantendrá a su lado.

Jo le quitó la taza.

—Esto te hará daño al estómago. No sé por qué sigues consumiendo cosas que te sientan mal.

Elizabeth observó con tristeza cómo el dulce chocolate se alejaba de su vista.

—Jo, ¿el amor no significa atracción? Mis hermanas vuelan hacia sus maridos como un par de palomas torcaces encaprichadas.

Jo meditó sus palabras.

—Un hombre puede querer a alguien y aun así elegir mantenerse alejado por muchas razones. Eso no confirma necesariamente la ausencia de sentimientos.

—Entonces, ¿qué lo confirma?

—No estoy segura… pero creo que tratar mal a la persona que amas, o permitir que otros la traten miserablemente, significaría que los sentimientos no son lo bastante fuertes para perdurar.

—Perspicaz —la elogió Elizabeth—. Si me importa alguien, quiero protegerlo.

Jo hizo sonar la campanilla y pidió té. Cuando dio la orden, bajó la voz.

—Le pregunté a William sobre su amante.

Elizabeth se quedó inmóvil.

—¿La de la que oímos hablar?

—Sí. Se enfadó, y la carta entera estaba llena de reprimendas. Dijo que tales asuntos no eran apropiados para que una dama los discutiera, ni era correcto que yo le preguntara sobre ellos. La carta estaba repleta de palabras como impropio, indecoroso y poco femenino. Al final fue muy grosero y me llamó mandarina graznante y vulgar.

Elizabeth notó que Jo no parecía perturbada; después de todo, él solía ser severo, y ella estaba acostumbrada a sus maneras.

—¿Vendrá aquí a buscarte?

Jo negó con la cabeza.

—Debo regresar a la escuela contigo. Dijo que está demasiado ocupado ahora que mi padre ha perdido el juicio. Mary también está abatida porque el general ha desaparecido, y él debe ocuparse de los asuntos de la finca, además de sus rabietas.

Elizabeth suspiró, decepcionada, sacó la Tintura Real de Flores Griegas y bebió lentamente. Con suerte, cuando volvieran a verse, brillaría como una lámpara de gas en una noche sin luna y lo obligaría a notar su presencia.

Mientras tanto, Jo abrió una castaña recién asada y mordisqueó la pulpa dulce y caliente, con la mente igualmente distraída por pensamientos sobre el objeto de su afecto.

***

William ignoró las castañas sobre su escritorio, que su recién adquirido mayordomo había pelado con esmero.

El nuevo mayordomo era terrible, pero solía tener esos pequeños gestos tras cometer algún error, y William no quería pensar en su último desliz.

Tenía demasiados problemas que atender. El general de Mary había desaparecido, y su tío había mencionado brevemente la posibilidad de que William se casara con ella para ahorrar la dote.

¿Casarse con esa mujer, ver su rostro el resto de su vida…? El pensamiento hizo que el vello de sus brazos se erizara en abierta rebelión.

Preferiría ponerse un velo nupcial y casarse con Mefistófeles.

No era que ella fuera unos años mayor lo que le hacía aborrecer la idea, sino que era como una pescadora talentosa que sostenía una vara con un anzuelo capaz de encontrar las partes más sensibles de uno, clavarse profundamente y mantenerse firme, lista para arrancarlo con carne incluida cuando le apeteciera.

Cerró los ojos y se presionó el puente de la nariz. Tenía diez años cuando llegó a la casa de su tío.

Su tía le había pedido que la tratara como a su madre, pero, siendo un niño sensible, percibió la incomodidad en su voz. Su mente inteligente comprendió rápidamente que, a diferencia de un mes atrás, cuando corría al dormitorio de su madre tras una pesadilla terrible y se lanzaba sobre ella en busca de consuelo, a partir de entonces tendría que tragarse el terror.

Ingram House tenía un estanque profundo en la parte trasera, y al pasear, solía caminar por el lado más alejado para evitar acercarse demasiado, pues no sabía nadar y le daba miedo. Mary, que entonces tenía quince años, notó su hábito peculiar y adivinó la razón.

Un día lo atrajo hacia el estanque y lo empujó dentro.

¡Plop!

Un sirviente lo salvó.

Desde entonces la evitó, y poco después fue enviado a un internado.

El siguiente encuentro significativo ocurrió cuando tenía diecisiete años y estaba en casa por vacaciones.

Su tía y su tío conversaban en voz baja en el salón de la mañana, y cuando oyó su nombre, se detuvo ante la puerta.

Mary se unió a él, puso un dedo sobre sus labios y juntos espiaron la conversación.

Su tía se quejaba de la matrícula escolar y se preguntaba si podría omitir la universidad para que las muchachas obtuvieran una mejor dote. Mary aún no había hecho un buen matrimonio pese a llevar años en sociedad, y si las cosas continuaban así, quedaría relegada a la estantería, acumulando polvo.

—¿Cómo puedes querer más al hijo de otro que a tus propias hijas? —había preguntado Lady Ingram a su esposo.

Sir Ingram respondió con voz pastosa:

—No lo quiero más, pero debemos ser sensatos en estos asuntos. Las chicas se casarán y se marcharán, pero él permanecerá con nosotros, recordará cuánto hemos sacrificado por él y, a su vez, nos tratará bien.

—¿Pero de verdad nos ayudará? Sus ojos son tan negros y sin alma que me dan miedo, y rara vez sonríe. No es fácil sentir ningún afecto al mirarlo… no parece en absoluto un joven vivaz y alegre.

—Era un niño feliz —frunció el ceño Sir Ingram—. Recuerdo que se reía mucho cuando solía visitar la casa de mi hermano.

—Trajo mala suerte a sus padres, murieron jóvenes, y ahora su presencia ha afectado nuestras finanzas y las perspectivas de Mary. Sinceramente creo que fue cambiado al nacer por las Hadas. Eso es lo que dijo la señora Thompson.

—¡Tonterías! William debe ser atendido de la mejor manera posible, y espero que sigas tratándolo bien. Cuando alcance la mayoría de edad, heredará la fortuna de sus padres, que podrá usarse para saldar parte de nuestras deudas. En cuanto a Mary, búscale un muchacho con quien casarse cuanto antes, o será demasiado tarde. Esa es tu responsabilidad, y el no haberlo hecho a tiempo se debe a la falta de gracia y belleza de tu hija —y tuya—, no a él.

Mary fulminó a William con un odio profundo.

William bajó sus largas y espesas pestañas. La ira de Mary no era injustificada: era la hija mayor, pero del género equivocado. Oír a su padre hablar de ella con tanta frialdad debía de ser doloroso.

Ignoró la mirada mordaz de su prima y regresó a su habitación. Se alegró de no haber creído nunca a su tía cuando le pidió que pensara en ella como en su madre.

De haberlo hecho, sus palabras de hoy le habrían destrozado el corazón.

Se dejó caer en una silla, encendió un cigarro que le había robado a su tío y lo fumó en un pequeño arrebato de rebeldía. Sacudió la ceniza, esparciéndola sobre los cojines de terciopelo, pero, por desgracia, eso era todo lo que podía hacer por ahora para desahogar sus sentimientos.

Sir Ingram tenía razón: dependía por completo de ellos, y todo lo que había recibido lo obligaba moralmente a ayudar a pagar las deudas de su tío.

Más tarde, cuando ingresó en Cambridge, las cosas cambiaron a su favor. Un profesor de la universidad quedó impresionado por su mente brillante y preocupado por su figura delgada y su palidez grisácea. Sus sentimientos paternales se agitaron hasta saltar como una rana ansiosa desde un estanque de lotos al divisar una jugosa mosca y aferrarse a ella.

Así, por insistencia paternal del profesor, se vio obligado a salir al aire libre y practicar deportes.

Con el tiempo, su condición física mejoró, su piel comenzó a brillar y la libertad que le ofrecía la universidad devolvió algo de luz a sus ojos. Su palidez mortecina se transformó, y sus ojos sin alma empezaron a parecer profundos, con un matiz de melancolía romántica.

Su expresión suave y su temperamento sereno atenuaron el fuerte contraste de su colorido, y aquella aura intrigante comenzó a destacar como la seda fina en una mercería.

Con su figura pulida, un notable estirón y rasgos exquisitos, pronto se convirtió en uno de los hombres más apuestos de Inglaterra, tan hermoso que a menudo tenía que salir disfrazado para no ser reconocido y asaltado por admiradoras histéricas.

Esta situación desanimó aún más a Sir Ingram de insistir en la idea de que Mary se casara con William, pues ahora él podía aspirar a un partido mucho más ventajoso atrapando a una heredera.

Un golpe seco en la puerta devolvió a William al presente. Era el maldito mayordomo otra vez.

Dejó una cafetera junto a las castañas y se marchó apresuradamente.

William ya había despedido a tres mayordomos, y al último lo habían sorprendido intentando robar las pertenencias de su difunta tía para venderlas en la calle. El nuevo era moralmente recto, pero increíblemente incompetente.

A veces se preguntaba por qué estaba siendo castigado.

Se frotó los ojos, intentando inútilmente borrar los recuerdos desagradables, se sirvió una taza de café, añadió leche y bebió un sorbo. Estaba frío.

Frío como los últimos diez años.

¡Bah! Si tan solo pudiera volver a tener seis años, tirando de trenzas o haciendo muecas a los monaguillos para hacerlos reír.

Enfadado consigo mismo por entregarse a pensamientos lacrimosos, enderezó la espalda y tomó las cartas. Al ver el nombre de Jo, por fin sonrió y recorrió rápidamente el contenido con la mirada.

CAPÍTULO QUINCE

Querido William,

No te unas a esos horribles clubes Hampden. Será mejor que rechaces la invitación. ¡Lanzarle piedras al príncipe, qué pueril!

La señora Doe me envió una carta quejándose de mala salud. Debes visitarla con una olla de jalea. Recuerda que vive en el callejón detrás de la posada del pueblo.

En una nota más alegre, los bosques detrás de nuestra escuela se han vuelto rojos y dorados, como si se hubieran vestido para mi decimosexto cumpleaños. Ojalá pudieras verlos.

Hice un bailecito y chillé como una niña cuando recibí tu caja de dulces.

Eli chilla a la hora de acostarse y hace un pequeño baile después de acomodarse bajo las mantas.

Hizo que todos en la escuela me desearan felicidades por mi cumpleaños, incluidos los profesores, cocineros, doncellas, jardineros, el chico de los recados y el mozo de cuadras. También me regaló un collar de perlas, y ahora me siento extraordinariamente rica.

Ah, el desenfreno ha mejorado muchísimo mi ánimo. La corrupción moral ahora reposa comodísima en mi vientre, y confieso que anoche dormí con las perlas debajo de mi cama y coloqué los vestidos de seda sobre el sillón para verlos nada más abrir los ojos por la mañana.

La asignación que me enviaste fue demasiado generosa. A partir de ahora, guárdala para ti, pues la señora Fairweather ha comenzado a enviarme una caja junto con la de Elizabeth, lo cual cubre todas mis necesidades.

Jo

Sacó otra carta de su hermana que el lento correo había entregado ese día.

William,

Mary no me escribió para desearme un feliz cumpleaños. Ojalá se caiga en un estanque lleno de ranas.

Los árboles están desnudos ahora, y el suelo está cubierto de vegetación podrida. Debe de estar igual en casa, salvo por el hedor del agua estancada del estanque que impregna el aire otoñal. No lo extraño.

¿Recibiste las bolsas de caza? Eli las bordó. ¿No crees que su destreza es encantadora? Me dijo que no te lo contara por si las tirabas. Le dije que no eras tan mezquino.

Ha ocurrido lo más emocionante. ¡Tuve una aventura!

Hace unas noches, algunas esperamos a que las profesoras se durmieran y luego nos escabullimos por la parte trasera. Queríamos hacer una hoguera y asar patatas. Ah, cómo me temblaba el corazón de emoción y miedo.

Recogimos palos y piedras con gran entusiasmo, llegando incluso a estropear nuestros guantes.

Por desgracia, se nos unieron seis jóvenes damas de las mejores familias y, naturalmente, ninguna sabía qué hacer después. Nos quedamos mirando el montón de leña y discutiendo un buen rato antes de que intentara prenderlo con una vela.

No funcionó porque los palos estaban demasiado húmedos, así que Eli sacó una botella de brandy para calentarnos. Yo tomé un sorbo para probarlo, pero las demás pronto quedaron achispadas. Tuve que arrastrar a las muchachas mareadas hasta los dormitorios con ayuda de Eli. Más tarde, Eli y yo volvimos a salir para contemplar la luna.

Se veía hermosa y suave, bañada por la luz lunar. No recitó poesía como las otras tras haber cogido la fiebre del barril, sino que se quedó mirando el cielo nocturno, y cuando una estrella fugaz cruzó el firmamento, pidió amor verdadero.

Después, dos de las muchachas que habíamos acostado se despertaron y comenzaron a cantar canciones obscenas, y el alboroto alertó a las profesoras. Así que, si las directoras te escriben, por favor, debes saber que mi culpa fue mínima, y me tapé los oídos en cuanto oí los cantos.

¿Volveré a casa esta Navidad o la pasaré en Finnshire?
Jo

***

William,
No estaba intentando vender a Eli como un pescadero en Billingsgate. ¿Es necesario que seas tan horrible al respecto?
Muy bien, no volveré a mencionarla. Tu corazón puede seguir impasible y congelado como las cumbres del Himalaya.
Me marcho a Finnshire.
Jo

William contempló el resto del correo que aún quedaba por leer y, de pronto, se dio cuenta de que ya no temía recibirlo. Por lo general, estaba lleno de amenazas exigiendo pagos o proposiciones veladas, pero ahora, enterrados entre la inmundicia, aparecían esos pequeños pliegos de felicidad, rebosantes de calidez infantil y travesura.

Lo transportaban a sus días despreocupados y le daban fuerzas para seguir avanzando entre el resto de la pila, con la esperanza de que otra carta de Atterberry House estuviera escondida allí, llamándolo como una aurora boreal.

Eli… no había forma de escapar de ese nombre. Sus indirectas habían sido ignoradas, o quizá ella era una parte tan importante de la vida de Jo que su prima no podía evitar llenar las páginas con su nombre. Tal vez las cartas ya no eran un medio para convencerlo de casarse con la señorita Elizabeth Fairweather, sino simplemente relatos sobre Jo y su amistad.

Decidió dejar el asunto.

Si quería que Jo le contara con honestidad todo lo que ocurría, no podía seguir reprendiéndola.

Se recostó en la silla y giró la pluma con gesto pensativo. La menor de las Fairweather era como un adorable gatito, atrayendo de inmediato la atención de todos los presentes. Un sentimiento de afecto y asombro surgía naturalmente en quienes la miraban, preguntándose cómo podía existir una criatura tan exquisita y, aun sabiendo que tenía garras, deseando protegerla y mimarla.

A diferencia de ella, él se había envuelto en el silencio como en una capa protectora y solo asomaba la cabeza como un clavo en una tabla cuando era necesario, para no ser martillado de nuevo hacia dentro.

Quizá, si él hubiera sido tan adorable como Elizabeth de niño, lo habrían tratado de otro modo.

Y, sin embargo, no la envidiaba.

Al menos alguien era feliz en este mundo, y esperaba que siempre fuera apreciada y adorada mientras viviera.

En cuanto a él, solo deseaba cumplir con su deber, saldar las deudas y encontrar un buen hombre para Jo. Después de eso, se retiraría al campo profundo y viviría como un recluso.

No impondría su vida sombría y aburrida ni una montaña de deudas a ninguna mujer. No sería justo.

***

Elizabeth se volvió tan absolutamente perezosa en los últimos días de escuela que incluso los monjes tibetanos la habrían envidiado. No hacía nada más que mirar por la ventana, contando las briznas de hierba mientras su mente volaba con los pájaros en el cielo.

Cuando decidía honrar a la clase con su presencia, lo hacía en camisón, con una capa echada por encima.

La señora Atwater se frotó las sienes cuando Elizabeth fue, una vez más, enviada a plantarse frente a su escritorio.

—Señorita Fairweather, necesita lavarse.

—¿Por qué?

—Huele mal.

—Entonces permítame quedarme en mi habitación para que mi hedor no perturbe a las trabajadoras alumnas de este excelente establecimiento.

La señora Atwater no se conmovió.

—Debe asistir a clases —anticipando la siguiente pregunta, añadió — para aprender.

—Después de dos años estudiando aquí, mi cabeza está demasiado llena para absorber más. Temo ser una mente de pájaro, una plaga para su escuela, y debo ser enviada lejos para reflexionar.

—Pero…

Elizabeth suspiró.

—Señora Atwater, me gradúo en unas semanas. ¿Debe hacer desagradables mis últimos días? No puede retenerme ni castigarme en mis días finales. Así pues, vivamos en armonía e ignorémonos mutuamente. Sea un águila, señora Atwater, y elévese por encima de tales pequeñeces.

—Qué pensamiento tan admirable.

—¿Verdad que sí?

—En efecto. Ahora, por favor, ásese usted misma junto con las perdices en la cocina.

—Hoy hay carne de res.

—Fuera.

La última noche de escuela, las maestras encendieron una hoguera para las alumnas mayores y dispusieron deliciosa comida.

Cuando el fuego comenzó a menguar, Elizabeth aportó combustible arrojando el montón encuadernado de pergaminos que había usado para practicar aritmética.

La señora Atwater vio el contenido mientras ardía y, tras torcer la boca con desagrado, comenzó a relatar en voz baja la historia de una niña que se había ahogado y cuya alma había sido succionada al fuego del infierno. Aquella niña, aseguró a la audiencia cautivada, ardería eternamente, siempre con dolor, por haber sido demasiado traviesa.

Elizabeth escuchó el relato, sacó un libro en francés y lo lanzó también al fuego.

Chisporroteo.

Los niños malvados, murmuró otra maestra, serían castigados; las niñas engañosas merecían una buena paliza. Otras añadieron que era mejor ser humilde que orgullosa, y que cintas bonitas y rizos no podían ocultar un corazón maligno. Las mujeres debían ser gráciles y reservadas, pues nadie se casaba con muchachas frívolas y codiciosas que reían demasiado alto.

Elizabeth se sentó erguida, con las piernas cruzadas, mirando las brasas. Aunque solo tenía dieciséis años y estaba siendo atacada por

un grupo de mujeres de mediana edad con insultos velados, mantuvo la compostura.

No era la primera vez que ocurría; esos pequeños dardos habían sido lanzados hacia ella constantemente.

Solo que Elizabeth mostraba un rostro valiente y despreocupado, lo que a menudo hacía que las maestras sintieran que podían decirle tales cosas, ya que parecía no afectarle en absoluto.

Los ojos de Jo brillaron, tomó su cuaderno de prácticas y lo arrojó al fuego.

—Las llamas arden más alto ahora, para que se quemen las lenguas celosas y malvadas —replicó, y volvió a sentarse.

El mensaje era claro: Elizabeth dejaría la escuela y su futuro estaría lleno de lujo y emoción, mientras las maestras permanecerían atrapadas en sus vidas grises. No era de extrañar que sintieran envidia.

Las maestras callaron, incapaces de refutar sus palabras.

Elizabeth mordisqueó tranquilamente una manzana y dio unas palmaditas en la rodilla indignada de Jo. ¿Qué importaba un grupo de mujeres a las que jamás volvería a ver?

La gente siempre estaba llena de ideas preconcebidas, y tratar de corregirlas era una pérdida absoluta de tiempo. Según el ánimo de cada cual, era mejor aceptar con ligereza o ignorar el asunto por completo.

Así que volvió a convertirse en monje, relajada, y contempló las llamas danzantes, dejando que su mente volara, esta vez con los murciélagos hambrientos, pues ya era tarde.

Tras acomodarse en la cama en su última noche en el seminario, Elizabeth apretó la carta escondida bajo la almohada y suspiró.

Y luego suspiró otra vez, dio un suspiro profundo y sentido de una adolescente enamorada.

Sus hermosos y largos dedos —de la mano que no sostenía la carta con melancolía— se alzaron en señal, y su doncella comenzó a cantar una balada romántica sobre amor, despedida y muerte.

Iba muy acorde con el ambiente.

La carta que sostenía era, naturalmente, de Lord Darby, la última en llegar a Atterberry House.

Su contenido era dolorosamente breve. Decía:

Jo,
Londres apesta aún más este año. Me preocupa tu presentación en sociedad. Temo que ningún hombre te pretenda.
William.

Elizabeth leyó aquellas líneas por centésima vez y suspiró por tercera. Cuando dejara Atterberry House, ya no tendría que preocuparse por levantarse temprano ni por seguir reglas, pero eso también significaba que Jo regresaría a casa y ella ya no podría leer sus cartas.

Envidiaba a Jo porque sabría lo que Lord Darby sentía y hacía cada día. También envidiaba a todos los que pasaban tiempo con él y creaban recuerdos—recuerdos de los que ella no formaba parte.

Incluso sentía celos de las sillas en las que él se sentaba y de los escritorios en los que escribía. Ojalá pudiera ser su cigarro o su pipa de brezo.

Su dedo recorrió el borde irregular del papel. La hoja fina y barata que había usado para escribir la carta estaba rasgada en una esquina. Había llegado con aquel pequeño defecto, y ella se había detenido a pensar en él más tiempo del que jamás dedicó a ninguna lección en todos sus años de existencia.

¿Lo habrían interrumpido mientras escribía?

Quizá había oído hablar del incidente de Peterloo mientras la redactaba.

Ahora, aquellas cartas cesarían… era una agonía para alguien que siempre había conseguido lo que deseaba, por medios justos o injustos.

Jo estaba igual de taciturna. Una vez que se marchara, el señor Marlowe dejaría de formar parte de su vida.

Si las dos muchachas hubieran podido detener el tiempo, lo habrían hecho. Pero por poderosa que fuera la familia de Elizabeth, ni siquiera ellos podían lograr ciertas cosas; así, las jóvenes se encontraron escribiendo cartas de despedida y abrazando a sus amigas.

Por fin, las graduadas escribieron sus sueños y deseos más fervientes para su nueva vida en farolillos de papel y cometas, y los vieron elevarse desde los terrenos de Atterberry House hacia el cielo cubierto de nubes.

Así, entre los vítores de las alumnas más jóvenes de ojos brillantes y las lágrimas de las amigas que se separaban, la vida escolar de Elizabeth llegó a su fin. Subió al carruaje y partió al trote para unirse al implacable mundo del cortejo.

LE BON TON

CAPÍTULO DIECISÉIS

Elizabeth aferró su vino aguado e intentó parecer embelesada con la historia de viajes de Lord Bloodwort.

—Los yoguis en la montaña insisten en que, tras meditar cuatro horas, ya no necesitará dormir —dijo él con los ojos anormalmente muy abiertos.

—¿Y por qué no querría dormir? —frunció el ceño Elizabeth. Ojalá pudiera dormir en ese mismo instante. Era tarde, y la cena estaba resultando tortuosa. Por lo general disfrutaba ese tipo de veladas, pero aquella noche su acompañante, que se le había pegado desde el momento en que entró en el salón, la estaba aburriendo hasta la exasperación.

—¿Por qué querría dormir? —preguntó él, desconcertado.

Sentía el cerebro derritiéndose lentamente, como cera de abeja. Si pudiera vaciarle la copa de vino en la cabeza para devolver algo de emoción a su vida… pero los ojos de halcón de sus hermanas al otro lado del salón la obligaban a comportarse.

El mundo del cortejo al que había sido arrojada tras su presentación en sociedad no era nada agradable.

¿Qué placer había en conversar con hombres o en embriagarse sin escandalizar a nadie?

Ah, cómo extrañaba la escuela, donde abundaban las restricciones que podía romper a su antojo.

Lord Bloodwort seguía hablando, inconsciente de que su audiencia se desvanecía.

—Y a las ranas se las coloca en una olla con agua tibia, se las adormece y luego se las hierve vivas…

Ella se puso en pie tambaleándose.

—El vino se me ha subido a la cabeza; dígame, señor, ¿querría acompañarme a dar un paseo?

Él la miró un instante y luego, como una nutria marina de patas cortas al divisar un pez, mostró los dientes con deleite.

Elizabeth cerró el abanico de golpe y salió por las puertas francesas. Él la siguió, apresurando el paso en cuanto la luna se ocultó tras las nubes.

Una vez afuera, su humor mejoró un poco; así, cuando sus zarpas tocaron su codo, le permitió guiarla hacia el sendero donde frondosos árboles en flor formaban un arco, creando una pequeña alameda de los enamorados.

La brisa agitó las ramas, haciendo caer los relucientes pétalos blancos como nieve; bajo sus pies, las flores se trituraban liberando su fragancia.

Avanzaron hasta que las ramas floridas se entrecruzaron sobre su cabeza como una magnífica telaraña y bloquearon la luz de la luna, creando una atmósfera oscura y sugerente, perfecta para los amantes.

—¡Cielos! —Lord Bloodwort se golpeó el dedo del pie.

Ella no disfrutó su desgracia; tenía la mente ocupada en asuntos más inquietantes. Jane, su hermana, recientemente casada con el hombre más rico de Inglaterra, había estado enferma cuando Elizabeth por fin la visitó en su nuevo hogar.

Su esposo era amable y apuesto, y el afecto profundo que sentía por Jane calmaba la culpa persistente en el corazón de Elizabeth. Al menos no la había condenado sin querer a un matrimonio sin amor. Pero la culpa había sido reemplazada por preocupación.

Su hermana había estado terriblemente enferma, casi como si… se estremeció y se envolvió con más fuerza en el chal de encaje francés color crema.

Jane había insistido en enviarla a la escuela para que aprendiera a comportarse como una dama. En aquel momento Elizabeth se enfureció, pero ahora comprendía que había sido lo mejor. Había aprendido mucho, hecho amigas y disfrutado provocando a las maestras.

El viento agitó las hojas, trayendo una risita tenue.

Alzó la cabeza.

—Ji, ji…

La risa masculina silbó de nuevo junto a su oído.

Avanzó apresuradamente hasta que una respiración agitada delató que una pareja se ocultaba cerca, quizá entre los arbustos, y aceleró el paso con creciente curiosidad.

Lord Bloodwort le sujetó el brazo y la detuvo. Se veía nervioso cuando acercó los labios a su oído.

—Podrían oírnos.

—Hmm —respondió distraída. Si aullaba como un lobo, ¿saldrían los amantes sobresaltados de su escondite?

Las hojas crujieron otra vez, esta vez como advertencia. Dimbercove la había seguido, moviéndose de árbol en árbol; ahora distinguía vagamente su silueta agitando una rama hacia ella.

No estaba allí para protegerla, sino para encargarse de Lord Bloodwort después de que Elizabeth terminara de romperle los huesos. Lo amenazaría ligeramente y lo enviaría a un médico reputado para asegurarse de que no sufriera daños permanentes.

Ignorante del peligro, Lord Bloodwort se relamió y la volvió hacia él, tocándola con dedos ligeros como alas de mosquito.

—Tengo cuatro carruajes.

Ella se animó. Ah, ahí estaba: la propuesta.

—Mis padres son indulgentes y mis hermanas ya están casadas…

Se inclinó, le sujetó el mentón y lo alzó.

Dimbercove se tensó.

La luna se ocultó tímidamente tras las nubes.

Y Elizabeth levantó el pie calzado con un exquisito zapato de baile, adornado con tres mortíferas agujas que sobresalían en la punta.

—Señorita Fairweather —dijo una voz fría y severa a su espalda —. Su excelencia la está buscando.

Elizabeth se quedó inmóvil. No podía ser… ¿Era él?… Otra vez.

Retiró el pie letal, se volvió y, en efecto, allí estaba Lord Darby, erguido tras ella. Su rostro permanecía en sombras, pero aquella voz, su porte orgulloso y ese aura magnética que hacía vibrar el aire como cigarras en verano confirmaban que era él.

El corazón le latió con angustia. ¿Por qué aparecía justo entonces? ¿Por qué siempre la sorprendía en situaciones tan comprometidas?

¿Debía trepar a un árbol o huir al puerto y embarcar rumbo a tierras lejanas?

Dimbercove agitó la rama con más énfasis, dispersando otra lluvia de flores.

¡Flores idiotas, maldita alameda, condenada cena, rayos a la luna llena! Se cubrió el rostro con una mano; ni siquiera había tomado su tónico iluminador aquel día.

—Lord Bloodwort —dijo Lord Darby, dirigiéndose al hombre que ella casi había olvidado.

—Lord Darby —respondió él con una reverencia.

—Márchese antes de que informe al duque de Blackthorne sobre sus intenciones.

—Mis intenciones son puras —replicó con valentía Lord Bloodwort.

—¿Cuáles son sus intenciones? —preguntó Elizabeth, animándolo con una inclinación cuando vaciló.

—Dentro —cortó Lord Darby.

—Pero…

No quería ser reprendida, así que se demoró y lanzó a Lord Bloodwort su mejor expresión de doncella desvalida.

—La visitaré mañana de manera honorable —dijo él, interpretando mal su mirada, y sonrió con dulzura.

Lord Darby le aferró el brazo y tiró de ella. Sus dedos cálidos no parecían considerarla frágil ni digna de trato delicado.

Ella dejó de resistirse y permitió que la arrastrara sin ceremonias.

Cuando estuvieron fuera del alcance de oídos ajenos, se detuvo.

—¿Le gusta ese muchacho?

Las lámparas de aceite del jardín se balanceaban con la brisa; destellos dorados y plateados recorrieron el sendero empedrado, ascendieron por sus botas y su abrigo y se posaron finalmente en su rostro.

Ese último año había cambiado; estaba aún más apuesto. Sus ojos se veían tan oscuros que resultaban casi inquietantes; el mentón se había afilado con elegancia, pero su boca seguía fría, firme y cruel.

En comparación, Lord Bloodwort parecía un adolescente con granos.

Ella quedó fascinada.

Él chasqueó la lengua y tiró del rizo junto a su oreja.

—¿Le gusta?

—No —negó ella para despejar la bruma—. Pero si me hubiera dejado terminar, mis conquistas habrían llegado a seis, ¡una más que en el debut de la señorita Fortune!

Sus ojos se entrecerraron.

—¿Es usted una cazadora de faldas?

—Querrá decir de calzones.

La luna, decepcionada, volvió a salir de entre las nubes, y el murmullo de los insectos nocturnos se volvió ensordecedor.

Él se pellizcó el puente de la nariz.

—Señorita Fairweather, compórtese.

Ella inclinó dócilmente la cabeza y se quedó mirando sus rodillas. Esos pantalones de ante debían ocultar unas rodillas hermosas; después de todo, hasta sus nudillos parecían esculpidos con arte: la piel impecable y los huesos… bien, huesudos.

Él volvió a sujetarla del codo y comenzó a guiarla hacia el interior.

—Puede permitir que un hombre la corteje, pero en presencia de una acompañante y en una habitación bien iluminada. ¿Entendido? Los hombres no son criaturas agradables. ¿Ha olvidado el incidente en mi casa?

Ella frunció el ceño. ¿Un incidente en su casa? Ah, cuando sir Ingram intentó golpearla en la cabeza y secuestrarla.

¡Bah! Aquello no era nada. Apenas dos semanas atrás se había enfrentado a un archipícaro y sus rufianes que la emboscaron en Gin Lane. Había disfrutado la pelea y los dejó a todos ensangrentados.

De todos modos, era inútil discutir con él y explicarle que jamás había estado en peligro. Así que cambió de tema.

—¿Dónde está Jo?

—En casa.

—¿Se unirá a mí esta temporada, milord?

—Quizá.

—¿Cómo ha estado?

—Bastante bien. ¿Y usted?

—De maravilla.

Caminaba con la mirada baja, intentando comportarse como una joven bien educada, y casi chocó contra una columna.

La palma de él salvó su frente de un golpe.

Ella lo miró de reojo y encontró su mirada brillante llena de diversión.

—Cuidado —advirtió.

Asintió y apartó la vista. ¿Por qué la miraba como si pudiera verla por dentro?

¿Cómo era posible?

Él no la conocía y apenas habían interactuado a lo largo de los años, mientras que ella había exprimido todo lo que pudo sobre él a través de Jo, como jugo de naranja hasta la última gota.

Quizá estaba pensando demasiado.

Continuaron caminando despacio, pues Elizabeth intentaba adoptar el alma de un caracol para retrasar el momento de enfrentarse a sus hermanas.

—Llegaremos al amanecer —comentó él.

—¿Eh?

Una pareja embriagada y enamorada pasó apresurada junto a ellos, obligándola a acercarse más a su lado.

—Deje de demorarse —tiró de su codo y la apremió a avanzar.

Era una noche fría y, como se trataba de una cena íntima, no había demasiada gente. Aun así, sintió una gota de sudor deslizarse por su espalda.

Tragó saliva y preguntó:

—¿Acaso le disgustó que me aventurara en un rincón oscuro con alguien que no fuera usted?

Sus pasos vacilaron y la miró con asombro.

—¿Eh?

Ella se apresuró a tranquilizarlo.

—Mi corazón es suyo. Incluso he elegido el nombre de nuestros hijos. Si es niño, Fredrik; si es niña, Fredrika.

Su expresión osciló entre diversión y horror.

—¿No? —insistió—. ¿George y Georgiana? ¿Rose y Lola? ¿O todos ellos? Las Fairweather somos fértiles.

Lo miró con ojos claros y brillantes; él parpadeó desconcertado.

—¿Está jugando a las casitas? —preguntó.

Ella le ofreció una dulce sonrisa.

—No soy una niña.

Él volvió a pellizcarse el puente de la nariz y finalmente le dio un golpecito en la frente.

—¿Qué disparates dice? Compórtese. No mencionaré lo ocurrido hoy ante sus hermanas, así que ahórrese las palabras escandalosas. Pero debe protegerse de ahora en adelante.

—Entiendo.

—No lo creo —murmuró, atravesándola otra vez con esa mirada que parecía saberlo todo.

Su atención constante la hizo sentir extraña y su valentía flaqueó.

Se detuvieron bajo unas ventanas abiertas adornadas con jazmín y rosas enredadas en fragantes lianas. Desde dentro llegaba el sonido de un piano.

Por primera vez desde que lo vio aquella noche, se atrevió a examinar los cambios que el año había dejado en él.

Seguía siendo tan apuesto como siempre y, curiosamente, parecía más joven; quizá porque la diversión y la exasperación habían suavizado las líneas alrededor de sus ojos. Tenía una vida difícil, y verlo apartar sus preocupaciones resultaba reconfortante.

Los ojos le escocieron al ver su sonrisa y la nariz le tembló.

De pronto él rio, con un sonido vibrante que le aceleró el corazón, y ella se preguntó qué le había causado gracia.

La sonrisa se desvaneció lentamente mientras un rubor leve ascendía por sus mejillas.

Reanudaron la marcha.

La había visto coqueteando en la alameda; ¿no debería estar furioso o disgustado por su conducta? En lugar de eso, sus ojos estaban llenos de afecto y tolerancia. Como si, en vez de una joven casadera con excelente dote, fuera un cachorro haciendo berrinche tras unas cortinas largas.

Aún con los labios ligeramente curvados, la condujo al interior y hacia el rincón del salón donde Penelope charlaba con Dorothy.

Hizo una reverencia.

—Su excelencia, mi respeto por usted ha aumentado. Es verdaderamente excepcional y merece el honor de ser duquesa.

Penelope parpadeó.

—¿Eh?

Él se apartó para revelar a Elizabeth detrás de él.

—Ah —suspiró Penelope—. Le asombra que apenas tenga canas pese a tenerla a ella como hermana menor.

Lord Darby volvió a inclinarse.

—Permítame añadir "inteligente" a la lista.

Una bandeja de champán pasó ante la nariz de Elizabeth.

Él tomó una copa y se la ofreció.

—Una no hará daño.

Ella la aceptó y se escabulló discretamente, esperando que su ausencia diera por terminada la conversación y evitara que mencionaran su aventura en la alameda.

Dorothy se levantó con ayuda de Lord Darby.

—La vigilaré.

Él asintió, comprendiendo que no necesitaba explicar más.

—¿No busca esposa? —preguntó Penelope antes de que pudiera marcharse.

—Ah… —sus ojos titilaron—. No es para mí.

—Qué lástima —sonrió ella, despidiéndolo con un gesto.

Elizabeth bebió un sorbo de champán y recordó el encuentro. No era tan dócil como ella había imaginado; su plan de atraparlo en matrimonio no parecía tan sencillo.

¿Debía siquiera considerarlo como candidato, sabiendo que era mucho más difícil de engañar de lo que pensaba?

Hmm.

Tenía pestañas largas y cejas… ¡ah, esas cejas maravillosas la volvían poética cada vez que las veía!

¿Y si lo dejaba ir y se casaba con otra? Probablemente despedazaría a la novia en fragmentos infinitesimales.

No, lo mejor sería casarse con él para salvar una vida inocente. Pero ¿cómo?

Era como un sueño inalcanzable: el hombre más apuesto de la sociedad, con multitud de mujeres persiguiéndolo. Seguro había

visto todo tipo de artimañas. Pero mientras las demás se rendirían, ella no.

Como pequeñas pulgas aferradas a un lomo peludo, todas caerían hasta que solo quedara ella; entonces clavaría los colmillos y no lo soltaría jamás.

Frunció el ceño ante la analogía poco romántica y trató de mejorarla:

Luna, estrellas, flores, montañas,

Especias, sedas y aves.

Gallina, pato, alondra y faisán—aves jugosas asadas con un cuenco de sopa de carrillera de buey.

Su estómago gruñó.

¡Lud! Olvídate de los versos románticos.

Se dio unas palmaditas en el vientre, le pidió que se comportara y volvió al problema. Tenía algo que las demás admiradoras no poseían: su mejor amiga era la prima adorada de él.

La niebla de aburrimiento que la envolvía desde que dejó el seminario se disipó de pronto, y la temporada se volvió luminosa y llena de posibilidades.

No veía la hora de empezar a seducirlo.

CAPÍTULO DIECISIETE

La alegre luz de la mañana irrumpió en la habitación y fue a posarse sobre la cabeza de William. Sus ojos secos y arenosos se abrieron con desgana y se deslizaron hacia la derecha, donde las cortinas habían sido apartadas sin contemplaciones, dejando al descubierto la polvorienta ventana y un nuevo día.

Una hoja verde, aún cubierta de rocío, se desprendió y cayó suavemente al suelo.

Los pájaros cantaban, los criados coqueteaban y el aire olía fresco y limpio, pues Ingram House se encontraba a unos kilómetros al sur de Londres, rodeada de tierras de cultivo, lo que le permitía escapar del hedor del estiércol de caballo y del smog de la ciudad.

Pero aquella atmósfera nítida y pura no hacía nada por mejorar su humor. Ojalá pudiera dormir y dejar pasar el día por una vez… William se frotó las cejas, miró su dedo y torció el gesto.

Las cejas: eran un asunto delicado. El último baile al que había asistido le había hecho detestarlas de verdad. Recordaba haber sido anunciado y, acto seguido, rodeado por mujeres vestidas de seda y pieles, impregnadas de toda clase de aromas florales que le provocaban dolor de cabeza.

Al concertar alianzas matrimoniales, la gente se fijaba primero en la crianza y la clase social; luego en la riqueza; y, por último, en el atractivo físico. Él encajaba en esa última categoría y, por tanto, era muy solicitado entre familias de comerciantes, segundas o terceras hijas, viudas y mujeres infelizmente casadas.

Y ahora aquellas mujeres se habían dedicado a escribir pareados alabando sus cejas; no sus ojos, ni su figura esbelta, ni su nariz recta, ni su boca rosada, sino sus cejas.

Lo desconcertaba.

En un baile, una joven había clavado con entusiasmo las uñas en sus brazos, lo había mirado fijamente a los ojos y proclamado en voz alta:

—Sus cejas son finas como espadas forjadas en hierro. ¿Son afiladas?

Él había parpadeado, completamente confundido.

Imperturbable, ella alzó la mano y tocó con atrevimiento el arqueado y poblado arco izquierdo.

—¡Ah! Tenía razón… puedo sentir cómo mi corazón sangra.

Y acto seguido se desmayó.

Él había contemplado a la mujer, desplomada en sus brazos ante la vista de todo el ton, reprimiendo su horror.

Pero la cena de la señora Fitzroy la noche anterior había sido más tolerable de lo habitual, ya que el señor Fitzroy era viejo amigo de su padre y uno de los pocos conocidos que no lo miraban con disgusto o codicia.

Lo habían hecho entrar por la puerta trasera para evitar la estampida de mujeres que se produciría si lo anunciaban. Los anfitriones le habían permitido permanecer en las sombras y disfrutar del animado ambiente sin formar parte de él. Entonces había visto a la señorita Fairweather cruzar el jardín acompañada de un joven.

La única lámpara de gas instalada en el jardín iluminó su perfil cuando pasó apresurada bajo ella, y él se dio cuenta de que se había convertido en una joven encantadora. Las mejillas redondeadas habían desaparecido, revelando pómulos altos y piel clara. Sus pestañas seguían siendo espesas y abundantes, y su colorido conservaba tonos melocotón, dorado y marrón, que le recordaban al otoño, cuando las hojas acababan de cambiar y el aire fresco olía a manzanas maduras.

La había seguido con la intención de intercambiar unas palabras, y entonces notó que ella y su acompañante se dirigían hacia un sendero estrecho y sin luz: el sendero de los enamorados.

Quizá deseaba experimentar algunos besos con aquel joven y buscar emoción. Su curiosidad era comprensible, pero el muchacho a su lado parecía lo bastante mayor como para saber comportarse.

Así que los siguió y detuvo la situación.

Recordaba que lord Bloodwort provenía de una familia decente, y que sus ojos reflejaban sinceridad cuando insistía en que sus

intenciones eran honorables. Era un buen partido si la señorita Fairweather realmente lo apreciaba, pero el cortejo debía conducirse con sinceridad y rectitud.

Escabullirse a rincones oscuros no era propio de damas y caballeros.

Convenientemente olvidó sus años desenfrenados, cuando descubrió que las mujeres lo adoraban. Durante dos años sembró su avena salvaje, perfeccionó sus artes y se divirtió en grande. Nunca mantuvo una amante, pues no tenía los medios ni la necesidad.

Las bellezas célebres estaban dispuestas incluso a pagarle para que calentara sus lechos.

A veces, no era tan desgraciado ser apuesto.

Pero en lo que respecta a Elizabeth Fairweather, era una joven dulce e inocente, de excelente familia, a la que había visto crecer junto a Jo. ¿Cómo iba a permitir que se comportara de manera tan imprudente?

Si hubiera sido Jo, la habría encerrado en la casa familiar en el campo y le habría ordenado reflexionar durante tres meses. Después, habría permanecido a su lado hasta que se casara.

Por desgracia, no tenía derecho a reprender con mayor severidad a la señorita Fairweather de lo que ya lo había hecho.

Recordaba su nerviosa agitación y la culpa al ser descubierta. Incluso había declarado que ya había puesto nombre a sus hijos para distraerlo de contarle todo a sus hermanas.

William puso los ojos en blanco. La muchacha no entendía el amor, y su encaprichamiento infantil ya había quedado atrás gracias a su ausencia; de lo contrario, no coquetearía con tanta alegría.

Su comportamiento inmaduro lo había divertido y despertado su instinto protector, hasta el punto de atreverse a hablar con franqueza y sugerir sus reservas ante la duquesa.

¿En qué pensaba su familia? ¿Dejar a una criatura así sola para navegar por el peligroso mundo de la sociedad londinense?

¿Acaso no conocían su espíritu aventurero?

Ojalá se casara pronto, y con un hombre de constitución débil, tan liviano que se meciera con la brisa y de carácter tan dócil que ella pudiera enredarlo a su antojo.

El sol ascendió más alto y atravesó sus perezosos párpados. Era otro maldito día y no le quedaba más remedio que afrontarlo.

Con un suspiro, se levantó de la cama y metió los pies en las zapatillas, pero no tuvo ocasión de ponerse la bata para ahuyentar el frío matutino, pues la puerta se abrió de golpe.

—Mary está encinta. Debes casarte con ella —anunció su tío, tambaleándose al entrar.

El matrimonio de la señorita Fairweather ya no era su problema; el fin de su propia soltería era ahora su mayor preocupación.

***

Una quincena después, Elizabeth y William volvieron a encontrarse en el baile de lady Hambleton. Elizabeth había aprendido la lección. La vez anterior había sido demasiado atrevida y había dado a William una pésima impresión de su carácter.

Así que hacía todo lo posible por contener su pie aventurero, reprimir su espíritu y sorber vino aguado bajo la admirable apariencia de una tímida alhelí. Esa imagen dulce y delicada atraía a muchos caballeros, al igual que la cuantía de su dote, por lo que durante toda la velada fue solicitada constantemente para uno o dos bailes.

Ella declinaba con cortesía, deseosa de desterrar su reputación de coqueta. William se acercó una vez, y ella proclamó con delicadeza, cuando él estaba a distancia de oírla, que no podía tocar el champán, pues un solo sorbo la mareaba.

William, conocedor de sus aventuras etílicas en la escuela, apretó los labios, asintió una vez y la ignoró. Algo mucho más urgente ocupaba su mente.

Atravesaba un raro momento de rebelión. Había hecho todo por la familia Ingram durante toda su vida, pero la idea de casarse con Mary superaba con creces su tolerancia. Así que buscaba con urgencia a una joven rica que intentara atraparlo en matrimonio.

Esta vez, él era la presa voluntaria.

Sus ojos recorrían con atención a las madres y sus hijas. Sin duda, pronto alguna intentaría ponerlo en una situación comprometida; después de todo, él había escapado de muchas.

Detectó al menos a tres jóvenes con miradas depredadoras siguiéndolo por el salón. Calculó rápidamente sus fortunas, recordó sus antecedentes y dotes, y eligió a una.

Se decidió por la señorita Howland.

Cierto era que la señorita Landon era más rica y tenía una dote mayor, pero no era tan bonita como la señorita Howland. Si recordaba bien los libros de cuentas, su tío debía al señor Howland una suma considerable, y si esa deuda se saldaba, el peso sobre sus hombros disminuiría notablemente.

Una vez tomada la decisión, puso en marcha su plan y sonrió a la señorita Howland: una sonrisa breve y perversa, digna de un ángel caído, de esas que se graban para siempre en el alma.

No mucho después, el señor Howland, visiblemente reacio, lo acorraló.

—Reúnase conmigo en la biblioteca —espetó.

William respondió con una reverencia y obedeció.

Mientras tanto, Elizabeth había oído la conversación, visto la expresión ansiosa y ruborizada de la señorita Howland y comprendido lo que se tramaba. Decidió con rapidez salvar al amor de su vida y, con un poco de suerte, interponerse entre ambos, convirtiéndose en la víctima involuntaria "obligada" a casarse con lord Darby.

Animada, subió corriendo las escaleras, saltó desde el balcón del primer piso al jardín trasero, se deslizó por la ventana de la biblioteca y se acomodó tras el largo escritorio de madera rojiza.

Lord Darby entró en la estancia con un vaso de whisky en la mano, espléndido con un chaleco gris sin ribetes, calzones con hebilla dorada y medias acanaladas.

Se colocó junto a la chimenea apagada y giró su esbelta cintura para ofrecer su mejor perfil hacia la puerta.

No tuvo que posar mucho tiempo; al poco, una delicada uña empujó la puerta con cautela. Él fingió sorpresa.

—¿Señorita Howland? Creí que su padre deseaba hablar conmigo.

La joven entró despacio, miró alrededor y, al no ver a nadie más, se ruborizó.

—Tengo una proposición.

—¿Ah, sí?

—Tiene muchas deudas.

Él suspiró y asintió.

—Yo… es decir, mi padre puede ayudar.

—¿Cómo?

—Si se casa conmigo…

—No.

Su negativa fue deliberada. Si aceptaba, tendría que hacerlo todo con decencia: cortejarla, pedir su mano y esperar a que se organizara una gran boda.

Mary estaba encinta; su tío desesperado; no disponía de tiempo.

La única forma de que aquello funcionara era mediante un escándalo que los obligara a casarse de inmediato.

Un escándalo en el que el prestamista de su tío lo atrapara también era la única manera de que su tío no montara en cólera si se casaba con alguien distinto a su horrenda prima.

La señorita Howland, previsiblemente, se enfureció y estuvo a punto de marcharse, cuando él inclinó la cabeza con aire abatido. Sus largas pestañas negras descendieron, y su lengua rosada humedeció con desánimo el labio inferior pálido. Un estremecimiento recorrió su elegante y solitaria figura, y sus dedos se elevaron con delicadeza hasta posarse en la frente, como si todos los pesares del mundo hubieran caído sobre sus hermosas orejas en forma de concha.

Parecía desolado, cansado de la vida y tan sensual… ¿cómo no iba a conmover el corazón maternal de una mujer?

La ira de ella se disipó y se acercó con audacia.

—Es demasiado tarde para escapar —susurró antes de empujarlo.

Él tropezó hacia atrás, y ella soltó un grito espantoso, se rasgó una manga de su vestido de muselina estampada y comenzó a dejarse caer.

Estaba a punto de atraparla cuando alguien salió disparado desde detrás del escritorio y la sostuvo en su lugar. Las dos figuras cayeron juntas sobre el sofá de brocado escarlata y dorado.

—¿Señorita Fairweather? —balbuceó lord Darby.

La puerta de la biblioteca se abrió de golpe, y la señora Howland, junto con un grupo de damas mayores que acechaban en el corredor oscuro esperando la señal de su hija, irrumpieron en la estancia.

Un breve silencio descendió sobre la sala, acompañado de confusión.

¿Por qué la señorita Howland estaba abrazando a una joven mientras lord Darby permanecía a varios pasos de distancia?

Elizabeth se zafó de los brazos de la señorita Howland.

—Gracias al cielo no se ha abierto la cabeza contra el suelo y ha dejado una mancha de sangre en la alfombra. Oh, le he rasgado la manga.

La señorita Howland se hizo la desmayada.

Elizabeth miró al grupo de mujeres.

—Se desmayó y yo la atrapé.

Le dio unos golpecitos en las costillas e intentó hacerle cosquillas para despertarla, pero la señorita Howland estaba demasiado desdichada para sentir otra cosa que no fuera desesperación.

Elizabeth retiró sus danzantes dedos con pesar.

—¿Alguien tiene un zapato maloliente?

Las damas la miraron con suspicacia, mientras lord Darby, que había querido ser descubierto, la contemplaba con desagrado.

Ella le devolvió la mirada con ojos húmedos.

—El zapato —insistió.

Él, abatido, se quitó el zapato, se lo entregó y apuró el vaso de whisky, sintiendo cómo le ardían las entrañas junto con sus esperanzas y sueños.

La señorita Howland seguía demasiado furiosa para abrir los ojos. Sus planes habían fracasado, y era poco probable que lord Darby volviera a dejarse atrapar por ella. Le dolía el corazón, y las lágrimas le nublaban la vista.

Elizabeth se volvió hacia el grupo de mujeres.

—El suyo no huele lo bastante mal… quizá la señora Howland pueda ofrecer el suyo.

La señora Howland se inclinó para quitarse su zapatilla de baile y luego se detuvo.

—¿Está insinuando que mis pies huelen peor que los de un hombre?

—No lo sé, soy una buena muchacha —respondió Elizabeth con dulzura—. No voy oliendo los pies de la gente. Además, no se pierde nada con intentarlo. Si revive, no hará falta llamar a un médico.

La señora Howland sacó bruscamente un frasco de sales aromáticas.

—Muévase.

Elizabeth se apartó de un salto y se colocó junto a lord Darby.

La señora Howland les lanzó una mirada venenosa.

—¿Qué hacían ustedes dos aquí?

La insinuación era clara, y lord Darby se distanció cuidadosamente de la señorita Fairweather.

—La señorita Fairweather —dijo con los ojos entrecerrados— estaba leyendo un libro. Fue tan amable de notar que su hija se encontraba indispuesta y la sostuvo cuando se desmayó. Quizá debería darle las gracias.

Elizabeth volvió a acercarse a su lado, cerrando la distancia que él había creado. Su brazo casi rozó el suyo cuando añadió alegremente:

—No se preocupe, señora Howland. Yo estaba haciendo exactamente lo mismo que la señorita Howland hacía aquí.

El apellido Fairweather resonó en la estancia, y la señora Howland ya no se atrevió a hacer comentarios impertinentes. Frunció los labios y atendió a su hija.

Lord Darby se aclaró la garganta y miró fríamente a la señora Howland. Solo apartó la vista cuando ella escupió un "gracias" en dirección a Elizabeth.

Elizabeth restó importancia con un gesto y tiró de lord Darby para sacarlo de la habitación, secretamente complacida de que la hubiera defendido, aunque su plan de ser ella la descubierta en situación comprometida con él hubiera fracasado.

Se detuvo junto a una columna y anotó apresuradamente su nombre en el abanico para el próximo baile.

—Lo he salvado, así que me debe este baile.

Él quería seguir recreándose en su decepción, pero cuando miró aquellos ojos brillantes y danzantes, sintió que sus labios se curvaban en una sonrisa involuntaria. Ella estaba tan satisfecha de sí misma por haber salvado su honor que no pudo reprenderla.

Alguien empezó a tocar el piano, señal de que comenzaba una nueva tanda de bailes. Se dirigieron al salón y se unieron a las parejas que giraban.

—¿Cómo pudo caer en una trampa tan evidente? —lo reprendió ella mientras saltaba y giraba con excelente ritmo.

—Fue un raro momento de descuido —respondió él, tomándola por la cintura, lanzándola al aire y volviéndola a atrapar.

—Entonces soy su salvadora y debo ser recompensada —dijo ella, agitando las pestañas.

Ah, la tontuela intentaba coquetear con él.

—Señorita Fairweather, quizá sea osado por mi parte ofrecerle consejo, pero permítame hacerlo.

Ella asintió con ánimo.

—Si alguna vez conoce a un hombre con el que quiera casarse, nunca lo engañe para llevarlo al matrimonio. El matrimonio es solo un pequeño paso; después, tendrá que vivir con él el resto de su vida, y él recordará que una vez lo engañó. Eso engendrará resentimiento y, con el tiempo, no ganará su amor, sino su odio.

Durante un fugaz instante, sus ojos reflejaron conmoción antes de recuperar la estudiada inexpresividad aristocrática.

Él la hizo girar dos veces más antes de que ella se humedeciera los labios secos y dijera:

—Entiendo.

—¿Limonada? —preguntó él con formalidad, conduciéndola hacia la mesa de refrescos.

Ella aceptó la bebida y bebió un sorbo.

—Mi lord, ¿ha habido alguna que le haya gustado lo suficiente como para querer "ahorcarse"?

Él observó las familiares estrellas que se expandían en sus pupilas y mintió con suavidad:

—Planeo casarme pronto. Con suerte, con aquella joven.

Señaló a una mujer sentada ante el piano, rodeada de dandis.

—¿Le gustan las ratoncitas? —preguntó Elizabeth, sintiendo de pronto un dolor en el pecho.

—Me gustan las ricas. Es una de las mujeres más acaudaladas de Inglaterra y puede saldar mis deudas sin notar el gasto.

Elizabeth asintió y apartó el rostro. No quería ofrecerse en su lugar, pues sería descarado, pero no podía evitar sentirse herida. Su dote también podría pagar sus deudas, aunque entonces no les quedaría nada para vivir. Eso no importaba; no le molestaría vivir con austeridad una semana antes de asaltar algunos carruajes y reponer sus arcas.

Él se inclinó y examinó su expresión, impidiéndole ocultarse. Ah, iba a llorar.

Elizabeth parecía audaz y atrevida, pero escondía un corazón muy tierno. Él lo sabía; pero ahora, al ver temblar su labio inferior, estuvo aún más seguro de que debía ser cuidadoso con sus palabras y actos en el futuro.

Impotente, la condujo hacia el salón contiguo y la dejó al cuidado de Celine, una de sus hermanas. Hecho esto, regresó a casa, con la mente ya ocupada en otros asuntos.

El señor Howland lo abordaría en los próximos días para exigir el pago inmediato de la deuda, ahora que había insultado a su hija. Tal vez tendría que vender parte de las tierras heredadas de su padre.

Mientras tanto, Elizabeth tironeó del botón dorado del distinguido conde de Devon, esposo de Celine, hasta que se soltó y quedó colgando de un hilo.

—Por favor.

El conde se llevó los dedos a las sienes y las frotó lentamente, intentando disipar su dolor de cabeza.

Ella arrancó el botón y lo apretó en el puño. Sus ojos comenzaron a llenarse de lágrimas, y su labio inferior tembló.

—Eres el único que conozco que tiene tratos turbios con piratas y cosas así. Para alguien tan encantador y generoso como tú sería una nimiedad secuestrar a un hombre y obligarlo a casarse conmigo con un trabuco apuntándole a la espalda. Te estaría tan agradecida…

Fue severamente reprendida y enviada a casa.

CAPÍTULO DIECIOCHO

En los días siguientes, Elizabeth se aplicó con empeño a convertirse en la novia ideal para lord Darby. Su actitud y sus modales cambiaron de tal forma que parecía haberse tragado el *Libro de la señora Beatle para damas inglesas consumadas* y haberlo fundido con su alma.

Ya no coqueteaba ni intentaba provocar proposiciones para superar el número de la señorita Felicity Fortune. En lugar de ello, pasaba las veladas disfrutando de sí misma y bailando hasta el amanecer.

La visión de una joven encantada y bien relacionada que mostraba tanta pasión por la vida, y aun así se mantenía distante de todos los hombres presentes, intrigó a la alta sociedad. Estaban fascinados por Elizabeth, que parecía acudir a los bailes para comer, beber y danzar sin la menor intención de atrapar marido.

Jamás se había visto criatura tan desconcertante. ¿Dónde estaba la desesperación por casarse? ¿El miedo a que el tiempo se escapara, o la palidez enfermiza de una tigresa hambrienta viendo cómo otra fiera se llevaba a su presa?

Sus hermanas le permitían hacer lo que quisiera siempre que Eli estuviera a salvo y no cometiera ningún escándalo. No les preocupaba que aún no hiciera un buen partido, considerando que solo tenía diecisiete años y que le aguardaban muchas temporadas —respaldadas por sus influyentes y adinerados cuñados— para enamorarse y encontrar al hombre adecuado.

Así, Elizabeth se movía entre la alta sociedad con soltura y confianza. Su trato era franco y abierto, pues conocía a la mayoría de los aristócratas. Su risa alegre resonaba sin pudor mientras conversaba con facilidad con personas de todas las edades, y su rostro luminoso y sonriente destacaba entre las expresiones avinagradas de las mujeres que la rodeaban.

Su reputación era intachable, y muchos hombres se interesaban por ella, ya que era la última hija de la ilustre familia Fairweather, cuyas mujeres habían hecho excelentes matrimonios a lo largo de los años y habían dado ejemplo en sociedad con su conducta posterior.

A veces incluso fingía desmayarse para reforzar su imagen de dama delicada, respetable y modesta; pero, por desgracia, su actuación nunca era presenciada por su público deseado.

Siempre que lord Darby asistía a una fiesta, apenas interactuaba con ella, nunca bailaba a su lado y solo le dedicaba una sonrisa cálida y afectuosa que parecía dirigida a un dulce cachorro, no a una joven en edad casadera.

Mientras tanto, Elizabeth se aferraba a su papel todo lo posible, aunque sus ojos lo seguían con avidez por todo el salón.

Y entonces, un día, lord Darby dejó de asistir a la temporada, dejando a la alta sociedad zumbando de rumores.

***

—¿Podemos permitirnos una temporada? —preguntó Jo a William.

Él vio la esperanza en sus ojos luchar contra su reticencia a imponerle más carga financiera.

—Sí, podrás debutar el año siguiente —sonrió, tirándole suavemente de un tirabuzón.

Ella volvió la cabeza para ocultar la sonrisa que le curvaba los labios, pero él percibió su intento de recomponer la expresión y lo encontró entrañable.

Su ánimo se desplomó en cuanto ella salió de la habitación.

El escándalo de Mary y las deudas acumuladas arruinarían las perspectivas de Jo de hacer un buen matrimonio.

Exhaló suavemente y se dirigió al estudio.

—Tío —miró los ojos enrojecidos de sir Ingram, preguntándose cuándo se consideraría saldada su deuda con la familia por haberlo criado.

Esperaba que aquel fuera su último sacrificio.

—¿Lo has decidido? —preguntó su tío una vez más.

Él inclinó la cabeza, apretó los dientes y asintió.

Lord Darby y Mary Ingram se casaron al día siguiente, y aparte de unas palomas teñidas con colorantes, muy pocos presenciaron la ceremonia, que apestaba a desdicha.

Por eso lord Darby dejó de asistir a la temporada, y pasó un tiempo antes de que la noticia llegara a los periódicos de escándalos y a oídos de Elizabeth.

***

Jo irrumpió en la habitación de Elizabeth en la casa londinense de los Fairweather, todavía con el sombrero puesto.

—¡Eli! ¡Eli!

Elizabeth, que había regresado tarde de un baile la noche anterior, abrió los ojos con pesadez, miró a su amiga y volvió a cerrarlos.

—Tienes que despertarte —suplicó Jo—. Ha ocurrido algo horrible. William está casado.

Elizabeth bostezó y se desperezó.

—Ya estoy despierta; no necesitas mentir.

—Eli, lo siento.

Ese tono… Elizabeth se incorporó lentamente.

—Reduce el asunto a lo esencial y dímelo deprisa.

Jo la abrazó; su áspero abrigo de lana rozó la piel suave de la otra.

—Se casó con mi hermana. Estaba encinta, y él no tuvo elección. Mi padre lo obligó para salvar la reputación de los Ingram…

—¿Qué reputación? —Elizabeth apartó a Jo—. Sir Ingram arruinó el apellido hace mucho tiempo.

Las manos de Jo se aferraron al edredón y lo retorcieron como si quisiera desgarrarlo.

—Eli, lo hizo por mí. Para salvar mis oportunidades… yo tengo la culpa.

—¿Él… ya están casados?

—Sí. El martes pasado… se leyeron las amonestaciones.

—¿Fuiste a la boda?

—Fui.

La mente de Elizabeth se quedó en blanco.

Jo, sin darse cuenta, continuó hablando:

—… solo logré escapar hoy de la celebración. Padre invitó a muchos invitados y recayó sobre mí atenderlos…

William estaba casado.

—¡Eli, no llores!

Elizabeth se tocó las mejillas y se sorprendió al encontrarlas húmedas.

Jo había hecho un ovillo con el edredón y lo abrazaba como si fuera un bebé.

—Eli, encontrarás a alguien digno de ti. William no es tan maravilloso. Admito que quizá exageré sus virtudes, pero también tiene bastantes defectos. ¡Rayos! No me explico bien, pero quiero decir que William es un necio.

El corazón de Elizabeth no se consoló.

—Era mi necio.

—Eli…

—Ahora debe pagar deudas y vivir una vida miserable, casado con alguien a quien no ama.

—¿Sigues pensando en él incluso con el corazón roto?

—¿Por qué no detuviste la boda o me avisaste? —estalló Elizabeth de pronto.

—Me enteré el mismo día, y después partimos directamente hacia Gretna Green. Padre temía que William cambiara de opinión.

—¡Tienes manos! ¡Una pluma, tinta…! ¿Por qué no escribiste? Si lo hubiera sabido, podría haberlo impedido. Podría haber encontrado a otro para que se casara con Mary, o haber obligado al hombre que la puso en ese estado a hacerlo. ¡Tantas cosas se habrían podido hacer si lo hubiera sabido a tiempo!

—Eli, todo ocurrió tan deprisa; era imposible hacerte llegar noticia a tiempo.

—¡Pero vives con ellos! ¿Cómo no lo sabías?

—¿Por qué iba a ocultártelo? —el temperamento de Jo empezó a encenderse. Había huido de casa, reunido dinero para el viaje y ahora la culpaban por circunstancias fuera de su control.

—Han pasado seis días desde la boda, ¿y me lo dices ahora?

Cansada y emocionalmente exhausta, Jo finalmente estalló:

—Nadie pidió mi opinión ni me contó nada, salvo la mañana de la boda. Después, mi padre organizó una fiesta grandiosa que parecía no terminar nunca, y me dejó a cargo de todo el maldito evento, y solo pude escapar…

—Si no tuvieras la cabeza metida en los libros y fueras consciente del mundo que te rodea, esto no habría pasado. ¿Cómo vas a atrapar a un hombre siendo tan simple?

—Basta, Elizabeth.

Jo saltó de la cama, temblando.

Elizabeth recuperó el edredón y lo apretó contra sí.

—Es culpa tuya.

Jo se sintió herida, y una lágrima le resbaló por la nariz. Las palabras de Elizabeth rozaron la herida que ya sangraba en su corazón. Ella misma culpaba su existencia por la desgracia de William, estaba enterrada en culpa, y que su amiga lo confirmara la quebró.

—Mi primo es pobre; nunca podría mantener feliz a alguien como tú. Pasará la vida intentando complacerte y recogiendo los desastres de tus aventuras. ¡Oh! Reuniéndote con hombres a todas horas… no creo que seas adecuada para él en absoluto. Me alegra que se haya casado con mi hermana. ¿Me oyes? Me alegra.

Elizabeth quedó muda de asombro, y por un instante el arrebato la sacó de su miseria. Alzó la mano, con intención de retenerla.

Jo apartó su mano de un manotazo y salió furiosa.

***

El hecho de que lord Darby estuviera casado era demasiado extraordinario para que el cerebro de Elizabeth lo asimilara con rapidez.

Así que pasó los primeros días en negación e incredulidad.

Cuando por fin la realidad la alcanzó, perdió la voluntad de comer, hablar o ser feliz. Permanecía en la cama todo el día, escondida bajo un montón de cojines y mantas, hibernando como una marmota cobarde.

Toda su vida había conseguido lo que quería y había sido profundamente mimada; por eso, al ver a Jo y a William vivir sin

igual cuidado ni amor, se despertó en ella un deseo heroico de protegerlos y hacerlos felices.

Ahora esa oportunidad le había sido arrebatada, y en cuestión de instantes se habían convertido casi en extraños.

Si tan solo hubiera sido mayor, más sabia y mejor preparada… si tan solo hubiera tenido la clarividencia de las remilgadas hermanas del pueblo de Rathy, que ahumaban la verdad con grasa de pato y velas de sebo.

Pero ahora, las dos personas que más amaba, aparte de sus padres, su hermana, Dimbercove y las mascotas del patio —perros, patos, gansos y gallinas—, sufrían en silencio mientras ella no podía hacer nada.

Se sentía paralizada y cayó en un abismo de miseria.

***

Seis meses después, Elizabeth aún no había recuperado el ánimo. Su corazón seguía doliendo porque sabía que el de él también dolía.

La luz en su interior se había atenuado y empezaba a titilar, amenazando con extinguirse por completo.

La señora Fairweather no soportaba verla así, de modo que invitó a todas sus hijas a casa, incluida su hijastra Penelope.

Jane tomó la mano de su madre.

—¿Qué ocurre?

—No sonríe —sollozó la señora Fairweather—. Ni come cacahuetes ni frutas confitadas, ni se cepilla el cabello, ni se baña a menos que la arrojen a la bañera por la fuerza.

—Tiene el corazón roto —Dorothy le dio unas palmaditas en la espalda—. Sabes cómo es: leal hasta la muerte.

Tras un momento, la señora Fairweather dio un sorbo a su té y miró a Penelope a los ojos.

—Su gracia, ¿podemos hacer algo al respecto? ¿Algo con su nueva esposa?

Penelope se quedó perpleja. Su madrastra nunca había sido tan cortés con ella, y se sintió conmovida al verse solicitada.

Celine se inclinó hacia delante y entrecerró los ojos a su madre.

—Ni se te ocurra manchar las manos de Penny de sangre.

Penelope parpadeó y palideció al comprender a qué se refería la señora Fairweather con "hacer algo" respecto a Mary.

—No puedo… ¡No podemos matarla!

Dorothy asintió.

—Madre, sé que adoras a Elizabeth, pero esto… no. No podemos permitir que actúes de forma tan irracional.

Jane dejó su taza con estrépito.

—Sinceramente, madre, tu favoritismo no podría ser más evidente. A nosotras nos arrojaste a los lobos, pero por Elizabeth matarías. ¿Recuerdas cómo me casaste?

—No es justo —convino Celine, recordando sus años más jóvenes, cuando su madre la acosaba para que encontrara un partido digno.

—También somos tus hijas —refunfuñó Dorothy—. ¿Alguna vez has pensado en nosotras?

La señora Fairweather puso los ojos en blanco.

—No estoy pidiendo que vaya a matar a nadie. Solo quiero separar a la pareja para siempre.

—¿Y si son felices? —preguntó Celine.

—Se detestan —respondió la señora Fairweather, sacudiendo con firmeza su cabeza marchita—. Cuando Elizabeth no salió de la cama durante un mes, fui a ver a Lord Darby y a su esposa con el pretexto de felicitar a los recién casados. Llevé unos regalos encantadores: un sombrero con pluma de pavo real, calzones escarlata…

—Mamá —la interrumpió suavemente Dorothy, devolviéndola al tema.

—En cuanto me senté, me dio una taza de té para calentarme las manos frías. Añadió más carbón al fuego y se aseguró de que estuviera cómoda. Fue atento y considerado. Un buen hombre. Mientras esa criatura horrible, su novia, se sentaba a su lado con una sonrisa rígida. Dudo que siquiera me hubiera mirado si yo no hubiera sido alguien de importancia.

—Se odian y nunca han compartido cama —confirmó Penelope. Se aclaró la garganta con culpabilidad—. Pregunté.

La señora Fairweather sonrió con suficiencia. Sabía que no era la única que había estado buscando una salida.

—Pero no podemos mandar a la recién casada Lady Darby a la tumba a golpes —objetó Dorothy horrorizada.

—Pero sí podemos acercarnos a ella y suplicarle que lo reconsidere —explicó la señora Fairweather—. Podemos pedirle que convenza a Lord Darby de subastarla. Le encontraremos un esposo rico y adecuado…

Celine asintió pensativa.

—Necesitaremos emplear ciertos medios coercitivos para que un hombre adinerado la acepte como esposa.

—Siempre que no impliquen apalear a nadie hasta matarlo —acordó Dorothy.

Las mujeres guardaron silencio mientras las criadas traían una nueva tetera.

Penelope pasó un dedo por el borde de la taza caliente.

—¿Y si se niega?

La señora Fairweather parpadeó a sus hijas con grandes ojos brillantes y dijo:

—Entonces mátenla.

La habitación estalló ante aquella declaración.

Al cabo de un rato, cuando todas se calmaron y le arrancaron la promesa de que no haría tal cosa, Jane dijo:

—Debemos centrarnos en mejorar el ánimo de Elizabeth en lugar de buscar maneras criminales de terminar un matrimonio. Además, aunque eliminámaramos a Lady Darby, él podría seguir sin querer a Eli.

—¿Qué sugieres? —preguntó Dorothy.

Debido a su naturaleza sensible y artística, Jane a menudo veía lo que se ocultaba en lo más profundo del corazón de las personas. Así que respondió con suavidad:

—Patrocinaré la temporada de Jo y le daré a Elizabeth algo en lo que ocuparse. Si esto no la anima, pensaremos en algo nuevo.

***

Elizabeth miró fijamente a Jane.

—¿Más té? —preguntó Jane.

Elizabeth negó con la cabeza.

—¿Qué acabas de decir?

—¿Té?

—Antes de eso.

—Tu cabello se parece al nido del roble frente a mi ventana. Lo miro cada día; los polluelos acaban de nacer. ¿Tienes polluelos en el pelo?

El rostro de Elizabeth se animó brevemente con un aura asesina.

—Antes de lo de los pájaros, el espantoso tono de la falda de la señora Maynard y el pequeño Danny metiéndole un gusano en la oreja a su hermanita.

—Ah. Me agrada Jo y quiero patrocinar su temporada. Si no consigue un esposo, seguiré patrocinándola hasta que lo logre. ¿Crees que Lord Darby se opondrá?

Elizabeth se sintió dividida. Esos nombres… había evitado oírlos; ahora, mencionarlos con tanta ligereza después de meses le hacía doler la cabeza. Quería encogerse y esconderse, pero Jane le sujetaba la muñeca con firmeza.

Podría haberse soltado, pero Jane estaba embarazada, así que permaneció sentada, obediente y dócil.

—¿Crees que es buena idea? —insistió Jane.

—S...sí, si Jo está de acuerdo.

Jane suspiró.

—Jo es un poco como yo: callada, reservada y aterrorizada de la sociedad. No me gusta verla sufrir. No debe de ser fácil para ella vivir en esa casa con una hermana que no le agrada. Un matrimonio con el hombre adecuado le dará felicidad y libertad.

Elizabeth se quedó inmóvil cuando las palabras de Jane resonaron en su interior. ¿Por qué no lo había pensado antes?

Podía facilitarles la vida a Jo y a Lord Darby… podía ayudarlos desde la distancia.

Aunque aún estaba dolida con Jo y recordaba sus duras palabras, unas cuantas frases dichas en momentos de tensión no podían borrar años de cariño. Lo recordaba todo.

De pronto sonrió, y su rostro se iluminó con una emoción genuina tras meses de oscuridad.

—Jane, eres la mejor.

La señora Fairweather y sus hijas, que escuchaban a escondidas, suspiraron aliviadas, sin saber que acababan de fomentar el

nacimiento de una nueva villana.

CAPÍTULO DIECINUEVE

Jo se negó a permitir que Jane patrocinara su temporada, y ahora Sir Ingram estaba muerto.

La noticia llegó en la madrugada, cuando un mensajero enviado por Dimbercove llamó a la ventana y le informó a Elizabeth del asunto.

El corazón de Elizabeth se hundió. Había pasado casi un año desde la boda de Lord Darby y Mary, y ahora Sir Ingram se había ido.

En cuanto a Lord Darby, con Sir Ingram muerto, los cobradores de deudas comenzarían a perseguirlo con empeño. Él sería directamente responsable de pagar cada penique, y quizá algunos intentarían recurrir a métodos poco honrados para conseguir lo que querían.

Este asunto no podía ignorarse.

Elizabeth sacó apresuradamente un pergamino, mojó una pluma en tinta y escribió una nota rápida. Había estado pensando en cómo ayudarlo, y ahora ya no tenía el lujo de demorarse en el asunto. Con un trazo final, puso sus planes en marcha y luego comenzó a prepararse para visitar a Jo, pues en momentos como aquel no podía aferrarse a rencores insignificantes.

Al día siguiente, Elizabeth se enfrentó a su amiga íntima tras meses separadas.

—Siento lo de tu padre —dijo Elizabeth.

Jo miró sus zapatillas y asintió.

Las dos guardaron silencio, notando en secreto los cambios que el tiempo había traído en la otra.

El rostro de Jo había perdido toda su inocencia infantil y, de no haberla conocido bien, Elizabeth la habría encontrado intimidante, grave y fría.

Jo finalmente rompió el incómodo silencio.

—Has crecido.

Elizabeth se quedó desconcertada y respondió con cautela:

—Oh.

—Ahora te ves más bonita, como… eh… gotas de rocío sobre flores de manzano.

El corazón de Elizabeth dio un salto.

—¿De verdad?

Los labios de Jo se curvaron apenas y respondió en su tono habitual y cálido:

—Sí.

El ánimo de Elizabeth se aligeró como si una sombra oscura se deslizara lejos de ella. No se había dado cuenta de cuánto había extrañado a Jo. Quería volar hacia ella y abrazarla, pero en ese momento entró en la polvorienta sala de la mañana una criada de rostro agrio y dejó una tetera y dos tazas sobre la mesa.

Una de las tazas tenía un desconchón.

Jo tomó un sándwich seco.

—Tú… esto es incomible… —su voz tembló.

Elizabeth miró el pan con mantequilla y algo de carne sobresaliendo. No parecía lo bastante malo como para hacer llorar a alguien. Dijo apresuradamente:

—Solo quiero un poco de té…

Un aire sombrío descendió sobre el rostro de Jo.

Elizabeth frunció el ceño. ¿Ahora eran demasiado pobres para permitirse una lata de té? La situación era más grave de lo que había supuesto. Se apresuró a corregirse.

—No, té no, nada, con solo hablar contigo es suficiente. Traje algunos regalos…

—Necesitamos dar un paseo.

Jo se puso en pie de un salto.

Elizabeth se sobresaltó, pero la siguió obedientemente fuera de la habitación. Afuera, el suelo estaba cubierto de copos blancos, y el pequeño estanque se había congelado. Incluso los charcos se habían convertido en vidrio negro.

Jo se estremeció, y Elizabeth le metió un cálido manguito en los brazos.

Jo recordó la primera vez que se habían conocido. También había estado nevando ese día, y Elizabeth le había echado un abrigo sobre los hombros. Entonces había asumido que Elizabeth era despiadada y consentida, pero ahora sabía que estaba equivocada.

Jo sintió cómo se calentaban sus dedos junto con su corazón.

—Lo siento. No quise decir nada de lo que dije aquella vez. No era yo misma.

Elizabeth comenzó a caminar de nuevo para no congelarse.

—De ahora en adelante, quiero que digas lo que piensas. Puede que me moleste brevemente, pero te prometo que nunca te culparé por decir la verdad.

—¿Podemos no volver a hacer esto? —Jo se detuvo—. Si discutimos, no dejemos de hablar; en su lugar, hagamos lo que hacen los hombres. Tres asaltos a puñetazos para resolver el asunto.

Extendió la mano para sellar el trato.

Elizabeth la tomó y, en cambio, la atrajo hacia un abrazo. Su abrigo era de piel costosa, mientras que Jo llevaba uno de lana fina.

Jo permaneció rígida. Nunca se había sentido cómoda con demostraciones físicas de afecto, a diferencia de Elizabeth, que se comportaba como un cachorro hambriento de cariño con amigos y familia.

Finalmente, Elizabeth se apartó y le sonrió radiante.

Jo apartó la mirada de la alegría que irradiaba su rostro y se sintió físicamente enferma, sabiendo que sus siguientes palabras borrarían esa felicidad.

—Eli, él está desesperadamente infeliz. Nunca han compartido habitación y viven como extraños bajo el mismo techo.

Elizabeth permaneció tranquila.

—Podrías haberme dicho esto dentro, junto al fuego. Ven, te resfriarás aquí de pie.

—Espera, yo… no puedo arriesgarme a que nos oigan.

Elizabeth dio un paso más cerca y la miró a los ojos. Ese temblor no era solo por el frío, sino por el miedo.

—¿Qué ocurre?

—Sé que es injusto pedírtelo después de todo lo que te dije y de cómo me fui, sabiendo cuánto debiste sufrir al enterarte del

matrimonio de William. Yo no estuve contigo…

—Tenía a mi familia. Nunca estuve sola.

—Pero… ¡lud! Yo también debería haber estado contigo.

—Jo, confiesa ya, ¿qué pasa? Olvida la tonta discusión. Ambas estábamos angustiadas y hablamos con dureza, y prefiero no seguir pensando en ello.

—No sé qué hacer —Jo rompió a llorar—. He pensado y pensado, pero no se me ocurre nada. No conozco a nadie más poderoso… iba a visitarte en los próximos días para contártelo todo…

Elizabeth tembló ante sus palabras, su mente imaginando toda clase de horrores que podrían haberle ocurrido a Jo y a Lord Darby.

—¿Qué es? Me estás preocupando. ¿Es uno de los prestamistas?

Esta vez, Jo atrajo a Elizabeth hacia sí y la abrazó con fuerza.

—Estás tan delgada y pequeña, Eli… ah, es insoportable verte así. Te extrañé.

—Dímelo.

Esta vez, la voz de Elizabeth fue algo autoritaria. Aunque era más baja que Jo, tenía mucha más fuerza y coraje gracias a su educación.

Los hombros de Jo se hundieron ante aquella voz firme y confiable, y todo salió de golpe.

—Escuché a Mary hablando con ese general suyo. Vino hace unas noches, cuando padre ya estaba casi muerto. Sabíamos que no duraría; el médico lo dijo.

—¿De qué hablaron?

—De matar a William.

Elizabeth aspiró aire con horror.

—¿Qué dijiste?

Jo se secó el ojo con la mano.

—Quieren matarlo para que el general pueda casarse con ella.

—Si estaba dispuesto a casarse con ella, ¿por qué no lo hizo?

—El general ya tenía esposa, y habían planeado enviarla al extranjero. Luego se habría casado con Mary, comportándose como si hubiera sido soltero. Por desgracia, antes de que eso ocurriera, Mary quedó embarazada de su hijo, y William se casó con ella.

Después perdió al niño, y su ira hacia William creció de forma irracional.

—¿El general sigue casado?

—Su esposa y su hijo murieron antes de que pudiera enviarlos lejos, y él afirma que fue uno de sus enemigos quien los mató. Se estaba riendo de ello, Eli, diciendo que sus tontos enemigos, sin saberlo, le habían hecho un favor.

Elizabeth ordenó rápidamente las frases confusas y captó el punto principal.

—¿Cómo planea matar a Lord Darby?

Jo miró el rostro sereno frente a ella y sintió que su corazón se aliviaba.

—No estoy segura.

Elizabeth se dio la vuelta y miró el estanque helado, su mente acelerada. Los copos de nieve se posaban en sus pestañas, haciéndola parecer fuera de lugar, como un girasol creciendo en una montaña de nieve. Su pequeña boca rosada se frunció pensativa y, tras un momento, dijo:

—Necesito que vigiles a Mary. Revisa sus cartas por la noche, pero asegúrate de que no se dé cuenta de que conoces sus planes y la estás investigando. Mantén los oídos atentos y escucha cualquier otra reunión. Aunque estén haciendo el amor, no debes marcharte; escucha todo.

Jo palideció de nuevo.

—¿Tengo que hacer esto?

—Debes hacerlo. No podemos permitir que lo mate…

Los ojos de Elizabeth reflejaron de pronto un terror tan profundo que Jo dio un paso atrás. Era como si un velo de calma hubiera caído, revelando un mundo distinto oculto tras él.

—¿Y si no puedo hacerte llegar noticias a tiempo? —preguntó Jo al cabo de un momento.

—Lo harás. Haré que algunas personas vigilen discretamente a William. Mientras tanto, Covey, es decir, Dimbercove, te esperará noticias cada mañana y regresará a mí el mismo día.

—¿Por qué no puede Dimbercove vigilar a Mary y revisar las cartas?

—Será difícil para él entrar en la casa con regularidad. En cambio, tú puedes inventar muchas excusas si te descubren.

Jo asintió y se enderezó.

—No dejaremos que le pase nada.

—Pero tengo una condición.

Jo se quedó desconcertada.

Elizabeth había venido con un propósito y no se iría hasta resolverlo.

—Iré en tu ayuda si permites que Jane patrocine tu temporada.

—¡Pero tú amas a William!

—Ahora está casado. No tengo derecho a amarlo ni a protegerlo. Si hago esto, será por ti.

Jo sabía que, si se negaba, Elizabeth haría igualmente todo lo posible por mantener a William a salvo. Sin embargo, también sabía que, mientras ella no había podido asistir a la temporada por razones económicas, Elizabeth tampoco había asistido debido a su desamor.

—¿Te unirás a la temporada conmigo?

Elizabeth dudó un momento antes de asentir.

—Lo haré.

—Entonces acepto.

Elizabeth apretó el brazo de Jo, sin sentir alegría por su fácil aquiescencia, pues algo mucho más siniestro se cernía ahora sobre ellas.

—Lo mantendremos a salvo. No te preocupes, Jo. Solo sigue mi plan y todo saldrá bien.

Las jóvenes se separaron, con el corazón y la mente cargados de preocupación. Mientras muchachas de su edad coqueteaban y soñaban con romance, ellas tenían que madurar de repente y encontrar la manera de proteger de un asesinato a la persona que adoraban.

Este tipo de cosas no eran lo que una criatura común debía enfrentar; por ello, incluso la confianza de Elizabeth se vio sacudida.

Era cierto que, en ocasiones, podía parecer algo engreída respecto a su habilidad para conseguir lo que quería en la vida. Sus

logros académicos eran, en el mejor de los casos, normales, pero no era estúpida.

Por eso no atormentó su pobre y preocupada mente más de lo necesario y se dirigió directamente a la mansión Blackthorne en lugar de regresar a Finnshire.

Este grave asunto debía tratarse con delicadeza y por alguien con experiencia. Además, tenía miedo… miedo de arriesgar su vida, y por eso volcó todas sus preocupaciones ante el duque de Blackthorne.

El duque mataría por su familia y tenía el poder de resolver casi cualquier cosa. Además, sentía debilidad por los niños y la trataba como a una hija. Mientras su padre prefería esconderse y evitar a sus hijas, el duque había sido un sustituto maravilloso.

El duque se comportó tal como ella había previsto. La escuchó, le regaló un collar de diamantes para calmar su terror y le dio unas palmaditas en la cabeza.

—Me encargaré de ello —prometió—. Ahora, ¿te apetece una caja de rosas confitadas? Acaban de llegar de Francia. No, ¿qué tal un barco de especias que adquirí recientemente?

***

William sacó un cigarro y lo hizo girar entre los dedos. El viejo había muerto, y los prestamistas ni siquiera habían esperado a que terminara el período de luto antes de enviarle cartas amenazadoras.

Ah, estaba harto de ser bueno y cumplidor. Ya no sentía satisfacción al pagar una deuda como antes, y con Mary a su lado, no le daban ganas de hacer nada. ¿Para qué? Ni siquiera podía costearle a Jo una temporada.

¿Por qué existían personas como Mary? ¿Qué estaba pensando el creador al permitir que criaturas como ella caminaran por esta tierra? ¿Cuál era el propósito de tales horrores?

¡Bah! Aun así tenía que seguir siendo bueno y avanzar paso a paso; quizá ocurriría un milagro y Jo encontraría un hombre con quien casarse.

Una vez que ella estuviera casada, podría ser despiadado en sus tratos con esas sanguijuelas. Pero por ahora debía actuar despacio y con cautela, recopilar información sobre las personas a las que su tío

debía dinero y, si no podía pagarles, chantajearlos con la información obtenida y obligarlos a renunciar a la suma.

¿Era ético? Había dejado de importarle hacía mucho tiempo.

¿Quién imaginaría que, detrás de la máscara de un apuesto erudito, se escondía una mente tan afilada como una navaja, forjada por años de injusticia y falta de amor? Si quisiera, podría dejar tras de sí un montón de cadáveres sin que nadie supiera quién era el asesino, pero la idea de que sus padres lo observaban desde la tumba era lo que le impedía perder la cordura.

Por lo tanto, solo podía mantener la fachada de un buen hombre, pagar lo que pudiera y recurrir en silencio a medios poco honrados cuando la situación se volvía desesperada.

Suspiró y acercó la bandeja plateada con cartas. En esos días le dolía constantemente la cabeza, como si alguien le hubiera perforado el cráneo, colocado un sillón dentro y se hubiera sentado con un martillo para golpearle los huesos.

Una misiva se deslizó del montón, distrayéndolo del dolor, y la hermosa caligrafía de Jane brilló a la luz de las velas.

La tomó y la abrió con aprensión.

CAPÍTULO VEINTE

Dimbercove se encontraba de pie frente al establo; su figura alta y ancha resplandecía bajo la luz de la luna como la de un sabio que hubiera adquirido el poder de separarse la cabeza y enviarla a otra parte. Solo al mirarlo más de cerca se distinguía el pequeño cráneo bajo una capucha oscura; tanto de lejos como de cerca, el efecto resultaba inquietante.

Guardó su caja de rapé y se limpió la nariz con un pañuelo ribeteado de satén.

—No me gusta esto —dijo.

Elizabeth dio un trago de brandy para ahuyentar el frío.

—Eres el único en quien puedo confiar.

Dimbercove pellizcó su chal rosado entre dos dedos gruesos y tiró de él dos veces.

—¿No tienes miedo?

Elizabeth tragó otro sorbo y metió la petaca en el cinturón.

—¿Qué averiguaste?

Como él no respondió, sacó una bolsita de pastillas heladas perfumadas con neroli, jazmín y bergamota y se la entregó.

Sus labios temblaron al aspirar el dulce francés, introducido de contrabando en Inglaterra por el buen amigo de su cuñado, Lord Elmer, el famoso pirata Black Rover, cuyo nombre bastaba para enviar a los niños de medio mundo corriendo a la cama.

—Habla o devuélvelas —ordenó Elizabeth.

—Piñas en conserva —negoció Dimbercove con descaro.

—Las traeré la próxima vez.

Él asintió. No era que deseara los dulces; no le gustaba en lo que Elizabeth se estaba convirtiendo, cada vez más envuelta en el peligroso mundo de los bribones reales, donde ninguna dama de importancia debería encontrarse.

Y por eso, tampoco le agradaba Lord Darby. Ella no correría tales riesgos de no ser por él.

Aun así, era excelente en su trabajo. Podía moverse por una casa como una sombra y desenterrar cada secreto. Era una habilidad impresionante, quizá un don ancestral transmitido por generaciones de ladrones; por ello, presentó su informe con precisión.

—Lord Darby va a inspeccionar su propiedad en dos días.

—¿Su propiedad?

—Sus padres le dejaron una casa y algunas tierras. Ha vendido parte para aliviar la deuda, pero conserva el resto.

Su hogar… Elizabeth se sintió intrigada. Nunca se había detenido a pensar en esa otra casa. La casa donde creció, donde cada rincón debía estar lleno de recuerdos felices.

—¿En qué estado está?

—Terrible. Solo la visita el día en que murieron sus padres para limpiar la tumba y dejar flores. Han robado muchos muebles y curiosidades, pero no parece importarle. Ha contratado a un hombre del pueblo para cuidar el lugar, pero es perezoso y codicioso.

—Ya veo.

—Lady Darby… planea matarlo el día que se marche.

Las manos de Elizabeth se crisparon. Lady Darby… por un instante había sonado como si Dimbercove la hubiera llamado así a ella, un nombre que había atesorado y se había otorgado en silencio durante años. Oírlo aplicado a otra la hizo sentirse enferma.

En cuanto a la fecha fijada para el asesinato, el duque también la había confirmado. Era la única quincena del año en que Lord Darby estaría lejos de Ingram House y, por tanto, más vulnerable. Mary Ingram —Elizabeth se negaba a llamarla de otro modo— quedaría libre de sospechas, pues estaría a millas de su marido.

—¿Algún detalle más? —preguntó Elizabeth. Su corazón temblaba y ya no podía ocultar su terror.

La voz de Dimbercove se suavizó.

—Ha contratado a piratas terrestres de la posada Knitting Head para matarlo fingiendo un asalto al carruaje. Los conozco… más vísceras que cerebro.

—¿Usan agujas para herir a sus víctimas?

—No, les gusta tejer.

—Ah.

—¿Quieres que hable con ellos?

—Solo envía a su cabecilla al duque de Blackthorne. Él se encargará del asunto.

Una semana después, Lady Darby, de soltera Mary Ingram, murió en un trágico accidente de carruaje.

***

Mary Ingram había muerto, y Jo se vio obligada a mostrarse compungida y vestir seda negra durante un tiempo.

Pero Jane no perdió tiempo. Ansiosa por lanzar a Jo a la sociedad, ella y sus hermanas la arrastraron al sastre, a la sombrerera, al mercero, al zapatero y al joyero. Fue un proceso intenso que dejó a Jo tan exhausta que se desmayó varias veces y tuvo que ser llevada a la casa londinense de Jane para recuperarse.

El luto terminó justo antes de que comenzara la nueva temporada; así, Celine, una de las hermanas de Elizabeth, organizó una pequeña cena para introducir a las jóvenes en sociedad. Solo estaban presentes la familia Fairweather y algunos amigos de confianza.

—A Caroline la rechazaron en la coronación —confirmó Lord Adair los rumores con una voz grave y deliciosa que resonó por la sala. Rara vez usaba títulos, y su comentario casual sobre la esposa del rey no sorprendió a nadie.

De inmediato, todos comenzaron a hablar de la coronación y de la muerte de Napoleón.

Mientras tanto, Jo y Elizabeth permanecían juntas en un rincón, interesadas en asuntos muy distintos.

—Nunca tuve ocasión de preguntarte —dijo Jo mirando a Elizabeth—. ¿Cómo convenciste al duque?

Elizabeth alzó el abanico para cubrirse la boca.

—Le dije que se ocupara.

—¿La mató por ti? —Jo estaba horrorizada—. ¿Solo porque se lo pediste?

Elizabeth le tapó la boca y negó con la cabeza. Bajó aún más la voz.

—Te dije que Mary había contratado a unos hombres para asaltarlo en el camino con el pretexto de robarle y matarlo. Así que

el duque creó una carta falsa invitando a Mary a una fiesta el día en que Lord Darby debía partir. A esa fiesta también estaba invitado el general.

—¿Y luego?

Elizabeth bajó aún más la voz.

—Ese día, Lord Darby partió hacia su propiedad, sin saber que el general estaba escondido en el armario de las escobas ni del siniestro plan para matarlo. Poco después, Mary y el general partieron juntos hacia la fiesta ficticia.

—No sabes lo que había en la cabeza de Lord Darby —le recordó Jo—. Podría haber sabido del plan. No es tonto.

—Estoy contando la historia.

—Continúa.

—Es un relato espantoso. Podrías entristecerte.

—Cuanto más trágico, mejor —dijo Jo con amargura—. Nadie conocía mejor que yo su crueldad. Algunas personas están mejor muertas. —Tras un momento, preguntó— ¿Crees que soy horrible por pensar eso de mi hermana?

Elizabeth no podía comprender el profundo odio de Jo; ella daría la vida por sus propias hermanas. Y si alguna de ellas matara a alguien, simplemente ayudaría a enterrar el cuerpo sin hacer preguntas, así que guardó silencio.

Jo bebió un sorbo de champán, consciente de la incomodidad de Elizabeth.

—Dime cómo murió.

Elizabeth continuó apresuradamente.

—No hay mucho más. A los bandidos simplemente se les pidió que cambiaran el objetivo y se les pagó el doble de la suma original. Así que todo siguió el plan del general y Mary, excepto que ellos fueron las víctimas esta vez.

—Tan simple.

—Cavaron su propia tumba.

—¿Todavía te gusta?

Elizabeth se sobresaltó ante la pregunta repentina y contraatacó:

—¿Y tú todavía quieres al señor Marlowe?

—Mmm —respondió Jo sin comprometerse.

Aunque Elizabeth tampoco respondió con claridad, Jo pareció leerle el pensamiento.

—¿Por qué, Eli? Es viudo y está lleno de deudas. Ya no es el hombre más apuesto; este año han aparecido jóvenes mucho más gallardos. Además, después de su matrimonio ha cambiado. Está aún más huraño y mira a todos con desdén.

Elizabeth también se había preguntado a menudo por su extraña atracción hacia él. ¿Era simplemente porque era guapo?

Ahora, después de haber conocido a tantos hombres apuestos, ya no lo creía así.

¿Qué admiraba de él aparte de su apariencia externa? Quizá era la calidez y el amor que demostraba hacia Jo, aun cuando los padres de ella habían sido los responsables de arruinar sus perspectivas.

De haber sido cualquier otro, habría destruido a la familia y odiado a Jo. En cambio, lord Darby protegió a su pequeña prima, a su tío y a su tía hasta el final, e hizo todo lo posible por ayudar y apoyar a la atribulada familia Ingram, llegando incluso a casarse con Mary para evitar un escándalo.

¿Cuánta pasión sentiría por su esposa si podía ser tan leal a una familia así y amar tan profundamente a personas tan poco merecedoras?

Elizabeth sintió un estremecimiento recorrerle el cuerpo. Se puso de pie bruscamente y se volvió hacia la chimenea para ocultar el ardor de su piel. No lo había perdido, como había supuesto antes.

Había recibido una segunda oportunidad y, esta vez, lo conquistaría sin falta.

CAPÍTULO VEINTIUNO

Jo, a los dieciocho años, fue presentada ante la alta sociedad. Irrumpió en el mundo social como un melocotón común: pálida, con apenas un matiz rosado, pero indudablemente aún verde. Todos la habrían ignorado, de no ser porque estaba rodeada por las formidables hermanas de Elizabeth. Eso hizo que la gente le dedicara una segunda mirada, pero al enterarse de sus antecedentes y del monto de su dote, perdían el interés de inmediato.

Solo Elizabeth estaba encantada, pues las dos personas que adoraba estaban a su lado. Lord Darby no permitiría que su prima se convirtiera en presa de depredadores, así que salió naturalmente de su caparazón para asistir a todos los eventos y vigiló con diligencia a ambas jóvenes.

Elizabeth se convirtió en el epítome de la gracia: hablaba poco y sonreía con dulzura como un delicado lirón. Una vez más se transformó en la señorita mejor comportada de la temporada.

Esto provocó un envidiable aumento en su popularidad, y hubo muchos intentos celosos de arruinarle la temporada por parte de quienes no soportaban que una joven pudiera ser tan codiciada solo por sus conexiones y sin sangre azul.

El torbellino social continuó con tranquilidad, interrumpido brevemente por momentos en que algunas mujeres intentaban hacerla tropezar, vaciar sobre ella el contenido de orinales o añadir discretamente hollín a su pañuelo o a su ridículo. Aun así, esos intentos eran juegos de niños para Elizabeth.

Por ejemplo, cuando alguien trató de derramar vino sobre su vestido, ella mantuvo la calma y, con un ágil giro de muñeca, devolvió el líquido a la muchacha que lo intentaba. Lo hizo con discreción y casi con aire de disculpa; ella salía impecable de tales situaciones, mientras que las jóvenes que la atacaban hervían de rabia.

Disfrutaba de aquellos desafíos, en los que las muchachas saltaban como ranas en un estanque intentando asustarla. Su temperamento permanecía suave y divertido, lo que llevaba incluso a las villanas a admirarla a regañadientes.

Eso fue así hasta que una joven orgullosa apareció ante lord Darby.

Era el final de la temporada y nadie le había propuesto matrimonio a Jo. Esto afectó el ánimo de ambas muchachas, que se mostraban malhumoradas; lord Darby también parecía alterado, aunque intentaba ocultarlo. Todos los arreglos, lociones, pociones y oraciones a la luna no habían ayudado a Jo a encontrar un pretendiente.

Incluso lord Darby había dejado de relacionarse con la gente. Miraba con ojos cansados los rostros a su alrededor, a menudo enfadando a los lores y damas mayores cuando se negaba a saludarlos, y Elizabeth tenía que acudir en su defensa y suavizar la situación con unas cuantas palabras ingeniosas.

No podía comprender su comportamiento. No parecía enojado ni era grosero, pero entonces ¿por qué a veces pasaba junto a las personas sin reconocerlas? La otra noche incluso chocó contra el hombro de un joven que mordisqueaba inocentemente un trozo de queso junto a la mesa del banquete.

El queso terminó en la fosa nasal izquierda del joven, y la anfitriona tuvo que sacárselo. Habría sido un asunto menor, pero el joven era de sangre real.

Lord Darby se disculpó de inmediato, pero sus acciones no tenían sentido. Era como si su profunda tristeza hubiera extraviado su juicio. Iba por la vida tropezando y tambaleándose como un viejo gusano abatido o como un monje a la deriva en busca de su alma perdida.

Así que Elizabeth y Jo lo tomaron sutilmente bajo su protección y comenzaron a apartarlo de problemas.

Estas cosas pesaban mucho sobre Elizabeth, al igual que el terrible hecho de que él la tratara como a un gatito amistoso en vez de como a una posible esposa. Por eso, cuando la señorita Cooper,

hija de un conde adinerado, comenzó a mostrar interés por lord Darby, Elizabeth se puso en guardia.

La señorita Cooper era un partido excelente y justo el antídoto que lord Darby necesitaba. Era un regalo del cielo, con inmensa fortuna, sangre azul y hermosos rasgos.

A esas alturas, Elizabeth estaba cansada de que las mujeres se lanzaran sobre lord Darby, literal y figuradamente, y su papel de joven educada y refinada empezaba a desmoronarse.

Lord Darby contempló el hermoso rostro de la señorita Cooper, frunció el ceño y la rechazó. Había estado casado una vez y había sufrido tan exquisitamente que no deseaba repetir aquel error insensato.

El enlace habría sido excelente; habría ascendido en la sociedad, saldado sus deudas y vivido una vida feliz, pero rechazó sin ceremonias y con brusquedad la invitación de la señorita Cooper a retirarse a un rincón oscuro y apartado.

Una oferta tan descarada fue desechada sin miramientos, humillando a la señorita Cooper y escandalizando a la alta sociedad. Quedó confirmado que lord Darby ya no estaba interesado en casarse por dinero o apariencia.

En realidad, no estaba dispuesto a casarse con nadie.

Unos días después, Elizabeth y lord Darby bailaban en el baile del conde de Bronny. Bailaban a menudo, y él lo consideraba un deber, tocándola lo menos posible durante todo el suplicio. Apenas le hablaba, intentando asegurarse de que la distancia que se había formado entre ellos a lo largo de los años permaneciera y de que ella no volviera a enamorarse de él.

Ese muro forzado que había levantado entre ambos no pasó desapercibido para Elizabeth, de modo que aquellos bailes incómodos y obligados se convirtieron en una tortura en lugar de un placer.

Además, había adoptado la costumbre de darle lecciones cada vez que se encontraban.

—No te dejes seducir por palabras dulces —dijo lord Darby—. No se puede confiar en los hombres.

—Como usted diga —respondió Elizabeth, batiendo las pestañas —. Solo confiaré en usted.

—No. Todos los hombres, incluyéndome a mí, somos, disculpa la expresión, unos canallas.

—Hablando de canallas, adquirí otro cachorro recientemente.

—¿Cuántos son ahora?

—Seis.

—Ah, siempre has amado a los animales. Recuerdo aquel gato. ¿Cómo se llamaba? Miaow Miaow.

Elizabeth sintió que los ojos se le llenaban de lágrimas, lo que lo dejó en silencio.

Él apretó su mano.

—¿Aún extrañas al gato?

Ella no respondió, pero la punta de su nariz se enrojeció.

—¿Podemos descansar un poco?

Él la condujo hasta la mesa de refrescos y le entregó un vaso de limonada helada. Observó sus pestañas bajas y sintió una repentina oleada de impotencia.

Habían pasado años desde la muerte del gato. ¿Cinco, tal vez? No estaba seguro. Y ella todavía lo extrañaba… amar durante tanto tiempo y tan profundamente… de pronto se sintió incómodo.

Dio un paso atrás, con intención de buscar a Jo o a alguna de sus hermanas para animarla, pero antes de que pudiera girarse, una voz fría sonó detrás de una columna.

—Nunca me interesó —decía la señorita Cooper a un grupo de jóvenes deslumbrantes—. Fue una apuesta con mi hermana, nada más. ¿Cómo podría siquiera mirar a una pulga endeudada y de baja clase con un título vacío? Mi padre dice que su nacimiento es una maldición. Primero su mala fortuna se llevó la vida de sus padres, luego la de su tía, su tío e incluso su esposa. Después, naturalmente, será Josephine Ingram...

No pudo terminar la frase, porque Elizabeth saltó sobre la mesa, aterrizó detrás de la columna, enganchó la pierna de la señorita Cooper y la torció hasta hacerla caer, golpeándose la cabeza contra el suelo con suficiente fuerza como para que se le formara un feo hematoma.

Elizabeth estaba furiosa, pero lord Adair le había enseñado a mantener la cabeza fría incluso en la ira. Se aseguró de que la joven no sangrara.

Se arrodilló y le sujetó la barbilla, obligándola a levantar el rostro y mirarla a los ojos.

—Jo vivirá hasta los cien años, te lo aseguro, y si muere antes, tu lengua negra será la responsable, y yo misma vendré a arrancártela.

Los ojos de la señorita Cooper se abrieron con terror, pero Elizabeth no la soltó; sus dedos siguieron clavándose en la barbilla clara, dejando marcas rojas en forma de medialuna.

—En cuanto a lord Darby, no vuelvas a pronunciar su nombre en vano o tu hermoso cuello será degollado.

La señorita Cooper y las mujeres que la rodeaban gritaron aterrorizadas. Algunas incluso se desmayaron por el horror.

Más tarde, todo el asunto fue silenciado y el incidente se convirtió en una simple riña entre jóvenes algo ebrias.

Mientras tanto, Elizabeth, enfurruñada en la casa de Jane, recibió un piano de cola del duque, dieciséis piezas de seda de contrabando de Celine, seis pares de pendientes de rubíes y esmeraldas de Dorothy y un retrato de lord Darby de parte de Jane.

Los regalos la animaron y olvidó el desagradable episodio. Sin embargo, el incidente dejó una profunda impresión en lord Darby.

CAPÍTULO VEINTIDÓS

William no había corrido tras Elizabeth cuando ella se dirigió detrás de la columna y amenazó a aquellas mujeres; por lo tanto, ignoraba sus excelentes habilidades de combate, aunque sí había escuchado sus feroces palabras.

Se sentó en el carruaje y observó a los niños sucios que jugaban en la calle. Habían convertido en juego esquivar a los caballos al trote y al galope mientras intentaban llegar al otro extremo del camino lo más rápido posible. Maldiciones y escupitajos seguían a los pequeños bribones, pero ellos reían y continuaban.

Sonrió y cerró las cortinas.

Las palabras de Elizabeth la noche anterior lo habían hecho sentir extraño. Desde que entró en el hogar de los Ingram, lo habían visto como el salvador, protector y esperanza de la familia de su tío. Gracias a las acciones de su tío, había sido objeto de abusos verbales e insultos por parte de la sociedad, y con el tiempo su corazón se endureció y se volvió frío.

Durante toda aquella prueba, nadie consideró sus luchas ni pensó que necesitara ser defendido, ni siquiera él mismo. Pero de pronto apareció una joven sin parentesco con él y, sin preocuparse por su reputación, luchó por él.

Quería reprender a Elizabeth por su comportamiento, pero en lugar de eso golpeó las paredes del carruaje, cambió el destino hacia la famosa confitería *Port and Pineapple* y compró una bolsa de rosas azucaradas. Era caro, pero la persona para quien lo compraba merecía lo mejor.

Metió la bolsa de papel en el bolsillo, pensando que la próxima vez que la señorita Elizabeth Fairweather estuviera triste no esperaría a que otros acudieran a animarla. Lo haría él mismo.

Su ensoñación fue interrumpida por una voz grave.

—Lord Darby, deténgase.

Se volvió y vio a un hombre alto y delgado a pocos pasos.

—¿Sí?

—Quiero desafiarlo.

Lord Darby estaba cansado y frío. Había comenzado a llover, amortiguando el hedor de las alcantarillas de Londres y picándole la piel con incomodidad. ¿Debía ignorarlo o enfrentarlo?

—¿Me ha oído? —repitió el hombre con enojo.

Lord Darby alzó sus pestañas soñolientas.

—¿A un duelo?

—A una partida de cartas.

—No juego.

Ni siquiera se molestó en preguntar qué había hecho para ofender a aquel hombre; al fin y al cabo, había perdido la cuenta de cuántas personas pensaban que era responsable de su desgracia.

Podía ser un cobrador de deudas, el hermano de una dama a la que había rechazado, el marido de una antigua amante o una vieja llama olvidada en busca de venganza. Ya no le importaba. Abrió el pesado paraguas negro y se alejó.

—¡Saldaré la deuda de lord Pimpernickle si gana! —gritó el desaliñado petimetre.

William se detuvo.

La lluvia caía por los lados del paraguas mientras una brisa fría lanzaba algunas gotas sobre su rostro y cuello, y el sol se abrió paso heroicamente por un momento, haciendo que su piel brillara. Los transeúntes quedaron embobados por su atractivo rostro, causando un pequeño atasco en la calle.

Él, ajeno al efecto que unas simples gotas en sus pestañas habían provocado, frunció los labios pensativo e hizo que dos mujeres y un joven se desmayaran en el acto.

Ese Pimpernickle era un fastidio infernal. Debido a una repentina pérdida comercial, había reclamado la deuda del difunto sir Ingram y comenzado a perseguirlo. La suma era considerable y no podía resolverse con facilidad.

William se había topado con toda clase de hombres a quienes sir Ingram debía dinero, y habían intentado de todo para que pagara: cartas amenazantes, animales muertos en la puerta, intentos de robo en su casa, agresiones a su mayordomo, ayuda de cámara o

cocheros… algunos incluso dirigieron sus miradas maliciosas hacia Jo.

A lord Pimpernickle le gustaba seguirlo.

Lo miraba lastimeramente con lágrimas en los ojos mientras se colgaba de las barandillas en las fiestas y amenazaba con soltarse, aunque la caída al suelo no superaba el metro. También disfrutaba bebiendo vino en la puerta de la Casa Ingram, sollozando durante horas por su desgracia y quedándose dormido en los escalones.

Le encantaba especialmente esconderse en el retrete de la habitación de William y escribir largas cartas lastimeras sobre lo miserable que era su vida, lo arruinado que estaba y cómo solo podía permitirse beber una botella de champán al día.

Balanceaba su corbata de seda ante William, señalaba los bordes deshilachados y lloraba. Incluso llegó a cantar una balada con la esperanza de conmover su corazón frío, y en cambio hizo sangrar los oídos del mayordomo.

Aquella rutina cotidiana pronto irritó a William, que deseaba resolver el asunto de una vez por todas.

Así que se volvió, miró al desconocido y sintió que se tambaleaba ligeramente.

—¿Cómo se llama?

—Lancelot.

Lo estudió con atención.

—Si gana, ¿qué tengo que hacer?

—Casarse con mi hermana.

William frunció el ceño.

—No acepto esos términos.

—Entonces… ¿qué tal apostar la misma suma que debe a lord Pimpernickle?

—¿Una ronda de cartas?

—Tres rondas.

—¿Cuándo tendría que pagarle si pierdo?

—Antes de que termine el año.

—Iré esta noche a las ocho al Green’s.

William aceptó de inmediato. Ya debía dinero a medio país; ¿qué era una persona más? Además, si ganaba, Pimpernickle quedaría

resuelto.

Resultó ser su día de suerte. Lancelot perdió estrepitosamente, y William se guardó la suma con aire satisfecho.

A la mañana siguiente, lord Pimpernickle aceptó el dinero con tristeza.

—¿Puedo quedarme un poco más? No quiero dejar esta casa. Tiene un aura deliciosamente melancólica, tan lúgubre que siento que me seca por dentro. Me gusta esa sensación.

—No.

—¿Puedo cantar una canción de despedida?

—No.

—¿Podemos ser amigos?

—No.

—Ahora, con esta suma, puedo casarme con la señorita Sherry. ¿Asistirá a mi boda?

—No. Adiós.

La temporada terminó sin más sobresaltos, y durante los meses siguientes reinó la paz hasta que, con la llegada de la mini temporada, Jo, Elizabeth y William volvieron a verse arrojados al torbellino del mercado matrimonial.

Él ayudó a las muchachas a bajar del carruaje cuando llegaron al primer baile tras el receso y las contempló con ojos bondadosos y complacidos. Parecían mayores y más sensatas, e incluso el número de adornos brillantes en su cabello había disminuido considerablemente.

Las dos jóvenes le sonrieron, con los ojos llenos de esperanza.

Eran su familia, las únicas personas en el mundo que le importaban. Eran los repollos que había cultivado con amor y cuidado y que pronto, quizá en esa misma temporada, serían arrancados por dos desconocidos y llevados lejos.

Sus pestañas temblaron con confusión… Ah, quedaría solo en el mundo después de eso, y sin embargo, si lograban un buen matrimonio, ese maldito asunto de asistir a temporadas sociales terminaría para siempre.

Los repollos estaban maduros, se dijo con firmeza, y debían ser arrancados y enviados lejos. Era lo mejor.

CAPÍTULO VEINTITRÉS

Las muchachas ya estaban hastiadas. Habían coqueteado con todos los solteros, bailado cientos de danzas, bebido incontables copas de vino aguado y hecho numerosas apuestas sobre quién se casaría con quién antes de que terminara el año.

Elizabeth continuaba interpretando el papel de la dama perfecta; por desgracia, lord Darby aún parecía no verla.

En ese momento conversaba con lord Maynard, con la cabeza ligeramente inclinada hacia un lado, dejando al descubierto su largo cuello. Las decenas de velas titilantes y la neblina provocada por el vino que ella había bebido hacían que toda su figura brillara bajo su mirada enamorada. Sus ojos y cejas oscuros, sus labios que parecían mordidos y sus orejas delicadas como conchas eran, como siempre, los más atractivos del salón.

Quizá no todos compartían su opinión, considerando su mirada indiferente, su lengua mordaz y la presencia de lord Adair, el marqués de Lockwood, pero ella pensaba que nadie podía verlo como ella lo hacía.

Solo ella sabía que sus manos eran cálidas a pesar de su apariencia nívea, y que sus palabras eran dulces con aquellos a quienes apreciaba.

—Eli —advirtió Jo en voz baja—. Lo estás mirando otra vez.

Elizabeth apartó la vista. No estaba completamente trastornada; intentaba olvidarlo y encontrar a alguien más digno de desposar. No le gustaba ser infeliz ni perseguir un sueño imposible.

Así que bailaba y sonreía con muchos caballeros elegibles, pero era como si un hilo invisible la atara a lord Darby. No podía evitar sentirse atraída hacia los rincones oscuros en los que él solía refugiarse, y sus ojos volvían a su rostro una y otra vez.

De regreso a la casa de Jane, donde solían hospedarse durante la temporada, fingió estar ebria y se inclinó hacia él en el carruaje. Su

cálido abrigo de lana rozó su mejilla, y el calor de él la llamaba como un fuego ardiente.

No era frío, no era frío en absoluto.

—Siéntate derecha —la reprendió.

Ella lo ignoró y hundió la nariz en su abrigo. Lo que el champán no había logrado, lo hizo su aroma, y pronto se sintió embriagada, envuelta en la fragancia de hoja de tabaco, pimienta cálida y whisky con miel.

Nadie se habría atrevido a algo así; no solo porque no era decoroso, sino porque su actitud glacial no permitía que las mujeres se acercaran demasiado. Ni siquiera sus amantes se habían atrevido a permanecer mucho tiempo en sus brazos después del acto.

Solo Elizabeth podía ser tan audaz.

Jane y Jo estaban sentadas frente a él, y él las miró suplicante. Ambas giraron la cabeza al unísono y se quedaron mirando por la ventana del carruaje.

Él contempló la suave cabeza de Elizabeth, suspiró resignado y le permitió acurrucarse en su hombro.

Al día siguiente, Elizabeth descubrió que lord Darby había conseguido una amante, una tal señora Phibbs, viuda. Aquello le produjo la misma tristeza que había sentido cuando él se casó con Mary Ingram.

Si tan solo pudiera encontrar unas tijeras para cortar el hilo que la ataba a él y poner fin a ese amor tan arraigado. Empezaba a doler, como una espina clavada en la piel que punza de vez en cuando, recordándole su presencia pero imposible de extraer.

Se sentía atrapada en la sociedad, obligada a ocultar sus afectos…

Comenzó a perfeccionar sus habilidades de combate y a entrenar cada vez más duro, y por las noches empezó a arrastrar a Dimbercove a diversas aventuras. Visitaban clubes de caballeros y tabernas humildes, cabalgaban por caminos solitarios y robaban cuanto deseaban, con Elizabeth disfrazada de joven noble imprudente enviado por su padre a divertirse.

Sin embargo, los tesoros y monedas no le proporcionaban placer ni sensación de logro. Nada bastaba para llenar el vacío que lord

Darby había dejado en su corazón.

Eso preocupaba a su familia, pero a ella no le importaba. Sus hermanas comenzaron a vigilarla de cerca, y si intentaban frenar sus desmanes, Elizabeth caía enferma en cama.

Necesitaba la libertad como necesitaba el aire, y si alguien intentaba controlarla, caía en un abismo de oscuridad y la luz de sus ojos se apagaba.

Así que su familia, impotente, la dejó libre y procuró protegerla desde la distancia. Arqueros, guardias expertos y hombres fornidos armados la seguían, aunque Elizabeth no sabía nada. Creía que seguía viva gracias a su destreza y su increíble suerte.

Los meses pasaron; el invierno se convirtió en verano y el verano en invierno. El tiempo avanzaba sin cesar, pero el corazón de lord Darby permanecía inmutable.

Mientras tanto, Elizabeth ya no podía ocultar su amor. Crecía y crecía hasta brillar en sus ojos cada vez que lo miraba.

A él no le gustaban las bebidas frías. Así que ella calentaba su copa junto al fuego antes de entregársela. Si los cobradores de deudas lo perseguían en una fiesta, ella "accidentalmente" les metía una cuchara por la nariz o les vertía limonada helada por la camisa. Nadie se atrevía a protestar, pues el duque de Blackthorne siempre observaba desde lejos con una mirada feroz. En tales circunstancias, nadie osaba contrariar a la señorita Fairweather.

Si jóvenes inexpertas recién presentadas se acercaban a lord Darby, ella actuaba como su barrera. Su mirada fría atravesaba a las muchachas, aterrorizándolas, y si era necesario, recurría a amenazas sutiles y a un toque de violencia para hacerse entender.

Con sus acciones sinceras e inocentes, el corazón de Elizabeth quedó al descubierto, y la alta sociedad comprendió que Elizabeth Fairweather estaba locamente enamorada de lord Darby. Pero las miradas admirativas pronto se tornaron en compasión, pues él parecía ajeno al profundo amor que la joven a su lado estaba dispuesta a ofrecerle.

Su lealtad y constancia conmovieron a varios lores y damas, y de pronto se formó una audiencia expectante en torno a la pareja, ansiosa por ver cómo terminaría aquella historia.

—Diez chelines —rio lady Maynard—. Se casarán el próximo año.

—Una libra —anunció lord Pimpernickle—. No se casará con nadie.

—Apuesto mi elefante —dijo lord Stew—. Se enamorará de la señorita Elizabeth Fairweather antes del verano.

—Dos tigres y una oveja —respondió con solemnidad lady Poyning—. Ya está enamorado de su propio reflejo. No hay espacio en su corazón.

Las apuestas crecieron hasta alcanzar sumas astronómicas.

Pronto toda la alta sociedad se vio involucrada. Una mitad alentaba sutilmente a la pareja a unirse; la otra conspiraba para separarlos, según sus apuestas.

Era emocionante, excitante y sumamente romántico. Un momento, un viejo conde empolvado empujaba "accidentalmente" a Elizabeth a los brazos de lord Darby; al siguiente, lady Thistle le clavaba el bastón en el pie, arruinando el instante.

Si no los empujaban el uno hacia el otro, los encerraban en bibliotecas o salones durante reuniones y fiestas, para luego liberarlos misteriosamente.

Cuando no los liberaban, escapaban por ventanas, trepaban hiedras o saltaba barandillas para evitar ser encontrados juntos.

Lejos de resultar romántico, todo se volvió ridículo, y ninguno comprendía qué ocurría.

Comenzaron a estallar en carcajadas tras cada incidente y luego se preguntaban si algún enemigo planeaba su ruina. ¿Alguien quería dañar su buen nombre o arruinar las perspectivas de Jo?

Ignoraban que era simplemente una alta sociedad aburrida en busca de entretenimiento.

Elizabeth no habría escapado; ¿qué mujer enamorada rechazaría quedar atrapada con el objeto de su amor? Pero Jo aún no se había casado, y lord Darby ya estaba rodeado de escándalos. No podía permitirse otro. Así que Elizabeth reprimió su corazón travieso y esperó.

En cuanto Jo se casara, se dejaría atrapar.

***

Por su parte, William comenzó a sentirse cómodo en sociedad por primera vez. Los hombres dejaron de molestarlo, creyendo que su mal carácter se debía a su vida trágica, y las mujeres eran discretamente apartadas por la joven leona a su lado.

Solo debía preocuparse por pagar las deudas y encontrarle marido a Jo.

La única persona con quien se había visto en situaciones comprometidas recientemente era Elizabeth, pero ella era sensata y lo ayudaba a disipar cualquier escándalo antes de que germinara. Era experta en escapar; si las ventanas no se abrían, las rompía.

Nada detenía a la muchacha cuando se trataba de proteger su virtud, y eso era admirable.

Pensaba en Elizabeth con afecto. Aquella joven estaba convirtiéndose en una dama dulce y bien comportada. Sus días salvajes parecían haber quedado atrás, y se alegraba de que Jo la hubiera conocido años atrás.

A veces sonreía al recordar cómo Elizabeth lo sacaba discretamente de apuros. Ocurría tan a menudo que ya se había acostumbrado. Cuando alguna joven se le acercaba, él buscaba la mirada de Eli, y ella reprimía la risa y acudía en su auxilio.

Nunca había pedido ayuda a nadie; no creía que nadie pudiera ayudarlo. Además, tenía orgullo. Pero ese orgullo parecía derretirse como cera tibia en presencia de ella.

Giró el líquido ámbar en la copa y dio un sorbo. El brandy le quemó la garganta, y su mente voló inexplicablemente hacia el suave cuerpo de Eli presionado contra él la última vez que habían quedado encerrados juntos.

Apretó el vaso con fuerza. Habían sido encerrados en la bodega, y la oscuridad absoluta la había aterrorizado.

Conocía un poco ese miedo. Jo le había contado que Eli guardaba un cubo de velas bajo la cama, como si temiera quedarse sin ellas. Una pared entera de la casa Fairweather estaba dedicada a velas de cera de abeja que la menor de las hermanas había coleccionado con los años.

Todo se debía a que unas muchachas la habían encerrado en una habitación oscura en un internado. Podía manejar su miedo mientras

tuviera velas y yesca.

Pero aquel día no las tenía.

El delicado vestido de muselina azul pálido y el pequeño ridículo no le dejaban lugar para esconder velas. Quizá nunca imaginó verse en una situación tan cruel en una cena aparentemente inocente.

Por una vez, estaba desprevenida.

La anfitriona mostraba a un grupo la galería ancestral recién decorada, llena de bustos y pinturas horribles.

Elizabeth y lord Darby formaban parte del grupo, pero en algún momento quedaron solos. Se miraron y pusieron los ojos en blanco, como diciendo: «Otra vez no».

Él la tomó por los codos y la guio fuera de la sala cuando un grito agudo los dejó paralizados.

Elizabeth corrió hacia el sonido sin pensarlo, y él la siguió con una sensación de aprensión. El grito provenía de la bodega.

Ella bajó apresurada los escalones, pero en cuanto ambos estuvieron bajo tierra, el cerrojo se cerró tras ellos.

La oscuridad repentina hizo que Elizabeth se quedara inmóvil y emitiera un leve sonido. Él la tomó de inmediato en sus brazos y la estrechó contra su pecho.

Su primer pensamiento fue de preocupación. ¿Podría ella soportar aquello?

Después se dio cuenta de que era suave como una almohada llena de plumas; no, no una almohada, sino un ganso tembloroso.

Había querido reír ante lo absurdo de la idea, pero la respiración entrecortada de ella le recordó que debía tragarse la risa y concentrarse en tranquilizarla.

La sostuvo durante mucho tiempo, susurrándole tonterías. Cuando las palabras no fueron suficientes, su mano le acarició la espalda con movimientos largos y suaves.

Estaba oscuro, sin el menor rastro de luz, de modo que sus sentidos se agudizaron. Podía oír el susurro de la seda cruda bajo sus dedos y la respiración agitada de ella.

—Pronto saldremos —dijo con calma—. Noté que las bisagras de la puerta estaban oxidadas. Si usamos una cuña y algo para golpear, podemos forzarla con facilidad y abrir la puerta. ¿Qué te parece?

Ella no respondió, sino que se aferró a su camisa y hundió el rostro en su pecho. Una vez más sintió el impulso de reír, pensando que era adorable.

Guardó la sonrisa, sabiendo que ella lo percibiría y se molestaría.

—Te soltaré un momento para mirar… —No pudo terminar la frase, pues ella soltó de pronto la tela, le rodeó la cintura con los brazos y se apretó completamente contra él, sin dejar el menor espacio entre ambos.

De pronto pudo sentir cada centímetro de su suavidad… era tan fácil sostenerla.

Tan increíblemente cálida.

El aliento de ella tembló contra su nuca por el miedo y, por un instante, casi cedió a un impulso travieso de inclinar la cabeza y morder su piel, cuando el mayordomo abrió de repente la puerta para reponer el champán.

Volvió al presente y terminó la bebida.

Era como Jo; ¿cómo podía siquiera pensar en ella de ese modo? Se sintió profundamente disgustado consigo mismo.

Era un rayo de sol que jamás podría atrapar y al que solo podía adorar desde lejos. Merecía una vida de lujo y satisfacción, no estar atada a un hombre amargado como él.

No, no se atrevía a sentir más ni a pensarlo siquiera.

En conclusión, la oscuridad y el miedo lo habían excitado, no ella.

Jamás podría ser ella.

Satisfecho con esa conclusión, enterró el asunto en lo más hondo de su corazón y volvió a contemplar su futuro.

Su vida transcurría sin sobresaltos en sociedad, salvo por el hecho de que Jo aún seguía buscando marido. Aparte de eso, la aparición de Lancelot se había convertido en una bendición.

La segunda vez que recibió una misiva pidiéndole que se reuniera con Lancelot, llegó para encontrarse con un hombre completamente distinto con el mismo nombre ante él. Era bajo y delgado, con un bonito bigote, y también propuso una partida de cartas, perdiendo de forma espectacular justo en el momento en que William necesitaba dinero con urgencia.

La tercera vez, estaba preocupado por un miembro del parlamento poco escrupuloso, lord Melford, que había amenazado con secuestrar a Jo, cuando apareció un Lancelot mudo sosteniendo una carta en la mano que implicaba a lord Melford como traidor y lo enviaría a prisión.

William se consideraba malhumorado, pero no tonto. Comprendió que alguien lo estaba ayudando y se preguntó quién sería.

Lancelot —se llevó un dedo al labio inferior pensativo— era un nombre terrible.

Aunque su benefactor secreto pretendía ser amable, era una lástima que tuviera que añadir otro nombre a la larga lista de personas a las que debía una libra de su propia carne.

CAPÍTULO VEINTICUATRO

Una lámpara de gas proyectaba un resplandor dorado sobre los escalones cubiertos de nieve, y una neblina helada difuminaba la vista más allá de la mansión del conde Pettwood.

Elizabeth se apresuró a entrar, se desprendió a regañadientes de su cálido abrigo de piel y se cambió los zapatos por los de baile.

La arquitectura y la decoración de la mansión eran peculiares. Las paredes estaban cubiertas de arriba abajo con pinturas que representaban frutas y verduras disfrazadas de seres humanos.

Mientras esperaba a ser anunciada, admiraba la espantosa imagen de una patata verde intentando liberarse del barro cuando sus ojos se posaron en un rostro familiar.

¡La señorita Felicity Fortune! Sus ojos se iluminaron y su mente regresó de inmediato a sus días en Atterberry House.

—Señorita Fairweather —Felicity hizo una reverencia.

Elizabeth sonrió, sintiendo un auténtico placer al verla así. La animosidad entre ambas se había enfriado con los años, dejando solo curiosidad.

Se examinaron con franqueza. Felicity se había vuelto aún más delgada, lo que realzaba su belleza etérea. Pero, a pesar de su atractivo y sus logros, seguía soltera y ya estaba al borde de quedarse para vestir santos.

Se rumoreaba que el amigo más querido del rey, el influyente y poderoso lord Snyder, la había estado cortejando activamente durante los últimos años y que estaban a punto de comprometerse.

Era cierto que el rey era objeto de burlas a puerta cerrada y que el respeto que antaño se otorgaba a la realeza se había ido reduciendo. Sin embargo, seguía siendo uno de los hombres más poderosos del mundo. Así, un amigo íntimo suyo, especialmente alguien tan astuto como lord Snyder, no podía ser pasado por alto.

Lord Snyder era un hombre alto y delgado, con barba grisácea y ojos oscuros que brillaban con un destello cruel, como un estanque

de agua negra con una moneda girando en sus profundidades: siniestro y aterrador. A diferencia de algunos villanos que ocultaban sus corazones horrendos, lord Snyder no intentaba disimular su maquiavelismo.

Era insolente en sus tratos y disfrutaba plenamente de su poder. Pocos se atrevían a oponérsele, pues su ascenso había destruido innumerables hogares aristocráticos. Si Felicity se casaba con él, sería catapultada al instante a la posición de la mujer más poderosa de Inglaterra.

Era ambicioso por parte de Felicity elegir a un hombre así, reflexionó Elizabeth lanzando una mirada de soslayo a la joven que caminaba a su lado, y muy valiente.

Ambas se abrieron paso en el abarrotado salón de baile y sintieron de inmediato el calor acogedor creado por los innumerables cuerpos.

Felicity se subió los guantes por encima del codo, con la vista fija en la multitud.

Elizabeth notó un leve tono azulado en el brazo de la otra antes de que el satén blanco lo cubriera.

—¿Estás… bien?

Felicity parpadeó.

—Sí, ¿por qué?

—Por nada.

Se separaron sin una sola palabra hipócrita, lo que reconfortó a Elizabeth. Felicity era una de las pocas que la comprendían y prescindía naturalmente de la charla falsa.

Jo estaba junto a la mesa de los refrigerios, mirando la comida con disgusto. Todo parecía extraño: el río de gelatina retorcido como intestinos, los sándwiches rellenos de pescado machacado que apestaban como la calle de los pescaderos de Londres, y las bebidas teñidas con flores, haciendo que la limonada pareciera agua turbia y el vino, jugo podrido.

Jo miró a Elizabeth.

—Prepárate; la señora Phibbs está aquí.

Elizabeth se quedó helada y giró hacia la dirección que señalaba la punta marfil del abanico de Jo. Sacó su catalejo y observó bien a

la mujer.

La señora Phibbs era delicada, como una muñeca de porcelana. Rubia, con sonrisa dulce, hoyuelos en las mejillas y grandes ojos parpadeantes, era incluso más alta que Jo y estaba tan cerca de lord Darby que, de inclinar la frente, habría rozado su nariz.

Peor aún, Elizabeth percibió un destello en lo profundo de los ojos de lord Darby mientras observaba a la mujer frente a él. Era una expresión que nunca le había visto, como si llamas perversas quedaran atrapadas en sus pupilas.

Un momento después, él tomó a la señora Phibbs del codo y la hizo girar suavemente para apartarla de un viejo borracho que se había acercado demasiado tambaleándose.

—¡Eli, no aplastes el huevo cocido!

Elizabeth apartó el catalejo y miró su mano. Pedazos de huevo se habían escapado entre sus puños. No recordaba haberlo tomado.

—No es un huevo —frunció el ceño—. Se siente como un huevo, pero es verde… ¿Está mohoso? ¿Qué es esto?

—Huevo. Mira; lo tiñeron como a los demás —dijo Jo, sacando su pañuelo y limpiándole la mano con prisa—. Baja la cabeza.

—¿Por qué?

—Tus ojos se han puesto rojos.

—No voy a llorar.

—¿Quieres salir un momento?

Elizabeth asintió y siguió a Jo sin saludar a nadie. Tomaron sus abrigos del guardarropa y salieron al aire ártico.

Los copos de nieve que besaban su rostro se sentían bien esta vez, y recibió con gusto el frío punzante. Inspiró profundamente, deseando que la cabeza empezara a dolerle tanto que cubriera todos los pensamientos.

Pensamientos que rozaban territorio peligroso. Pensamientos que la impulsaban a arrancarle los globos oculares a la señora Phibbs y jugar con ellos, o arrojarla al fondo del océano tras atarle manos y pies con cadenas de hierro, o arrancarle cada mechón de cabello...

—¿Imaginas cómo destruirías a la señora Phibbs? —preguntó Jo.

—¿Conoces a alguna bruja que lance hechizos?

—No.

—¿Sería demasiado —preguntó Elizabeth con cautela— que esa horrible mujer desapareciera?

—Sí.

—¿De verdad le gusta?

—Le gusta llevársela a la cama.

Elizabeth sintió un dolor agudo en las sienes, como si un pico helado le perforara el cráneo. ¿Por qué no podía él disfrutar llevándola a ella a la cama? ¿Acaso no había estado dispuesta?

Aquella vez en la bodega, cuando se habían abrazado, ella había sentido el cambio. Por primera vez en su vida dejó de temer a la oscuridad, olvidó velas y yesqueros y deseó que la negrura profunda permaneciera.

De pronto había apreciado el misterio, la emoción y el estremecimiento de una habitación sin luz. No sentía miedo mientras él estuviera a su lado.

Las manos cálidas se habían tensado en su cintura y, oh, tan brevemente, habían acariciado hacia arriba cuando de repente algún imbécil abrió la puerta y los salvó.

Un quejido femenino interrumpió sus pensamientos turbulentos.

Jo las arrastró hacia las sombras y se llevó un dedo a los labios. Elizabeth parpadeó y se obligó a concentrarse en su entorno.

—Lord Darby —flotó hasta ellas la voz risueña de una joven.

Aquella noche parecía que todos pensaban en él. Quizá sus arrumacos con la señora Phibbs habían hecho que las damas del ton temieran que uno de los hombres más apuestos de Inglaterra estuviera a punto de ser atrapado por segunda vez, creando así un sentido de urgencia y pánico.

—Pero está con la señora Phibbs —respondió un hombre mayor.

—Padre —suplicó una joven con el tono más irritante y agudo—. Padre, padre, por favor, padre. Quiero casarme con él.

Elizabeth y Jo se pusieron de puntillas y se acercaron a las voces.

La señorita Reed, una joven de dieciséis años recién presentada en sociedad, tironeaba suplicante de la corbata de seda de su padre. Sus grandes ojos parpadeaban rápidamente y hacía un puchero como pez de labios gruesos.

—Por favor, solo lo quiero a él.

—Ya hemos hablado de esto...

La señorita Reed rompió a llorar y el señor Reed se derritió al instante. Revolvió el cabello de su pequeña.

—Ah, no llores, hija. Si es a él a quien quieres, que así sea.

Elizabeth y Jo contemplaron la escena con asombro. ¿Era lord Darby un nabo que la familia Reed pudiera comprar fácilmente en el mercado?

—La señora Reed es formidable —susurró Jo cuando padre e hija se alejaron—. Casó a su primogénita con un príncipe usando excelentes artes engañosas, así que no importa si la menor se casa con mi primo arruinado, pero terriblemente apuesto.

—A mí sí me importa.

Jo suspiró.

—Han pasado tantos años, Eli.

—No puedo evitarlo.

Jo guardó silencio un momento.

—La señora Reed está junto a las puertas francesas. ¿La seguimos?

Elizabeth se frotó los brazos helados y asintió con firmeza.

—Salvemos a nuestro nabo.

El plan de la familia Reed no era extravagante, pero a veces los planes más simples son los más peligrosos.

El señor Reed fingió haberse lastimado la pierna y "casualmente" se topó con lord Darby. Lord Darby no reconoció su nombre ni tenía trato alguno con aquel anciano; además, no quiso ser descortés y marcharse por si realmente estaba herido, así que lo ayudó a caminar hacia la sala matinal vacía.

El señor Reed lo empujó dentro sin vacilar y cerró la puerta con llave.

La señorita Reed, que esperaba en la sala, no perdió tiempo en palabras. La señora Reed había insistido en que todo debía hacerse con rapidez y sin vacilaciones, así que la joven obedeció a quienes sabían más que ella y, sin decir nada, se prendió del dorado botón de lord Darby ante su evidente sorpresa.

Elizabeth irrumpió por la puerta francesa al mismo tiempo y se pegó a su espalda; mientras tanto, Jo, para no quedarse atrás,

rodeó a los tres con sus brazos.

Podrían haber salido por las amplias puertas francesas abiertas y arrastrado a lord Darby con ellas, pero no lo hicieron.

¿Por qué no? Era un enigma.

Quizá estaban acostumbradas a verse envueltas en situaciones comprometedoras, y simplemente marcharse parecía una solución demasiado sencilla.

El grupo permaneció en silencio, escuchando los pasos que retumbaban arriba, en el salón de baile. La brisa agitaba el cabello de Elizabeth, y ella quiso estornudar, pero se contuvo.

Mientras tanto, las paredes seguían vibrando con el sonido de la orquesta, los pies en movimiento y el murmullo de voces. La araña titiló alarmantemente y las llamas de las velas danzaron con inquietud.

Por fin, la puerta se abrió y la señora Reed, acompañada de un grupo de damas y caballeros mayores, asomó la cabeza.

Naturalmente, quedaron desconcertados.

En lugar de un apasionado interludio, encontraron a tres mujeres aferradas a un hombre como si lo consolaran tras la muerte de su madre.

Esto… ¿qué se suponía que debían hacer ante tal escena? Él no podía casarse con tres mujeres, pero tampoco podían exigirle que eligiera a una.

Además, aquel abrazo se parecía más a un grupo de gorilas de montaña protegiendo a su cría que a un apasionado ménage à trois.

El pesado silencio y el punto muerto se rompieron cuando una parte del falso techo cedió bajo los incontables pasos que lo pisoteaban y se desplomó.

Fragmentos de yeso y molduras cayeron al suelo y cubrieron al grupo de polvo.

Todos gritaron mientras la señorita Reed se desmayaba junto con otros dos caballeros. La señora y el señor Reed tomaron a su hija y corrieron hacia el jardín, solo para encontrarse con un leopardo hambriento que había escapado de su encierro.

Recobraron el juicio y volvieron a correr, pero el leopardo los persiguió. Cuando la familia cayó al suelo resignada a ser devorada,

apareció el conde Pettwood, sacó un silbato de hojalata y sopló.

El leopardo se quedó inmóvil.

El conde Pettwood entrecerró los ojos.

—Ve a tu habitación y reflexiona.

El leopardo aplastó las orejas y lo miró con los ojos muy abiertos, con expresión descontenta por haber sido obligado a interrumpir su juego.

La mirada inocente no conmovió al conde, que volvió a soplar el silbato.

El animal reprendido se estremeció y aceptó la derrota. Obediente, se alejó hacia la parte trasera de la mansión como si realmente tuviera un dormitorio asignado.

Y conociendo el carácter excéntrico del conde Pettwood, aquello era perfectamente posible.

***

En el otro extremo del jardín, Elizabeth y Jo se sacudieron el polvo, se alisaron el cabello y pidieron el carruaje, mientras William quedaba admirando a sus salvadoras desde los torcidos escalones cubiertos de nieve de la mansión.

Últimamente, las madres de muchachas solteras se habían vuelto más peligrosas. Habían aprendido de sus predecesoras, evitaban los errores habituales y, como chimpancés en evolución, se habían vuelto más hábiles atrapando a su presa.

Pero Elizabeth siempre parecía ir un paso por delante y aparecía a su lado como un trébol de cuatro hojas cuando él la necesitaba. De otro modo, con su pésima suerte, ¿cómo podría haberse derrumbado el techo en el momento tan oportuno? Debía de ser la mano celestial posada sobre la hermosamente suave cabeza de Elizabeth.

Se acercó a las dos jóvenes, sin saber si admirar su rapidez mental, sentirse conmovido o enfadarse. Podría haberse salvado solo; lo que ocurría era que Elizabeth nunca le permitía enfrentarse solo a esos desafíos.

La luz de la luna cayó sobre él, iluminando sus pupilas llenas de emociones complejas. La brisa nocturna alborotó su cabello, y un

mechón oscuro cayó con encanto sobre su frente, haciendo su ya apuesto rostro aún más atractivo.

—Gracias, pero vuestra ayuda era innecesaria.

Su voz fue un fino hilo reprimido en la noche caótica, pero Elizabeth lo oyó.

Sus mejillas se tiñeron de rojo y se giró con un movimiento brusco de cabeza.

El carruaje llegó como si lo hubieran convocado sus ojos ardientes, y ella se marchó sin pronunciar una palabra más.

—¿Qué he hecho? —preguntó William, confundido.

—Te atreviste a coquetear con la señora Phibbs delante de todos y desestimaste su intento de salvar tu virtud. Has herido los sentimientos de Eli.

William se tensó, y las yemas de sus dedos temblaron ligeramente al apartarse el mechón del rostro.

—¿Los sentimientos de Eli?

—A veces puedes ser tan… jabonoso.

—¿Eh?

—Lleno de espuma. Burbujas vacías. —Jo suspiró y se apiadó de su semblante destrozado—. Siempre te ha amado, primo. Nunca hubo ni habrá nadie más.

CAPÍTULO VEINTICINCO

Era tarde, tan tarde que los pájaros estaban a punto de despertar y empezar a cantar.

Un vaso de whisky imitaba las llamas que ardían frente a William, mientras el cigarro, atrapado entre sus dedos laxos, exhalaba silenciosamente volutas de humo fragante.

La tormenta de nieve cobró valor y comenzó a azotar los cristales de las ventanas. Se alegraba de haber abandonado temprano el baile del conde Pettwood; de lo contrario, podría haber quedado atrapado en la mansión esperando que los caminos se despejaran durante media semana.

¡Bah! Había reflexionado sobre los efectos de la tormenta, se había preguntado por una ventana rota que traqueteaba en algún lugar de la casa e incluso había considerado la maldita seguridad de gatos y ratones durante el invierno.

Y aun así no conseguía reclinarse, cerrar los ojos y dormir.

Nada había interferido antes con su sueño: ni los prestamistas, ni la noche en que supo que debía casarse con Mary, ni los cobradores de deudas, ni el día en que Jo partió al seminario, ni siquiera cuando murió su tío. Ninguna de aquellas personas o acontecimientos le había robado el descanso.

Pero la señorita Elizabeth Fairweather sí lo había hecho.

Le había arrebatado el reposo nocturno y lo había arrojado al purgatorio.

Y ahora, cuando Londres dormía y solo el crepitar del fuego y la tormenta enfurecida le hacían compañía, no podía evitar pensar en las palabras de Jo, dichas y atrapadas por los copos giratorios y dispersadas con tanta facilidad.

Su mente había evitado deliberar sobre ello durante toda la velada, pero necesitaba enfrentar el asunto que lo atormentaba.

Elizabeth Fairweather estaba enamorada de él.

Maldijo y golpeó el vaso contra la mesa, haciendo que el whisky saltara por el borde y le empapara la muñeca. Ojalá pudiera su mente disipar ese conocimiento como el viento frío dispersa la nieve.

¿Lo amaba realmente o lo veía como algo inalcanzable que despertaba su curiosidad?

Elizabeth siempre obtenía lo que deseaba; para ella, él era fruta prohibida. Su interés se desvanecería en cuanto lo tuviera.

No lo amaba; nadie podía amarlo.

Ah, las mujeres admiraban su atractivo y querían llevárselo a la cama, pero eso no era lo mismo que amar.

Ocultaba su corazón oscuro y vengativo y la ira que sentía hacia la familia Ingram, sin permitir que el mundo viera cómo lidiaba con cobradores difíciles, cartas de chantaje o sus aventuras tormentosas.

Nadie podía admirar ni amar a alguien como él.

Buscaban al caballero erudito de rasgos apuestos y origen humilde. Lo compadecían y querían sanar sus heridas, pero él era más fuerte de lo que imaginaban. Lo bastante fuerte como para devolver el golpe, y lo hacía, aunque desde las sombras.

Adormecía a sus enemigos haciéndoles creer que era un animal débil e indefenso, chapoteando en aguas profundas, incapaz de mantenerse a flote. Pero justo cuando creían haberlo atrapado, atacaba como una víbora, dejándolos retorciéndose hasta que se veían obligados a rendirse.

Había tratado así a muchos jugadores problemáticos, a veces sin importarle que sus familias quedaran arruinadas. Él no había hecho aquellas apuestas; pagaría cuanto pudiera, pero si se trataba de arruinar su vida y la de Jo por la comodidad ajena, se negaba.

Era egoísta, impulsado por un fuerte instinto de supervivencia. No era el mártir indefenso que todos creían, y detestaba serlo. Nunca se inclinaría ante nadie ni admitiría derrota. Nunca se ocultaría de la alta sociedad, por mucho desprecio que le lanzaran.

Tenía una cosa: orgullo. Y se aferraría a él hasta el final.

En cuanto a aquella tontuela, no lo conocía ni lo comprendía. Solo veía lo que él permitía que el mundo viera. Entonces, ¿cómo podía amarlo?

De pronto soltó una risa seca.

¿Acaso la menor de las señoritas Fairweather entendía siquiera lo que significaba estar enamorada de un hombre?

El vaso de whisky seguía brillando, intentando tentarlo a beber y apaciguar el tumulto de su corazón.

Arrojó el cigarro al fuego y tomó una decisión. Jo seguía soltera, y no podía permitir que Jane, lady Savill, continuara financiando su temporada.

Ese año sería la última incursión de Jo en el mercado matrimonial y, si no encontraba un hombre adecuado, sería el destino.

Él se retiraría de la sociedad de inmediato y dejaría que lady Fowler, su anciana y olvidadiza tía que se había mudado con ellos tras la muerte de Mary Ingram, acompañara a Jo y la supervisara en los eventos restantes.

Quizá, en su ausencia, las dos jóvenes encontrarían el amor.

Después, se trasladaría a la casa de campo de su familia y viviría solo. Si Jo no lograba casarse, podría alojarse con alguna dama empobrecida en una cabaña junto al mar.

Sin darse cuenta, se condenaba a ser aquello que odiaba. Se convertía en un mártir débil, dispuesto a sacrificar su felicidad y la de Jo para proteger el futuro de Elizabeth. Su extraña decisión no le parecía extraña; por eso no la cuestionó.

Solo sabía que era lo correcto.

Sus ojos se cerraron por fin y el sueño lo reclamó. Se levantó con pesadez y caminó hacia su habitación. Durante toda aquella noche, la señora Phibbs no cruzó su mente, y el whisky quedó intacto.

***

Mientras tanto, Elizabeth fue sorprendida robando el carruaje de lord Snyder.

Lord Snyder quedó tan encantado con su apariencia —vestida como salteadora de caminos con capa negra de cuero y calzones de ante— que decidió olvidar a Felicity Fortune y casarse con ella en su lugar.

Elizabeth escapó esa noche, pero el asunto no terminó ahí.

Al día siguiente, lord Snyder se presentó en la residencia del duque con una propuesta de matrimonio, aunque fue persuadido para aplazar su ardiente deseo, pues la familia insistió en que

Elizabeth estaba enferma y había perdido temporalmente la memoria.

Quince días después, en la casa de Richard Henry Bellmore, conde de Savill, las hermanas se reunieron para visitar al bebé que Jane acababa de dar a luz.

Lady Jane Savill entregó el pequeño a Penelope y desvió la conversación de eructos y baberos a asuntos más importantes.

—La última vez que hablamos, Elizabeth fue sorprendida robando el carruaje de lord Snyder.

Dorothy asintió.

—Sí. Se disfrazó de salteadora y, junto con Dimbercove, detuvo su carruaje. Él llevaba una pistola y los atraparon. Ese viejo lascivo, lord Snyder, descubrió su identidad y amenazó con contarlo a la alta sociedad a menos que ella se casara con él.

Jane frunció el ceño.

—Recuerdo los detalles. Convencimos a lord Snyder de que nos diera tiempo, pero ahora vuelve a impacientarse y exige una respuesta. Elizabeth ha disfrutado fingiendo amnesia, pero creo que lo mejor es enviarla a algún lugar donde pueda esconderse hasta que encontremos algo con lo que presionar a lord Snyder y obligarlo a abandonar esa idea. Saben que Eli tiene la costumbre de buscar el peligro, y si él la atrapa en una de sus escapadas, será difícil salvarla por segunda vez.

Penelope miró al bebé con preocupación.

—Incluso el duque desconfía de lord Snyder. Sospecha que está jugando un insidioso juego político que involucra a varias casas reales europeas. Su red de poder es difícil de romper, y no podemos permitirnos ofenderlo. Esta vez, la situación es grave.

El niño comenzó a llorar, quizá percibiendo la tensión. Dorothy lo tomó en brazos y empezó a pasear por la habitación, con la frente arrugada por la preocupación, igual que sus hermanas.

Tenían ya tantos hijos que, cada vez que se reunían, nadie podía distinguir cuál pertenecía a quién. Todas los cuidaban como si fueran propios.

La estancia era acogedora, cálida y caótica, con aroma a leche, pastel de limón y té dulce flotando en el aire, un marcado contraste

con el siniestro tema de conversación.

Dorothy dejó al bebé en la cuna y se volvió hacia la cama.

—Jane, ¿qué quisiste decir el otro día cuando dijiste que Eli ahora desprecia a lord Darby? Pensé que lo amaba.

Jane, que era la más cercana a Elizabeth y había financiado la temporada de Jo, estaba más al tanto de las corrientes subterráneas que las demás. Ahora las puso al corriente:

—Después de que él exhibiera sus atenciones hacia la señora Phibbs en la fiesta del conde, el corazón de Elizabeth se agrió. Luego se negó a acompañar a Jo a eventos sociales y envió en su lugar a lady Fowler, una tía de Jo, como acompañante. Un día se encontró con Elizabeth por casualidad en Mayfair Street y le hizo el vacío deliberadamente. El orgullo de Elizabeth quedó por fin lo bastante herido como para renunciar a él.

—Ah, con razón ha estado buscando el peligro —dijo Celine con simpatía.

Penelope sopló un rizo gris que le caía sobre el rostro.

—Entre el amor y el odio hay una línea muy fina. Un paso en falso, y puede inclinarse hacia cualquiera de los dos lados.

Las jóvenes reflexionaron en silencio durante un rato.

Penelope sacó a uno de los niños de debajo de la cama y colocó a otro, que de algún modo había terminado empapado, a secarse en un charco de luz solar que entraba por la ventana.

—La suerte y nuestra protección han mantenido a Eli a salvo hasta ahora, pero me temo que algún día cometeremos un error y saldrá herida. Las calles de Londres son cada vez más inseguras y peligrosas, e incluso los guardias del duque tienen dificultades para mantener el orden.

—Puede arreglárselas con los maleantes —replicó Jane—. Pero es de lord Snyder de quien debe esconderse hasta que se canse de ella y regrese con Felicity Fortune.

Celine respondió pensativa:

—Lord Darby es el único que puede hacer que se comporte. No nos escuchará a nosotras.

—¿Y cómo lo convencemos de que la tome bajo su protección? —preguntó Dorothy.

Las hermanas volvieron a quedarse en silencio. ¿Cómo se convence a un viudo para que proteja a la mujer que está evitando? Y más importante aún, ¿cómo persuadirlo de que se enamore de ella?

Durante los últimos dos años, la alta sociedad había enfrentado a William y a Elizabeth como enemigos y amantes, y no había funcionado. Sin embargo, ahora las hermanas se veían empujadas a una situación en la que no tenían más remedio que intervenir.

Si lord Darby no se enamoraba de Elizabeth, la menor de las Fairweather seguiría buscando el peligro, lo que podría conducir a un final espantoso.

Los corazones de las hermanas temblaron ante la idea de perder a su querida hermana.

No, nada podía herir a la pequeña.

Debían hacer todo lo posible por arrancarla del borde del abismo y meterla, de una vez por todas, en los brazos de lord Darby.

CAPÍTULO VEINTISÉIS

Lady Huxley, es decir, Dorothy, organizó una fiesta en su casa de campo, ya que la temporada había terminado.

Era un día agradable, justo en el umbral del verano, con flores en plena floración y el olor de la hierba húmeda y los excrementos de los animales perfumando el aire.

Jo y lord Darby llegaron con cierta reticencia para pasar dos días de picnics y bailes. Lord Darby no quiso rechazar la invitación, redactada en términos firmes, pues las hermanas habían cuidado de Jo de manera excelente; así que, tras meses de hibernación, aceptó asistir a un evento social.

Como una orquídea rara, saltó del carruaje y se dirigió al interior, mientras que Jo fue arrastrada poco después por Elizabeth.

Las muchachas salieron a pasear con la señorita Laura Pekham, una antigua compañera de escuela, y entre las rosas en flor recordaron los viejos tiempos.

El sol brillaba, la vegetación estaba verde y exuberante, y el cielo azul se extendía salpicado de nubes algodonosas.

Poco después de que la señorita Pekham regresara al interior para coquetear con su prometido, Elizabeth se volvió hacia Jo con lágrimas en los ojos.

—La señorita Pekham… la pobre querida.

Jo la miró de reojo.

—¿Qué le pasa?

—He oído que su padre se casó con una mujer joven, no mayor que ella. Estoy segura de que esa nueva y vivaracha madrastra golpea a nuestra dulce Pekham. Podía ver la tristeza rezumando por sus poros.

—A mí me pareció bastante alegre.

—¿Alegre? Jo, la mujer estaba gris y parecía tambalearse al borde de la muerte. —Elizabeth se llevó la mano al pecho—. Ah, Pekham es tan valiente. No soporto mirarla.

Jo sacó una manzana del bolsillo y le dio un mordisco con un crujido sonoro.

—La madrastra de Laura es diez años mayor que ella y muy amable. Y en cuanto a parecer que tiene un pie en la tumba, la muchacha solo está un poco resfriada y congestionada.

Elizabeth frunció el ceño.

—¿Por qué no puedes permitirme tener fantasías? Me apetece estar melancólica y buscar historias tristes. Quiero enfurruñarme. Siempre eres así.

—Ser miserable es una pérdida de tiempo.

—No me gustas.

—¡Bah! Entonces devuélveme los melocotones en conserva que te regalé.

Su riña terminó cuando lord Darby apareció de repente frente a ellas.

Elizabeth se quedó paralizada por la sorpresa.

Hacía unos meses que no lo veía. La última vez había sido en Mayfair Street, cuando él le había hecho el vacío de manera directa.

La había visto desde el otro lado de la calle; ella le dedicó una sonrisa cortés y un leve asentimiento, mientras él alzaba la nariz y se alejaba sin siquiera reconocer su presencia.

Su aventura con la señora Phibbs la había herido, pero su absoluto desprecio por su existencia le había causado un dolor aún mayor.

Aquel día, una daga invisible se le clavó en el corazón.

Había sufrido y sufrido hasta que su desdicha se transformó en furia. ¿Cómo se atrevía ese hombre a no ofrecerle siquiera la cortesía básica de un saludo?

Incluso ahora parecía poco dispuesto a reconocerla: miraba a todas partes menos a ella.

Quería darse media vuelta y marcharse hecha una furia, pero sus pies se negaban a moverse. Sus ojos lo recorrieron con avidez, apreciando todos los cambios que los últimos meses de separación habían obrado en él.

Su piel había vuelto a palidecer, perdiendo su tono dorado, pero el resultado no era desagradable. Parecía esculpido en marfil, etéreo,

como si no perteneciera a este mundo; sin embargo, sus ojos seguían siendo negros e inescrutables como siempre.

El rubor le encendió las mejillas y la punta de las orejas comenzó a arderle. Ojalá hubiera llevado una sombrilla; prefirió creer que era el maldito sol el que la abrasaba y no la presencia de él.

Él se detuvo, parpadeó y asintió, como si despertara tarde de un ensueño y se diera cuenta de que ambos estaban frente a él.

Algo iba mal.

Parecía… un poco perdido, un poco dulce y extremadamente confundido.

La ira ardiente en su corazón amenazó con apagarse, y sus amplios y tentadores hombros, envueltos en un abrigo oscuro de lana perfectamente cortado, la debilitaron aún más.

El amor no podía controlarse; de lo contrario, jamás se habría permitido sufrir tanto.

Se aclaró la garganta, claramente incómodo, y finalmente ofreció otro educado asentimiento en su dirección.

La bruma de atracción que le nublaba la mente se disipó lo suficiente para que notara una anomalía.

Los miraba como si nunca antes los hubiera visto.

¿Eh?

Era comprensible que quisiera evitar su presencia como la muchacha enamorada y pegajosa, pero ¿por qué ignoraría a su propia y querida prima? ¿Había perdido, acaso, la memoria o el juicio?

La preocupación de Elizabeth por él inclinó la balanza; tragó su orgullo y habló primero.

—Lord Darby, ¿se encuentra bien?

Él pareció cobrar vida al oír su voz.

—Eli, ¿hay muchos invitados esta noche para la cena?

Elizabeth se quedó inmóvil cuando otro pensamiento la golpeó como un rayo. ¿Sería posible? Sin duda su hipótesis era demasiado increíble… y, sin embargo, lo explicaba todo.

El corazón le tembló y dio un paso vacilante hacia él.

Durante meses se había decidido a renunciar a su amor y seguir adelante con otra persona. No era la primera vez que tomaba esa

decisión, pero, como siempre, su determinación se deshacía en cuanto lo tenía delante.

Parecía tan perdido… ¿cómo iba a permanecer indiferente su corazón? Y si ella tenía razón, entonces…

—Unas veinte personas —respondió por fin en voz baja y suave—. Algunos del pueblo y el resto ha llegado de Londres. ¿Ya los has conocido a todos?

—Sí, pero yo… no importa. Las veré esta noche.

Elizabeth lo miró fijamente y, de pronto, acortó la distancia entre ambos y sujetó la manga de su chaqueta con la punta de los dedos.

—Lord Darby, ¿puedo hacerle una pregunta?

Tanto Jo como Lord Darby se quedaron inmóviles. ¿Iba a declararse?

Elizabeth se puso de puntillas y escrutó su rostro con intensidad.

—¿Le pasa algo en los ojos?

Jo contuvo el aliento mientras él bajaba las pestañas y trataba de liberar la manga de su agarre, pero ella no lo soltó.

Finalmente se rindió y confesó:

—Ah, eso… ¿cómo lo adivinaste?

—Se chocaba con la gente y no los reconocía. Pensé que era su mente lo que fallaba, pero si son sus ojos… no es tan grave.

Así que aquel día en Mayfair, él ni siquiera se había dado cuenta de que era ella. No la había ignorado a propósito; simplemente no la había visto.

Todo había sido un malentendido.

Lord Darby se sonrojó e intentó con más empeño liberar su manga, retorciendo la tela y moviéndola con torpeza.

—Le dije a Jo que no dejara que nadie lo supiera. Como dices, no es tan grave. No estoy ciego; es solo que cuando las personas están muy lejos, solo veo figuras borrosas, y cuando están demasiado cerca, me cuesta enfocar sus rasgos. Solo tengo que colocar el objeto o a la persona a la distancia adecuada para ver con claridad. Es manejable.

Elizabeth soltó una carcajada al ver la punta enrojecida de sus orejas. ¿El orgulloso Lord Darby preocupado por algo tan trivial? ¿Prefería ofender a toda la alta sociedad antes que usar gafas?

Su agarre se intensificó un instante, como si todo su amor y la emoción desbordada se hubieran concentrado en la punta de sus dedos.

¿Cómo podía alguien ser tan adorable?

Jo se aclaró la garganta y Elizabeth lo soltó a regañadientes.

—Ahora que lo sé, podré ayudarlo. No se preocupe por esta noche. Jo y yo cuidaremos de usted.

Lord Darby se mostró aún más avergonzado; sus espesas pestañas oscuras temblaron sin control.

—Debería ser yo quien cuidara de ti.

—Entonces nos cuidaremos mutuamente —sonrió Elizabeth.

Fue como si los meses de angustia se hubieran disuelto y ella volviera a tratarlo como siempre.

Él apartó la mirada y torció la boca con gesto resignado.

—Entonces me retiraré por ahora.

Las chicas observaron su espalda alejarse antes de estallar en risas incontenibles. El misterio del frío y distante Lord Darby por fin estaba resuelto.

***

Más tarde esa noche, el pequeño salón de baile abrió sus puertas a los invitados. La señorita Pekham insistió en ocupar el piano y cantó algunas piezas con un tono nasal y ronco. Al verla ahora, Elizabeth tuvo que admitir que la muchacha parecía feliz y solo estaba resfriada.

Un poco de mucosidad casi escapó de las fosas nasales de Laura, pero su prometido, que permanecía discretamente a su lado, le entregó un pañuelo con el rostro lleno de afecto.

Elizabeth se sintió conmovida. Ojalá alguien la amara por completo, no solo por su apariencia exterior, sino también por todos sus defectos, su desorden y su espíritu indómito. Ojalá pudiera mostrarse tal como era y ser libre.

Era una lástima que, incluso si lograba conquistarlo, Lord Darby solo amaría a la refinada señorita Fairweather y no a Eli, la salteadora de caminos.

El objeto de sus pensamientos apareció en ese momento, provocando un revuelo entre las mujeres.

Jo tomó del brazo a Lord Darby, lo apartó de las manos codiciosas y lo condujo hasta donde estaba sentada Elizabeth.

Elizabeth le cedió de inmediato su asiento, el más cercano al fuego. Era casi verano, pero el frío del campo aún persistía por las noches. Sin el sol ardiente sobre ellos, el aire se volvía lo bastante helado como para hacer tiritar.

—No quiero tu asiento —objetó Lord Darby de inmediato.

—Quiero ir por una bebida —mintió Elizabeth con naturalidad.

—Me gustaría un brandy —le dijo él, acomodándose en la silla—. Tú también deberías tomar uno; te calentará.

Elizabeth fingió horror.

—Apenas puedo con unos sorbos de vino aguado.

Lord Darby, que sabía que ella podía beber media botella de brandy y seguir cantando afinada, mantuvo el rostro cuidadosamente inexpresivo.

Elizabeth se alejó con energía para buscar las bebidas mientras Jo se quedaba vigilando a Lord Darby de las mujeres que lo rodeaban como avispas hambrientas.

Elizabeth descubrió a la señorita Felicity Fortune conversando con su madre cerca de la mesa de refrescos.

—Me propuso matrimonio hace meses —susurraba.

—Pronto serás Lady Snyder —sonrió la señora Fortune—. Insistiré en fijar una fecha cuanto antes. Le hemos dado tiempo suficiente.

—Pero cuando lo vi el jueves, no parecía complacido. —Felicity miró su mano enguantada y se mordió el labio. Tenía la nuca cubierta con abundante polvo.

Los ojos de Elizabeth se entrecerraron. Nadie se empolvaba la nuca a menos que quisiera ocultar algo.

Frunciendo el ceño, se deslizó junto a ambas y llegó a la mesa. Tomó las bebidas, se giró y chocó contra un joven.

Una buena cantidad de vino se derramó sobre su corbata de seda, y ella se apresuró a disculparse.

El conde de Leigh sonrió con buen humor y secó su ropa con el pañuelo que ella le ofrecía.

—Ha sido culpa mía por completo. Ah, no se preocupe, señorita Fairweather. Tengo un cambio de ropa arriba; puedo subir a

cambiarme. De verdad, no se inquiete.

Elizabeth le devolvió la sonrisa.

—Espero que esté disfrutando la velada, mi lord.

—Su hermana es una anfitriona excelente. ¿Ha heredado su talento?

Rieron y conversaron mientras regresaban al lugar donde estaba sentado Lord Darby. El conde se retiró después de arrancarle la promesa de que bailaría un vals con él más tarde.

Elizabeth se inclinó y le entregó a Lord Darby la copa de brandy, con la sonrisa aun jugueteando en sus labios.

CAPÍTULO VEINTISIETE

Su rostro estaba a pocos centímetros del de William y perfectamente claro ante sus ojos. Veía lo bastante bien si alguien se colocaba justo frente a él, pero su vista le fallaba si la persona estaba a unos pasos de distancia o tan cerca que casi le rozara la nariz. Era desesperante.

Observó sus mejillas sonrojadas y frunció el ceño. Jo le había dicho que el hombre con quien había estado charlando era el conde de Leigh. Sabía ciertas cosas sobre aquel joven: había heredado de su padre el carácter controlador y egoísta.

Sus ojos se oscurecieron al imaginar a Elizabeth cayendo en las garras de alguien así. ¿Cómo podía una mujer como ella casarse con un hombre como él? Su naturaleza alegre y generosa se vería sofocada.

A su tía le había ocurrido algo parecido en compañía de un hombre semejante. Sir Ingram la trataba con afecto, la adormecía hasta someterla y luego pisoteaba sus esperanzas y sueños.

Las palabras de su tío eran dulces, pero su intención era hacerla sentir inferior. Por ejemplo, solía llamarla voluble por reír con demasiada libertad, hasta que la sonrisa desapareció de sus labios para siempre.

Le daba suaves golpecitos bajo la barbilla, la llamaba golosa y la apartaba de las tiendas que vendían pasteles, vestidos y baratijas. También fruncía el ceño y se volvía frío cuando ella enfermaba, pidiéndole que fuera más fuerte y que no descuidara sus deberes como anfitriona ante sus amigos, su familia y él.

Al mismo tiempo, si ella deseaba salir sola o buscar compañía, la persuadía para que se quedara en casa, recordándole su constitución delicada.

Al final de su vida, ya no sabía cuándo sonreír, qué desear ni qué hacer en su tiempo libre. Se desdibujó hasta confundirse con el mobiliario.

En la muerte, por fin había encontrado paz.

Los ojos le escocieron al pensar que Elizabeth pudiera sufrir el mismo destino.

La menor de las Fairweather necesitaba ser adorada, consentida en su encantadora naturaleza. Necesitaba un hombre que la colmara de regalos, que riera cuando ella riera y la consolara cuando estuviera triste. Alguien que permitiera que su espíritu fuera libre, protegiéndola al mismo tiempo.

No, no permitiría que Elizabeth se marchitara como su tía.

Se puso de pie de pronto y tomó la mano de Elizabeth.

—Baila —ordenó.

El corazón de ella dio un vuelco mientras lo seguía obediente hacia un rincón del salón. Varias parejas saltaban al ritmo animado de la música, y William esperó hasta que terminó la pieza antes de ir al grano.

—Aléjate del conde.

Su aliento rozó la oreja de ella mientras hablaba, un poco agitado tras la danza.

Elizabeth se quedó inmóvil; el bullicio a su alrededor se desvaneció mientras todos sus sentidos se concentraban en el punto donde el aliento de él la había tocado.

El corazón le latía con fuerza, casi dolorosamente, y el estómago le dio un vuelco. Aquella sensación era extraña, incómoda y punzante, como si un puño le apretara el corazón mientras decenas de ardillas brincaban en su interior.

—¿Me has oído? —preguntó él, impaciente.

Ella se aclaró la garganta y dio un paso atrás. La distancia despejó su mente.

—Lo he oído, mi lord. Pero ¿por qué habría de mantenerme alejada de un joven apuesto y bien situado?

—No es adecuado. —Sus pupilas se contrajeron con brusquedad, retándola a desobedecerlo—. Es voluble.

El leve matiz de peligro en su actitud la emocionó y la volvió aún más audaz.

—Entonces, ¿podría señalarme a un hombre adecuado?

Él asintió y examinó pensativo el salón. Por desgracia, no podía ver con claridad a la mitad de los invitados. Finalmente, parte de su ira se disipó.

—Te avisaré si se me ocurre alguien.

—¿Y el señor Selby?

—¿Eh?

—¿Es adecuado?

—No, demasiado mayor.

—Tiene la misma edad que usted.

—Eso es demasiado mayor.

Elizabeth rio.

—Mis padres se llevan diez años. Cinco no es nada.

Él guardó silencio. Cinco años entre un matrimonio no era nada extraño; de hecho, era perfectamente aceptable.

—¿Está… celoso?

Se tensó ante la pregunta y su expresión se volvió inexpresiva.

El corazón de Elizabeth se hundió. Por un momento había creído que le gustaba. Su actitud protectora y su urgencia por advertirla contra un pretendiente adecuado habían nublado su habitual agudeza.

Pero la palabra ya había sido pronunciada, y su corazón quedaba expuesto: vulnerable, tímido y fácil de herir.

William tomó una decisión repentina. La condujo fuera del salón hacia los jardines iluminados con farolas de gas, un lujo que pocos podían permitirse.

Eligió caminar por las sombras, lejos de los globos de luz que imitaban el sol. Sus dedos, fríos y firmes, se cerraron sobre los codos de ella, y Elizabeth temió lo que estaba por venir.

Se detuvo finalmente, a cierta distancia de la casa, y se volvió hacia ella. Habló en voz baja y con gran cuidado, como si no quisiera que los vieran así ni que malinterpretaran la escena.

Elizabeth sabía lo que iba a decir y se preparó. Lo supo en el instante en que pronunció la palabra "celoso".

—Señorita Fairweather, creo que puede haber malinterpretado mis intenciones hacia usted.

—Sé que no quiere casarse conmigo —lo interrumpió ella con rapidez.

Quería huir cuanto antes y poner fin a aquella conversación dolorosa.

—Hace poco comprendí el afecto que me profesas. Pensé que era un encaprichamiento pasajero, propio de la juventud, y quizá aún lo sea…

El temperamento de Elizabeth estalló.

—No se burle de mis sentimientos ni pretenda entender lo que siento.

Sus años de dedicación, cuidado y amor no podían reducirse a un simple capricho infantil. Conocía su mente y su corazón.

Él inclinó la cabeza, intentando distinguir su expresión en la oscuridad que había elegido, pero solo percibió su respiración agitada y sus hombros tensos. Habló con suavidad, como si calmara a una niña rebelde.

—Crees que me deseas porque soy lo único en tu vida que no puedes obtener con solo pedirlo.

El tono de ella se volvió tan frío que le recorrió un escalofrío.

—¿Cree que carezco de carácter o inteligencia, mi lord?

Él hizo una pausa.

—No.

—Las personas queridas también tienen enemigos, problemas y desengaños. Yo he perdido seres cercanos, igual que usted. Tal vez mi dolor no haya sido tan extremo como el suyo, pero lo he sentido. Mi vida no es tan idílica como imagina.

Él dio un paso hacia ella, atraído por la tristeza en su voz. Sabía que había sufrido; incluso ahora era consciente de las intrigas y envidias que la rodeaban. Además, las cajas de yesca y las velas que solía llevar consigo eran una pista del trauma de su infancia.

Su tono se suavizó aún más.

—Pero has vencido cada batalla que la vida te ha impuesto y has salido triunfante. ¿No ves tus bendiciones?

Dio otro paso, pero ella parecía ajena a su cercanía.

—Incluso el rey de Inglaterra es amado por unos y odiado por otros. Si él no se libra de las lenguas crueles, ¿quién soy yo para

escapar del mundo? ¿Cree que la mano del Señor me sostiene para que brille con una luz que obligue a todos a adorarme?

Rio con amargura.

—Tengo veinte años, mi lord, no diez. No soy una niña que crea en cuentos de hadas. Entiendo demasiado bien lo que se oculta tras las sonrisas de la alta sociedad. Muchos esperan ver caer a una Fairweather, esperan que cometa un error.

¿Cree que mi vida es fácil solo porque mi familia me quiere? Debo moderar mi carácter y asegurarme de que nada manche nuestro nombre. Conozco la crueldad, el deber filial y el amor. Minimizarme y suponer que no entiendo mis propios sentimientos es injusto.

Él la envolvió en sus brazos justo cuando su voz se quebró por la desesperanza.

—Nunca quise herirte. Yo… pero no es posible que estemos juntos.

La sostuvo, acariciándole la espalda, sin saber cómo continuar. Si hubiera sido cualquier otra persona, habría declarado su indiferencia y se habría marchado. Pero ¿cómo podía ser tan cruel con Eli?

El calor de su cuerpo le caló hasta los huesos al instante, y ella se aferró a él, queriendo prolongar el momento todo lo posible. Se habían apresurado a salir sin sus abrigos, pero solo entonces se dio cuenta de que tenía la piel erizada y los pies helados e incómodos.

Habló en voz baja, con las palabras ahogadas contra la tela de su camisa.

—Puede pensar que soy frívola, consentida y traviesa, porque lo soy, pero le ruego que no dude de mis sentimientos. Sé que no siente lo mismo que yo y no necesita explicarlo. Mientras siga tratándome como siempre, nada tiene que cambiar.

Él le frotó la espalda por última vez antes de apartarse.

—Usted y yo ya no podemos ser como antes. A partir de ahora mantendré las distancias, señorita Fairweather.

Tenía que poner fin a aquella locura. Si continuaba tratándola con el mismo cuidado, ella seguiría albergando esperanzas y nunca sanaría ni encontraría a otra persona.

Era una compañía maravillosa para él y su hermana, aportando tanta alegría a sus vidas grises, pero por sus propios motivos

egoístas no podían arruinar sus perspectivas.

Elizabeth sintió cómo se alzaba un muro entre ambos, casi tangible. El corazón le dio un vuelco y se sintió tan mal que temió que, si permanecía un instante más, perdería el control del estómago.

Él abrió la boca para explicarse, pero ella ya se había dado la vuelta y corría de regreso por donde habían venido. Bajó la mano que había alzado y se pasó los dedos por el cabello antes de seguirla lentamente.

Penelope, Celine, Dorothy y Jane salieron de detrás de un gran arbusto espinoso. Soltaron un suspiro colectivo mientras las figuras de los dos que habían discutido se desvanecían en la distancia.

—¿Qué hacemos? —Penelope se retorcía las manos—. Quería pedirle a Lord Darby que se encargara de Elizabeth mientras nos ocupábamos de Lord Snyder, pero ahora…

—Te dije que mantuvieras a Eli al margen —gruñó Celine—. Era evidente que solo iban a empeorar las cosas.

—Obliguemos al hombre a casarse con ella —propuso Penelope—. Como hicimos con Jane.

Jane negó con la cabeza.

—Podría resentirse en lugar de amarla.

Dorothy se secó los ojos.

—No soporto verla tan destrozada. Penny, haz algo.

Jane se aclaró la garganta.

—Tengo una idea.

—Dinos —ordenó Penelope.

Jane puso los ojos en blanco ante la duquesa y continuó:

—Lord Darby no sabe que lo escuchamos. Así que cuando saque el tema de que la tome bajo su protección, no sabrá cómo negarse.

—Pero se negará —sorbió Dorothy—. Ese hombre puede tener una moral dudosa, pero le importa Eli y jamás haría algo que creyera que podría herirla.

—No se negará —replicó Jane—. Porque cuando me acerqué a él con la intención de patrocinar la temporada de Jo, me rechazó pensando que era caridad. Cuando insistí en que Jo solo sería elegible para el matrimonio durante unos pocos años y que el

tiempo apremiaba, aceptó y dijo que me devolvería el dinero poco a poco. Pero le dije que no necesitaba dinero, ya que estoy casada con el hombre más rico de Inglaterra; en su lugar, le arranqué una promesa: cuando llegara el momento, haría algo por mí.

—¿Ya habías imaginado que ese día llegaría? —preguntó Celine, sorprendida.

A Jane no le gustaban los lugares concurridos ni la vida social, pero como artista era sensible a los sentimientos ajenos y a las corrientes ocultas de emoción. Además, conocía a Elizabeth mejor que nadie y la entendía. Elizabeth se había enamorado de Lord Darby, y ese amor solo se había intensificado con los años.

Con el carácter leal de Elizabeth, jamás amaría a otro en esta vida. Era imposible. Por eso, anticipándose a este momento, Jane había creado una situación en la que Lord Darby no tendría más remedio que ceder a su petición.

En cuanto a Lord Darby, había observado cómo su tono se volvía más suave y su rostro se ablandaba cuando hablaba con Eli. Cambiaba incluso más que cuando miraba a Jo, aunque él parecía no darse cuenta. Sus ojos se detenían más tiempo en el rostro de Elizabeth que en el de cualquier otra persona, y sonreía mucho más en su presencia, haciendo que la gente se preguntara si realmente era el joven frío, distante y descortés al que estaban acostumbrados.

Era amor. Pero si era platónico o romántico, era difícil de decir. Hacer que vivieran bajo el mismo techo despejaría cualquier duda.

Quizá estuviera mal forzar su mano, pero la felicidad de su hermana estaba por encima de todo.

CAPÍTULO VEINTIOCHO

—Lord Darby —Jane lo abordó en la biblioteca una hora antes de que partiera de la casa de campo. Algunos carruajes ya avanzaban por la entrada, y afuera resonaban risas y despedidas—. Elizabeth quiere hacerse monja. Me lo dijo anoche.

William parpadeó con incomodidad. Durante los últimos dos días se había limitado a saludar a Elizabeth con cortesía cuando la veía, pero no habían intercambiado más que eso.

Era muy probable que la muchacha estuviera dolida y hubiera ideado aquella forma extraña de afrontar el desengaño. Quería escapar de la sociedad, y él lo entendía.

—Mi dulce y delicada hermana… —Jane se apoyó en el marco de la puerta y extendió el pie para bloquearle la salida—. Es una lástima que quiera renunciar al matrimonio. Me pregunto qué habrá provocado este repentino deseo de entrar en un convento. Tal vez un cambio de aires mejore su ánimo. ¿Podría alojarla en Ingram House por un tiempo? Jo podría animarla.

—No creo que sea prudente.

Los ojos de William recorrieron la habitación antes de posarse en los ventanales. Consideró la posibilidad de saltar por ellos, pero vio a Penelope junto al rosal y a Celine sosteniendo un rifle de caza. Retrajo el pie y se volvió obedientemente hacia Jane.

—¿Por qué no?

Bajó la mirada.

—Soy viudo.

—Pero no vive solo; vive con Jo y con Lady Fowler, una acompañante excelente.

—Aun así, no es prudente. No quiero empañar la reputación de la señorita Fairweather.

Jane se mordió el labio y tomó una decisión. Las mentiras y los halagos no funcionarían con Lord Darby; necesitaba ser sincera.

—Lord Snyder quiere casarse con Eli.

Él la miró, atónito.

—Ese zorro tiene edad para ser su padre.

—Quiero que la esconda hasta la próxima temporada.

—¿Y no basta con rechazarlo?

—La sorprendió en una situación comprometida y amenaza con arruinar su reputación.

—¿Qué clase de situación?

—Intentó asaltar su carruaje. Tiene testigos.

A William le dio vueltas la cabeza.

—¿Eh?

—Amenaza con contarlo a la alta sociedad si no se casa con él —continuó Jane—. Si Eli se entera de que no hemos logrado convencerlo de que abandone el asunto, se sacrificará por la reputación de los Fairweather.

William sintió deseos de golpearse la cabeza contra la pared para comprobar si estaba despierto.

La miró fijamente.

Jane le sostuvo la mirada.

Él parpadeó.

Ella parpadeó también.

¿Qué era aquello? ¿Lo estaba imitando? ¿O aquel sueño lo había convertido en mujer y estaba mirándose en un espejo?

Ah. La noche anterior había bebido demasiado, y ahora el mundo se movía con lentitud, como si el aire se hubiera vuelto espeso. Tenía la mente nublada por los vapores del brandy. ¡Bah! Nada tenía sentido.

La dulce Elizabeth no asaltaba carruajes, y las elegantes hermanas Fairweather no bloqueaban salidas con fuerza bruta. Todo estaba mal. Era un sueño brumoso. Un sueño borroso de borracho.

Se pellizcó discretamente, soltó un quejido y confirmó que estaba despierto.

Jane se apiadó de él.

—Lord Darby, ¿se encuentra mal? ¿Ha oído lo que he dicho?

—¿Eh? Ah, sí, lo de Lord Snyder. La señorita Fortune iba a casarse con él. Están comprometidos.

Jane negó con la cabeza.

—La había estado cortejando durante años, pero en cuanto la señorita Fortune aceptó, perdió el interés. Y cuando ocurrió el incidente con Elizabeth, cambió de parecer.

—Debe mantenerse alejada de Lord Snyder.

Aún no entendía todo, pero de eso estaba seguro.

Lord Snyder jamás debía casarse con Elizabeth. Era peor que el petimetre que había estado coqueteando con ella los dos últimos días. Era peligroso y difícil de tratar. Todos conocían sus métodos turbios para conseguir lo que quería; ni siquiera los aristócratas se libraban.

Sería un enemigo formidable.

Sin ir más lejos, el mes pasado se rumoreaba que había matado a un oficial que se atrevió a estornudar en su dirección.

Jane aprovechó la ventaja.

—Jamás pensará en buscarla en su casa, considerando que tiene tantas hermanas con poderosos guardias que la protegen.

—Algún primo lejano…

—Y el único que puede frenar sus pies aventureros es usted. A nosotras no nos escucha.

Él frunció el ceño.

—¿Qué quiere decir?

—Elizabeth no es tan dócil como aparenta. Solo es así delante de usted.

William volvió a quedarse atónito. El asalto al carruaje ya le había dado una pista de que no todo era lo que parecía, pero no había tenido tiempo de reflexionar sobre ello. Ahora las palabras regresaban: Lord Snyder la había sorprendido intentando asaltar su carruaje.

Le zumbaba la cabeza. Por un momento se sintió como un abejorro… un abejorro al que acababan de golpear.

Elizabeth Fairweather había intentado asaltar un carruaje. ¿Por qué?

—¿Le preocupa su influencia sobre Jo? —preguntó Jane.

William negó con la cabeza, todavía aturdido.

—Tiene un corazón de oro. Jamás desviaría a Jo.

A Jane le escocieron los ojos de repente. Su hermana pequeña había elegido al hombre correcto para amar.

—Pero todos estos secretos… —él volvió a centrar la mirada en Jane—. Necesito saber más antes de aceptar.

—Ah, eso… sí. Le gusta asaltar carruajes junto a Dimbercove.

—¿Dimbercove?

—Su amigo de la infancia. Es hijo de un famoso salteador de caminos. Tal vez lo conozcas como el Halcón.

—Ya veo.

—Le gusta robar para alimentar a los pobres y coleccionar tesoros por diversión.

—Ya no veo nada.

—… pero elige bien a sus objetivos. Criaturas horribles, todas ellas, que merecen algo mucho peor…

Él entrecerró los ojos con desaprobación.

—No creo que una joven deba tomarse la justicia por su mano. Hagan lo que hagan esas personas, ella se equivoca al robarles.

Jane asintió.

—Estoy totalmente de acuerdo, pero no podemos detenerla. Se niega a escuchar y, si intentamos limitarla, se vuelve muy infeliz.

—La consienten demasiado.

—Sí, también.

—¿Y si resulta herida?

—Es buena luchadora. Además, los guardias del duque la siguen a todas partes, aunque ella no lo sabe, así que no se lo digas.

—No pueden permitir que esta locura continúe.

—Nosotras ya nos hemos rendido, pero quizá usted pueda guiarla por el buen camino.

—¿Por qué yo?

—Porque en todos estos años, solo su existencia la ha hecho pensar antes de actuar. Nada ha frenado sus pies aventureros como su presencia. Su nombre es como un hechizo que, una vez pronunciado, la deja paralizada y obediente. Lo necesita, Lord Darby; lo necesitamos.

William recordó las palabras de Jane cuando le pidió que patrocinara la temporada de Jo y la promesa que le había arrancado,

pero esta vez Jane no recurrió a eso para convencerlo.

—Por favor, Lord Darby. Elizabeth necesita su protección.

Él miró fijamente por la ventana, con la vista puesta en la borrosa Penelope de cabellos grises, que olfateaba una rosa con un trabuco apoyado en la pierna. Estornudó cuando algo se le metió en la nariz, quizá un insecto. Celine miraba ahora la fosa nasal izquierda de la duquesa y enseguida hurgó con el meñique para extraer lo que se había colado en el agraviado conducto.

Si hubiera dado un solo paso atrás, toda la escena se habría disuelto en sombras y líneas.

Jane esperó con paciencia su decisión, sin presionarlo más. Ya había dicho todo lo que podía, y conociendo su debilidad por Elizabeth, la respuesta era evidente.

Y, tal como ella sospechaba, él bajó la mirada y asintió.

—La mantendré a salvo.

Jane se hizo a un lado y por fin le permitió salir de la habitación.

Sumido en sus pensamientos, caminó hacia su carruaje sin notar la mirada furiosa que Jo clavaba en su espalda.

El enredo emocional podría resolverse más adelante; por el momento, lo más importante era mantener a Elizabeth a salvo. No quería casarse con ella, pero eso no significaba que estuviera dispuesto a arrojarla a los lobos.

***

El carruaje de Lord Darby partió, levantando una nube de fino barro mientras se alejaba con prisa. Un momento después, comenzó a llover: gotas gruesas y pesadas que empaparon la tierra y obligaron a las hojas y flores silvestres a inclinarse bajo su peso.

Elizabeth y Jo se sentaron junto a la ventana, observando el campo anegado. No era una tormenta; simplemente llovía sin cesar, sin truenos ni relámpagos que rasgaran el cielo. Una lluvia monótona y persistente caía desde el cielo gris mientras ellas permanecían como muñecas infelices atrapadas dentro de una preciosa bola de cristal.

La fiesta había terminado, y el repentino silencio permitió que todos los pensamientos que Elizabeth había mantenido a raya

irrumpieran de golpe. Tampoco podía escapar de la casa, con el campo convertido en un lodazal, así que tenía que soportarlo.

Soportar el desamor.

Con una vela de cera de abeja sin encender, trazaba líneas sobre los cristales empañados, dibujando formas sin sentido mientras su mente divagaba. Ahora, con los invitados ya marchados, no tenía que esconder las velas ni las cajas de yesca; podía sostenerlas en la mano. Y así lo hacía, constantemente.

El estómago y el pecho comenzaron a dolerle, y los ojos le ardían como si quisieran derramar lágrimas de pena. Se sentía como un duelo, porque esta vez lo había perdido por completo.

La vela delineó un nombre en el vidrio: William.

Todo ese tiempo se había aferrado a la esperanza. Después de todo, él no había sido consciente del amor que ella sentía, y quizá, con el tiempo, habría llegado a corresponderle, pero ahora… borró el nombre con dedos temblorosos hasta que pareció que nunca había estado allí.

Jo permanecía a su lado, desbordando compasión y simpatía. Aquel día, tras la horrible conversación con Lord Darby, Jo había encontrado a Elizabeth temblando en su alcoba, aferrando un cubo de velas con un agarre mortal. Había sabido lo ocurrido, perdió el temperamento con su despiadado primo y se negó a regresar a casa con él. Tenía la intención de quedarse hasta que Elizabeth mejorara.

Aunque Jo tenía buenas intenciones, Elizabeth no deseaba su compañía, pues su presencia le recordaba a Lord Darby. No podía decírselo sin herir sus sentimientos, así que soportaba aún más.

—Quiero dormir —dijo Elizabeth, con la voz apenas audible sobre el golpear de la lluvia.

Jo dudó, pero finalmente la ayudó y la condujo al encantador dormitorio color prímula que Dorothy había asignado a las dos para compartir.

—Te despertaré a tiempo para la cena.

Elizabeth no se molestó en desvestirse; se deslizó bajo las mantas y cerró los ojos. Jo permaneció un momento más antes de cerrar la puerta con suavidad.

En cuanto los pasos se alejaron, Elizabeth rompió a llorar. Lloró hasta que le dolió la cabeza —quizá una hora o más, ya no lo sabía.

Cuando las lágrimas se secaron, se obligó a levantarse y caminar con paso pesado hacia el escritorio de palo de rosa. Tenía que distraerse o enloquecería de pena.

Su mente y su cuerpo jamás habían sufrido tanto, pero incluso en medio de un dolor indescriptible, debía atender ciertos asuntos esenciales.

Saludos, Fantasma Atormentado:
Investiga a Snyder, Felicity Fortune.
Avanza como el viento del norte, cargado de escarcha, dolor y presentimientos, y atraviesa el continente sin dejar rastro alguno.
Lancelot.

Elizabeth suspiró mientras metía la carta en un sobre y escribía la dirección. Había elegido el nombre Lancelot cuando tenía dieciséis años, y la larga y florida frase que lo acompañaba era un código secreto para probar su identidad.

Ahora se arrepentía.

El nombre era demasiado romántico e inmaduro, y la frase, ornamental, ridícula y ligeramente vergonzosa; por lo general ocupaba más espacio que el contenido de la carta. Ya era demasiado tarde para cambiarlo, pero quizá, poco a poco, podría acortarlo a «El viento del norte no deja huellas» o sustituirlo por completo por «Las abejas astutas nadan en orinales».

¡Bah! Le dolía demasiado la cabeza como para molestarse con tales tonterías.

Abrió la ventana de un tirón y silbó. Un momento después, Dimbercove trepó por la hiedra y rodó dentro de la habitación.

Cerró la ventana con consideración, pero su figura empapada traía consigo más agua de la que el viento habría podido colar.

Su enorme tamaño empequeñecía la estancia, pero en lugar de miedo, Elizabeth se sintió un poco mejor. Era como un oso gigante y amistoso que traía consigo el calor del verano y el aroma del pan recién horneado.

—Envía esta carta al Fantasma.

Dimbercove se la guardó en el bolsillo.

—¿De qué trata?

—Sospecho que alguien está perjudicando a la señorita Fortune. Y quiero saber más sobre Lord Snyder. El hombre, después de insistir con tanto empeño en casarse conmigo, de repente ha guardado silencio. —Frunció el ceño y se preguntó en voz alta— ¿Qué estarán tramando mis hermanas?

—El duque ha intervenido —respondió Dimbercove, con el agua escurriendo por su cabello y su ropa—. Pero el duque de Blackthorne no tiene suficiente información para obligar a Lord Snyder a desistir por completo.

Elizabeth le tendió un gran paño de muselina para que se secara.

—No te pedí que investigaras.

—Te concierne, así que tenía que hacerlo.

Sus ojos se humedecieron ante aquellas palabras. Era un salteador de caminos a regañadientes y un cómplice aún más reacio en sus turbios manejos, pero nada de eso importaba, porque en el fondo de su corazón era un amigo leal y maravilloso.

Resopló y se secó los ojos.

—Quiero visitar a Lord Snyder y darle una paliza para que abandone la idea de casarse conmigo.

—No. Es demasiado poderoso para tomarlo a la ligera.

Elizabeth le propinó un golpe en las espinillas, haciendo que él protestara más por indignación que por dolor. La miró, sintiéndose ofendido.

—¿No podemos vivir una vida en paz? —refunfuñó—. Quiero una granja de gallinas.

—¿Y casarte con una lechera? —preguntó ella.

Él se quedó atónito.

—¿Cómo lo supiste?

—¿No es eso lo que la mayoría de los hombres sueñan? Pero, por ahora, debes continuar el legado de tu padre, procrear con diligencia y esperar que uno de tus hijos asuma el venerado manto del Halcón.

Sus mejillas se enrojecieron.

—¿Podrías comportarte como una joven dama respetable?

Elizabeth puso los ojos en blanco.

—No.

—Por favor.

—No.

—Eli, compórtate.

Ella hizo una pedorreta.

Él frunció el ceño.

—Ojalá te casaras y te marcharas lejos.

—Ayúdame a atrapar a Lord Darby.

—No soy celestino. Seduce tú misma a tu hombre.

—Creí que estábamos fingiendo formar parte de la alta sociedad.

—Me voy.

—Adiós muy buenas.

—Lord Darby es demasiado bueno para ti —dijo con un pie ya fuera de la ventana—. Jamás elegiría a una arpía como tú.

Elizabeth se lanzó hacia él, le agarró la pierna y lo arrojó por la ventana. Ni siquiera se molestó en asomarse para comprobar si se había roto la cabeza o una pierna.

Concluyó, frustrada, que probablemente no se habría hecho ni un rasguño con sus habilidades.

Era una lástima que hubiera crecido tanto, volviéndose más alto y fuerte que ella. Cuando eran niños, había sido pequeño y blandito como una bola de masa que podía aporrear a su antojo. Ahora era como golpear un bloque de madera, y al final eran sus propias manos delicadas las que terminaban escociendo por el impacto.

Pronto le encontraría una lechera con la piel tan clara como la luna y un temperamento tan insípido como la sopa de pollo de su madre, mientras su propia vida terminaría en un convento.

Una lágrima se deslizó por su mejilla cuando el apuesto rostro de Lord Darby brotó ante sus ojos una vez más, como un narciso en primavera.

¡Lud! Jamás volvería a verlo.

CAPÍTULO VEINTINUEVE

Elizabeth arrojó una bolsa de monedas en medio de la cama.

Seis doncellas, cuatro jardineros, un mozo de cuadra y la fregona miraban nerviosos sus cartas.

La cocinera partió un cacahuete y se lo ofreció a Elizabeth.

—La señora cree que está rezando.

—Bien —Elizabeth frunció el ceño ante el as que tenía en la mano.

—Quizá *deberíamos* rezar —susurró la joven fregona—. ¿No iremos al infierno por mentir y apostar?

—Es tu turno —replicó bruscamente la doncella personal.

La fregona dio un chillido y lanzó una carta al montón.

Nadie quería hablar de moral ni de castigos; tenían asuntos más urgentes que atender, como ganar más dinero del que recibían como salario.

Salvar el alma de la condenación y evitar el purgatorio era preocupación de los ricos ociosos. La mayoría estaba demasiado ocupada intentando sobrevivir como para inquietarse por si cruzaría o no las puertas del cielo.

Ah, incluso la salvación del alma dependía del estatus y la riqueza. Los pobres parecían condenados desde el momento en que nacían.

Llamaron suavemente a la puerta, tres golpes espaciados con exactitud. Elizabeth hizo un gesto y el mozo de cuadra abrió rápidamente, dejando pasar al visitante.

Era Jo.

—Tus hermanas te llaman abajo. Tu madre ha llegado.

—¿Es hora de volver a Finnshire?

Jo parecía alterada. Dudó antes de responder:

—Baja y compruébalo por ti misma.

Elizabeth suspiró y arrojó las cartas.

—Repartan el dinero entre ustedes.

Salió de la habitación, dejando a los criados en pleno alboroto.

Jo avanzó a toda prisa por el pasillo.

—Has echado a perder a los criados de Finnshire y ahora tampoco se salva la finca campestre de Dorothy. Deberían estar trabajando.

—Estaba aburrida.

—¿Cómo piensas convertirte en monja? Las horas en una celda fría y oscura, comida simple y agua… —Jo se estremeció—. Morirás en menos de un mes.

—Siempre puedo enseñar a las monjas a jugar a las cartas.

—¡Calla! —Jo se volvió y le tapó la boca con la mano.

Elizabeth puso los ojos en blanco y comenzó a bajar la escalera de caracol de madera. Jo creía que la vida en un convento era aburrida cuando, en realidad, la suya no era mejor. Se sentaba en sillones de terciopelo, con todos sus deseos satisfechos al instante, pero su mente inquieta ansiaba estímulos. Deseaba problemas para poder resolverlos. Una vida tranquila y sin sobresaltos la deprimía.

Pero cada vez que enfrentaba una dificultad, su familia se reunía a su alrededor como un escudo y la resolvía por ella. Apenas sentía un leve pinchazo antes de que lo aliviaran. Quería ser herida, vagar inquieta durante días y hallar por sí misma el bálsamo que la curara.

Qué dulce sería el momento de limpiar y sanar sus propios rasguños y magulladuras. Esa sensación de logro era lo que anhelaba. Quería vivir en la incomodidad, aunque fuera un breve tiempo; sentarse medio día en un taburete duro sin respaldo y sentir cómo le dolían los huesos.

Penelope sonrió radiante al verla entrar.

—Jo, Eli, dense prisa y digan a las doncellas que preparen sus baúles en el carruaje. Saldrán hacia Ingram House en una hora.

Elizabeth parpadeó.

—¿Jo se va?

La señora Fairweather abrazó a su hija.

—Tú también.

La sonrisa de Penelope se ensanchó aún más.

—Has estado miserable, y todo ese asunto de querer ser monja nos ha puesto nerviosas. Un cambio de aires te vendrá bien.

—¿No es suficiente cambio la casa de campo de Dorothy? —replicó Elizabeth—. No quiero ir.

La señora Fairweather abrió los ojos con sorpresa.

—Pero si llevas años suplicándome que te envíe a Ingram House. A veces creo que quieres más a Jo que a tu propia familia. ¿Y ahora no quieres ir? ¿Por qué?

—No es decoroso —respondió Elizabeth tras un momento—. Voy a ser monja. No puedo vivir bajo el mismo techo que un hombre soltero.

Jo susurró en su oído:

—¿No visitaste seis burdeles el mes pasado buscando a un criminal sospechoso?

Elizabeth la pellizcó para hacerla callar.

Celine dejó el tejido a un lado.

—Has estado viviendo en la misma casa que muchos solteros durante la fiesta. La mitad dormía justo encima de tu dormitorio.

Elizabeth negó con la cabeza.

—Esto es distinto.

Penelope chasqueó la lengua.

—Soy la duquesa de Blackthorne, y digo que es decoroso. Incluso si te revolcaras con hombres apuestos en los establos y yo digo que es decoroso, ¿quién se atrevería a negarlo? Hagas lo que hagas, es decoroso. Además, aún no has tomado los votos.

Dorothy hizo una reverencia hacia Penelope.

—Su Gracia tiene razón, como siempre. Nosotras no tuvimos el lujo de hacer lo que deseábamos, pero tú, como la menor, sí puedes. Tienes nuestra bendición. Nadie se atreverá a señalarte.

Celine asintió.

—Exacto. De lo contrario, el dedo le será cortado.

Jo inclinó la cabeza y volvió a susurrar:

—Con razón estás tan malcriada. Prácticamente te animan a ser traviesa. Quieren que seas… —jadeó— una descarada. Debería reprenderlas.

Elizabeth volvió a pellizcarla hasta que Jo gritó.

Penelope se alisó el cabello canoso.

—Haz las maletas.

—No quiero ir —se mantuvo firme Elizabeth.

—Tienes que hacerlo —respondió Dorothy con tono apologético—. Voy a dar descanso a los criados. Nadie se quedará aquí para vigilarte.

Celine asintió.

—Todas nos vamos.

—Puedo volver a casa —objetó Elizabeth. Su corazón latía con fuerza y sentía náuseas. No podía enfrentarlo después de lo ocurrido; la sola idea de verlo la mareaba.

Debía convencer a sus hermanas de abandonar aquella absurda idea.

La señora Fairweather se aclaró la garganta.

—Me quedaré con Jane para ayudar con el nuevo bebé. Tu habitación está llena de pulgas. ¡Todos esos perros! Estoy aireando y limpiando la casa. El tiempo ha mejorado y hay que poner colchones y almohadas al sol durante varios días, por no hablar de los cojines y la ropa.

—Puedo dormir en otra habitación.

—Todas están llenas de pulgas —corrigió su madre.

Jane sonrió y sorbió su té.

—Dorothy y Elizabeth comparten su amor por los animales.

La señora Fairweather asintió.

—Son iguales. Ambas lloran cuando muere algún animal en la granja o cuando se lo comen. Lloró cuando murió la vaca, cuando murió el conejo, un pájaro cualquiera, incluso cuando murió un pez del estanque…

—¡Madre, basta! —rugió Elizabeth. Si aquello se sabía, su reputación quedaría destrozada. ¿Cómo podría darle un puñetazo a un hombre después de que supiera que había aullado por la muerte de un pollito?

Jo le dio unas palmaditas en el brazo.

—También lloró cuando aquella ramita con dos hojas que llevó a la escuela se desmoronó. La planta tenía un nombre… ¿cuál era? ¿Meliflua? ¿Ramita?

Elizabeth la fulminó con la mirada.

—La traje de Finnshire para recordar mi hogar y consolarme en mis días solitarios.

—¿Ven? Ya tiene los ojos húmedos otra vez —dijo Jo con ternura —. Ah, Eli, eres tan dulce y blanda.

Elizabeth vio rojo.

—Soy una joven sensata, inteligente y valiente. ¿Quién se atreve a enfrentarse a mí, hombre o mujer, y vencerme en un combate a puñetazos? ¡Jo, cómo te atreves a decir que soy blanda! ¡Maldita sea! Desde hoy rompo toda relación contigo.

—¡Señora Fairweather! —aulló Jo, corriendo hacia los brazos de la anciana—. Eli vuelve a ser horrible.

—Ah, no le hagas caso. Yo siempre te trataré como a otra hija —la consoló la señora Fairweather.

Jane acarició la cabeza de Jo.

—Ojalá fueras mi hermana también. Eli es demasiado ruidosa.

—¿Penny? —El labio de Elizabeth tembló mientras miraba suplicante a su hermana mayor.

Penelope empezó a ablandarse, pero Celine le dio una patada discreta. Evitó la mirada de Elizabeth y dijo:

—Celine y yo nos vamos a Bath. Me duelen las rodillas.

Elizabeth miró con furia a su familia y a su amiga del alma.

—No me quieren. Solo fingen que les importo. En lugar de animarme, se burlan de mí. ¡Y...yo espero sinceramente que todas engorden!

Las mujeres jadearon horrorizadas y gritaron indignadas.

—¡Retira eso!

—La horrenda eres tú.

—Siempre quisiste vivir en Ingram House, y ahora que estamos de acuerdo, de repente cambias de opinión.

—¡Eli, retira esas palabras! ¿Cómo puedes desearle algo tan malvado a tu hermana?

—¡Eli!

Elizabeth giró sobre sus talones y se dirigió hacia la puerta con la intención de huir.

En el umbral aparecieron Lord Adair, el marqués de Lockwood, y dos guardias vestidos con cuero negro. El hombre más apuesto de

Inglaterra, su maestro y confidente, también la había traicionado.

—Iré contigo a Ingram House —dijo Lord Adair con tono apologético.

Elizabeth se desmoronó por dentro. Con él presente, terminaría exactamente donde él quisiera. Él la había entrenado y, aunque ella era mucho más joven, más ágil y vivaz, jamás podría derrotarlo, ni en ingenio ni en combate cuerpo a cuerpo.

Tendría que quedarse con ese horrendo, cruel e insensible Lord Darby.

Por un instante consideró contarles acerca de su confesión, pero la vergüenza del rechazo y el ambiente tenso la hicieron morderse la lengua. No, sentirían lástima por ella y lo reprenderían, o harían algo peor.

¿Y si se enfurecían tanto que olvidaban que él era primo de Jo y lo lastimaban?

—Mis perros —murmuró finalmente Elizabeth con voz débil.

—Los he traído —le aseguró la señora Fairweather—. Te acompañarán a Ingram House.

—Han pensado en todo —replicó Elizabeth con sarcasmo.

—Siempre estoy preparada —respondió cómodamente la señora Fairweather—. Después de todo, soy tu madre.

Elizabeth contempló a su familia rodeándola —traidores, todos ellos—, arrojándola a la boca del lobo. ¿Qué clase de familia enviaba a una joven soltera a vivir con un soltero?

Aunque supieran que ella podía derribar a dicho caballero en tres movimientos rápidos, aquello no estaba bien.

Ah, no les importaba. Nunca les había importado. La odiaban y habían fingido quererla todo ese tiempo.

Nadie la quería.

Sorbiendo por la nariz, se sonó con el pañuelo. Su deseo de enfrentarse a un problema que su familia no resolviera por ella se había cumplido, y de pronto anheló el regreso de su vida tranquila y sin sobresaltos.

¡Oh! ¿Cómo podría enfrentarse a Lord Darby después de aquel horrible, horrible incidente? ¿No pensaría él que era una descarada sinvergüenza?

Ya ni siquiera podía escapar, no con Lord Adair y los seis guardias del duque, vestidos de cuero negro, escoltándola escaleras arriba hasta su habitación y luego de vuelta abajo con las cajas y baúles que ya estaban preparados.

Otros seis guardias aparecieron a caballo y, tal como años atrás la habían escoltado cuidadosamente hasta Atterberry House para impedir que huyera, ahora la condujeron hasta Ingram House como a una prisionera de guerra.

Todo era tan trágico que finalmente hizo algo que jamás había hecho antes: se llevó una mano a la frente, como una doncella en apuros, y dejó escapar un gemido lastimero.

LA SOPA DEL ESCÁNDALO

CAPÍTULO TREINTA

William había contratado a los sirvientes más baratos, así que no era ninguna sorpresa que fueran pésimos. Todos permanecían en el umbral de Ingram House, boquiabiertos como peces ante la escena que se desarrollaba frente a ellos.

El elegante carruaje urbano negro, magníficamente construido y con excelente suspensión, lucía el emblema del duque de Blackthorne resplandeciendo bajo la suave luz del atardecer. Detrás venían dos coches más pequeños, que finalmente se detuvieron ante Ingram House.

Los caballos de guerra relincharon, el sonido firme de sus cascos marcó el suelo, y los guardias, vestidos de cuero negro y con semblantes feroces, se desplegaron en formación en V.

Un momento después, los huesudos dedos de Jo apartaron las cortinas rojas; sus pequeños y brillantes ojos verdes asomaron, y, sin esperar la ayuda del lacayo, saltó del estribo y corrió hacia William.

Él la sostuvo entre sus brazos, el rostro lleno de risa. No importaba cuántos años cumpliera, siempre volvía a ser la niña de antes en su presencia.

Al cabo de un momento, William la apartó ligeramente y preguntó con esperanza:

—¿E… la señorita Fairweather logró escapar?

Jo bajó la voz.

—Lord Adair nos escoltó hasta la entrada de la finca antes de marcharse discretamente.

Si el marqués los había acompañado hasta allí, entonces Elizabeth debía de seguir dentro del carruaje.

Los sentimientos de William se enredaron. Una parte de él había deseado que ella convenciera a su familia de enviarla a otro lugar; pero, al mismo tiempo, no confiaba en nadie más para protegerla como él podía hacerlo.

Sin embargo, después de lo ocurrido en la casa de campo de Dorothy, su reencuentro prometía ser incómodo. Tendría que esforzarse por hacer que ella se sintiera cómoda en su presencia, o convivir bajo el mismo techo resultaría desagradable.

Con un suspiro, se volvió hacia el carruaje y se preparó.

Un pájaro trinó a lo lejos y un perro ladró. Todos miraban fijamente la puerta del coche, esperando que Elizabeth apareciera.

La puerta permaneció obstinadamente cerrada.

Los caballos empezaron a inquietarse, e incluso los guardias comenzaron a encorvarse de aburrimiento, así que William finalmente decidió acercarse al carruaje principal y echar un vistazo dentro.

Elizabeth estaba sentada en el extremo más alejado del asiento de terciopelo carmesí, bebiendo vino. Se quedó inmóvil al percibir su presencia y dio otro sorbo apresurado para ocultar el rostro.

—Sal ahora mismo o me veré obligado a sacarte —dijo William con severidad. Su tono era el de un hermano mayor irritado, y surtió el efecto que esperaba.

Ella se encendió al ser tratada como una niña traviesa, apuró la copa de un trago y salió apresuradamente.

Él se apartó para permitirle descender. Ella ignoró la mano que él le tendía y saltó al suelo tal como había hecho Jo.

Tenía las mejillas rosadas, los ojos demasiado brillantes y la boca apretada en una línea tensa. El corazón de William se ablandó; quiso acariciarle la cabeza y decirle que no se preocupara.

Sin sospechar sus pensamientos benévolos, ella avanzó con paso altivo hacia la entrada, pero de pronto se detuvo y gritó:

—¡Polly Peachum!

Un pequeño pequinés salió disparado de uno de los carruajes menores y corrió hasta colocarse junto a Elizabeth. Se sentó muy erguido, mirándola con obediencia.

Ella lo ignoró y volvió a llamar:

—¡Charlotte, Sophia, Violet, Edith, Drusilla, Peanut!

Siete pequineses se alinearon frente a ella, esperando nuevas órdenes.

William fue palideciendo a medida que se pronunciaban los nombres y ahora estaba tan blanco como las nubes perezosas que flotaban sobre su horrorizada cabeza.

Elizabeth sonrió al notar su expresión espantada.

—Jo, ¿tomamos el té en la sala familiar?

—Jo —intervino William, deteniendo a las muchachas—. ¿Es consciente tu amiga de que la mitad de las criaturas que ha traído son machos y, aun así, les ha puesto nombres femeninos?

—Tres son machos —respondió Jo, mirando al suelo.

Su tono se volvió aún más frío.

—Jo, ¿les ha puesto esos nombres en honor a todas las mujeres con las que se rumorea que yo… he tenido tratos?

Los sirvientes jadearon, y algunos guardias casi se cayeron de sus caballos.

Jo inclinó la cabeza de un lado a otro.

—No recuerdo a ninguna llamada Peanut.

Todos los pensamientos cálidos y compasivos que William había albergado hacia Elizabeth murieron trágicamente en ese instante. Aquella muchacha no era una muchacha; no, era una diablesa disfrazada, una criatura horrible y perversa que no merecía ninguna de las atenciones que él había pensado concederle.

¡Bah!

Sus pupilas se contrajeron y se volvió hacia Elizabeth.

Las pestañas de ella temblaban, y sus mejillas seguían teñidas de rosa. Mientras la observaba, la punta de su lengua asomó para humedecer sus labios resecos.

Parecía un gato desvalido y abandonado, que había sido alimentado y mimado toda su vida y, de repente, un día era arrojado a la calle. Se sentaba frente a la casa de su amo, maullando lastimeramente, preguntándose qué había hecho para merecer un trato tan cruel.

El corazón de William se contrajo, y las palabras duras que había pensado pronunciar murieron en su garganta.

Un pensamiento brilló de pronto en su mente como un pez plateado saltando fuera del agua. Ella jamás había esperado que él descubriera aquello. Quizá esa había sido la única manera de

desahogar sus celos mientras él había permanecido ajeno al dolor de su corazón todos esos años.

Hacía años que el perro más viejo había cumplido cinco. Recordaba que Jo le había hablado del nuevo cachorro que Elizabeth había conseguido de Dorothy y de aquella vez que él había rodado por el establo con la señora Polly Peachum.

Exhaló con fuerza el aire contenido entre sus labios pálidos.

Con suerte, su estancia duraría solo unos meses y, mientras tanto, haría todo lo posible por evitarla. Alguien tan caótico como ella era un veneno para su paz.

Y él atesoraba su paz, pues la vida ya le había brindado suficientes emociones.

***

La suave brisa de verano agitaba las hojas de los grandes robles, y las flores silvestres se estremecían de placer.

Elizabeth no podía mirarlo a los ojos ni dirigirle la mirada. La confesión y el rechazo ya habían sido bastante malos, pero además se había visto obligada a reconocer los nombres de sus mascotas en su presencia.

Había comprendido que pronto se enteraría si iban a vivir bajo el mismo techo, así que había actuado con desafío y audacia cuando, en realidad, sus rodillas habían estado temblando bajo las exquisitas enaguas de encaje recientemente pirateadas de Francia.

Lord Adair había entrenado a todas las hermanas Fairweather, y ella era su mejor alumna. A menudo le decía que tenía un talento notable para romper huesos sin romper la piel y un gran gusto por la sangre y la batalla.

Con frecuencia la llamaba valiente.

Y sin embargo, en ese momento, se sentía aterrorizada. No era el mismo miedo que sentía cuando todo estaba completamente oscuro, sino un terror diferente que hacía que su corazón latiera como si una roca pesada estuviera aplastando uvas dentro de su pecho, o como si una manada de ciervos estuviera corriendo sobre él, o quizá como si un hada hubiera hecho su hogar en su caja torácica y alternara entre hacerle cosquillas en el corazón con una pluma y apuñalarlo con una espada afilada…

Como si fuera consciente de su angustia, Jo le sostuvo el codo y siguió hablando sin parar sobre el estado de la casa. Algunas partes de la mansión no podían usarse; el techo había comenzado a gotear en ciertos lugares, la madera estaba debilitada y no todas las chimeneas funcionaban.

Elizabeth permaneció en silencio durante todo el camino hasta la sala familiar, dolorosamente consciente de la alta figura de lord Darby caminando detrás de ella. Casi podía sentir el calor de su cuerpo y apresuró el paso mientras los perros correteaban delante de ella.

—Ah, ¿ha llegado su esposa? —Lady Fowler, la tía anciana de Jo, que actuaba como chaperona y vivía con ellas, se acercó a Elizabeth y tomó sus manos sorprendidas—. Muy bien hecho, William. Has elegido a una joven encantadora.

Todos se quedaron inmóviles.

Lady Fowler continuó charlando con toda tranquilidad.

—Lady Darby, venga a sentarse aquí; de lo contrario, el sol del atardecer le molestará en los ojos. Si me siento en esa silla, un rayo siempre me da justo a esta hora. ¿Ya han cenado? ¿Fue largo el viaje? ¿Cómo fue la boda? Lo siento mucho; estaba ocupada vigilando la casa y manteniendo a raya a los sirvientes y por eso no pude presenciar la feliz ocasión; las doncellas son nuevas, verá...

—Tía —interrumpió finalmente lord Darby—. Ella no es mi esposa.

—¿Qué? ¿Aún no están casados? ¿Y por qué no?

—No tengo intención de casarme.

Los ojos de lady Fowler comenzaron a girar en sus órbitas.

—¿Nada de matrimonio, pero esto… bajo el mismo techo, en el mismo dormitorio, sin casarse…?

Lord Darby respondió rápidamente antes de que su tía se desmayara.

—Esta es la señorita Fairweather, amiga de Jo. Planea quedarse con nosotros por un tiempo y ocupará la Cámara Violeta. Usted pasó toda la mañana preparando la habitación para ella.

—¿Lo hice?

—Sí, y la conoció durante la temporada.

—¿La conocí?

—Más de veinte veces —murmuró lord Darby.

—No lo recuerdo en absoluto. ¡Qué extraordinario! —Lady Fowler hizo sonar la campanilla—. ¿Tomamos un poco de té, lady Darby? ¿Le gustaría un sándwich? ¿Es demasiado temprano para un poco de brandy de cereza? Si no, me gustaría un poco de la nueva botella que la señora Glastonbury envió el otro día.

Elizabeth pegó una sonrisa en su rostro.

El cojín azul que yacía a su lado parecía mullido y tentador. ¿Podría romperlo, meter la cabeza dentro y fingir que había perdido la razón? Al observarlo más de cerca, estaba un poco polvoriento y quizá nunca lo habían lavado.

Sabía que lady Fowler tenía una memoria terrible, a menos que se tratara de brandy, y si una idea se le metía en la cabeza, era imposible quitársela. Si esto hubiera ocurrido durante la temporada, Elizabeth se habría sentido encantada, pero ahora hacía la situación aún más incómoda.

Jo le había dicho que lord Darby no podía permitirse mantener a otra chaperona, pero su tía tenía un pequeño ingreso anual para mantenerse. Solo necesitaba un techo sobre su cabeza y algo de compañía para escapar de una vida solitaria; por eso él le había pedido que se mudara después de la muerte de Mary, para evitar que las malas lenguas hablaran de las primas solteras viviendo juntas.

Lady Fowler no era una muy buena chaperona. En lugar de vigilar a Jo, todos terminaban vigilándola a ella y tratando de mantenerla fuera de problemas.

Por ejemplo, la última vez que habían estado en una fiesta, lady Fowler le había dicho a una digna princesa visitante de un país europeo que su bigote parecía suave y espeso como las plumas de un búho marrón.

Una palabra más y podría haber sido secuestrada y decapitada por el ofendido abuelo de la princesa, famoso por su mal carácter.

Otra vez, se había metido en la cama de lord Greyson, confundiendo su habitación con la suya. Había sido una fiesta de té por la tarde; por lo tanto, resultaba desconcertante cómo lady Fowler había decidido que era de noche.

A Jo le había llevado mucho halago convencer al viejo soltero de que lady Fowler no había tenido ninguna mala intención. Después de eso, lord Greyson, de sesenta años, se había enamorado de Jo, y había hecho falta todo un mes para lograr que abandonara la idea.

Lady Fowler continuó hablando sobre el clima, los nuevos sirvientes y sus viajes al extranjero.

Mientras tanto, Elizabeth bebía el té caliente y dulce y observaba discretamente el apuesto perfil de lord Darby. Le dolía terriblemente el corazón, y el resentimiento y el dolor que había estado reprimiendo de pronto quedaron eclipsados por la esperanza que habían traído las palabras de lady Fowler.

Alguien la había llamado lady Darby por primera vez, y aquello la emocionó hasta lo más profundo.

Quizá vivir bajo el mismo techo los acercaría.

Pero esa esperanza era incluso más angustiante que el dolor y el resentimiento que habían estado creciendo dentro de ella durante la última semana. Significaba que estaba cayendo de nuevo en el abismo, un ciclo cruel e interminable que, como siempre, no llevaría a nada.

Era más fácil resentirlo y mantener la distancia que permitir que su deseo floreciera otra vez.

No podía amarlo y no permitiría que su mente racional cometiera ese error de nuevo, pero para lograrlo tendría que dejar de marearse cada vez que estaba en su presencia.

Lord Darby levantó la vista en ese momento y la sorprendió mirándolo. Sus pestañas se bajaron y se puso de pie de un salto.

—El viaje fue largo; me gustaría retirarme ahora.

—Flora, ven aquí —llamó enseguida lady Fowler, y una doncella llamada Briget entró en la habitación—. Lleva a lady Darby a la habitación de lord Darby.

Jo se atragantó con una galleta.

Lady Fowler continuó:

—Están recién casados, así que no los molestes a menos que sea necesario. —Sonrió y dio unas palmaditas en la mano sonrojada de Elizabeth—. Sería agradable tener algunos niños que alegren esta

casa tan triste. Vamos, ahora; no hace falta tanta ceremonia conmigo; después de todo, eres de la familia.

CAPÍTULO TREINTA Y UNO

Cajas de verduras, frutas, harina, dulces, ropa, cojines, sábanas, un dosel, cortinas de cama, bolsitas perfumadas, sombreros, zapatos, guantes, parasoles, pañuelos, camas para perros, cuencos para perros, velas, yesqueros, pinturas, jarrones y muchas otras cosas necesarias para que Elizabeth estuviera cómoda durante los próximos meses fueron descargadas de los carruajes y llevadas al interior de la casa.

Durante las dos semanas siguientes llegaron más cosas. Alfombras, flores, curiosidades, espejos, una araña de luces y una bañera para pájaros fueron enviados a la casa como regalos para agradecer a Lord Darby su amabilidad al mantener a su hermana menor en su hogar.

También se ofrecieron a crear un nuevo estanque y un huerto frutal, pero la propuesta fue rechazada apresuradamente.

Elizabeth se alegró cuando Lord Darby aceptó los objetos más pequeños y no insistió en devolverlos. Había temido que se ofendiera.

Sus primeros días en la casa los pasó observando. El recuerdo que tenía de haberse alojado allí en el pasado, cuando Lady Ingram había muerto, estaba impregnado de sombras. Los acontecimientos de aquella época eran grises y sombríos en su mente, decididamente desagradables. Quizá por eso nunca había intentado volver a esta casa, aunque eso significara vivir bajo el mismo techo que Lord Darby.

Aquella visita también había sido la primera vez que comprendió la finalidad de la muerte, así como el dolor que la acompañaba. La incertidumbre, el vago terror y el horror en el ambiente habían causado una gran impresión en su joven mente, igual que aquella vez en que aquellas colegialas la habían encerrado en la oscuridad.

Ambos incidentes eran como elefantes y gansos, completamente únicos en experiencia y textura, y aun así el miedo y la sensación

nauseabunda en el estómago cuando pensaba en ellos eran similares.

Sin embargo, esta vez, sin la presencia de los sombríos adultos ni de la aterradora Mary Ingram, la casa parecía más relajada, como si todas las arrugas hubieran sido planchadas. Como si el sol y el viento la hubieran limpiado de su aura oscura y mohosa y la hubieran vuelto un poco más luminosa, empujando los recuerdos infelices de su pasado hacia los rincones oscuros.

La rigidez podía haberse desvanecido de sus paredes, pero en su lugar se había instalado una nueva clase de languidez. Los sirvientes habían comprendido, desde el momento en que fueron contratados, que al dueño y a los demás ocupantes no les importaba Ingram House.

Si se incendiara, Lord Darby probablemente suspiraría y se trasladaría a una casa en la ciudad; en cuanto a la señorita Ingram, pronto se casaría.

Pero a Elizabeth sí le importaba, no la casa en sí, sino el trato que los sirvientes daban a Lord Darby y a Jo.

Elizabeth no tenía aires de grandeza ni se preocupaba por la suciedad o la mugre; después de todo, a menudo acampaba en bosques esperando emboscar carruajes. Podía soportar privaciones y, al mismo tiempo, apreciar las cosas buenas de la vida.

Pero las reglas cambiaban cuando el asunto se refería a alguien que le importaba, y por eso la situación en Ingram House le provocaba sangrar la nariz de angustia.

Lord Darby estaba lleno de deudas; era un milagro que pudiera mantener tantos sirvientes como tenía, pero en lugar de apreciar su salario y trabajar con empeño, los sirvientes trataban a la familia con desprecio.

¡Si Elizabeth tenía que soportar otro día de huevos quemados y tostadas carbonizadas en el desayuno, gritaría!

—¿Te gustaría un cacahuete mientras ordenas tus pensamientos? —preguntó Lady Fowler.

Elizabeth estaba de pie frente a la estantería polvorienta, con un trapo en la mano. Lo único que había conseguido era desplazar el

polvo del estante a la alfombra, así que se rindió, dejó el trapo sucio sobre su cabeza cansada y se desplomó en el sofá.

El sol le estaba provocando un dolor de cabeza cegador, la comida que había estado comiendo esos días era horrible, y el té, si llegaba, siempre estaba frío a menos que lo preparara su propia doncella.

Había tantas cosas mal en aquella casa que tenía ganas de arrastrar a Lord Darby por la fuerza y casarse con él para tener el poder de poner todo en orden.

Elizabeth había pasado su infancia saltando de una casa aristocrática a otra y había visto a sus hermanas entrenarse bajo la guía de hábiles suegras. A ella nunca le había interesado encargarse del hogar, pero al ver el estado de Ingram House se dio cuenta de que había absorbido más de lo que creía.

Si tan solo pudiera controlar los asuntos domésticos, entonces las vidas de Lord Darby, Lady Fowler y Jo mejorarían drásticamente.

—¿Lady Darby? —insistió Lady Fowler—. Un cacahuete por sus pensamientos.

—El abrigo de Lord Darby no fue cepillado esta mañana —dijo Elizabeth, ignorando la forma de tratamiento incorrecta—. Sus zapatos estaban cubiertos de barro y su sombrero aplastado.

Lady Fowler suspiró.

—El ayuda de cámara dijo que su esposa se estaba muriendo, así que se fue al pueblo por unos días. El mayordomo está demasiado ocupado para ocuparse de esas cosas, y hay pocas doncellas.

—Hace dos semanas, el ayuda de cámara anunció la muerte de su esposa, lloró a mares y se fue a su pueblo para llorarla y organizar el funeral. Ahora vuelve otra vez a visitar a su esposa muerta, que milagrosamente revivió, salió de la tumba y volvió a enfermar gravemente. ¿Tiene sentido esto?

Los ojos de Lady Fowler se abrieron de par en par.

—¿La esposa estaba muerta y volvió a la vida? ¡Qué extraordinario! ¿Podemos visitar a esa mujer?

Elizabeth se pellizcó el entrecejo. ¿Por qué la gente tenía que ser tan desesperantemente irritante?

Después de una breve y desdichada pausa, se levantó con esfuerzo y llamó a una criada.

—Sostén la cesta —ordenó—. Estoy de humor para asesinar algunas arañas y moscas. Las aplastaré y las tiraré dentro; prepárate para atraparlas. ¡Uno, dos, tres!

***

A la mañana siguiente, cuando volvieron a poner delante de Lord Darby los huevos quemados y el té frío, Elizabeth ya no pudo contenerse.

Le ardía el corazón de angustia al ver a los primos intentando tragar aquel desayuno espantoso, y la indiferencia del mayordomo mientras permanecía a un lado hacía que su sangre hirviera.

Incluso las doncellas eran descorteses. Se marchaban sin servir el té y dejaban caer los platos de comida sobre la mesa como si no pudieran esperar para salir corriendo.

Dejó la cuchara y miró a Lord Darby suplicante.

Habían caído en la costumbre de mostrarse corteses durante las comidas y, aparte de un breve saludo, apenas intercambiaban palabras.

Así que aquella mirada fija de Elizabeth hizo que él alzara una ceja.

En cuanto recibió su consentimiento, se lanzó a hablar.

—No me gusta estar ociosa, mi lord. Hablé con Jo y ella está de acuerdo en que esta es la mejor manera de resolver el asunto.

Él frunció el ceño.

—¿Qué asunto?

—Los sirvientes.

—No puedo permitirme más.

—Pero los que tiene no trabajan en absoluto. Podría quedarse con el dinero y echarlos a todos.

Las manos del mayordomo temblaron detrás de Lord Darby, y los cubiertos en la bandeja que sostenía produjeron un desagradable tintineo.

Elizabeth continuó con fuerza, elevando la voz por encima del ruido.

—Jo no tiene interés en dirigir la casa; la temporada ha terminado y yo no tengo nada que hacer, así que permítame contratar a una buena ama de llaves y administrar a los sirvientes.

Lord Darby miró al mayordomo furioso y lo despidió con un gesto de su elegante muñeca. Cuando todos los sirvientes hubieron salido, dijo:

—No tengo dinero para eso.

—No le haré gastar más de lo que ya está gastando.

—Tampoco aceptaré su dinero.

—Entiendo su cabeza hinchada —quiero decir, sus delicadas sensibilidades— lo bastante bien. No alteraré los libros de cuentas ni añadiré gastos desde el bolsillo de nadie más.

Sintiendo que el ambiente tenso estaba a punto de estallar, Jo intervino apresuradamente.

—William, deja que Elizabeth juegue. No importa mientras no gaste demasiado. Además, es una invitada y debemos hacer todo lo posible para que esté cómoda.

Lord Darby partió la tostada por la mitad, lo que le llevó un rato porque tenía la consistencia de una tabla delgada y mojada.

—Los sirvientes cotillearán.

Elizabeth resopló.

—Ya lo hacen.

—Aun así, hacerte trabajar…

—Una oportunidad. Déjeme ocuparme de ellos durante un mes, y si fracaso, todo puede volver a ser como antes.

Lord Darby frunció el ceño.

—Supongo que estás acostumbrada a vivir una vida de lujo.

—No es eso —lo interrumpió Elizabeth—. Incluso los pobres mantienen sus casas limpias y sus comidas comestibles, aunque sean sencillas.

—William, ella es tu esposa —dijo Lady Fowler, bebiendo el té frío —. Este es su deber.

—Por favor, William —suplicó Jo—. Preferiría volver al seminario antes que comer otra cena aquí.

Él dudó.

—Oh. —Elizabeth anunció de repente—. Creo que voy a desmayarme de hambre.

Lord Darby era consciente de los pasteles, galletas y dulces que Elizabeth tenía siempre a su alcance gracias a la generosidad de su

familia, pero aquello no eran comidas propiamente dichas. ¿Cuánto podía satisfacer ese tipo de cosas el apetito de una joven?

Miró fijamente a Elizabeth y, de pronto, sus cejas se fruncieron con alarma. ¿Y si le ocurría algo por la negligencia del cocinero? Estaba bien que él sufriera, ya que no le importaba, pero no quería causarle ninguna dificultad a Elizabeth.

Elizabeth se llevó una mano al pecho y gimió.

Él saltó de su asiento y se agachó a su lado. Jane le había escrito diciéndole que a Elizabeth no le gustaban los médicos. Cuando era pequeña había estado enferma durante mucho tiempo, y el constante desfile de médicos, junto con la preocupación de la familia y las restricciones a su libertad, habían provocado que deseara ser fuerte y saludable.

Colocó el dorso de su mano contra su mejilla; estaba un poco caliente. Recordó su costumbre de llevar rosas azucaradas consigo siempre que ella estaba cerca, y de pronto se alegró de tener algunas en el bolsillo, envueltas en papel. Las sacó y estaba a punto de colocar un pétalo dulce entre sus labios cuando se quedó paralizado.

Ella no era una niña, sino una joven soltera. Eso… eso no era apropiado.

Elizabeth, que no tenía tales reparos, vio la rosa, inclinó la cabeza y robó el dulce con sus pequeños dientes blancos de entre sus dedos sorprendidos.

Él se quedó sentado, aturdido por un momento, observándola masticar y tragar. Al cabo de un instante sacó otro, y este también fue tomado de sus dedos de la misma manera.

¿Había aprendido eso de sus mascotas? Sacudió la cabeza y continuó alimentándola, sabiendo que estaba mal y, sin embargo, de alguna forma inexplicable, parecía correcto.

Ella se lamió el azúcar de la comisura de la boca y preguntó:

—¿Puedo encargarme de la casa?

Sus ojos se posaron en su húmedo labio inferior y su cabeza se sintió un poco confusa, así que asintió por reflejo.

Ella saltó de pie, con el rostro feliz y las mejillas de un sano color rosado.

—Gracias, mi lord. Me esforzaré por no decepcionarlo.

Lord Darby, que había sido engañado para aceptar, solo pudo quedarse boquiabierto y permitir que las mujeres hicieran lo que quisieran. Hizo un gesto con la mano para despedirlas a todas y volvió a sentarse para empujarse unos cuantos trozos más de los huevos quemados garganta abajo.

Lo que él comiera no importaba, pero sí lo que consumían Eli, Jo y Lady Fowler. Elizabeth tenía razón; solo había pensado en su propia comodidad y había descuidado convertir aquella casa en un hogar.

Una parte de él, en secreto, animaba a la señorita Fairweather más joven.

***

Elizabeth se enfrentó al vivaz ayuda de cámara en el salón de la mañana.

Acababa de regresar de su pueblo y se había bronceado considerablemente. La brisa que entraba por la ventana abierta apartaba el cabello negro de su rostro recién aseado mientras sus ojos brillaban con desafío.

No le temía al dueño de la casa; entonces, ¿quién era aquella insípida invitada para exigirle nada?

Elizabeth no perdió tiempo en palabras; simplemente enganchó su pie detrás de su tobillo y tiró. Él cayó de rodillas, y ella descargó el codo sobre su espalda, haciéndolo chillar de dolor.

Cuando levantó la mano para defenderse, ella clavó las uñas en un punto cerca de su codo que hizo que el vello de todo su cuerpo se erizara por el dolor insoportable.

Muchos años atrás, Lord Adair le había enseñado pacientemente a Elizabeth que muchos puntos del cuerpo podían ser golpeados para curar, causar dolor o provocar la muerte. La presión correcta, el lugar exacto, y el efecto era inmediato.

Por ahora eligió el dolor.

Cuando el aturdido ayuda de cámara empezó a sudar, Elizabeth dio un paso atrás. Hombres como él solían respetar a quienes tenían fuerza física, de ahí su repugnante comportamiento de superioridad hacia mujeres y niños.

Ahora que ese respeto había sido ganado, fue directa al punto.

—Si tu esposa, tu abuela o cualquier persona de tu pueblo vuelve a morir, encontraré tu casa y eliminaré personalmente a seis generaciones de tu familia.

—¿Y si alguien de la familia muere de verdad? —preguntó el ayuda de cámara con lágrimas en los ojos.

—Tendré que ver el cadáver.

Elizabeth esperó a que sus palabras se asentaran antes de continuar.

—O haces bien tu trabajo y sirves a Lord Darby como corresponde, o te cortaré un miembro y me aseguraré de que no puedas trabajar en ningún otro lugar.

El ayuda de cámara palideció.

—Podría despedirme.

—Te ha estado pagando durante dos años; tienes que compensar el salario que has ganado. Una vez que le hayas devuelto el favor por su amabilidad, podrás irte. Pero si no estoy satisfecha...

—Mi lady, admito mi error.

Golpeó la cabeza contra la alfombra varias veces, como una gallina picoteando un grano.

Ella abrió su abanico de un golpe, lo agitó frente a su rostro para aliviar el calor del verano y lo observó. Después de un rato, su actitud se suavizó y le hizo un gesto para que se levantara.

—Sabía que eras un hombre razonable. Date prisa, no debes hacer esperar a tu lord, y recuerda no decir una palabra de esto a nadie, de lo contrario...

—Lo entiendo, oh la más talentosa y hermosa dama de toda Inglaterra.

Una vez más cayó de rodillas y golpeó la frente contra el suelo varias veces.

Satisfecha con su exagerada adulación y obediencia, lo despidió.

—Rose —dijo, volviéndose hacia una de las doncellas que había traído con ella desde Finnshire—. Me gustaría hablar ahora con la cocinera.

CAPÍTULO TREINTA Y DOS

—La sopa de pollo no tenía pollo.

—Eso… era sopa clara.

—Jo pidió sopa de pollo.

—La próxima vez...

—Las tostadas y los huevos volvieron a quemarse.

Después de enterarse de lo que le había ocurrido al ayuda de cámara, la cocinera estaba un poco asustada, así que no se atrevía a ofender a aquella señorita aterradora. Cualquiera que pudiera dejar al ayuda de cámara con los ojos vidriosos de terror con solo una reprimenda merecía ser tomada en serio.

—No volverá a pasar.

—Busque otro lugar en el plazo de una quincena.

—¡Señorita!

—El ayuda de cámara hizo su trabajo adecuadamente cuando se lo propuso, pero usted nunca ha preparado una comida decente, ni una sola vez. Busque otra cosa que hacer. Ya he convencido al cocinero de la posada local para que venga. Empezará a trabajar para nosotros el día que usted se vaya.

—Tengo hijos.

—Lady Fowler es mayor y tiene el estómago delicado. No permitiré que ella sufra por el bien de sus hijos. Se le dio trabajo, y si realmente se preocupara por su familia, se habría asegurado al menos de que el pan no se quemara y de que las doncellas bajo su supervisión trataran a Lord Darby con respeto.

La cocinera solo pudo llorar y suplicar, pero Elizabeth permaneció impasible.

Había hablado con el cocinero de la posada local, quien aceptó siempre que le pagaran bien. Como estaba acostumbrado a cocinar para mucha gente, solo necesitaba un ayudante en la cocina para preparar las comidas de una familia pequeña. Así que Elizabeth

despidió a las doncellas inútiles y se quedó solo con una ayudante de cocina y una joven fregona.

Mientras mantuvieran un número razonable de platos a la hora de la cena, el nuevo cocinero podría manejarlo.

—Brigit —llamó Elizabeth después de despedir a la cocinera.

La muchacha de cara redonda, que parecía un pequeño tomate ardiente, entró apresuradamente. Las lágrimas ya brillaban en sus ojos, pero antes de que pudiera hablar, Elizabeth dijo:

—Bien hecho. Te he estado observando durante algún tiempo. Lady Fowler suele llamarte por nombres extraños, pero nunca te has alterado y siempre has mantenido una actitud respetuosa. Las habitaciones que te asignan para limpiar siempre están libres de polvo y, aunque no es tu trabajo, ayudas a los demás sirvientes siempre que puedes.

La nariz de Brigit se puso roja y una lágrima caliente rodó por su ojo izquierdo. ¿Quién decía que la señorita Fairweather era un demonio del infierno? Aquella era una persona razonable...

Elizabeth sonrió.

—Mi doncella personal te entrenará para convertirte en doncella de dama. A partir de ahora servirás a Jo y recibirás un salario más alto.

Brigit casi se tambaleó. La señorita Fairweather no era humana en absoluto; era un ángel… un ángel maravilloso. A partir de ese momento, la trabajadora doncella decidió dedicarle su vida.

Elizabeth terminó de ajustar castigos y recompensas basándose en sus observaciones de las últimas semanas y discutió el asunto con Jo.

La clave para dirigir una casa era recompensar las buenas acciones y dar ejemplo con todos aquellos que vacilaban. Como las circunstancias eran extremas, en esta casa tenía que ser más dura de lo habitual.

Cansada, se frotó la cabeza y bostezó.

***

Unos días después, William miraba la fila de sirvientes llorando ante él. Tenía dolor de cabeza.

—Traigan a Eli… a la señorita Fairweather —ordenó.

Elizabeth llegó y, de inmediato, las lágrimas de los sirvientes se secaron. Ella los miró de reojo pensando: ah, estos eran todos los que habían sido despedidos.

Él le indicó que se sentara, y ella se dejó caer en una silla frente a su escritorio.

—¿Por qué despediste a la cocinera?

—No sabe cocinar.

—Puede aprender, sus hijos...

—A usted puede gustarle comer tostadas y huevos quemados, pero a su hermana, a Lady Fowler y a mí no. ¿Es justo que pasen hambre por su incompetencia? Lleva aquí medio año y podría haber aprendido a hacerlo mejor o al menos no tratar al dueño de la casa con falta de respeto.

—No soy muy formal con esas cosas.

—Si le hacen una injusticia, a mí me importa.

Él perdió el hilo de sus pensamientos por un momento.

—Una cocinera mejor será demasiado cara.

Ella sacó las hojas de cuentas que había preparado y las había atado con un cordel.

Él se las tomó de la mano y revisó los detalles. Su ceja se alzó a medida que leía; Eli era extraordinariamente capaz.

La cocinera y sus dos ayudantes habían sido despedidas. La fregona había sido ascendida a ayudante de cocina con un pequeño aumento de salario y dinero para el té. Un nuevo cocinero, un poco más caro pero no demasiado, había sido "robado" de la posada local, famosa por sus excelentes cenas.

El ama de llaves actual había sido despedida y reemplazada por una más cara, mientras que el número de jardineros se había reducido drásticamente. Considerando el terrible estado de los jardines, aquello tenía sentido. ¿Para qué tenerlos cavando si no hacían ninguna diferencia?

Hizo cálculos y se dio cuenta de que, aunque el ama de llaves y el cocinero le costarían más, aun así terminaría pagando menos que antes.

Ella le había hecho ahorrar dinero.

Miró los números, sintiéndose un poco aturdido. Así que esa era la importancia de tener a una mujer encargándose de esos asuntos. En pocos días, toda su casa había sido reorganizada para mejor y, si aquello continuaba así, la carga sobre sus hombros se aligeraría considerablemente.

Sonrió con afecto a la cabeza inclinada frente a él, deseando alargar la mano y despeinar la sedosa masa de cabello castaño recogida en un hermoso moño bajo en su nuca.

—Bien hecho —la elogió en voz baja.

Ella se enderezó y lo miró con deleite.

—¿No está enfadado?

Él negó con la cabeza.

—Esto… ¿puedes enseñarle a Jo?

—Lo haré. Mi lord, necesito hablar de algo más.

Él comprendió a qué se refería y despidió a los sirvientes.

Cuando quedaron solos, ella pareció perder el valor y evitó sus ojos al hablar.

—El ama de llaves trabajaba en la casa de un conde en Londres, pero fue despedida con deshonra, por eso aceptó un salario tan bajo. Pregunté y descubrí que era inocente.

—¿Y?

—La posada local no está contenta de que me haya llevado a su cocinero.

Él observó sus ojos ansiosos y sus dedos nerviosos jugando con el borde de su pañuelo de encaje. De pronto lo comprendió. A muchas damas de la alta sociedad les gustaba visitar las cocinas de sus anfitriones, y ahora sabía que no era para elogiar al cocinero, sino para llevarse a los sirvientes bien entrenados.

—¿Está enfadado? —preguntó ella otra vez.

Él sonrió y le sirvió una taza de té.

—No.

—Si el ama de llaves hace algo que lo ofenda, yo asumiré la responsabilidad.

—De acuerdo.

—Sobre el cocinero...

—No visito esa posada, así que no importa.

—Ya veo.

—Señorita Fairweather, tengo fe en usted. No necesita explicarse.

Su corazón se calentó. Aquellos eran sus sirvientes, sus preciadas libras y chelines, y aun así le permitía manejarlos como si fuera Jo. Aunque su confesión de amor había creado una atmósfera incómoda entre ellos, en el fondo de su corazón él todavía la trataba como a un miembro de la familia.

Ni siquiera su propia madre le habría dado tanta libertad para dirigir la casa Fairweather. Sus padres no confiarían en ella, pero él pensaba que era capaz.

Parte de la vergüenza que sentía en su presencia se desvaneció y su antigua comodidad volvió de golpe.

Las personas se comportaban de manera diferente según con quién interactuaran. Por ejemplo, el duque de Blackthorne no se acurrucaría con su mayordomo como lo hacía con Penelope.

Del mismo modo, Lord Darby podía ser gruñón con la mayoría de la gente, pero con ella siempre era amable y cálido.

Ahora solo tenía que lograr que él notara su individualidad y la considerara como una posible esposa. El primer paso —hacerse cargo de su casa y demostrar sus habilidades como esposa— ya estaba dado.

¿Qué más podría hacer para convencerlo un poco más?

CAPÍTULO TREINTA Y TRES

—Aún estás enamorada de él —afirmó Jo.

Estaban sentadas en el jardín, rodeadas de pájaros que cantaban y perros que ladraban.

Elizabeth bebió un sorbo de su tónico brillante y cambió de tema.

—Esta noche voy a salir.

—Eli, si William descubre...

—No lo hará.

—Si te casas con él, lo hará.

—Confío en mis habilidades.

—¿Habilidades para engañar? —el tono de Jo no fue agradable, pero Elizabeth entendía la desaprobación de su amiga.

¿Quién querría que alguien a quien aprecia robe, saqueé y se ponga constantemente en peligro?

Elizabeth levantó la mano, y los perros se callaron.

—Estoy preocupada por la señorita Felicity Fortune y Lord Snyder. Le pedí a alguien más información sobre su relación, y prometió reunirse conmigo esta noche para contarme lo que ha averiguado.

Jo cerró los ojos y alzó el rostro hacia el sol.

—Si ella no se casa con él, se quedará para vestir santos. Su familia es despiadada, y preferirían verla pasar hambre antes que mantenerla. Esa mujer no tiene más opción que casarse para sobrevivir.

—Los hijos de Dorothy ya tienen edad suficiente para empezar la escuela. Necesita una institutriz, y Felicity tiene excelentes cualificaciones. Solo estaba por detrás de ti en la mayoría de las materias.

—¿Ser maestra es mejor que ser la señora de una mansión?

—¿Es mejor llevar seda y que te golpeen todos los días, o vivir una vida tranquila en el campo con simple lana?

Jo guardó silencio mientras meditaba sus palabras.

—Llévate a Dimbercove contigo y regresa en cuanto termines tus asuntos.

***

William escuchó la conversación de las chicas y se marchó al interior. Una vez en el estudio, se dejó caer en la silla para pensar.

Sabía que Elizabeth solía escaparse con frecuencia y que los guardias del duque la seguían cada vez, pero aun así se sentía inquieto.

¿Y si un enemigo formidable compraba a los guardias?

El duque tenía muchos adversarios, y él también. ¿Y si estaban agazapados fuera de su casa, esperando para emboscar a algún miembro de su familia?

En cuanto a Dimbercove, ¿hasta dónde llegaría el hombre para proteger a su amiga de la infancia? ¿Sería siquiera capaz?

Hizo sonar la campanilla, y el ayuda de cámara entró apresuradamente.

William se sorprendió de verlo tan rápido. Estaba acostumbrado a tocar al menos tres veces antes de que alguien respondiera a su llamada.

—Quiero que coloquen unas cuantas escaleras apoyadas contra los muros del jardín —ordenó William—. No las retiren hasta que yo lo diga.

El ayuda de cámara frunció el ceño.

—¿Y los ladrones?

—No tengo nada de valor en esta casa.

No le importaban las baratijas robadas. Lo que sí le importaba era que Elizabeth se rompiera un hueso intentando trepar los altos muros de piedra que rodeaban la propiedad para escapar por la noche.

—Como diga, milord.

—Pídele al cocinero que prepare algo de comida que no se estropee si se deja toda la noche. ¿El nuevo cocinero sabe hacer dulces? Flores azucaradas, ciruelas en conserva y cosas así. Tal vez dejar cuencos con frutas, frutos secos y semillas cerca de la entrada.

—¿Para los pájaros?

—Para las hadas. Siento que nuestra suerte ha empeorado, y si alimentamos a un hada de las flores amante de lo dulce, las cosas cambiarán.

El ayuda de cámara parecía desconcertado, pero aun así asintió obedientemente.

William miró por la ventana.

—¿Hace frío afuera?

—Solo cuando se pone el sol.

—Enciende un fuego en la sala familiar esta noche, con suficiente leña para que dure hasta la mañana.

—¿Planea quedarse despierto, milord?

—El hada puede querer descansar los pies después de comer. Ah, y deja una botella de brandy sobre la mesa.

El ayuda de cámara cambió de color.

—Veo que milord planea atrapar a un hada borracha para exigirle una olla de oro con la que pagar las deudas. Ese método… quizá no funcione.

—Escaleras, fuego en la sala familiar, brandy y… ah, deja también un ungüento curativo para cortes y golpes junto a la comida —enumeró William con calma—. No le digas a nadie sobre esto.

—¿Sobre el hada?

—Y sobre todo lo demás.

El ayuda de cámara abrió la boca y luego la cerró. Sabía que los nobles tenían todo tipo de caprichos, y esto no era ni de lejos tan aterrador como el último señor para el que había trabajado. Aquel hombre coleccionaba los pelos de los dedos de los pies de los cadáveres.

Se estremeció y salió apresuradamente.

Más tarde esa noche, después de una agradable cena, William estiró los músculos y crujió los nudillos. Luego se puso unos calzones verde oscuro y una chaqueta fina del mismo color que le permitirían mezclarse con la noche.

Iba a seguir a Eli y mantenerla a salvo.

Solo confiaba en sí mismo y le costaba confiar en mercenarios. Si se tratara de Jo, habría hecho lo mismo.

No, eso no era del todo cierto.

Nunca habría permitido que su prima fuera tan obstinada para empezar, pero la familia había mimado tanto a Elizabeth que ya era demasiado tarde para cambiarla. Por lo tanto, él intentaba hacer lo que podía para mantenerla a salvo mientras tanto. Una vez que se casara, sería asunto de su marido, y él podría dejar de preocuparse.

Cuando las lámparas de la casa se apagaron, salvo el fuego que rugía en la sala familiar, salió de su habitación.

En la sala familiar, le pidió a la fregona que vigilara el fuego toda la noche para evitar que la casa se incendiara. También le dio una bolsa de monedas por su trabajo y le prometió dos días de descanso.

La muchacha estaba encantada y no podía creer que el dueño de la casa la tratara tan bien. Se emocionó tanto que casi se enamoró de él.

Sin saber que acababa de ganarse otra admiradora, William fingió regresar a su dormitorio. Luego cerró la puerta y saltó por la ventana, aterrizando suavemente sobre una alfombra de dientes de león.

Elizabeth salió de la casa poco después de la medianoche, sosteniendo una lámpara de aceite.

La luz de la luna delineó su figura mientras subía por la escalera, y él la siguió lentamente.

Deseó poder ver mejor, pero su oído se había agudizado, quizá porque uno de sus sentidos se había debilitado. Tendría que bastar dadas las circunstancias.

Un faetón esperaba al otro lado del muro. Dimbercove sostenía las riendas, y Elizabeth se sentó a su lado.

—Quiero dormir —se quejó Dimbercove cuando la vio.

Elizabeth le dio un golpe en la cabeza.

—¿Ya estás despierto?

—Sí, sí lo estoy. Deja de pellizcar… ay, el brazo, Eli. ¡Para!

—Entonces adelante.

—¿A dónde?

—Voy a reunirme con Bucky en el *Tainted Artist* —la suave voz de Elizabeth llegó hasta William.

William esperó hasta que se hubieron alejado bastante antes de dirigirse hacia el silencioso caballo negro atado a un árbol en un claro cercano.

Tainted Artist… frunció el ceño. Era una taberna regentada por un bribón de primera llamado Bucky y un lugar absolutamente desagradable para negocios turbios. Había tenido que visitarlo varias veces y sabía dónde estaba.

Ah, esto era malo. No podía permitir que una joven entrara en un lugar así.

Saltó sobre el caballo y cabalgó como el diablo tras el carruaje. Su corazón galopaba al ritmo de los cascos al imaginarla entrando en una guarida de criminales.

Cuando finalmente los alcanzó, Elizabeth y Dimbercove ya habían llegado frente a una vieja casa que parecía pertenecer a un campesino pobre. Dos antorchas ardían en el exterior, iluminando una ventana rota en el primer piso. Algunas piedras grises del muro se habían soltado y caído en un montón, mientras que la puerta principal parecía tan frágil que una sola patada probablemente la partiría en dos.

William sabía que aquellas señales de desgaste no se debían a la edad, sino a las constantes peleas que aquel lugar presenciaba. Era un sitio popular entre los criminales para batirse en duelo y saldar cuentas.

Condujo el caballo hacia las sombras y entrecerró los ojos al observar los alrededores. Su corazón casi se le salió del pecho. ¿Qué demonios estaban pensando al dejar el carruaje tan descaradamente en el patio delantero?

¿Debería agarrarla ahora y huir antes de que los vieran?

Dimbercove se levantó en el asiento y gritó:

—Avanza como el viento del norte, lleno de escarcha, dolor y presagios, y atraviesa el continente sin dejar rastro.

Elizabeth pareció encogerse sobre sí misma, como si aquellas palabras le provocaran dolor de muelas, mientras William se quedó inmóvil, con la frente fruncida de confusión.

Aquellas palabras… esa frase le resultaba familiar; la había oído muchas veces a lo largo de los años. Su cabeza empezó a dar

vueltas, pero otra persona pronunció el nombre que tenía en la punta de la lengua.

CAPÍTULO TREINTA Y CUATRO

—Lancelot —apareció en la puerta un hombre alto y delgado, con dientes de conejo—. ¿Le gustaría entrar?

—No —respondió Dimbercove con brusquedad—. Mi amo quiere hablar.

—¿Amo? Ah, el propietario por fin ha decidido visitar su casa. Esto merece una copa, ¡Goldy! Sí, trae el mejor vino. El dueño está aquí.

Un grito de júbilo resonó desde el interior y una docena de hombres salieron tambaleándose.

Dimbercove encendió una lámpara de aceite, la colgó de un palo y la levantó lentamente, revelando la delicada figura de Elizabeth sentada en el asiento. Llevaba una gran capucha que cubría por completo su rostro, dejando visible solo la punta de su barbilla. Parecía delicada y frágil, pero la brillante capa negra de capuchino le daba un aire siniestro, como si en cualquier momento fuera a empezar a entonar cánticos, cortar las gargantas de los presentes y sacrificarlos a Hécate.

Un hombre se atrevió a acercarse arrastrando los pies al carruaje para mirar mejor, pero el caballo lo pateó en el pecho y lo lanzó por los aires.

Los demás hombres se volvieron cautelosos y mantuvieron la distancia.

Bucky apartó al hombre atrevido y lo arrojó a un lado.

—Si no quieres que veamos tu cara, entonces dilo sin más —se quejó—. No hace falta herir a mis hombres.

—Soy una mujer —Elizabeth profundizó la voz—. Tengo miedo.

Los hombres parecieron creérselo y asintieron. Alguien gritó:

—Puede que no hagamos un trabajo honrado, mi lady, pero no dañamos a los inocentes.

—Tinker, obligaste a tu esposa a abandonar a su hijo. ¿Los niños no son inocentes? —preguntó Elizabeth.

Aquellas palabras cortaron el aire, recordando a todos exactamente por qué el amo de aquel lugar era temible. Conocía los secretos de diez generaciones. Nada podía ocultársele, y en cualquier momento cualquiera de esos secretos podía usarse contra ellos.

Así era como los controlaba como un titiritero maestro, sujetando con fuerza sus hilos. Conocía todas sus debilidades, y si no tenían ninguna, entonces los mataba.

La delicada joven frente a ellos era como una víbora, con un veneno tan poderoso en la sangre que podría derribar un ejército simplemente escupiendo desde las sombras.

Los hombres se estremecieron. Algunos parecían asustados, mientras que otros apenas ocultaban el brillo furioso en sus ojos. Sus expresiones mostraban claramente que se preguntaban cómo podían permitir que alguien que conocía sus secretos siguiera con vida. Ahora que había venido hasta ellos, harían todo lo posible por derribarla.

El sudor corrió por la frente de William mientras la tensión crecía en el ambiente. Estaba tan rígido que sentía como si todos los músculos de su cuerpo fueran estirados por hilos invisibles. Quería agarrar su pequeña figura y esconderla de aquellas miradas vulgares y violentas.

Mientras tanto, Elizabeth interrogaba a Bucky con calma. El resto de la chusma no se marchó, sino que observó el proceso, tratando de atravesar la oscuridad con la mirada para averiguar cuántos guardias había traído aquella mujer.

William también escrutó las sombras, esperando que los guardias del duque estuvieran con ella y que fueran suficientes.

—¿Algún testigo? —preguntó Elizabeth con educación, como si estuviera tomando el té con la reina.

Bucky dio una orden y alguien arrastró hacia fuera a un joven. Parecía confundido y un poco borracho.

—Suelta lo que sabes.

El muchacho miró fijamente la figura encapuchada como un tonto. Su físico fuerte indicaba que posiblemente era un mozo de establo.

Elizabeth se aclaró la garganta.

—¿Viste a la señorita Fortune hablar con Lord Snyder?

El joven pareció calmarse al oír aquella voz delicada.

—Lo vi patearle el estómago.

—¿Algo más?

—Solía enviarme a amenazar a sus pretendientes o a averiguar todo lo posible sobre ellos. Últimamente no la he visto, ni él ha mencionado su nombre.

William reflexionó sobre sus palabras. Era posible que Lord Snyder ya no tuviera a nadie interesado en la señorita Fortune; después de todo, ya había pasado la edad adecuada para casarse y carecía de una buena dote.

Eli agitó la mano, despidiendo al joven, y se volvió hacia Bucky.

—Te pedí en mi carta que averiguaras todo lo posible. ¿Eso es todo lo que encontraste? ¿De verdad la ama?

Bucky soltó una carcajada.

—¿Amor? Ah, aún eres joven. Tiene muchas amantes y suele visitar… —se aclaró la garganta—. Suele visitar lugares que no puedo mencionar delante de una dama como tú.

—*¿Prostíbulos?*

Los hombres jadearon de sorpresa. ¿Cómo podía aquella joven refinada decir algo así?

Bucky perdió la compostura por un momento antes de asentir apresuradamente.

—Difundió rumores maliciosos para manchar su imagen. La ha aislado de la sociedad hasta que incluso su propia familia empezó a dudar de su carácter.

Elizabeth soltó un suave suspiro.

—Así que por eso la gran belleza y excelente alumna de Atterberry House sigue sin casarse. Es una pena.

—Pero ahora que la señorita Fortune ha aceptado casarse con él, ha cambiado de opinión —dijo Bucky—. Quiere a la señorita Elizabeth Fairweather.

William contuvo el aliento mientras observaba atentamente su reacción.

—Lo sé —fue todo lo que dijo antes de cambiar de tema—. Rómpanle las piernas y todo lo que hay entre ellas hasta que no pueda volver a caminar el resto de su vida. No lo maten. Quiero que se case con la señorita Fortune, que le dé el estatus de esposa, pero que sea incapaz de lastimarla o acostarse con ella.

Bucky se estremeció al oír las órdenes.

—Buenas noches —Elizabeth asintió a los hombres, y Dimbercove tiró de las riendas y se alejó trotando de la casa.

William los siguió poco después, inquieto. Aún no era ni el amanecer, y sin embargo sentía como si hubiera pasado días en el *Tainted Artist.*

Su caballo galopaba por el estrecho camino rural. Las ramas de roble y los espesos setos invadían el sendero, haciéndole sentir como si volara a través de un bosque. El denso aroma de barro y hierba era agradable, pero el viento que le rozaba el rostro se sentía helado para la época del año.

Estaría encantado de volver a casa, al fuego crepitante. Quería sentar a Eli y hablar de todo aquello, y esperaba que ella le revelara su verdadero yo y no le temiera.

Había sido tan diferente cuando trataba con aquellos piratas de tierra: segura y tranquila, distinta de la chica traviesa de casa.

Los cascos golpeaban la tierra rítmicamente; el viento agitaba las hojas. Sus ojos miraban a la distancia, velados por pensamientos profundos.

Aunque no podía ver su rostro, su porte elegante y el poder y la inteligencia que emanaban de su aura eran sobrecogedores.

Quería seguir escuchando su suave voz mientras interrogaba al hombre, pero su corazón latía con fuerza por el miedo a que algo le ocurriera si demoraban las cosas. Aquella extraña, contradictoria y emocionante sensación había sido embriagadora, como el primer sorbo de vino o la primera calada de tabaco, girando en sus pulmones y su estómago y luego subiendo directamente a su cabeza de la manera más agradable.

Nunca se había sentido así antes.

De repente su caballo se estremeció y casi perdió el equilibrio. Alguien los seguía, o quizá seguía a Elizabeth. ¿Serían los guardias o

los criminales?

Guio al caballo hacia los árboles, contento de haber decidido no usar un carruaje. El barro blando amortiguó los movimientos del animal mientras aceleraba el paso.

Alcanzó a Elizabeth y, esta vez, eligió cabalgar por el oscuro bosque, en paralelo a su camino, sin importarle si lo descubrían.

Los estaban siguiendo.

No mucho después, los perseguidores acortaron la distancia y rodearon el faetón.

Seis hombres, liderados por el que el caballo había pateado antes, salieron volando de un carruaje oscuro y cerrado.

La sangre de William se heló al ver a las figuras acercarse al carruaje. En su visión borrosa parecían espectros, aterradoramente fantasmales.

—¿Desean morir? —gritó Dimbercove, mientras su mano ya encendía una lámpara de aceite—. Retírense o no nos culpen por lo que ocurra.

—Un hombre contra seis —se burló el líder—. ¿Qué te hace pensar que perderemos?

—Te equivocas —Elizabeth se puso de pie y arrojó su capa—. Es una mujer contra seis hombres.

La lámpara de aceite cobró vida bajo las hábiles manos de Dimbercove, y una vez más la levantó en un palo para ahuyentar las sombras.

William se acercó al camino y se ocultó tras un gran roble, ahora lo bastante cerca para distinguir la escena y saltar en su defensa si era necesario. Su posición era más vulnerable, pero estaba dispuesto a correr el riesgo.

Ahora podía ver mejor.

Llevaba un vestido negro tan fino y ajustado que sus curvas quedaban delineadas, pero sus ojos estaban ocultos tras una máscara que escondía su identidad. Levantó la barbilla, mostrando su largo cuello, que brillaba como un pétalo de terciopelo bebiendo luz de luna.

William estaba acostumbrado a verla con ropas elegantes llenas de volantes, frunces y adornos, pero ahora su atuendo era simple y

sin artificios.

Tenía una figura atractiva.

Aquella chica, con un vestido sencillo sin adornos y el cabello recogido en un moño pulcro, le dejó sin aliento. Nunca la había visto así y sintió como si estuviera frente a una joven desconocida.

Saltó del carruaje y aterrizó con gracia, como una bailarina. Él reprimió el impulso de correr a salvarla; algo le decía que confiara en sus habilidades por esta vez.

Además, con él, Dimbercove y los guardias del duque ocultos en las sombras, no estaba en peligro.

No estaba en peligro, se repitió cuando empezó a caminar hacia los hombres.

Su corazón latía con tanta fuerza que se sentía un poco mareado. Apretó el puño y separó ligeramente los pies, listo para saltar en su rescate.

Los hombres soltaron un rugido lujurioso y atacaron.

Ella reaccionó tan rápido que apenas pudo distinguir los movimientos de su figura borrosa. Su cuerpo giró, rodó y pateó; una daga apareció en su mano, y una delicada muñeca cortó a los hombres sin piedad.

Sus ataques eran precisos y rápidos. Sabía exactamente dónde golpear y cuánta fuerza usar. Así, mientras los hombres se abalanzaban sobre ella sin plan alguno, ella era como una artista. Cada uno de sus movimientos estaba calculado, y cada salto, embestida y giro de su cuerpo terminaba causando daño.

Sus manos y piernas reaccionaban velozmente a cada grito y movimiento de los hombres, mientras su falda se movía como tinta líquida, abrazando su piel y revelando las líneas que él no había visto hasta entonces.

Los hombres caían como piezas de ajedrez, incapaces de resistirse a alguien con semejante habilidad; después de todo, Lord Adair, el mejor espía de toda Inglaterra, le había enseñado los trucos.

Su respiración permanecía constante; sus dedos, como agujas, pinchaban puntos de acupuntura en los cuerpos de los hombres, paralizándolos, quizá para siempre.

Él comprendía que debía ser despiadada para evitar que algo así volviera a ocurrir, pero verla luchar lo llenaba de inquietud.

No quería que ella sintiera la necesidad de ser cruel; quería que viviera la vida despreocupada que siempre había tenido.

Quería que fuera amada, mimada y protegida, sin tener que ver nunca la dura realidad de la vida.

Quería esconderla en un paraíso atrapado dentro de una esfera de nieve, protegida del viento y de la lluvia para siempre.

¿Qué la había obligado a vivir así? El estómago se le retorció cuando la respuesta comenzó a aflorar en su interior, pero se negó a reconocerla.

La pelea terminó en un tiempo ridículamente corto, y los hombres yacían en el barro gimiendo y llamándola Su Alteza, gran diosa y toda clase de otros halagos que parecían complacer a Elizabeth.

Ella sonrió ante los cumplidos que le lanzaban e hizo una reverencia.

—Gracias por sus amables palabras. Deberían irse todos a la cama ahora; se está haciendo tarde. Buenas noches.

Los hombres, que apenas podían gemir y mucho menos mover las piernas, respondieron que así lo harían. Un muchacho joven logró incorporarse a medias y gritó:

—Cuídese, gran y divina dama. Los caminos son peligrosos en estos días.

La risa de Elizabeth resonó en la noche, en parte dulce, en parte emocionante, y se dirigió de regreso al carruaje.

El joven, que todavía estaba medio arrodillado, entrecerró los ojos y lanzó un cuchillo a su espalda.

El cuchillo fue interceptado por una lanza que el vigilante Dimbercove arrojó a tiempo. El cuchillo se desvió de su trayectoria, pero aun así terminó rozándole el brazo.

El corazón de William se detuvo cuando vio el destello rojo. Había ido para ayudarla a pelear, y sin embargo todo lo que había hecho era quedarse allí de pie como un tonto, como si estuviera mirando caballos correr en Ascot, mientras aquel joven había reaccionado más rápido que él.

Dimbercove lanzó otra lanza que atravesó el estómago del hombre que se había atrevido a atacar a Elizabeth, matándolo en el acto.

Ella se volvió con cuidado, sin atreverse a mirar al hombre muerto, mientras Dimbercove colgaba la lámpara de aceite en un gancho cerca de la puerta del carruaje, tomaba las riendas y se dirigía con calma hacia Ingram House.

Los dos trabajaban al unísono y con una facilidad practicada, sin parecer perturbados por la emboscada. Al contrario, se comportaban como si hubieran salido a dar un paseo tranquilo y se hubieran encontrado con un pequeño inconveniente en el camino.

William tampoco era ajeno a la sangre, la violencia o los criminales, pero no podía mostrarse tan despreocupado ante el asunto. No había actuado a tiempo, no porque tuviera miedo de la violencia, sino porque Elizabeth estaba en medio de ella.

La idea de que pudiera resultar herida le había entumecido la mente, volviéndolo un necio.

¿Qué le pasaba?

Ignoró el sangriento desastre de hombres tendidos en el camino y salió tras el faetón. Ella estaba herida, y esperaba que esta vez le permitiera ayudarla.

CAPÍTULO TREINTA Y CINCO

Elizabeth saltó del carruaje fuera de los muros de Ingram House. Un rastro de sangre corría desde debajo de su manga y le cubría la palma.

Dimbercove frunció el ceño.

—Tu brazo, ¿quieres que me encargue de él?

—Jo me ayudará —Elizabeth lo apartó con un gesto.

—Te regañará.

—No si me ve sangrando.

—Niña lunática —chasqueó la lengua—. ¿Dejarás de tentar a la suerte?

Eli le pisó el pie con fuerza.

—¡Pedazo de imbécil!

—Cuida tu boca.

Le tomó la mano y no la soltó.

—Me asusté.

—Yo también —confesó Elizabeth en voz baja después de un momento.

—Los guardias del duque no estaban esta noche.

—Sí estaban; oí un caballo galopando detrás de nosotros.

Dimbercove frunció el ceño; su figura alta y corpulenta proyectaba una sombra sobre el pequeño cuerpo de ella, haciéndola mezclarse con la noche.

—No podemos depender de hombres contratados. He oído que ni siquiera los guardias del rey son de fiar ahora. Hombres así harían cualquier cosa por una copa o una moneda.

—Puedo cuidarme sola.

—Si hubieran tenido una pistola…

—La tenían; desarmé al hombre que la llevaba.

Él se quedó inmóvil un momento antes de estallar:

—No volveré a acompañarte. Voy a quejarme ante la duquesa…

Elizabeth se echó a reír, su voz tintineaba como campanillas al viento en la tranquila noche.

William apartó la mirada mientras ellos seguían discutiendo, sintiéndose inquieto. Ese tipo de intimidad entre un hombre y una mujer era… inusual.

Ató el caballo al árbol y lo frotó mientras los acontecimientos de la noche giraban en su mente en fragmentos desordenados.

¿Debería apartarla de Dimbercove a la fuerza? Ya eran lo bastante mayores para saber que los hombres y las mujeres no salían solos por la noche ni permanecían tan cerca uno del otro, y aun así, si no hubiera sido por Dimbercove, Eli habría resultado gravemente herida. Había demostrado ser más capaz de lo que él esperaba.

William sabía que los dos habían crecido juntos como hermanos, pero no compartían la misma sangre. Por lo tanto, si surgían sentimientos románticos…

Vertió el agua en el abrevadero y animó al caballo a beber.

Dimbercove había salvado la vida de Eli esa noche y, sin embargo, no podía obligarse a sentirse agradecido, ni mucho menos a pensar en él como en un héroe.

En cuanto atendió al caballo, se dirigió al interior con la intención de encontrarse con Elizabeth y hacerla hablar.

Eli y Jo estaban susurrando en la sala familiar.

En el pasillo había una armadura pulida que mostraba la imagen distorsionada de la habitación en su superficie. Apoyó la cabeza contra la pared mientras observaba y escuchaba a las chicas.

Lady Jane Savill le había dicho que Eli solo obedecía a él. Por lo tanto, si iba a protegerla y apartarla del peligro, necesitaba entenderla. Era evidente que la pequeña traviesa tenía muchos secretos.

En cuanto a su rebeldía y su sed de peligro, sabía que ella nunca se lo confesaría, pero tal vez, si la seguía en secreto, descubriría el motivo.

Sus ojos volvieron a centrarse en la escena dentro de la habitación.

La fregona de cocina dormía sobre la alfombra floral rosa y dorada, con la boca abierta y un hilo de baba brillando mientras le

corría por la mejilla.

Jo y Eli estaban sentadas más lejos del fuego, en sillones de cuero con respaldo alto. Hablaban en voz baja, pero él podía distinguir las palabras y completar lo que no alcanzaba a oír.

Jo cortó la manga y miró con severidad la herida en el brazo de Eli.

—No más. Ya no se te permite salir de noche.

—Está bien.

—¡Ja! Sé perfectamente lo que está tramando esa cabeza traviesa tuya.

—¿Y qué es?

—Simplemente no me lo dirás la próxima vez.

Los ojos de Elizabeth se desviaron.

Jo presionó bruscamente un paño húmedo sobre la herida, haciendo que Elizabeth diera un salto.

—Prométemelo. Di que William morirá si rompes tu palabra y vuelves a salir por la noche en busca de aventuras.

—¿Cómo puedo prometer algo así?

Los ojos de Elizabeth se llenaron de lágrimas al instante, y grandes gotas rodaron por sus pálidas mejillas.

—Estoy herida y sangrando mucho, y en lugar de consolarme, me estás regañando.

Los labios de William se curvaron con diversión. Ella no había llorado cuando se enfrentó a aquellos sabuesos infernales ni cuando casi perdió la vida. Ni siquiera la gran herida de su brazo la había hecho inmutarse, pero ahora, enfrentada al regaño de Jo, sollozaba como un cachorro sin madre.

Jo no se ablandó al ver aquellas lágrimas frescas y abundantes; en cambio, comenzó a lavar el brazo ensangrentado.

—Aquí está cálido y bien iluminado, así que es mejor curarte aquí.

—Duele.

—Ojalá el dolor fuera suficiente para impedirte volver a hacer esto.

—Por favor, no te enfades.

Jo arrojó el trapo ensangrentado al recipiente de porcelana.

—¿Sabes lo aterrador que es despertarse en mitad de la noche, encontrarse con la cama vacía de una amiga del alma y luego descubrir su figura tambaleante y sangrando en la sala familiar? ¿Lo sabes?

—Eh…

—¿Entiendes el terror que hay en mi corazón desde que descubrí tus escapadas nocturnas? Soy como una cuerda tensa, a punto de romperse porque espero malas noticias cada vez que sales de la casa. Mi madre, mi padre y mi hermana han muerto, y ahora solo quedan tú y William. Si no te importa tu propia vida, entonces preocúpate por la mía. Si alguna vez te pasara algo… —Jo se atragantó y ya no pudo continuar.

William cerró los ojos; cada palabra de su prima golpeaba su corazón como un puño duro. Él también había estado inquieto desde que descubrió los peculiares hábitos de Elizabeth. Él también se sentía como una cuerda tensa, o una ramita tan seca que se desintegraría al tocarla, o como una pata ansiosa cuyos patitos han desaparecido del estanque… comprendía perfectamente a Jo.

Elizabeth acarició la cabeza de Jo.

—Siento haberte preocupado.

La voz de Jo era helada; el leve temblor había sido reemplazado por convicción.

—No volverás a salir de esta casa por la noche jamás. No lo permitiré. —Tras un momento añadió, con un leve tono suplicante—. ¿Qué pasaría si William se enterara? ¿Aprobaría que una joven ande vagando por las calles como una loca?

—Él no me ama, no me desea ni se preocupa por mí, así que ¿qué importa lo que piense?

William, que estaba temblando en el frío y correntoso pasillo después de perseguir a esta ingrata criatura durante media noche, se quedó callado, malhumorado.

Jo suavizó su tono.

—Eli, sé que empezaste a hacer esto por él, pero debes mantenerte a salvo por la misma razón. ¿Crees que será feliz cuando te vea herida de esta manera?

—Prometo portarme bien.

—Nada de flores azucaradas ni frutas confitadas durante una quincena.

Elizabeth inclinó la cabeza en señal de derrota.

—Como desees.

Las pestañas de William temblaron al oír su dulce y obediente tono, y de repente tomó la pequeña petaca que llevaba en la cadera y bebió la mitad de su contenido de un trago.

Volvió a guardarla, con las entrañas ardiendo. Sus ojos recorrieron los rasgos de Elizabeth mientras Jo seguía atendiendo su herida.

Los grandes ojos marrones de Eli se entrecerraban por el dolor o se relajaban con alivio mientras Jo limpiaba el corte.

Se preguntó si su expresión habría cambiado de la misma manera mientras luchaba aquella noche. La máscara los había ocultado, y todo lo que él podía recordar era su cintura girando y la ocasional ráfaga de viento que obligaba a su falda a pegarse a su piel, revelando la forma de sus piernas.

Su mirada desenfocada volvió a posarse en el reflejo de las dos mujeres: aún brillaban lágrimas en los ojos de Elizabeth. Sintió el impulso de quitarle el ungüento a Jo y terminar él mismo la tarea.

Quería consolarla y hacerla llorar al mismo tiempo.

Quería verla con el cabello extendido sobre su almohada, con los labios temblorosos y los ojos húmedos de lágrimas no derramadas.

Sus manos se tensaron, sorprendido por sus pensamientos oscuros y posesivos.

Nunca la había codiciado, pero esa noche, al verla como a una hermosa y carismática desconocida, su corazón se había agitado.

Jo se recostó hacia atrás, y Elizabeth se deslizó al suelo, apoyando su cansada cabeza en el regazo de su amiga.

Una punzada de envidia lo atravesó; quería ser él a quien ella acudiera para todo.

Su cuerpo se calentó ante la idea de que un espíritu tan fuerte se volviera dócil en sus brazos. De ver ese orgullo de los Fairweather suavizarse frente a él; de que esas manos que podían matar sostuvieran las suyas con dedos temblorosos; de que esos ojos que intimidaban al mundo se llenaran de deseo por su causa…

Quería… imágenes vagas, alimentadas por aquella noche enloquecedora, llenaron su visión nublada.

Calor, temor y pasión se mezclaron en una espiral confusa, y una emoción extraña comenzó a crecer dentro de él como el inicio de una tormenta devastadora.

La primera luz del amanecer brilló sobre la placa de la armadura, borrando la cálida escena del interior de la sala familiar. También golpeó sus pensamientos desbocados como un relámpago, deteniéndolos.

Con un suspiro reacio, se apartó y se dirigió a su habitación antes de que el sol saliera por completo e iluminara su figura escondida.

CAPÍTULO TREINTA Y SEIS

—Té —dijo William, levantando la tetera.

—Sí, por favor —asintió Jo.

—Café —William llenó la taza de Elizabeth—. Y chocolate para Lady Fowler.

Luego les sirvió tostadas, haciendo un gesto para que las doncellas y el mayordomo se retiraran mientras observaba cómo comían y bebían. Elizabeth ahora se quejaría de no tener leche, y Jo le permitiría una gota.

—Quiero crema en mi café —exigió Elizabeth.

—No —Jo mordisqueó una rebanada de rico bizcocho.

—Lord Darby, esta es su casa.

—Jo es la señora de la casa.

—Yo dirijo esta casa ahora —replicó Elizabeth.

—Déjenla tomar un poco de leche —Lady Fowler parpadeó confundida—. ¿No está embarazada? La necesita.

Un breve silencio siguió a este ensordecedor anuncio.

—Le duele el estómago si la toma —recordó finalmente Jo por enésima vez.

Las palabras "no está embarazada" quedaron sin decirse, ya que pronto se olvidarían.

—No puedo beber este brebaje amargo —protestó Elizabeth—. Soy una invitada; no pueden tratarme tan mal. Necesito crema.

—Sin crema —Jo perdió la paciencia y gruñó—. Solo una gota de leche.

Elizabeth añadió dos cucharadas de leche y revolvió satisfecha. Había pasado una semana desde el incidente en el *Tainted Artist*, y su herida había formado costra y le picaba. Se rascó distraídamente y sorprendió a William mirándola.

Se apresuró a detenerse y alisó las arrugas de las mangas largas.

William bajó las pestañas, ocultando el brillo divertido en sus ojos. Le sirvió un vaso de jugo de naranja frío y lo colocó junto a su plato.

Las mangas largas debían estar haciéndola sentir calor.

Ella lo tomó con entusiasmo y dio un gran sorbo.

—Lord Darby, mire, Jo me está haciendo una mueca.

William suspiró y sirvió también un jugo de naranja para su prima.

—¡Qué infantil!

—Él me quiere más a mí —Jo le sacó la lengua a Elizabeth.

Elizabeth puso los ojos en blanco.

—Nunca lo dudé.

Las bromas suaves entre las mujeres, la risa y el intercambio de chismes tontos le provocaron un dulce dolor en el corazón. Hacía muchos años que no presenciaba a su familia sentada disfrutando de una comida tranquila. Su tía, su tío y Mary lo habían hecho imposible con sus constantes comentarios mordaces.

Con la presencia de Elizabeth, todos parecían más animados. No se pronunciaban palabras con doble intención y la conversación se mantenía ligera, honesta y agradable.

Así era la verdadera calidez entre mujeres, reflexionó mientras alimentaba en secreto a los perros con trozos de tostada bajo la mesa. Era perfectamente posible que las mujeres se agradaran entre sí.

Durante toda la comida, sirvió a las personas en la mesa y a los animales bajo la mesa, como era su extraña costumbre. Las doncellas y el mayordomo, acostumbrados a sus maneras, permanecieron cerca de la mesa del desayuno, acercándose de vez en cuando para rellenar las bebidas y la comida.

William terminó de dar a los perros la última tostada de su plato y miró a las mujeres con cierta amargura. Le alegraba que estuvieran comiendo una comida que él había proporcionado con su trabajo; ese pensamiento le calentaba el corazón, pero ¿no podían incluirlo en la conversación?

Estaban demasiado ocupadas cotilleando entre ellas, olvidándose por completo de él. ¿Había que ser mujer para tener derecho a hablar de cosas sin sentido?

Se sintió un poco agraviado por el desaire indirecto que había estado recibiendo toda la mañana y se quedó de mal humor en

silencio hasta que Elizabeth de pronto hizo una señal a su doncella, quien se acercó apresuradamente con una cesta de tabaco variado.

Elizabeth se la entregó.

—¿Para mí? —preguntó él sorprendido.

Ella asintió.

Jo sacó un pañuelo y se lo entregó después.

—Lo bordé para usted.

—¿Por qué?

—Es su cumpleaños. Estábamos molestándolo un poco fingiendo que no lo recordábamos, pero no lo hemos olvidado.

—Yo lo olvidé —dijo Lady Fowler, golpeándose la cabeza. Sacó una pequeña bolsa de monedas y se la lanzó—. Cómprate algo.

William guardó las monedas y miró la tela de seda en su mano.

El ayuda de cámara que acababa de entrar en la habitación se quedó paralizado.

—Mi lord, ¿qué es eso? —preguntó sin pensar.

—Un pañuelo —dijo Jo con orgullo—. Lo bordé yo misma.

William entrecerró los ojos al mirar el diseño.

—¡Una paloma decapitada!

—¡Fénix! —exclamaron Elizabeth y Jo al mismo tiempo.

—Lo usaré —se apresuró a tranquilizar William—. Es hermoso.

Jo se calmó y sonrió.

Mientras tanto, el ayuda de cámara se quedó rígido de horror e hizo gestos desesperados a Elizabeth pidiendo ayuda.

Elizabeth fingió no notar nada.

—Bien hecho, Jo. Lograste terminarlo después de medio año de trabajo. Mi lord, combinará muy bien con su abrigo verde.

Los ojos del ayuda de cámara se humedecieron y sus labios palidecieron. Vaciló un momento, pensando frenéticamente.

La familia continuó comiendo, bebiendo y conversando felizmente.

—Gachas —exigió Elizabeth después de un rato, y William le sirvió un poco en un cuenco.

Le dio un leve golpecito de advertencia en la mano cuando ella intentó alcanzar la crema. Había olvidado que no llevaban guantes, así que su piel desnuda tocó la de ella por un momento, sorprendiéndolo.

Ella sopló la cuchara y probó un poco, ajena a su extraña quietud.

—Sin leche sabe horrible. Más azúcar, por favor.

Como él no reaccionó, Jo chasqueó la lengua y pidió a la doncella que sirviera a Elizabeth.

—Mi lord.

Por fin, el ayuda de cámara reunió valor para hablar.

—El pañuelo debería ocultarse para siempre.

—¿Pañuelo? —William frotó sus dedos y parpadeó confundido.

El ayuda de cámara parecía escandalizado de que algo tan importante se hubiera olvidado tan rápido.

—El que le dio la señorita Ingram… debe esconderse de miradas… celosas. Es tan hermoso que podrían robárselo, y como es tan valioso, permítame guardarlo en un lugar seguro.

William observó pensativo el bordado deformado y luego se lo entregó al aliviado ayuda de cámara.

Después del desayuno, las chicas instaron a William a regresar pronto a casa después de su habitual hora de montar a caballo. Tenían muchas cosas planeadas para el día.

Justo cuando se marchaba, oyó a las chicas discutiendo emocionadas las tareas del día.

La primera en la lista era la petición de Elizabeth. Entraría en la cocina e intentaría preparar un dulce para él.

Quería presenciar ese raro acontecimiento, pero se había prometido mantenerse lo más lejos posible de Elizabeth.

Estaba furioso consigo mismo desde que había sentido aquella chispa de deseo por ella…

Incluso había buscado una amante la noche anterior, pensando que estaba necesitado de contacto después de tanto tiempo de abstinencia, pero al final no había podido tocar a la hermosa mujer que llevaba poco más que una gasa brillante.

Repasó las razones por las que era mejor evitar a Elizabeth otra vez y, aun así, apartó el gran cuadro de la diosa Hera, que ocultaba la escalera que conducía a la cocina, y bajó.

Era su cumpleaños, y deseaba observarla sin reservas durante un rato.

Solo un rato, y luego sería bueno.

Un montón de frutas reposaba en el mostrador de la cocina, marinándose en azúcar y especias y perfumando delicadamente el aire.

Rayos de sol calientes entraban por la puerta que daba al jardín, añadiendo calor a las llamas que lamían la gran olla en el interior.

Elizabeth luchaba por remover algo dentro de esa olla; tenía hollín manchando su mejilla enrojecida. Gotas de sudor brillaban en su nuca mientras se giraba hacia la gran mesa de madera para amasar un grisáceo trozo de masa.

William observó divertido cómo ella se daba golpecitos donde el sudor desaparecía por su espalda.

Quizá le daba picor.

Su piel… ¿tendría sabor salado o dulce?

El cocinero gritaba instrucciones y ánimos desde un rincón de la habitación, y ella obligaba a sus torpes manos a seguir sus consejos.

Continuó obstinadamente, negándose a permitir que cualquiera de las doncellas presentes la ayudara.

En verdad, el cocinero podría haberlo preparado, o Elizabeth podría haber comprado algo elegante en Londres y mandarlo traer.

Pero verla así le calentaba el corazón.

Significaba que cada momento que dedicaba a ese plato estaba pensando en él.

Se apoyó en el marco de la puerta y cruzó los brazos con satisfacción.

Nunca le había pedido que siguiera las reglas de su casa, pero ella lo hacía por consideración y cariño.

Intentaba encarnar ante él las virtudes de la feminidad: moralidad, decoro, sencillez y laboriosidad con la aguja.

Pero a él le gustaba más su lado travieso, el que ella escondía de él, lleno de picardía y heroísmo.

Su corazón se hinchó de alegría cuando la vio golpear la masa gris con el rodillo.

En el pasado había experimentado estallidos de felicidad, pues su vida no era enteramente sombría, pero aquella emoción era diferente.

Era una especie de dicha silenciosa, una emoción calmante y sanadora que lo hacía sentir como si hubiera comido una manzana increíblemente dulce.

Nunca había sentido esto antes.

Ese momento de dicha en el que todo lo que quería era verla moverse por la habitación, con aspecto irritado y malhumorado, y no hacer nada más que permanecer en ese hermoso sentimiento por la eternidad.

El cocinero apartó la mirada del rostro de William y se movió discretamente hacia las sombras junto a la ayudante de cocina. Se dieron codazos y reprimieron risitas.

No pasó mucho tiempo antes de que ocurriera el desastre.

Elizabeth abrió el recipiente de harina, volcó la mitad de su contenido en el suelo y cubrió todas las superficies con polvo blanco, mientras el contenido de la olla comenzaba a echar humo negro.

El cocinero y la ayudante chillaron y volvieron a la acción.

Esta vez sentaron a Elizabeth en una silla de madera mientras empezaban a limpiar el desastre.

William observó la figura esbelta y enfadada cubierta de harina y pensó que aquella vista era uno de los mejores regalos que había recibido.

El cocinero hizo sonar la campana de servicio y el lacayo, el ayuda de cámara y el mayordomo entraron corriendo desde el jardín de la cocina.

Por desgracia, la tranquila escena de Elizabeth bañada por el sol y cocinando se convirtió en una caótica pantomima.

Tras una última mirada prolongada, William se obligó a retirarse.

Después de todo, la lujuria no era amor, y ella merecía lo mejor.

El resto de su día pasó rápido, lleno de pequeñas sorpresas incomibles y risas encantadoras.

Pero al anochecer, quedó claro que algo iba terriblemente mal.

Estaban sentados a la mesa, bebiendo vino y cenando, cuando Lady Fowler dijo de pronto:

—Es una lástima cómo algunas personas permanecen en tu mente, aunque la distancia o la muerte se las hayan llevado.

Jo frunció el ceño.

—¿Extraña a alguien?

—A alguien —asintió Lady Fowler.

Elizabeth, que aún no había tocado la sopa, habló con desgano:

—Extrañar a alguien es como un leve retortijón de estómago. Es un dolor persistente que nunca desaparece y que se hace notar en los momentos de silencio.

William la miró pensativo.

—Deberías comer —Lady Fowler apretó la mano de Elizabeth—. Después de todo, estás encinta.

William ignoró las turbulentas imágenes que habían despertado en su mente las palabras de su tía y preguntó:

—Eli, ¿te duele el estómago todos los días?

Elizabeth apretó los labios y asintió.

—Ahora me duele.

—¿Más que antes? —preguntó Jo.

—Sí. Creo que me estoy muriendo.

—No te estás muriendo —sonrió Lady Fowler—. Solo es el bebé pateando.

—¡Ah, entonces sáquenlo de mí! —aulló de pronto Elizabeth—. ¡No lo soporto!

William saltó de su silla y cayó de rodillas a su lado. Sus manos estaban heladas, y él se apresuró a frotarlas.

—¡Jo, llama al médico! Lady Fowler, pídale a la doncella que prepare su cama. Rápido.

CAPÍTULO TREINTA Y SIETE

Penelope, Celine, Dorothy y Jane irrumpieron en la casa Ingram como una bandada de estorninos preocupados. Después de eso, pasaron toda la mañana entrando y saliendo de la habitación de Elizabeth mientras dieciséis médicos atendían a la paciente.

La conclusión fue unánime: el tónico luminoso debía tirarse, o en pocos años Elizabeth brillaría como una luna dentro de un ataúd.

Las hermanas pasaron el resto de la tarde intentando convencer, amenazar y chantajear emocionalmente a Elizabeth para que abandonara sus preciadas botellas de la Tintura Real de Flores Griegas, que prometía mejorar el cutis, asesinar los granos en un día y hacer que una brillara como una lámpara de gas.

William se mantuvo alejado, pero cuando los rostros ansiosos a su alrededor se volvieron cada vez más sombríos y el sol amenazó con esconderse bajo el horizonte, perdió la paciencia. Tomó el cuenco de medicina de una doncella que pasaba y entró a grandes pasos en la habitación de Elizabeth.

Elizabeth escondió el rostro bajo las sábanas.

—No mire, mi lord. Estoy horrible.

Él ignoró a Jo y a las hermanas, que estaban acurrucadas en los chaise longues y sentadas en una silla junto a la cama. Un plato de sándwiches permanecía intacto en la mesita de noche.

—Levántate y come algo.

Su voz amortiguada sonó débil y lastimera.

—No tengo hambre.

—Vamos, come unos bocados.

—Me siento mal.

—Entonces bebe la medicina.

—Es demasiado amarga.

Penelope abrió la boca para regañarla, pero William levantó la mano, haciendo que la duquesa se tragara sus palabras con sorpresa.

Golpeó suavemente la sábana junto a la cabeza obstinada de Elizabeth.

—El médico dijo que el tónico está haciendo que tus entrañas ardan.

—Está mintiendo.

—Más de una docena de médicos lo confirmaron.

Elizabeth enterró aún más la cabeza en la almohada.

Sus pálidos dedos flotaron sobre su cabeza un momento antes de decidirse a tirar de la sábana y descubrir su rostro.

Las hermanas aspiraron aire ante su audacia, pero no lo detuvieron.

Hacía calor ese día y, en efecto, su cuello estaba cubierto de sudor, y ella se negaba a abrir los ojos.

No pudo evitar sentir lástima por ese rostro dulce y arrugado, olvidando por completo las habilidades para romper huesos que ella había demostrado recientemente.

—Tus mascotas te extrañan y quieren que te recuperes pronto para jugar con ellas. Los siete han estado sentados fuera de esta puerta, viéndose muy tristes. Además, si continúas bebiendo esa cosa horrible, preocuparás a Jo y a mí. No podríamos soportar otra pérdida, Eli.

Al oír el nombre cariñoso en sus labios, su cuerpo se quedó inmóvil, como si escuchara con atención.

Él tiró suavemente de un mechón de su largo cabello castaño.

—Si no te importa lo que pase con nosotros, ¿qué hay de todas las mujeres que están bebiendo ese tónico y avanzando rápidamente hacia la muerte? Ellas tienen hijos, maridos, padres, mascotas… muchas morirán sin saber la causa.

Ella giró la cara y le mostró un ojo enrojecido.

—Las botellas están escondidas debajo de las velas en el cubo bajo esta cama. Puede tirarlas… la mujer que las hace es la señora Crewe de Ellsworth. Penny se encargará de ella.

Las hermanas y Jo lo miraron con asombro. William había persuadido a Elizabeth con tanta facilidad… cuando ellas habían usado los mismos argumentos sin lograr moverla.

Sin darse cuenta del efecto que había causado, William levantó el cuenco de medicina y lo olfateó: las hierbas verdes y amargas cocidas le hicieron lagrimear los ojos. ¿Podría añadir un poco de miel para endulzarlo?

Penelope dejó sus agujas de tejer.

—Enviaré a la señora Crewe al cielo nocturno para que cuelgue de la luna. Hablando de la luna, mi primer nieto, Daniel, es un ángel. ¿Les conté que nació con los puños abiertos? ¿No es maravilloso?

—Tiene hoyuelos —murmuró Elizabeth desde la cama—. Y cabello tan dorado como el sol. Tiene una marca de nacimiento con forma de trébol y su nariz es como un botón. Llevas meses hablando de él en tus cartas.

—¿Estás celosa? —replicó Penelope.

Elizabeth se sentó de inmediato. Su cabello sobresalía en todas direcciones y su rostro estaba rojo y caliente.

—¿Celosa? ¡No estoy celosa, estoy harta!

William sopló la cuchara y la llevó a los labios enfadados de Elizabeth, y ella tragó sin pensar.

—Estoy harta —repitió—. Todos ustedes, váyanse a casa. ¡Una madre ya es suficiente, y yo tengo cuatro más que los demás!

—Ah, ¿así que ahora nuestro cuidado te molesta? —replicó Penelope—. Vine desde lejos, traje a los mejores médicos del país para verte, ¿y ni siquiera puedo hablar de mi nieto, despreciable alga de estanque?

—Estoy enferma, y en lugar de tener paz y silencio todo el día he estado escuchándote piar, piar… ¿y ahora me insultas?

—Soy una duquesa; yo no pío.

Elizabeth lanzó la almohada a sus hermanas.

—¡Váyanse! ¡A casa! No beberé ninguna medicina ni comeré nada hasta que lo hagan.

Penelope sonrió de repente. Su actitud pasó de furiosa a relajada tan rápido que Elizabeth parpadeó.

William colocó una rosa confitada en los labios de Elizabeth, y solo entonces ella se dio cuenta de que su boca estaba llena de amargura.

¡Él le había dado todo el caldo amargo mientras ella estaba distraída!

Ella atrapó el pétalo con los dientes, rozando las yemas calientes de sus dedos, y miró con furia a sus hermanas.

—Fuera.

Las hermanas hicieron una reverencia dócil a William y se marcharon alegremente.

—Volveré —prometió él antes de perseguirlas—. ¡Espere, su gracia!

Penelope se detuvo en lo alto de las escaleras y levantó una ceja.

—No necesita acompañarnos.

—Quería agradecerles.

Las hermanas parpadearon sorprendidas.

—¿Agradecernos? —preguntó Dorothy—. Pero usted es quien cuida a esa criatura salida del infierno y nos ayuda.

William les indicó que siguieran caminando mientras explicaba:

—Cuando vi cómo su familia trataba a Elizabeth y luego a Jo, comprendí que entre casas de madera podrida también existen hogares construidos con cálido granito. Comprendí que el amor, la lealtad y el cuidado entre los miembros de una familia sí eran posibles.

—Suena envidioso —observó Penelope.

—Lo estaba… lo estoy.

Las hermanas lo miraron con simpatía.

—Usted cuidó de Eli; nosotras ayudamos a Jo —dijo Jane con suavidad—. No se sienta en deuda. No tiene que agradecernos.

Él negó con la cabeza.

—No lo entienden. Si no hubiera visto y sentido el amor familiar, nunca habría sabido cómo tratar bien a mi prima. La habría abandonado hace mucho, perdido en la amargura y lleno de pensamientos de venganza. Su gracia, perdone mi atrevimiento, pero he oído que usted fue una hijastra pobre y despreciada y, sin embargo, después de su excelente matrimonio no abandonó a su familia, sino que ayudó a que sus hermanastras ascendieran junto a usted. Usted me enseñó a proteger a mi familia y a hacer lo mejor

posible, sin importar cuán despreciables fueran las circunstancias o las personas.

Penelope no respondió, pero el leve brillo en sus ojos mostró que sus palabras habían tocado su corazón.

Los carruajes ya estaban listos frente a la puerta principal. Los caballos relinchaban y golpeaban el suelo mientras el brillante sol de verano calentaba la brisa de la tarde.

Las hermanas indicaron a los sirvientes que comenzaran a cargar el equipaje. Habían pensado quedarse indefinidamente, pero al ver que Elizabeth estaba bien cuidada decidieron marcharse.

Además, la casa Ingram no estaba preparada para recibir visitas y muchas de sus habitaciones estaban en ruinas.

William deseó tener una familia tan grande y maravillosa. No era de extrañar que Elizabeth fuera valiente: esas mujeres poderosas habían construido un muro protector a su alrededor, así que ella no tenía nada que temer.

Penelope se volvió hacia él.

—Sobre lo que dijo… un ejemplo así de familia está ante los ojos de todos, pero muy pocos deciden usarlo como inspiración. En cambio, prefieren el camino más fácil: ahogarse en la ira.

Él sonrió ante el cumplido.

—Jo tiene suerte de tenerla en su vida.

—La tratamos como a una hermana menor; y en cuanto a usted, he notado un cambio en la forma en que mira a Eli ahora. De ahora en adelante, será apreciado igual que ella.

Celine habló desde detrás de Penny con una risa ligera:

—Quiere decir: bienvenido a la familia. Su largo discurso de halagos se ha ganado su corazón.

Él se quedó atónito.

—Lo han entendido mal. Yo…

Las hermanas pasaron a su lado ignorando sus palabras.

—¡Cielos! Dice que lo entendimos mal —comentó Jane mientras empezaban a subir al carruaje.

Las hermanas continuaron hablando de él como si su alta y apuesta presencia hubiera dejado de existir de repente.

—¿Entendido mal? —Dorothy puso los ojos en blanco—. ¿Viste con qué paciencia le dio la medicina?

—Y lo dulcemente que ella se la bebió toda. Nosotras lo intentamos durante tres horas y fracasamos. Menos mal que alguien puede controlar a esa niña.

—¿Viste cómo le limpió la boca con el dorso de la mano cuando la medicina se le derramó?

—Eli ni siquiera se inmutó; eso significa que está acostumbrada a que él la cuide.

—Y la forma en que le sujetó la muñeca cuando intentó cubrirse la boca —Jane se abanicó el rostro acalorado.

—Es un buen hombre. ¿Cuándo creen que será la boda?

—Parecía que iba a devorarla en cuanto se recuperara. Yo diría que pronto. ¡Debemos ir de compras!

El carruaje se alejó, llevándose también las voces de las hermanas mientras discutían sobre la boda.

Jo empujó ligeramente a William con el codo.

Él palideció aún más.

—¿Cuándo llegaste?

—¿Cuándo es la boda?

—¡No fomentes estas tonterías!

Jo se río y se dirigió hacia el interior de la casa.

—¡Jo! Estas mujeres, estas hermanas… son desesperantes. ¿Cómo puedes lidiar con ellas?

Ella se encogió de hombros.

—Cuando estabas en la universidad, muchas veces me enviaste a vivir con ellas. Mi lealtad es hacia ellas, no hacia ti.

—¿Aún estás molesta por eso? Me disculpé. No tenía elección…

Jo levantó la nariz con desdén y se alejó.

—¡Jo! —rugió él—. ¡No habrá ninguna boda!

***

William regresó al lado de Elizabeth, levantó la cortina blanca de la cama y la encontró profundamente dormida. Había apartado el edredón y su falda estaba torcida alrededor de sus caderas y piernas.

Apartó la mirada.

No era correcto entrar en su alcoba, y era aún peor hacerlo cuando ella estaba dormida.

No debería estar allí, pero ¿y si necesitaba algo y estaba demasiado débil para tocar la campana? ¿Debería pedir a una doncella o a Jo que se quedaran en la habitación?

Sus ojos volvieron a su rostro: estaba roja y sudorosa.

Ató las cortinas de la cama con una cuerda de seda y abrió la ventana. Su ceño fruncido se relajó cuando la brisa fresca entró en la habitación.

Debería pedir a la doncella que la acompañara, pensó otra vez, antes de sentarse en la silla y contemplar el rostro dormido.

El dinero generado por la finca Ingram, las ocho mil libras anuales de su título y las rentas de las propiedades que había heredado de su padre lograban pagar las necesidades y algunas deudas cada mes.

Podría haber dado a su familia una buena vida si no hubiera sido por la enorme cantidad que Sir Ingram debía a media Inglaterra.

Sus pestañas se inclinaron, ocultando la frustración en sus ojos.

Cuando tomó el control de las cuentas de su tío, el libro de deudas tenía más de cien nombres. Incluso si pasara toda su vida con sus ingresos actuales, no podría pagarlas.

Quizá las personas a las que debía dinero se habían dado cuenta de ello; por eso su forma de tratarlo había cambiado, pasando de verlo como un lord desafortunado a considerarlo un canalla.

En cuanto Sir Ingram murió, empezaron a usar violencia y amenazas para obligarlo a pagar.

Cuando Jo estuvo a punto de morir en lo que ella creyó que había sido un pequeño accidente de carruaje, él recurrió a medios ilícitos para quitárselos de encima.

En medio de aquella absoluta oscuridad, Lancelot apareció como un ángel cambiante, impidiéndole perderse por completo y caer en la desesperación.

Había supuesto que era uno de sus amigos ricos de Cambridge ayudándolo de forma anónima, o algún amigo de sus padres.

La ayuda oportuna de Lancelot le permitió salir de muchas situaciones complicadas e incluso evitó que manchara sus manos de

sangre.

Había aparecido alrededor de la época en que él se casó con Mary, el período más difícil de su vida, y cuando había perdido el contacto con Eli.

Sus espesas y oscuras pestañas volvieron a alzarse y se posaron sobre Elizabeth, que dormía plácidamente.

Lancelot lo había salvado… lo había salvado de caer en un abismo y cometer crímenes atroces.

No, eso no era correcto… Lancelot era una mujer.

Ya no podía negarlo: ella lo había salvado.

La razón por la que había abandonado su vida de comodidad y lujo había sido por él y por Jo.

Había formado una red de criminales y había comenzado a dirigir al Artista Corrupto, manteniéndolo así a salvo.

Antes de la aparición de Lancelot, había recibido algunas palizas y había sido acorralado en callejones, lo que lo había obligado a aprender a pelear y a usar armas, pero después de Lancelot muchos de esos incidentes disminuyeron.

Ella había estado moviendo los hilos, poniéndose en peligro para protegerlo.

Como si se viera afectada por sus profundos pensamientos, Elizabeth murmuró en sueños y se dio la vuelta. Él tiró rápidamente de la cuerda, ocultando la figura dormida justo cuando la falda alrededor de sus tobillos comenzaba a levantarse.

¿Debería enfrentarla?

Sin embargo, ella no quería que él le devolviera el favor ni siquiera que fuera consciente de este asunto. Lo había hecho desinteresadamente, y ya no podía negar que ella lo adoraba y lo trataba mejor que nadie.

Pero la chica no parecía entender el amor romántico; su comportamiento hacia él no era el de una amante, sino el de una amiga cercana o un familiar querido.

Esa lealtad incondicional… no sabía qué hacer con ella. Había estado con muchas mujeres y había hecho muchos buenos amigos en su vida, pero cada relación había sido de dar y recibir. Nunca

había confiado en nadie excepto en Jo, sabiendo que los cobradores de deudas podían comprar a cualquiera por sus secretos.

Mientras tanto, las acciones silenciosas y ocultas de Elizabeth hacían que los muros alrededor de su corazón se derrumbaran, como si un pequeño pero poderoso puño los hubiera golpeado. Ella había velado por él y por Jo durante años, desinteresada y alegremente. ¿Cómo podía permanecer impasible?

Se levantó y puso distancia entre él y la cama con determinación.

¿Qué debía hacer ahora que lo sabía?

¿Fingir que nada había pasado, tal como ella deseaba, y tratar de recompensarla poco a poco, a su manera, atesorándola?

¿O… debería casarse con ella?

¡Absurdo!

Sus puños se cerraron y sus uñas se clavaron dolorosamente en la palma.

No podía arrastrarla a su vida, llena de deudas interminables. Además, no era digno.

Y, además, nunca había visto ni un destello de deseo en sus ojos mientras él…

Tragando saliva, retrocedió bruscamente fuera de la habitación y cerró la puerta tras de sí.

Necesitaba poner fin a esos sentimientos; no era correcto sentir algo así por alguien como Eli, que merecía mucho más que su oscuro y vacío corazón.

Le debía demasiado como para arruinarla.

Pero, cuánto quería arruinarla…

CAPÍTULO TREINTA Y OCHO

Elizabeth se portó tan bien una vez que sus hermanas se fueron que casi parecía dócil. Mientras Lord Darby le diera la medicina, no la encontraba amarga, y siempre que él la acompañara durante la comida, ella comía unos cuantos bocados.

Le resultaba difícil decir que no, quizá por un hábito adquirido tras años de fingir ser una joven educada y perfecta delante de él.

Por desgracia, su vigilancia constante también significaba que no podía tomar leche ni crema, y cuando descubrió que si comía una grosella espinosa le salían ronchas rojas en la piel, esa inocente fruta desapareció de su mundo.

Todas las grosellas y los productos relacionados desaparecieron de Ingram House. Cada arbusto de grosellas del jardín fue arrancado y quemado, e incluso cuando ella le suplicó a Dimbercove que le trajera un poco de mermelada de grosella del pueblo, él regresó con las manos vacías, diciendo que Lord Darby las había comprado todas y las había regalado a la escuela local.

Elizabeth sacudió la cabeza con enojo. ¿Qué estaba haciendo, desperdiciando su dinero comprando toda la mermelada de grosella que Inglaterra podía ofrecer? Solo le salían unas pocas ronchas que picaban, y además desaparecían al cabo de una hora.

¡No era como si las frutas pudieran matarla!

¿Cómo podía considerarse eso sensato? ¿Acaso el hombre no tenía deudas? ¿No era un hombre pobre, sin un centavo y excesivamente atractivo?

Desperdiciando sus preciosos chelines en maldita mermelada. ¡Lud! Quizá su hígado se había vuelto extraño; tendría que recordar darle una dosis de láudano.

***

Elizabeth se recuperó en un mes, y el vigor que había recobrado la puso de buen humor. Decidió perdonar a Lord Darby por el

incidente de las grosellas. En compensación, Lord Darby y Jo la llevaron a montar a caballo para celebrar su recuperación.

Ella quería montar el semental, pero solo le permitieron subirse a una dócil yegua marrón llamada Cherry.

Elizabeth montaba bien, con una postura elegante. Los rizos sueltos enmarcaban su rostro y bailaban con la brisa mientras su boca se curvaba en deleite por haber escapado por fin de la casa. Cherry parecía percibir su buen humor y trotaba con un ligero rebote en el paso.

Montaron durante una hora y se detuvieron para admirar la vista junto al lago, justo después de Primrose Hill.

El aire era caluroso y húmedo, perfumado con manzanas ácidas, bayas y madera. El suelo estaba cubierto de coloridas flores silvestres y hierba que brillaba bajo la profunda luz dorada del sol de verano.

Pero todo eso palidecía ante la presencia del impresionante lago, cuya agua cristalina relucía bajo la luz del sol y reflejaba el cielo azul y los enormes árboles antiguos que lo rodeaban.

El majestuoso paisaje los hizo detenerse y contemplar en silencio la grandeza de la naturaleza.

Elizabeth, que no soportaba quedarse quieta mucho tiempo, saltó del caballo y se dirigió a la orilla del lago, ansiosa por mojar los dedos y comprobar su temperatura.

Estaba helada.

Sin desanimarse, encontró una bonita roca gris y plana que parecía perfecta para sentarse. Agitó la mano y gritó:

—¡Jo, mi lord, vengan a ver esto!

La encontraron sentada sobre la roca, de espaldas al agua y sosteniendo un pequeño espejo negro y redondo.

Jo entrecerró los ojos y se cubrió del sol con la mano.

—Oh, un Claude glass.

—Jane me lo dio —dijo Elizabeth—. Miren, el paisaje cambia cuando se refleja en él.

Jo sostuvo el preciado objeto con cuidado y observó el paisaje reflejado.

—Qué maravilloso, Eli. El vidrio ha suavizado los colores, haciendo que parezca una pintura mística.

Lord Darby también se sintió intrigado y se inclinó sobre el hombro de Elizabeth para ver mejor. Su aliento se extendió sobre su cuello, y el calor de su cuerpo calentó su espalda. Desde el rabillo del ojo podía ver sus brazos musculosos extendidos, y su mano, apoyada firmemente en la roca, estaba a apenas una pulgada de sus caderas.

Era un abrazo… y sin embargo no.

Estaba rodeada por él… y aun así no lo tocaba.

Su corazón comenzó a retumbar, y su pecho se sintió como si alguien se hubiera sentado encima. No podía respirar, y junto con esa sensación llegó el pánico. Quería huir y, al mismo tiempo, deseaba poder recostarse hacia atrás y apoyarse contra su pecho.

Este… este sentimiento contradictorio era extraño.

—Hermoso —dijo él de repente con una voz ligeramente ronca y áspera, como si fuera algo delicado y tangible acariciando su oído.

Ella se estremeció y lanzó rápidamente el espejo hacia Jo.

—Y...yo voy a dar un paseo un rato. ¿Es ese un arbusto de moras?

Saltó apresuradamente de la roca y puso distancia entre ellos.

—Ata tu caballo —gritó Jo.

Elizabeth se ocupó de la yegua; sus movimientos eran deliberadamente lentos. Le tomó un momento empujar ese extraño murmullo de emociones muy dentro de sí antes de recuperar la compostura.

Acarició la cabeza de Cherry y sonrió ante la expresión agraviada en los hermosos ojos marrones de la yegua. ¿Acaso ella también ponía esa cara cuando alguien intentaba atar sus pies aventureros?

Incluso si le ataban los pies, eso no la detendría. Siempre conseguía lo que quería, excepto cuando se trataba de él.

Lord Darby.

Se frotó el hueco entre el cuello y el hombro. Lo había conocido por primera vez a los catorce años, y en aquel momento él había rodeado su muñeca suavemente, tan ligeramente que apenas se había notado.

Ese agarre invisible en su muñeca se había formado sin que ella lo supiera ni lo comprendiera. Su yo infantil nunca entendió por qué se había sentido tan fascinada por él, ni por qué le suplicaba a Jo cada pequeño chisme sobre él.

Con los años, la fuerza de ese agarre había aumentado, y ahora era como si sus dedos se hubieran fundido con su carne, su sangre y sus huesos, atados con un nudo gordiano. Mientras él tirara en cierta dirección, ella lo seguiría.

¡Bah! ¡Qué pensamientos tan fantasiosos!

Se frotó la muñeca frenéticamente.

Pero por más que lo negara, no podía evitar notar que ese sentimiento esquivo que había rozado su corazón en la adolescencia había empezado recientemente a crecer, como si la brisa constante de adoración que había mantenido cerca estuviera escapando de su control, empezando a girar fuera de control y convirtiéndose en una tormenta peligrosa.

¡Crack!

Una ramita seca se rompió detrás de ella, y se giró para encontrar al objeto de sus pensamientos acercándose lentamente.

El sol se filtraba entre las hojas moteadas e iluminaba su rostro apuesto. Sus ojos brillaban como el Claude glass que ella había sostenido hacía poco, pero esta vez reflejaban su propia figura sorprendida en tonos apagados.

Con cada paso que daba, su corazón latía más y más fuerte.

Su instinto era correr, pero su cuerpo no reaccionó a tiempo, como si estuviera sumergido en un caldero de miel espesa y viscosa.

Y entonces, de repente, él estaba frente a ella.

—¿Te sientes mal? —preguntó, quitándose el guante.

Ella dejó de respirar.

Muy lentamente, él extendió la mano y tocó su mejilla con el dorso para comprobar su temperatura.

Su piel estaba cálida a pesar de su apariencia pálida.

Demasiado pronto, ese contacto desapareció, dejando tras de sí una sensación de pérdida.

Su boca empezó a moverse otra vez, probablemente regañándola como de costumbre, pero las palabras no lograban penetrar en su

cerebro porque sus oídos se sentían como si estuvieran llenos de lana caliente.

Siguió hablando, y ella cambió lana por ovejas. Tenía una oveja demasiado cálida metida en cada oído.

Él le dio un golpecito en la cabeza con los nudillos.

—No has estado tomando esos tónicos otra vez, ¿verdad? Eli, no necesitas tales artificios.

Su mente estaba aturdida; sus palabras pasaban sobre ella como agua sobre una capa impermeable.

¿Terminaría pronto de sermonearla?

Le dolió el cuello y decidió mirar sus botas en lugar de su sombrero.

Justo cuando había logrado provocar una lágrima para parecer convincentemente arrepentida, él le sujetó la barbilla y volvió a levantarle el rostro.

—Mírame.

—¡Entonces siéntese! —explotó ella—. Es demasiado alto, y me duele el cuello de tanto mirarlo hacia arriba.

Se quedaron mirándose, congelados por un momento, como si su pérdida de paciencia hubiera encendido un fuego entre ellos.

Espesas nubes grises se apresuraron a cubrir el cielo, y la brisa cálida aumentó de velocidad, volviéndose fresca y cortante.

Su piel se erizó, y se frotó los brazos, incapaz de soportar su intensa mirada.

Sus pupilas se contrajeron y su cabeza se inclinó apenas un poco, tan ligeramente que, de no haber estado alerta, ella no lo habría notado.

El fuego parpadeó bajo su piel, caliente y dulce.

¿Qué quería hacer?

Era una expresión que nunca antes había visto en su rostro; resultaba un poco aterradora.

Se había convertido en un extraño en un abrir y cerrar de ojos.

Un extraño muy atractivo.

Sus labios se presionaron en una fina línea y su expresión se endureció.

¿Estaba enfadado?

De repente sintió el impulso de caminar hacia sus brazos, acurrucarse contra su hombro y disculparse.

Acurrucarse como un animalito pequeño y dulce.

¿Eh? ¿Se estaba transformando en un gatito? ¿O estaba empatizando con sus perros?

Su cabeza empezó a sentirse confusa otra vez, y las ovejas calientes regresaron corriendo, intentando enterrarse en sus oídos.

Sus ojos, sin que ella lo supiera, se veían aturdidos.

Él se aclaró la garganta y dio un paso atrás.

—D...deberíamos regresar.

Ella tragó saliva y asintió.

—Jo… Jo está…

—Sí. Ella está…

—Bueno.

—Sí.

—Ya veo.

—Bueno, entonces...

Giró sobre sus talones, y el movimiento repentino y brusco hizo que un trozo de papel se deslizara de debajo de su abrigo de montar y cayera al suelo.

Él no se dio cuenta y caminó de vuelta hacia el lago.

Ella atrapó su labio inferior entre los dientes y lo mordió con suficiente fuerza como para sentir dolor y despejar su mente. Luego recogió el papel con la intención de devolvérselo, cuando las palabras llamaron su atención.

Era una nota exquisitamente escrita que amenazaba con incendiar Ingram House si no pagaba cierta deuda.

La cantidad hizo que se le aguaran los ojos: le sería imposible reunir una suma tan grande en el poco tiempo que le habían dado.

La chispa repentina de conciencia que había despertado en su pecho se desvaneció de su mente mientras este nuevo y complicado problema se presentaba ante ella.

Dimbercove tendría que investigar en su nombre, ya que ella había estado confinada en casa por un grupo de gallinas madres… y un gallo.

CAPÍTULO TREINTA Y NUEVE

Cuando llegaron a casa, Elizabeth se apresuró a su habitación, sacó la cabeza por la ventana y emitió un pequeño silbido.

El sol se hundía bajo el horizonte, y la gran figura de Dimbercove apareció recortada contra el cielo naranja y amarillo. Lord Darby le había dado una habitación en el primer piso con un balcón que tenía una resistente celosía, muy conveniente para subir y bajar sin romperse los huesos.

—Hay tantas escaleras apoyadas contra las paredes —reflexionó Dimbercove al aterrizar junto a ella—. Y los sirvientes también son sordos y ciegos cuando se trata de nuestras idas y venidas. Es más conveniente llevar a cabo nuestros asuntos aquí que en Finnshire.

Elizabeth frunció el ceño.

—¿No tendrían ventaja los cobradores de deudas y los ladrones?

Él negó con la cabeza.

—Los sirvientes parecen muy atentos al menor peligro que venga del exterior, pero se vuelven distraídos cuando se trata de nuestros movimientos.

Sus pestañas temblaron.

—¿Crees que… él lo sabe?

—¿Qué clase de caballero permitiría que una joven anduviera por ahí de noche e hiciera lo que quisiera? No parece ser de ese tipo.

—¿Entonces?

—Probablemente no les pagan lo suficiente y solo siguen órdenes directas. Puede que no haya mencionado que deben vigilarte, así que no lo hacen. En cuanto a las escaleras, creo que los propios sirvientes las pusieron allí para escaparse al pueblo a beber algo, ya que los hombres que vigilan la puerta son eficientes.

—Esos guardias deben costarle una fortuna.

—Creo que Lord Savill se los envió a Lord Darby tan pronto como se dio cuenta de que Jane se había encariñado con Jo.

—Sus sirvientes son desleales. No lo tratan como a un amo ni lo mantienen informado —se enfureció Elizabeth—. Incluso ese ayuda de cámara.

—Tú sobornaste al ayuda de cámara con seis bolsas de monedas para que cambiara su lealtad hacia ti.

Mientras Elizabeth balbuceaba indignada, Jo entró en la habitación y sonrió a Dimbercove.

—Buenas noches.

Él se sonrojó y se inclinó apresuradamente. La primera vez que Jo los había sorprendido conversando en la habitación del seminario, los había regañado a ambos. Le había llevado mucho tiempo tratarlo con educación, y aunque toleraba su presencia, su desaprobación era evidente.

Elizabeth se quitó los guantes y se secó las palmas sudorosas en la falda.

—Estaba a punto de preguntar por Lord Snyder y Miss Fortune.

—Están casados —informó Dimbercove—. El novio fue llevado al altar porque sus piernas ya no funcionan y es poco probable que sanen.

—¿Y Felicity… Lady Snyder? —preguntó Jo—. ¿Cómo estaba de ánimo?

—Encantadora —dijo Dimbercove—. Bebió varias copas de champán, sonrió de oreja a oreja y le hizo una mueca a su madre y a todos sus parientes antes de marcharse a su nuevo hogar.

Jo aplaudió.

—Ah, Eli, a veces no puedo evitar sentirme orgullosa de que seas una pequeña bribona real con la cabeza llena de pájaros.

Elizabeth tomó sus palabras como un cumplido y sonrió alegremente. Después de despedirse de Dimbercove, se dirigieron a cenar de muy buen humor.

Elizabeth se detuvo cerca del elegante mueble de licores de ébano. Quería algo delicioso; Jane había enviado un encantador clarete el otro día… ¿dónde estaba?

Lord Darby la vio fruncir el ceño y preguntó entre risas:

—¿Ninguno de estos satisface su refinado paladar?

—Una querida amiga acaba de casarse. Quiero celebrarlo —dijo ella, frunciendo los labios al ver las filas de brandy, marsala, madeira, oporto y whisky.

—Miss Fortune se casó con Lord Snyder —dijo él.

Ella se quedó inmóvil… ¿había imaginado ese rastro de alegría en su voz? No creía que él conociera a ninguno de los dos...

Él sacó una botella de champán y se la entregó.

—Prueba este. Lo compré cuando era estudiante, cuando alcancé la mayoría de edad y heredé mi título y la casa de mis padres. Un lujo poco común, pero aún no he encontrado una ocasión lo suficientemente feliz para beberlo. Temo… que nunca la encontraré.

Ella volvió a quedarse sorprendida. Él era tan generoso, como si quisiera que ella tuviera las cosas más agradables mientras se negaba esos placeres a sí mismo.

Como si su felicidad le importara más que la suya propia.

Si trataba así a una invitada, entonces su esposa…

Se apartó de él bruscamente.

—Creo que debería guardarlo para una ocasión mejor, mi lord.

Él le empujó la botella en los brazos.

—Esos lujos te pertenecen solo a ti. Yo no… no me interesan esas cosas.

Su corazón se apretó al oír sus palabras. Era tan maravilloso, amable y cálido con quienes estaban cerca de él. Había cuidado de ella de forma excelente cuando enfermó. No le había dado oportunidad de sentirse nostálgica y parecía anticipar sus necesidades para satisfacerlas con paciencia.

Y no era solo con ella; siempre le daba a Lady Fowler la tostada más caliente, mientras que los mejores cortes de carne y las frutas más dulces se repartían entre las mujeres bajo su mirada atenta.

Era una pena que los lujos no se distribuyeran según la bondad, porque entonces él habría sido el hombre más rico del mundo.

Ella pellizcó la manga de su abrigo y tiró dos veces.

—Puede celebrar mi recuperación y que todos estemos vivos y sanos, o podemos celebrar que Polly Peachum está esperando cachorros y pronto seremos abuelos.

La expresión perdida en sus ojos desapareció, y una sonrisa comenzó a tirar de la comisura de su boca.

—¿Abuelos?

Ella fingió no entender y lo arrastró hacia el comedor.

—Otra alegría olvidada es que ahora tiene una excelente ama de llaves, cocinera y sirvientes, un lujo casi imposible de encontrar en Inglaterra hoy en día.

Su sonrisa se ensanchó, y él la miró a los ojos, haciendo que su corazón diera un salto y que su mente se nublara.

Olvidó lo que estaba a punto de decir.

Su lengua atada se salvó de formar una frase coherente cuando una voz suave y profunda comenzó a cantar.

La noche es oscura; la lámpara ilumina la vista,
Las hojas doradas comienzan a temblar;
El Este trae noticias de mi adoración por ti.

El mayordomo estaba tocando el violín y cantando. Había sido bien sobornado por Penelope y Dorothy para intensificar el romance entre Lord Darby y Elizabeth, y se había entregado de todo corazón a la emoción de todo aquello. Así que continuó canturreando,

Estoy fragmentado, sin gracia,
como pétalos descartados en el suelo,
completamente cubierto de rocío.

Lady Fowler aplaudió e insistió en que Lord Darby bailara con todas las mujeres presentes mientras el mayordomo continuaba con su interpretación. Elizabeth y Lord Darby fueron empujados a los brazos del otro y se encontraron bailando el vals alrededor de la habitación.

¡Bah! Disculpa mis descabellados desvaríos,
No son más que palabras para adormecer tu hermosa cabeza.
Pero, ¿me creerás si te digo,
que quiero morir mil muertes?

Habían bailado innumerables veces juntos, pero hoy el ritmo familiar, las bromas habituales y la comodidad de la compañía que viene de ser viejos amigos parecían haber desaparecido.

Elizabeth no se atrevía a mirarlo a los ojos y esperaba que los espectadores no notaran su comportamiento extraño ni adivinaran que su corazón latía con fuerza.

¿Abrirás tus hermosos y sonrojados brazos
y me dejarás vivir diez mil vidas en su lugar?

El contacto en su cintura, que antes resultaba reconfortante y tranquilizador, ahora contenía fuego, y su mano enguantada sujetando firmemente la de ella hizo que su piel se ruborizara como si hubiera bebido un galón de vino.

Ah, en esta noche profunda y oscura, con la vista iluminada por la lámpara,
las hojas doradas comienzan a temblar.

En cuanto terminó la canción, se separaron de inmediato y ella se dejó caer torpemente en su asiento.

El mayordomo cambió de la pícara canción de taberna a una melodía alegre y animada, permitiendo que la pareja tuviera tiempo para recuperar la compostura.

—Champán —exigió Elizabeth con voz ronca.

Los dedos de Lord Darby rozaron su espalda al pasar junto a su silla, un contacto fugaz de consuelo y comprensión antes de inclinarse ante Lady Fowler y llevarla hacia el centro de la sala para el siguiente baile.

Al final, Elizabeth se aseguró de que la mayor parte del champán fuera a parar a la garganta de Lord Darby. Era su botella; lo justo era que él bebiera la mayor parte.

El resultado fue que terminó completamente borracho.

CAPÍTULO CUARENTA

Todos estaban borrachos como emperadores. Las mujeres estaban achispadas, los sirvientes estaban por las nubes, e incluso los perros habían robado uno o dos sorbos y perseguían sus colas con pereza.

Después de que se vaciara la botella de champán, sacaron más bebidas. Brandis con sabor a durazno, ciruela y manzana fueron probados y alabados por todos.

Abajo, los sirvientes de dentro y de fuera se contagiaron del ambiente festivo como de una plaga y se ahogaron en ginebra.

En algún momento después de la medianoche, una Lady Fowler algo mareada insistió en que Lady Darby se uniera a Lord Darby y lo cuidara toda la noche, ya que estaba completamente borracho.

Jo, la sensata, no se opuso a aquella escandalosa idea porque se había quedado dormida junto a la sopa y solo pudo responder con un lamentable ronquido.

Así que Elizabeth, con la cabeza llena de dulce vino, se encontró empujada dentro del dormitorio de Lord Darby.

Las puertas se cerraron con un golpe decisivo, dejándolos a los dos solos.

En algún momento había comenzado a llover, y ahora el estruendoso rugido afuera de la ventana ahogaba su respiración acelerada y el fuerte latido de su corazón.

Se quedó de pie mirando la puerta, con el rostro caliente por la bebida… y por algo más. Él parecía igualmente aturdido, quieto y silencioso después de la larga y ruidosa noche.

El silencio entre ellos pronto se volvió ensordecedor.

Ah, si él no hablaba pronto, ella moriría.

La lluvia continuaba cayendo, trayendo consigo un ligero frío, pero aun así no lograba enfriar su piel enrojecida.

Y el silencio persistía.

Apretando los dientes, se giró lentamente.

Una sola vela colocada en un alto candelabro de plata, decorado con tres cabezas de león, iluminaba la gran y limpia habitación.

La habitación tenía muebles, pero ella no podía verlos. Si alguien le hubiera preguntado en ese momento de qué color eran los cojines, no habría podido responder.

Tras lo que pareció una eternidad, desvió la mirada hacia el hombre que había llenado todo su ser de nerviosas mariposas.

Su alta y apuesta figura se recortaba contra las cortinas rojas oscuras de la cama, que se agitaban suavemente con la corriente de aire.

La brisa se había colado por una rendija bajo la puerta del balcón e incluso hacía temblar la luz de la vela.

El juego de luces cayó sobre su rostro.

Sus ojos negros y penetrantes la observaban con pereza; la neblina del licor fuerte apagaba la inteligencia habitual que brillaba en sus profundidades, haciéndolo parecer vulnerable, como una presa.

Ella nunca lo había visto en una situación tan desfavorable, y aquello tironeaba de su corazón travieso, tentándola y atrayéndola hasta tal punto que apenas podía contenerse.

Su figura tambaleante, la gran cama, el silencio... de pronto se quebró bajo la intensidad de todo aquello, y sus piernas cedieron.

Se dejó caer con las piernas cruzadas sobre la alfombra con aroma a té y cerró los ojos con determinación.

Era demasiado. ¡Todo esto era demasiado! ¿Cómo podía una dama conservar la cabeza y la virtud en tales circunstancias?

Lord Darby se echó a reír, y su rostro, normalmente apuesto, se transformó en algo tan exquisito que parecía de otro mundo.

—Pareces una gallina calentando sus huevos.

—Y tú pareces como si te hubieras caído dentro de un barril de vino —replicó ella alzando las pestañas.

—Un gatito que no sabe caminar.

—Un vagabundo.

—Un querubín —dijo finalmente, confundido. Parecía haber olvidado el juego.

—Carrete de hilo —ella también lo había olvidado.

Se sentó en el borde de la cama; sus ojos estaban de pronto vidriosos y su hermoso rostro adorablemente desconcertado.

Sintió el impulso de pasar el pulgar por su labio inferior y besarle los párpados. Traviesa, traviesa, se reprendió mentalmente, sacudiendo un dedo imaginario hacia sí misma.

—Debo irme —murmuró, cubriéndose el rostro con una mano—. Llámalo; tengo que volver a casa.

Elizabeth se acercó gateando y le quitó los zapatos con cuidado.

—Esta es su habitación, mi lord.

Él tarareó.

—¿Eres una doncella?

Ella no quería irse, así que asintió.

—Lo soy. ¿Desea algo?

—Un cigarro.

—No.

—¿Rapé?

—Es hora de dormir.

—¿Brandy?

—Por supuesto que no.

—¿Soy tu amo o no? —exigió con un tono malhumorado.

A ella le divertía ver su lado infantil, como si fuera un niño pequeño haciendo un berrinche. Extrañamente, le gustaba verlo así, porque sabía que nadie habría prestado atención a sus caprichos después de la muerte de sus padres, por muy molesto o caprichoso que se sintiera. Lo habrían ignorado; a diferencia de ella, cuya familia entera entraría en pánico si derramaba una sola lágrima.

—Es usted mi amo —lo tranquilizó apresuradamente—. Acuéstese, mi lord. Iré a buscar al ayuda de cámara para que lo ayude a cambiarse...

Su cabeza cayó hacia atrás y aterrizó sobre la almohada.

—Háblame, Eli.

Ella se quedó inmóvil y observó su rostro. Tenía los ojos cerrados, como si estuviera dormido.

—¿Eli?

—Mmm.

—¿Dónde está la doncella?

—Fue a buscar al ayuda de cámara.

—Acércate.

Ella se inclinó hacia él.

Sus ojos se abrieron de golpe y sus manos rodearon su cintura. Por un instante sintió como si el mundo girara, antes de encontrarse de espaldas a su lado.

De repente dejó de llover, y no quedó nada —ni siquiera el crepitar del fuego— que ahogara el sonido de la respiración acelerada y los latidos desbocados.

Miró de reojo y encontró su rostro a unos pocos centímetros del suyo. Sus ojos se deslizaron por su barbilla, su nuez de Adán, y más abajo, hasta el trozo de clavícula expuesta sobre la camisa.

Su piel parecía oro fundido.

Sacó la lengua para humedecer su labio inferior.

Él levantó su mano, separó sus dedos y dejó que la luz de la vela pasara entre ellos.

—Cuando confesaste… no lo creí.

—Ya veo.

Su mente estaba completamente concentrada en sus manos entrelazadas con guantes, no en sus palabras empapadas de vino. Incluso a través del satén podía sentir el calor de su palma.

—No quise lastimarte.

—Lo sé.

—¿Por qué?

Ella parecía comprender su discurso entrecortado como solo una persona ebria puede comprender a otra.

—Porque es un buen hombre.

Él rio.

—No.

—Trata bien a Jo. Un vínculo tan desinteresado con una prima cuyos padres y hermana lo trataron con dureza es admirable. Solo alguien con un gran corazón puede hacer eso.

—No tengo un corazón generoso. Mis motivos son egoístas, y es un secreto —susurró—. ¿Puedo decírtelo?

Ella lo miró, sintiéndose en conflicto. ¿No sería aprovecharse de su estado? Escuchar secretos que no estaban destinados a sus

oídos...

...¿Y si estaba enamorado de Jo?

¿Cómo nunca había pensado eso antes?

¿Cómo nunca se había preguntado si su amor de hermanos era en realidad una fachada para algo más? Mientras ella había estado esperando convertirse en la cuñada de su amiga del alma, su amiga del alma estaba en camino de casarse con su marido.

Su cabeza comenzó a palpitar.

Mary se había casado con él, así que ¿qué le impedía casarse con Jo?

Mary.

Penelope, la duquesa, una vez tuvo una gallina llamada Mary. Se cayó de un acantilado y murió, y luego el duque se la comió.

Fue trágico, pero esto era más trágico.

Estaba acostada junto al hombre que amaba, y su moral no le permitía que sus manos traviesas se desviaran para aprovecharse de un hombre borracho.

Y además se preguntaba si él estaba enamorado de su prima...

¡Oh! ¿Cómo era posible que no dudara en golpear a un lord y robarle las joyas, pero no pudiera siquiera tomar la mano del hombre que tenía al lado?

¿Por qué su valentía se escondía en un caparazón como una tortuga asustada cuando estaba frente a él?

Ah, si tan solo pudiera chillar y llamar a toda la alta sociedad para que presenciara esta visión hedonista y ser "forzada" a casarse...

Él siguió murmurando, ajeno a sus pensamientos tumultuosos.

—Eli, es un secreto que nadie conoce. Pero quiero decírtelo por tus hermanas.

—¿Mis hermanas?

Su agarre se apretó casi dolorosamente sobre su mano.

—Mi madre estaba embarazada.

El corazón de Elizabeth se hundió al oír esas palabras. De pronto todo el asunto quedó claro, y lamentó haber entrado en aquella habitación.

Él continuó, arrastrando las palabras:

—Estaba nevando mucho. Padre y yo estábamos sentados en el suelo de la cocina, junto al fuego, tallando juguetes de madera. Mi madre y los sirvientes ya se habían retirado, y solo estábamos nosotros, susurrando y riendo mientras tallábamos. Yo quería hacer un elefante, pero el resultado fue terrible. La trompa era demasiado larga y las patas parecían pies humanos, pero padre dijo que al bebé le encantaría morder todos los bultos y hendiduras.

—No necesita contarme más...

Él suspiró y soltó su mano.

—No tengo nada más que contar. Mi madre murió, y también el hermano que llevaba en el vientre. Cuando conocí a Jo, ella se metió en mi vida a la fuerza, insistiendo en que la tratara como a una hermana pequeña; fue como si me hubieran dado un hermano a cambio del que me quitaron.

El corazón de Elizabeth se llenó de dolor por él. Odiaba verlo sufrir, y todo su ser deseaba poder regresar al pasado y evitar aquel accidente. Si sus padres no hubieran muerto, él habría sido un hombre distinto, y aunque eso significara que quizá nunca se habrían conocido, preferiría que él jamás hubiera sentido un dolor tan profundo.

Miró el techo ornamentado, y algo que él había mencionado antes volvió a su mente.

—Dijo que quería hablarme de esto por mis hermanas. ¿Por qué?

Él se giró hacia ella y apoyó la cabeza en la palma de la mano, con el codo hundido en la almohada.

La miró desde arriba, con los ojos nublados por la borrachera.

—La duquesa ayudó a sus medias hermanas, aunque tu madre la trataba mal. Eso me inspiró a seguir tratando a Jo como a mi hermana, aunque a veces mi corazón estuviera lleno de dudas, ira y odio hacia sus padres.

—Ya veo.

—Eli, te lo he confesado todo y te he contado mi mayor secreto. ¿Recibo una recompensa?

—¿Qué le gustaría?

—A ti.

Sus ojos se abrieron de par en par por la sorpresa.

A ti.

Él dijo que quería...¿Q...qué quiso decir?

¿"Ti", o sea ella?

¿Había oído mal? Tal vez dijo yi, pero eso no tenía sentido; tampoco mi, di, li, knii...

Con un suspiro, la brisa apagó la vela.

La oscuridad se intensificó, y su única palabra continuó clavándose en su corazón que latía con rapidez.

Su valentía habitual retrocedió, y se volvió consciente del hombre que la observaba desde arriba: consciente de su fuerza, de su calor y de su aroma.

No era ajena a lo que ocurría entre un hombre y una mujer; después de todo, había encontrado suficientes libros eróticos en su alocada vida. Y sin embargo, ahora se sentía como un pequeño bote indefenso luchando contra una ola peligrosa.

De pronto tuvo miedo de ahogarse. Quería huir.

Como si percibiera su creciente pánico, sus dedos se deslizaron en su cuero cabelludo hormigueante y la atraparon.

Sus pestañas temblaron y su boca se entreabrió de sorpresa.

Él se inclinó más cerca; su aliento ardía sobre su barbilla, cálido como si hubiera tragado la llama de la vela.

Sus labios, cuando descendieron sobre los de ella, eran aún más ardientes.

La tormenta que había cesado afuera ahora la llenaba por dentro, junto con truenos y relámpagos.

Sus labios se movían con firmeza y destreza sobre los de ella, incitando y enseñando.

Todo su cuerpo y su alma se estremecieron y respondieron a aquel beso tan largamente esperado.

El beso se profundizó; las lenguas se entrelazaron, y ella perdió toda capacidad de pensar.

La mano de él estaba ahora en su cintura, amasando, acariciando, moviéndose. Sus uñas se clavaron en su carne; aquellas extrañas sensaciones eran demasiado intensas.

Y aun así, deseaba acercarse todavía más. Robar más de su calor mientras su mente estaba nublada, porque si no hubiera estado

ebrio, seguramente la habría reprendido con severidad y la habría enviado a su habitación.

O quizá ella habría huido aterrada y avergonzada, no tan valiente frente a su mirada alerta y aguda.

Él se quitó el guante con los dientes y extendió la mano con impaciencia para sostener su nuca.

Su pulgar se deslizó por su piel, dejando un rastro de fuego, como una quemadura de escarcha. Sus ojos estaban suaves, desenfocados y húmedos; sus pestañas temblaban con sensualidad. Sus hábiles dedos comenzaron a moverse sobre su piel desnuda, deslizándose dentro de su vestido y acariciando su vientre y más arriba.

Su respiración se detuvo, y todo su ser quedó inmóvil cuando sus dedos finalmente cubrieron sus pechos.

Su cuerpo tembló de placer, pero su mente luchó por mantenerse consciente. Esto… esto era demasiado. ¿Debería detenerlo ahora? ¿La odiaría por la mañana cuando se diera cuenta de que se había aprovechado de su estado de ebriedad?

Él pellizcó su pezón, y todos los pensamientos volaron de su cabeza. Su cuerpo suave y dócil se curvó contra el de él, queriendo más y, al mismo tiempo, retorciéndose como si quisiera escapar.

¡Oh! Ya no sabía qué era lo correcto. Sus sentidos se habían disuelto en la nada, y las sensaciones físicas que recorrían su cuerpo habían embotado su mente normalmente aguda.

Lo había deseado durante años, y ahora que lo tenía, su alma no podía evitar aferrarse, y su cuerpo no podía evitar responder.

Él dejó escapar un jadeo áspero porque las manos rebeldes de ella se habían deslizado dentro de su camisa sin que ella lo notara, y ahora acariciaban su piel.

Sus dedos estaban un poco más fríos que la temperatura de su piel ardiente. Se sentía agradable, insoportablemente agradable, tanto que él no quería que se detuviera.

Como en un día sofocante, cuando una ligera brisa acaricia la piel, y en el momento en que cesa, el sudor y el calor abrasador vuelven a incomodar.

Ella continuó acariciando su espalda, a veces clavando las uñas tan fuerte que casi rompían la piel.

Como si intentara fundir su cuerpo y su alma con los de él, para que nunca se separara de ella.

Él parecía comprender y compartir su necesidad de acercarse aún más; sus caderas se movieron contra las de ella. Sus ojos ahora estaban llenos de fuego, y la miraba como si quisiera devorarla entera.

Sujetó sus muñecas y las sostuvo sobre su cabeza, clavando la mirada en ella.

—Eli —susurró. Un destello de confusión cruzó su rostro.

Ella tarareó suavemente, dulce, con la mente tibia, blanda y maleable como la cera derretida sobre la mesa.

Su voz le devolvió la cordura y los sentidos el tiempo suficiente para separarse de ella.

Sus brazos se sintieron de pronto fríos, y sus ojos se abrieron de golpe, recorriendo la habitación hasta encontrarlo otra vez.

La puerta del balcón estaba abierta, y él estaba allí de pie, con la cabeza ligeramente inclinada hacia arriba, dejando que la luz de la luna y la llovizna del amanecer empaparan su rostro y apagaran su deseo.

Las lágrimas le picaron en los ojos y humedecieron sus mejillas.

Él quería que se fuera… lo comprendía y obedeció naturalmente.

Ella tenía su orgullo.

CAPÍTULO CUARENTA Y UNO

Se despertó con un dolor de cabeza cegador y un recuerdo claro de todo lo que había ocurrido la noche anterior.

La había besado, y luego ella había huido.

Aquel momento… ella había sido como una copa de excelente vino que sabía que descendería por su garganta de la manera más deliciosa; pero después de que sus labios se tocaron y las yemas de sus dedos rozaron la piel desnuda del otro, incluso estando extremadamente borracho, supo que no podía pedir más… no podía tomar más.

Y ahora esa botella de vino flotaría frente a él todo el día, tentándolo a dar un sorbo, solo un pequeño sabor, pero temía ceder a ese impulso enloquecedor.

Aquello era nuevo, y también lo era su lucha con el autocontrol. Nunca antes había tenido que contenerse en asuntos como ese, y ahora que debía hacerlo, toda la situación se volvía aún más tentadora.

Quería atraerla a sus brazos y sostenerla cerca, más cerca de lo que jamás había sido sostenida.

Quería que se disolviera bajo él…

Su mente comenzó otra vez a pintar imágenes hedonistas donde ambos estaban entrelazados.

¡Al diablo con todo! Ella lo estaba convirtiendo en un adolescente.

Le latía la cabeza y enterró el rostro en la almohada.

Ella no entendía el riesgo que había corrido la noche anterior, o no habría entrado en su habitación.

Oh, ella sabía muy bien lo que ocurría en la cama entre un hombre y una mujer; pero la necesidad agresiva que un hombre sentía en esos momentos, lo delicada que era la situación y lo fácilmente que él podría usar su experiencia para ponerla en desventaja, eso no había pasado por su cabeza insensata.

Pensaba que podía golpearlo y escapar… pero nunca se dio cuenta de que esa batalla sería contra sí misma.

Y era muy probable que la perdiera.

Si hubiera sido otra persona…

Sintió que su mente se quedaba en blanco ante ese pensamiento, y su estómago se revolvió.

Estaba sufriendo los efectos de haber bebido demasiado. Esa extraña sensación nauseabunda debía de ser culpa de sus viejos huesos.

Había envejecido de la noche a la mañana.

—Gotas de Goddard —anunció el ayuda de cámara desde la puerta.

William hizo una mueca. No tenía ganas de beber polvo de cráneos secos cuando ya se sentía lo bastante atormentado.

—Hollín con leche servirá.

El ayuda de cámara sacó una segunda bandeja de plata de detrás de su espalda con la bebida solicitada.

—¿Las damas ya han desayunado? —preguntó William, tomando la leche y dejándola a un lado.

—Aún están dormidas.

La campana de la iglesia sonó doce veces y el ayuda de cámara apartó las cortinas. El sol estaba particularmente abrasador aquel día.

—Iré a comer fuera —dijo William, volviendo a recostarse—. Creo que comeré fuera más a menudo ahora.

Más tarde esa noche, regresó a casa y encontró a las mujeres reunidas en la sala familiar. Sus ojos se dirigieron de inmediato a Elizabeth, y ella se sonrojó.

Nunca la había visto tan tímida, insegura y confundida. Sus manos revoloteaban a los lados como un gorrión descontrolado, como si hubiera perdido la capacidad de usar sus extremidades en su presencia.

Se veía adorable y tremendamente sonrojada. Sus mejillas y las puntas de sus orejas estaban teñidas de un tono tan hermoso que se preguntó si el resto de ella también habría adquirido ese seductor color.

—¿Te sientes mejor? —preguntó Jo.

Él bajó la mirada y asintió.

—¿Han comido?

Tras años tratando con la alta sociedad, era un maestro en ocultar sus emociones. Así que mantuvo su semblante sereno y su agitación bien escondida. Tomó asiento junto a Lady Fowler y comenzó a conversar como si no recordara nada de la noche anterior.

Elizabeth se fue relajando poco a poco. Sus manos temblorosas se estabilizaron, y pronto estaba bebiendo té y riendo ante sus anécdotas.

Al día siguiente, partió hacia Bath durante una semana. Cuando regresó, trajo un gran baúl lleno de lana.

—Fui a visitar a una tía enferma —explicó—. Quería regalar todo esto porque le duelen demasiado las articulaciones para tejer.

Jo hizo una mueca; detestaba tejer, al igual que Lady Fowler. Así que los ovillos de lana terminaron en el regazo encantado de Elizabeth.

Elizabeth adoraba las labores de aguja de todo tipo, pero no le gustaba admitirlo. En secreto, a menudo se sentaba a tejer o bordar en su habitación, porque eso le permitía descansar la mente.

William observó su expresión feliz y no pudo evitar sentir alegría.

Exteriormente fingió estar irritado por haber tenido que cargar todo aquello hasta allí. Las diminutas fibras de lana, gruñó, volaban por todas partes y le hacían estornudar.

Nadie podía imaginar cuán cuidadosamente había elegido la lana más suave, los hilos más sedosos y los colores más brillantes, ni cómo había pagado por ellos sin dudar.

Aquello era una disculpa secreta, y esperaba que ella nunca lo supiera.

***

Las flores del verano se marchitaron, el aire se enfrió y el sol comenzó a ponerse un poco antes. La nueva temporada estaba casi sobre ellos, pero esta vez las cosas eran distintas.

A Elizabeth no se le permitía asistir a la temporada y debía permanecer escondida, salvo en algunas reuniones familiares.

Aunque Lord Snyder ahora estaba lisiado y casado, se había vuelto aún más peligroso y desequilibrado. Había deducido correctamente que la familia Fairweather había tenido algo que ver con su desgracia. Por eso corría el rumor de que había decidido eliminar a Elizabeth.

Los cuñados de Elizabeth estaban intentando idear un plan para calmar las aguas, pero necesitaban más tiempo. Lord Snyder era un hombre desconfiado, y después de perder sus extremidades estaba aún más alerta y no era fácil de disuadir.

Así que Elizabeth continuó escondida dentro de Ingram House, y para explicar su ausencia se difundió que un pariente muy cercano suyo había muerto: una querida tía.

Aquello se basaba en una verdad parcial, pues una tía lejana de los Fairweather había fallecido, aunque Elizabeth solo la había visto tres veces en toda su vida.

Las hermanas se aseguraron de que algunas personas selectas la vieran en ciertas fiestas para acallar el rumor de que estaba embarazada, pero durante esas ocasiones Elizabeth no tenía permitido mezclarse con los invitados. Debía sentarse en un rincón y parecer lo más miserable posible.

—Eres una actriz excelente —se maravilló Jo en una de las pocas reuniones a las que se les permitió asistir—. Hasta tus labios están pálidos.

Elizabeth no quería admitir que aquello no era una actuación. Las cosas habían cambiado durante el último mes. Lord Darby faltaba constantemente a las comidas, Jo estaba ocupada haciendo visitas y recorriendo el pueblo para cumplir con sus deberes, y Elizabeth se quedaba vagando sola por los terrenos salvajes.

Su espíritu estaba apagado y triste, mientras su mente volvía una y otra vez a la noche en que se habían besado.

Ahora no solo su alma estaba sola, sino también sus labios.

—Mira eso —declaró Jo mientras observaba a una joven coqueteando con tres hombres al mismo tiempo—. Ser tan coqueta, ah, eso es un arte.

—Entonces eres una artista terrible —dijo Elizabeth, mirando al cuarteto feliz.

—Cierto —suspiró Jo—. Por eso nunca atraparé a un hombre. Es bueno que haya renunciado a esta temporada para hacerte compañía.

Elizabeth levantó el abanico para ocultar sus labios.

—Jo, si tuvieras un hijo en edad de casarse, ¿qué le dirías?

—Le enseñaría todos los trucos que aprendí cuando era joven para ayudarlo a evitar quedar atrapado.

—La mayoría de los hombres aquí tienen madres y hermanas; ¿qué te hace pensar que no han sido advertidos también?

—¡Cáspita! Tienes razón.

—Los hombres solo se dejan atrapar si quieren. A menos que sean muy tontos.

Jo soltó una risita.

—Entonces el número de hombres tontos en Inglaterra es notablemente alto.

—Por eso tu primo es un objetivo popular. No tiene madre que lo guíe.

La sonrisa desapareció de los labios de Jo.

—Ya veo.

—Y los hombres chismean mucho más que las mujeres.

—¿En serio?

Elizabeth asintió.

—Los he oído discutir sobre mujeres elegibles de la forma más vergonzosa. ¿Qué crees que hacen en un club de caballeros? ¿Fumar cigarros y quedarse en silencio?

—¿Te disfrazaste de hombre? ¿Y si te hubieran descubierto?

—No lo hice. Estaba colgada boca abajo del techo mirando por la ventana.

Jo quedó horrorizada.

—¿Y si te hubieras caído? ¿Cómo pudiste hacer algo así?

—Dimbercove me sostenía por los tobillos.

—¿Y si te soltaba? ¿Y si le sudaban las manos? ¡Eli, permitiste que un hombre te tocara los tobillos!

—Sus manos son notablemente secas, y yo llevaba pantalones y botas.

—¿Me llevarás contigo la próxima vez?

—No.

—¡Oh! Ya no quiero hablar contigo.

Elizabeth observó a Jo enfurruñarse con sentimientos encontrados. Aunque vivían bajo el mismo techo, no habían podido pasar mucho tiempo juntas. Jo había empezado a aprender a ser una dama y a dirigir la casa después de darse cuenta de la diferencia que habían hecho las habilidades de Elizabeth.

Así que, con el consejo de Elizabeth, comenzó a hacer visitas matutinas, a revisar diligentemente las cuentas y a asumir poco a poco las responsabilidades de administrar la propiedad.

Elizabeth estaba contenta con ese cambio, porque significaba que, una vez que Jo se casara, sabría manejar su nuevo hogar y no sería devorada por una horda de parientes agudos y codiciosos.

En cuanto a Lord Darby, al principio ella había pensado que no recordaba lo que había pasado aquella noche, pero desde entonces él se había mostrado un poco apologético.

Era lo bastante inteligente como para darse cuenta de que lo recordaba todo y se arrepentía. Podía engañar a extraños, pero no a alguien que había observado cada uno de sus movimientos con adoración durante muchos años.

Estaba tan disgustado por aquel pequeño desliz que la mera presencia de ella lo había expulsado de su propia casa.

Ella comprendía el mensaje que intentaba transmitirle en silencio.

A su manera suave, le estaba diciendo que no se tomara aquel beso demasiado a pecho ni pensara que significaba algo.

Habían sido el champán, el vino y el brandy.

Él sabía que su enamoramiento infantil probablemente volvería a encenderse y se arraigaría demasiado profundamente para poder arrancarlo sin dolor cuando llegara el momento.

No quería que ella sufriera, así que no se comportaba con crueldad, sino con suficiente distancia para transmitir el mensaje de que la veía solo como la compañera de su hermana y una invitada.

Las palabras que intercambiaban durante la cena eran breves. Ella no podía decir que fuera cruel, pero tampoco encontraba calidez ni pasión en sus palabras.

Era la primera vez en su vida que realmente enfrentaba un desafío, un dilema que su familia no podía resolver por ella.

Era una prueba de amor, y estaba decidida a salir victoriosa.

Lo que él no sabía era que, si quería disuadirla, debería haberle suplicado que se casara con él, perseguirla y colmarla de regalos.

En cambio, ella veía que, aunque claramente necesitaba dinero y conexiones, se negaba a aprovecharse de ella.

Su honestidad se mostraba en sus acciones, y eso demostraba qué hombre tan bueno y amable era.

Si alguna vez mostraba afecto hacia ella, significaría aún más, porque sería genuino y sincero.

Era un caballero en medio de una multitud de dandis diabólicos y petimetres manipuladores.

¿Cómo podría dejarlo ir tan fácilmente?

CAPÍTULO CUARENTA Y DOS

William sabía que no era un caballero, ni tenía un corazón bondadoso. Si la muchacha hubiera sido cualquier otra que no fuera Elizabeth, la habría llevado a Gretna Green y habría usado su dote en cuanto pasaran su primera noche juntos.

En cambio, pasó las semanas siguientes saliendo temprano por la mañana, sin importar el clima, para ir a montar a caballo o caminar. Volvía a casa y se encerraba en el estudio para atender asuntos de negocios, o desaparecía otra vez al aire libre para lidiar con acreedores furiosos.

Pero no podía evitarla para siempre; después de todo, vivían bajo el mismo techo.

Un día regresó con el labio sangrando y un hermoso ojo morado. Mantuvo la cabeza baja y se apresuró hacia el estudio.

—¿Qué ocurrió? —se quejó el ayuda de cámara a su lado—. Creí que habían dejado de usar métodos tan violentos.

Entonces vio la figura inmóvil de Elizabeth al final del pasillo y soltó una risa ligera.

—No es nada.

Los ojos de Elizabeth brillaron de dolor.

—Deje de sonreír. —Apartó al ayuda de cámara con un pequeño empujón, tomó a William del brazo y lo condujo hacia el salón de la mañana—. Está empeorando el corte.

Él plantó los pies en el suelo.

—No quiero que nadie me vea...

—Tardará días en sanar; no puede esconderse todo ese tiempo.

—Pero...

—Los sirvientes lo habrían notado en el momento en que entró, y la noticia ya se habrá extendido. Esconderse solo despertará su curiosidad.

Su voz era firme, pero los dedos que sujetaban su brazo temblaban ligeramente. Él se dio cuenta de que era la primera vez

que ella lo veía así, y que le resultaba difícil mantener la compostura.

Sintió de pronto un dolor extraño, como si hubiera comido algo demasiado dulce. Ese dolor era más difícil de soportar que el latido de su labio herido.

Derrotado, le permitió guiarlo.

El ayuda de cámara abrió la puerta del salón de la mañana, y encontraron a Jo y a Lady Fowler riendo junto al fuego.

—¿Qué ocurrió? —chillaron en cuanto William entró.

Elizabeth lo condujo hasta un sillón.

—Un marido o un amante celoso, ¿qué más podría ser? Alguna otra joven debe de haberse enamorado de su apuesto rostro.

Él la miró con sorpresa. Ella era Lancelot; por lo tanto, sabía que el motivo del ataque había sido una deuda, y aun así, con una sola frase, había restaurado su honor.

Su actitud se relajó y se volvió hacia todos con confianza. Era agradable que alguien protegiera su orgullo.

—Siéntate aquí —ordenó ella, intentando empujarlo hacia la silla.

Él quiso tomar la mano que había presionado su pecho y sostenerla con fuerza.

—Si no te importa —la corrigió, y luego se sentó.

Ella dudó un momento antes de tomar el ungüento que el ayuda de cámara le ofrecía. Pasaron seis respiraciones más antes de que pudiera decidirse a quitarse el guante, hundir el dedo en el frasco y acercar su rostro al de él.

El corazón de William empezó a latir con fuerza mientras sus ojos descendían hasta los labios de ella.

—¿Te duele? —preguntó Elizabeth mientras presionaba su ojo hinchado.

—Soy un hombre —dijo él, aclarando la garganta.

—Preséntale esa queja al creador —frunció el ceño Elizabeth—. ¿Te duele algo más?

—Duele —admitió finalmente, derrotado—. Todo duele. ¡Por favor, detente, Eli!

—Pensé que los hombres no sentían dolor —volvió a pincharlo.

Mientras él balbuceaba, Jo se compadeció de él, apartó a Elizabeth con un pequeño empujón y terminó de aplicar el ungüento.

Una vez que las mujeres se ocuparon de él todo lo que quisieron, se marcharon para atender a una visita de la mañana.

Finalmente solo, sostuvo el vaso de whisky y se recostó en la silla.

—Muttons —llamó de nuevo al ayuda de cámara—. ¿Alguna noticia?

—Ha llegado un nuevo guardia de la finca del duque.

—Hmm. No olvides decirle que finja dormirse si ve a Elizabeth aventurándose fuera por la noche.

—No ha salido de la casa en las últimas semanas.

William frunció el ceño. También hacía tiempo que Elizabeth no salía durante el día. Incluso las últimas reuniones a las que su familia le había permitido asistir habían sido desagradables, pues tenía que aparentar estar desconsolada.

Sacó la invitación que le había dado el conde de Leigh justo antes de que lo emboscaran.

Había pensado rechazarla, pero ahora comprendía que aquello era justo lo que Elizabeth necesitaba: una fiesta en el jardín. El conde tenía una hermosa casa señorial y unos jardines increíbles, y se sabía que su madre adoraba las flores.

Elizabeth podría pasear por los jardines, oler las rosas y beber champán, y el cambio de escenario ayudaría a devolver el brillo a sus hermosos ojos marrones.

CAPÍTULO CUARENTA Y TRES

Elizabeth brillaba entre el campo de rosas blancas, sosteniendo una sombrilla de color amarillo pálido que combinaba con su vestido de muselina.

Las jóvenes detrás de ella susurraban y reían entre dientes, rebosantes de chismes. Acababan de debutar en sociedad, por lo que eran jóvenes e ingenuas.

Naturalmente, su conversación giró hacia los hombres elegibles y quién de entre ellos era el más apuesto.

Jo caminaba al final del grupo, mientras Elizabeth las iba guiando como si fueran un rebaño de ovejas.

—Lord Darby —dijo la señorita Sherry en voz baja para evitar que la brisa llevara sus palabras hasta Jo— sigue siendo el más apuesto, pero es un poco frío y difícil de engañar.

—He oído un rumor… —trinó la dulce voz de la señorita Day con demasiada fuerza. Era la rica hija de un conde, muy atractiva, y tenía tres hermanos solteros en edad de casarse. Aquello la convertía naturalmente en la líder del grupo.

—¿Qué? —preguntaron las demás.

—No le gustan las mujeres —la señorita Day movió las cejas con picardía—. ¿Por qué si no sigue soltero a pesar de tener tantas deudas? Muchas hijas de comerciantes ricos quieren casarse con él, pero no puede, porque en cuanto lo haga, la verdad saldrá a la luz…

Al instante siguiente, la señorita Day se encontró boca arriba en el suelo, con los pies de Elizabeth sobre su vientre.

—Ese tipo de conversación es peligrosa —dijo Elizabeth, con los ojos brillando como gemas pulidas—. Si oigo que se difunde, créeme, no vivirás para ver otro día.

Scarlet Day también era buena luchadora, pues tenía ocho hermanos, cuatro de ellos varones. Así que agarró el tobillo de Elizabeth y tiró con fuerza, haciéndola caer encima de ella. Luchó con la arrogancia de un capullo de primavera.

Las dos jóvenes forcejearon entre los rosales, y la señorita Day fue derrotada rápidamente en dos movimientos. Cubierta de ramitas y espinas, corrió hacia su padre con lágrimas en los ojos.

El conde Day estaba sentado entre la generación mayor en el jardín oriental. Desde las ventanas abiertas de la mansión llegaba el alegre sonido del piano, mientras el sol hacía brillar el hielo en los vasos llenos de limonada dulce. Una ligera fragancia de flores y frutas acompañaba las risas suaves y la charla relajada.

El conde Day estaba apostando y, cuando su hija le contó lo ocurrido, la apartó con un gesto.

—Habla con tu madre.

Parecía que el hombre creía que los asuntos relacionados con sus hijas eran cosa de mujeres, pero la condesa ni siquiera se había molestado en asistir a la fiesta.

La señorita Day balbuceó durante un momento frente al grupo de cabellos blancos y luego lanzó un impresionante alarido. Como nadie le prestó atención, se marchó corriendo, con lágrimas surcando sus mejillas enfadadas y manchadas de barro.

Elizabeth no estaba satisfecha; su primer plan había fracasado y tendría que usar otro medio para provocar al conde Day.

Y debía provocarlo, porque había sido *su* carta la que había caído del bolsillo de Lord Darby aquel día junto al lago. La idea de que Lord Darby prefería a los hombres también parecía originarse en los planes de aquel hombre.

Estaba construyendo lentamente una soga alrededor del cuello de Lord Darby, pero antes de poder ocuparse de él, debía recuperar el pagaré que mencionaba la deuda de cuatrocientas libras que sir Ingram tenía con él.

Elizabeth buscó a Jo y la encontró jugando a las canicas con un desconocido… no, no era un desconocido; era el conde de Leigh. Él había sido el motivo de aquella ocasión en que ella se había declarado a Lord Darby y había sido rechazada.

Se volvió y vio a tres mujeres colgadas del brazo de Lord Darby. Su mirada cayó de inmediato al suelo, y empezó a buscar lombrices en la hierba.

Por una vez, nadie le prestaba atención.

Sus cuñados estaban ocupados mirando las carreras de caballos al otro lado del campo, mientras sus hermanas chismeaban dentro de la casa.

¡Excelente!

Se escabulló de la fiesta y se apresuró hacia los carruajes estacionados.

—Dimbercove —saludó al hombre sentado en un castaño. Aunque era alto y corpulento, había logrado camuflarse con un chal verde cubierto de hojas—. Ve a la casa de Lord Savill, roba una reliquia polvorienta y tráela. Debe ser un objeto bien escondido, poco accesible y probablemente olvidado.

Dimbercove preguntó con indiferencia:

—¿Quieres robarle a tu propia familia? ¿Hasta ahí has caído?

—Sí. Ahora haz lo que te digo. Lo quiero en una hora.

—Me niego.

—Por favor, querido hermano. Solo puedo confiar en ti.

Él se puso rojo y se quedó sin palabras.

Algún tiempo después, Elizabeth estaba frente a Lord Savill.

—Mi lord, ¿recuerda que solía acompañar al famoso salteador de caminos, el Halcón, y a su hijo cuando asaltaban carruajes?

La comisura de su boca se movió.

—Sí.

—Me avergüenzo de mi pasado. Era indisciplinada, grosera y una necia.

Él cruzó los brazos y la miró desde arriba.

—¿Qué quieres, Eli?

Ella abandonó la farsa.

—Encontré esto durante uno de los asaltos. Tiene las iniciales de su casa y pensé que quizá fuera importante. ¿Lo es?

Diciendo esto, le ofreció la daga polvorienta que Dimbercove había robado menos de una hora antes.

—¡Es una reliquia familiar! No me había dado cuenta de que faltaba.

—¿Es cara?

—No, pero pertenecía a mi bisabuelo. Es una de sus pocas posesiones que quedan, por lo que no tiene precio.

—Entonces le hice un favor.

Sus ojos se afilaron.

—Sí.

—Entonces me debe un favor a cambio.

—Así es.

—Quiero cobrar ese favor. Deme seiscientas libras.

Sus cejas se dispararon hacia arriba.

—¡Pamplinas! Eso es una pequeña fortuna.

—Usted dijo que es una reliquia familiar y que no tiene precio. Sale beneficiado con este trato.

—¿Pero seiscientas libras?

—Usted es el hombre más rico de Inglaterra y esa suma no vaciará sus arcas. Vamos, abandone esas cadenas dogmáticas y salga de su estrecha caja…

Él se pellizcó el puente de la nariz.

—Bien. Considéralo un regalo de boda adelantado. Pero tendrás que decirme para qué necesitas ese dinero.

—No quiero el dinero; quiero que haga una apuesta con esa suma. Dígale al conde Day que apostará seiscientas libras a que el hombre que gane la carrera de caballos de hoy será derrotado por una mujer en la siguiente ronda. Él gana seiscientas libras si vence, pero si pierde no podrá pagarle. En ese momento, pídale el pagaré que menciona que sir Ingram le debía cuatrocientas libras y olvide todo el asunto.

El hermoso rostro de Savill se suavizó.

—Solo tenías que pedirlo, Eli. No hacía falta que rodearas el asunto como una pava real.

—Gracias. Ahora discúlpeme. Tengo que prepararme.

—¿Para qué?

—Esta es la última ronda de las carreras de caballos. Yo soy la mujer que derrotará al hombre que gane el evento de hoy.

***

William, junto con el resto de los invitados, se reunió para ver al coronel Hemming enfrentarse a Elizabeth. La suma de la deuda había sido anunciada, así que todos se habían congregado para presenciar aquella emocionante carrera.

La menor de las Fairweather se convirtió de pronto en el centro de atención, y todas las miradas se fijaron en ella. Con un solo movimiento, anuló semanas de intentar permanecer en la sombra.

Su oponente era el coronel Hemming, un excelente jinete conocido por su increíble velocidad. Siempre ganaba, por lo que la multitud creía que Elizabeth no tenía ninguna oportunidad.

Pero la familia de Elizabeth sabía que, con el entrenamiento de Lord Adair, sí tenía una posibilidad. Así que todo el asunto resultaba aún más emocionante.

La competencia sería reñida.

William no podía comprender por qué las hermanas de Elizabeth le permitían hacer algo así. Era peligroso, y la suma y la apuesta eran absurdas.

Observó cómo Elizabeth saltaba con agilidad sobre el lomo del semental oscuro. Se sentó erguida, con un elegante traje de montar azul celestial que resaltaba su figura. Se inclinó hacia adelante mientras ajustaba las riendas y colocaba los pies en los estribos.

Quiso agarrarla y llevársela de vuelta a su casa, pero luchó contra ese impulso de mantenerla a salvo, porque ella estaba sonriendo por primera vez en días. Su antiguo espíritu volvía a brillar, y de repente comprendió por qué su familia solía dejarla hacer lo que quería.

Era como si por fin hubiera vuelto a la vida.

—¡Adelante! —la señora de la casa agitó la bandera, y los dos caballos, uno negro y otro blanco, salieron disparados.

El público guardó silencio, un poco escandalizado de que una joven hiciera semejante espectáculo de sí misma, pero también ansioso por ver un buen espectáculo.

En pocos momentos quedó claro que Elizabeth igualaba al coronel Hemming en habilidad. Muy pronto se convirtieron en dos puntos en la distancia, aunque debían regresar al punto de partida para determinar al ganador.

William maldijo su vista.

—¿Qué está pasando?

Jo respondió con ansiedad:

—Aún son dos puntos. Difícil decirlo.

—¿Ahora?

—Igual.

—¿Ahora?

—Están regresando.

—¿Será un empate?

—Probablemente —Jo se metió el puño en la boca. Se dio cuenta de que estaba mordiendo los nudillos salados de Lady Fowler, así que los escupió rápidamente y los reemplazó por los suyos.

William rompió una cáscara de cacahuete.

—¿Y ahora?

Jo le dio un golpe en el brazo.

Un momento después, las dos figuras borrosas, una negra y otra blanca, aparecieron más claras ante su vista.

Parecía que nadie ganaría y entonces, en el último instante, Elizabeth lanzó un rugido que sonó más como el ronroneo de un gatito, se levantó en la silla, se inclinó hacia adelante y clavó los talones en los flancos del caballo.

El caballo negro de Elizabeth aceleró y se llevó la victoria por una pulgada. La multitud estalló en vítores atronadores.

—Tengo que reprenderla —le dijo William a Jo—. Aunque su familia le permita hacer estas cosas, no puedo quedarme sentado viendo esta locura. Casi me falla el corazón al final.

—¿Crees que las mujeres no deberían correr?

William abrió lentamente los dedos y se secó el sudor con un pañuelo.

—No es la carrera lo que me molesta, sino el peligro al que se expuso con esta impulsiva apuesta. ¿Y si el caballo la hubiera tirado? Ni siquiera lo conocía.

Cuando iban en el carruaje de regreso a Ingram House, William sacó el tema de su temeraria hazaña.

Sus pupilas se contrajeron en la oscuridad del interior del carruaje, y la luz del atardecer iluminaba su rostro cada vez que las cortinas se movían con el vaivén del vehículo.

Se había cambiado de nuevo al vestido de muselina amarillo y parecía otra vez una joven recatada, en lugar de la guerrera enloquecida de antes.

—Hice esto por Jo —explicó apresuradamente.

Jo dejó de mordisquear una manzana y alzó una ceja.

—¿Eh?

—El conde no podía pagar una suma tan grande, así que lord Savill pidió esto en su lugar.

Elizabeth le entregó un papel.

William lo miró en silencio, con el corazón y las emociones enredados.

—¿Por Jo?

—No quería que perdiera su hogar.

Jo parpadeó.

—¿Eh?

William lo dobló con cuidado y lo guardó en el bolsillo.

—¿Cómo lo supiste?

Elizabeth se sacudió el vestido como si estuviera cubierto de pelusa invisible.

—Leí la carta del conde. Ese día, cuando fuimos a montar, se cayó de tu bolsillo. Sé que estuvo mal leerla, pero no me arrepiento de haberlo hecho.

Los ojos de Jo pasaron de su prima a su amiga. Parecía que quería decir "eh" otra vez, pero se contuvo.

—Explícalo.

Así que, mientras Elizabeth exponía apresuradamente los hechos, William apartó las cortinas y contempló el paisaje. Las hojas se habían vuelto rojas y doradas, como si el mundo entero estuviera en llamas.

Otro de sus problemas había desaparecido, como la lluvia que borra las marcas en el barro seco.

Cerró las cortinas, se quitó la bata y la colocó sobre las piernas de Elizabeth y Jo. Ahora que el sol casi se había puesto, empezaba a hacer frío.

Toda su vida había tenido que encontrar solo el bálsamo para sus heridas y las soluciones para sus problemas. Desde el día en que había entrado en la casa de los Ingram, no había sentido más que dolor y había soñado constantemente con la vida que había dejado atrás.

Observó el delicado rostro pálido frente a él, ligeramente tembloroso por el frío. Eli lo había estado ayudando a alcanzar la paz esquiva que tanto anhelaba, como si conociera sus deseos más profundos y, desde las sombras, moviera los hilos para poner su mundo en orden.

Empezaba a asustarlo.

—Te equivocaste —dijo en voz baja—. ¿Sabes por qué?

Elizabeth asintió apresuradamente.

—Leí la carta sin permiso.

—¿Y?

—Yo… debería habérselo dicho a usted o a Jo.

—Hmm, continúa.

Elizabeth se cubrió los hombros con su bata azul oscuro y frunció el ceño.

—¿Debería haberme puesto ropa más abrigada?

Él se inclinó hacia delante y le dio un leve golpecito en la mejilla.

—No deberías haberte puesto en peligro ni haber colocado a lord Savill en una situación así. Planeaste todo, tendiste la red y atrapaste al pez, pero ¿y si al hacerlo te hubieras ahogado?

Elizabeth subió la bata aún más hasta que su nariz desapareció.

—Lee demasiados libros, milord. No es bueno para sus ojos ni para su cabeza.

Él suspiró y apartó la mirada. No tenía sentido discutir; mantenerla a salvo era más difícil de lo que había supuesto.

Sus hermanas habían hecho un buen negocio cuando le pidieron que cuidara de ella. Debería haber probado suerte con el rifle de caza y haberse lanzado por la ventana cuando lady Jane Savill lo abordó con aquella ridícula proposición.

Elizabeth estornudó y se frotó la adorable nariz por todo su abrigo.

¡Bah! No veía la hora de volver a Ingram House y descansar su cansada cabeza.

Cómo habían cambiado los tiempos. La casa que antes evitaba con tanto empeño era ahora un lugar al que deseaba regresar para descansar.

Las antes silenciosas paredes de Ingram House ahora resonaban con las voces de visitantes, pues Elizabeth tenía muchas hermanas, sobrinos, sobrinas y amigos. Por la noche, algún extraño aparecía bajo el gran roble, sosteniendo una misiva con manos temblorosas, mientras Elizabeth, envuelta en una gran capa, llevaba a cabo discretamente sus asuntos.

¡Incluso había animado aquella maldita casa lúgubre y crujiente!

Las habitaciones estaban ahora luminosas y limpias, y la cocinera preparaba banquetes, entusiasmada por alimentar a distinguidos invitados que dejaban generosas propinas.

El mayordomo, después de recibir tantas propinas por la afluencia de personas adineradas, no podía evitar sonreír radiante.

Todo y todos parecían brillar en presencia de Elizabeth.

Aunque debería haber detestado el ruido y el bullicio, no le molestaba el constante ir y venir de la casa día y noche.

Sus comidas aparecían frente a él puntualmente; su ropa estaba siempre impecable y limpia; el té estaba a su alcance cuando lo deseaba; sus cuentas estaban al día; y la mitad de sus cartas eran leídas y respondidas por Elizabeth.

Tenía un talento extraordinario para ello.

Mientras él reflexionaba sobre cada palabra y se atormentaba con cada frase, ella era rápida y eficiente. Respondía sin pensarlo demasiado y, de algún modo, decía siempre lo correcto.

Era una delicia tenerla cerca, y por eso mismo lo asustaba.

Se había convertido en su alegría, y cuando saliera de su vida, volvería a quedar desolado y lleno de dolor.

Ese momento de paz terminaría, y el telón del temor volvería a caer sobre Ingram House, poniendo fin a aquella reconfortante obra.

CAPÍTULO CUARENTA Y CUATRO

Una conocida del pueblo había enviado aviso por decimoséptima vez de que estaba enferma y muriéndose.

La última vez había sido melancolía; esta vez resultó ser un retortijón causado por ingerir hongos silvestres.

William, Jo, lady Fowler y Elizabeth dejaron seis clases de gelatina y un saco de manzanas antes de regresar a casa en el carruaje.

Estaban de pésimo humor, después de haber desperdiciado medio día en aquel viaje inútil.

—He oído un rumor —dijo Jo, intentando aligerar el ambiente dentro del carruaje. Miró a lady Fowler y, al comprobar que estaba dormida, continuó en voz baja—. El conde Day insiste en que su esposa lleve bigote en la cama. Tiene todo un baúl lleno de barbas y cosas hechas para ella.

—Ah —Elizabeth abrió mucho los ojos, tratando de parecer sorprendida.

William no se dejó engañar. Sabía que aquello era obra de ella. El mismo rumor que el conde había estado utilizando para destruir su reputación se había vuelto ahora contra él. Ahora que estaba ocupado lidiando con chismes desagradables, el conde no tenía tiempo para asuntos relacionados con cierto insignificante lord Darby.

La señorita Elizabeth Fairweather era una enemiga formidable y una excelente aliada. Aunque quizá no brillara en sus estudios, nadie que la conociera podía negar que era una de las personas más inteligentes de Inglaterra.

Jo golpeó pensativamente su brazo con el abanico.

—William, ¿por qué estás mirando a Eli?

El carruaje dio un brusco sacudón, lanzándolo hacia delante antes de que pudiera responder. De pronto su nariz quedó muy cerca de la de Elizabeth, que estaba sentada frente a él.

Las narices se pusieron rosadas.

Necesitaba comprar un carruaje más grande… si lo hacía, podrían sentarse con más comodidad, un poco más separados.

No… debería conservar este carruaje.

Jo tosió.

Él se enderezó apresuradamente y apartó la cortina para descubrir por qué se habían detenido de repente.

Un pequeño arroyo murmuraba junto al camino.

Jo frunció el ceño.

—Nuestra casa aún está a una milla. ¿Le ha pasado algo al caballo?

—¡Aaaa!

Un grito resonó en el aire.

Él saltó fuera del carruaje, seguido por las muchachas.

Veinte hombres rodeaban su carruaje, cada uno con un arma. Su cochero yacía en el suelo, gimiendo, con una gran herida en el muslo.

William palideció y empujó a las muchachas detrás de él. Su tono, sin embargo, era burlón y no mostraba nada de su terror cuando preguntó:

—¿Tantos hombres para ocuparse de dos mujeres y un hombre?

Una criatura alta y corpulenta levantó un arco y apuntó a su corazón.

William comprendió que les habían ordenado no perder tiempo en charlas y actuar con rapidez. De inmediato la espalda se le cubrió de sudor, y su camisa interior se pegó incómodamente al cuerpo.

¿Cómo se suponía que debía enfrentarse solo a aquella emboscada? Podía con la mitad de los hombres, pero ¿qué pasaría con el resto?

Su conjetura se confirmó cuando soltaron la flecha.

El abanico de Elizabeth salió disparado y la desvió.

—Manténgase al margen de esto, milord. Yo me encargaré.

—¿Tú te encargarás? —replicó él con brusquedad. ¡Esa se suponía que era su frase! —. Jo, arrastra a esta tonta al carruaje —ordenó, y corrió hacia el hombre del arco, golpeándolo con el pie. La sangre brotó de la nariz del hombre y su arco cayó con un golpe sobre la hierba húmeda.

Eso puso en marcha al resto, que se abalanzaron sobre el aparentemente pequeño e indefenso grupo con un rugido.

—¡Eli, Jo! —gritó William—. ¡Dije al carruaje, ahora!

Las muchachas ignoraron la advertencia de William. Un puñal brilló en sus manos, sacado de un bolsillo oculto en sus enaguas, y empezaron a moverse a su alrededor como bailarinas.

Los hombres cargaron; su mente quedó en blanco y lo único que pudo pensar fue que debía proteger a las mujeres.

Su cuerpo se movía con habilidad, más por memoria muscular que por pensamiento rápido; sus patadas eran más rápidas y más fuertes que nunca. Nunca había estado tan aterrorizado durante una emboscada antes, porque el objetivo siempre había sido él, pero esta vez…

… era como si dos pedazos de su corazón se hubieran roto y caído fuera de su cuerpo y ahora estuvieran expuestos al peligro.

A su lado, Jo luchaba como una pequeña criatura ordenada, con movimientos precisos, firmes y eficientes. Él estaba sorprendido por su habilidad. ¿En qué momento del mundo había aprendido su prima a derribar a un hombre con un rodillazo en la entrepierna?

Elizabeth, en cambio, era como una artista. El cuchillo en su mano podía sustituirse por un abanico, y el suelo embarrado por el reluciente piso de un salón de baile. Giraba y cortaba a los hombres, haciendo que la sangre salpicara por todas partes, cubriendo el suelo, y aun así parecía hermosa al hacerlo.

La había visto pelear antes… pero en aquel entonces su estilo había sido más salvaje. De pronto se le torció la boca al ocurrírsele una idea increíble.

Estaba intentando parecer elegante y femenina. Un gatito persa había reemplazado a la gata salvaje que él había visto pelear antes.

Ese cambio, comprendió, era por su bien. Había modificado deliberadamente sus movimientos.

En una situación tan aterradora, ¿cómo podía pensar en algo así?

¡Bah! Su vanidad era increíble.

Al cabo de un rato, parecía que los papeles se habían invertido. Las muchachas lo protegían deliberadamente con sus cuerpos, como

si él fuera quien necesitara ser salvado. ¿Tan terribles eran sus habilidades?

Observó con irritación cómo Elizabeth volvía a lanzar sus pies calzados con satén hacia la garganta de un joven, en lugar de permitirle a él derribarlo.

¡Maldita sea! Él también quería tumbar a algunos. ¿Por qué las muchachas se estaban divirtiendo tanto?

Le lanzó una mirada furiosa a Elizabeth, pero los ojos de ella estaban puestos en su objetivo: el hombre más alto y fuerte del grupo.

Mientras seguía mirándola, su tobillo quedó brevemente al descubierto; la piel rosada y pálida, cubierta por una fina media de seda translúcida, brilló a la luz del sol de la manera más tentadora y era tan esbelta que él podría sujetarla fácilmente con los dedos y arrastrarla por la cama...

Una flecha silbó hacia su brazo, y otra fue disparada hacia su corazón. Elizabeth giró otra vez, pero esta vez solo pudo desviar con su abanico la que iba dirigida a su punto vital, mientras la otra le golpeó el hombro.

El corazón de William se detuvo al ver la sangre en su manga. ¡Idiota!, se maldijo, y se lanzó contra los hombres con aún más ferocidad.

Salvó a Elizabeth tres veces y a Jo seis; solo entonces su herido orgullo masculino quedó apaciguado. También era totalmente posible que ellas le hubieran permitido salvarlas, pero él prefirió pensar lo contrario.

Las flechas comenzaron a caer sobre ellos como lluvia, y sus cuerpos también empezaban a mostrar signos de agotamiento.

Justo cuando decidieron resignarse a la muerte, Dimbercove apareció galopando en la escena junto con los guardias del duque de Blackthorne.

Los tres se desplomaron de alivio.

Dimbercove saltó del caballo y les entregó una galleta a cada uno, mientras los guardias terminaban ordenadamente con los atacantes.

La galleta era de las que comían los hombres en los barcos, seca y polvorienta, pero William pensó que sabía mejor que cualquier otra

cosa en el mundo.

Sabía a victoria; sabía a vida.

Al poco tiempo, William y las muchachas arrastraron sus cuerpos de vuelta al interior del carruaje.

El mar negro de guardias se apartó, permitiendo que el viejo y ruidoso carruaje reanudara su camino.

Dentro, lady Fowler despertó de su siesta y miró a sus compañeros ensangrentados.

—¿Se cayeron dentro de un barril de mermelada de frambuesa?

William se echó a reír, y no pudo dejar de reír durante mucho, mucho tiempo.

***

Ya había pasado la hora de la cena en Ingram House, así que todos estaban sentados en la sala familiar comiendo sándwiches después de que el médico los hubiera revisado.

La chimenea estaba encendida para disipar el frío, y todos sostenían una bebida en la mano.

William quería verter el whisky sobre su cabeza y prender fuego a su cerebro mientras los acontecimientos de la noche volvían a su mente. Había oído hablar de imperios que caían por la belleza de una mujer; nunca lo había entendido hasta ahora.

Había visto a innumerables mujeres sin una sola prenda de ropa y, sin embargo, vislumbrar el inocente tobillo de Elizabeth casi lo había matado.

Hablando de muerte, todos habían estado a punto de perder la vida ese día.

Dejó su bebida.

—Quisiera un momento a solas con Elizabeth.

Lady Fowler se levantó de inmediato y arrastró a Jo fuera.

—Dejen solos al marido y a la esposa. Quizá sea por el bebé.

—¿Bebé? —la voz de Jo se fue apagando—. ¿Qué bebé?

En cuanto quedaron solos, él se acercó a Elizabeth, tomó la copa de vino de su mano, la dejó a un lado y la puso de pie.

—Lo siento —dijo ella con aprensión—. Sé que debería haberme quedado en el carruaje, pero...

Él la observó en silencio.

—Estoy de acuerdo.

Ella lo miró a través de las pestañas bajas.

—Milord, me siento un poco indispuesta.

Estaban de pie muy cerca, tan cerca que, si levantaba los brazos, podría abrazarla.

Sus ojos se entrecerraron y su boca se tensó en una línea obstinada. Hoy no iba a dejar que escapara del sermón que había planeado.

—Me tiemblan los dedos —dijo ella, extendiendo las manos.

Él miró sus largos y delicados dedos y frunció el ceño. Aquel día había sido una terrible prueba.

Ella continuó con voz débil:

—Es la primera vez en mi vida que tengo que poner en práctica lo que aprendí de niña con lord Adair. No pretendía luchar, pero...

No había tenido miedo al enfrentarse a los asesinos, pero ahora temblaba de terror.

Él comprendió por qué. Su máscara había caído ante él, pero ella no sabía que él ya lo sabía todo sobre ella.

—Lord Darby —dijo ella suplicante—. No quise desobedecer.

Algo se quebró dentro de él, y la arrastró hacia sus brazos.

—Ya no estoy enfadado —confesó—. Si hubieras sido otra persona, hoy habríamos perdido la vida. Estoy agradecido por tu ayuda y por enseñarle a Jo a protegerse. No necesitas disculparte.

Ella permaneció rígida en sus brazos, insegura y aturdida; tras un momento, él se apartó con desgana.

—Hoy lo hiciste bien —repitió con firmeza.

Las manos de ella se retorcieron juntas.

—Debí de verme horrible.

No pudo evitar la sonrisa que apareció en su rostro.

—Casi muero por culpa de tu belleza.

Ella puso los ojos en blanco.

—Milord, está diciendo tonterías. Tal vez aún tenga hambre.

Sus ojos se oscurecieron ante sus palabras.

Después de un momento, dio otro paso atrás.

—Eli, yo… yo soy un alma desafortunada. Tan infausta que incluso el agua se te quedaría atrapada entre los dientes si te quedaras

demasiado cerca de mí.

—Entonces beberé vino. —Inclinó la cabeza hacia un lado y lo miró como si fuera un imbécil—. Haré que traigan más comida. Quizá también envíe a buscar a un médico en Londres…

Él quería asegurarle que la comprendía y que la adoraba aún más por sus habilidades. No tenía necesidad de ocultar su verdadero yo ni de fingir, pero eso solo le daría esperanzas.

Clavó la mirada en su hombro herido, cubierto por un suave chal color crema. Había dudado de su amor, pensando que era un capricho pasajero, pero ahora, frente a una verdad innegable, por fin admitía su derrota.

Ella lo amaba.

Pero su manera de entender el amor era diferente: la de ella era una devoción suave, mientras que la suya era una pasión que todo lo consumía. Temía arrastrarla a su oscuro abismo de deseo.

Sus ojos ardían con un calor más intenso que las brasas que templaban la habitación. Ella debía entender que necesitaba alejarse de él si quería sobrevivir, pero como no estaba dispuesta a separarse, él tendría que forzar las circunstancias.

Después de todo, hoy ella había recibido la flecha destinada a él.

CAPÍTULO CUARENTA Y CINCO

William se lavó de la piel el olor a almendras amargas y se puso de pie en la bañera. El agua goteó de su piel pálida y salpicó el suelo.

El ayuda de cámara le entregó una toalla para secarse.

La tomó y pisó el frío suelo.

—Quema esto —señaló el montón de ropa que había arrojado en un rincón—. ¿Dónde está ella?

El ayuda de cámara entendió a quién se refería, pues últimamente oía esa pregunta con frecuencia.

—La señorita Fairweather está ahora mismo en la sala de la mañana recortando las mechas de las velas.

—¿Con quién está?

—Con la señorita Ingram, Lady Fowler, Lady Savill y sus dos pequeños. —El ayuda de cámara le colocó sobre los hombros un abrigo verde musgo forrado de piel y comenzó a quitarle las pelusas con un cepillo de plata—. También tuvimos algunas visitas esta mañana, pero la señorita Ingram se aseguró de que la señorita Fairweather no apareciera ante ellas. Además, le ha prohibido salir al jardín delantero para que nadie la vea.

—Ya no sirve de nada esconderla. —William se puso los guantes de terciopelo negro que el ayuda de cámara le ofrecía en una bandeja de plata y flexionó los dedos—. La gente ha notado su cercanía con Jo y quizá ya se ha dado cuenta de que vive aquí. El ataque del otro día fue prueba suficiente.

El ayuda de cámara frunció el ceño.

—Entonces… ¿qué hará?

—Enviarla lejos —respondió con brusquedad mientras salía de la habitación—. Ahora está a salvo.

—¿Eh?

No dio más explicaciones, y el ayuda de cámara, al reconocer la expresión obstinada de su señor, dejó de preguntar. Se apresuró

para seguir el largo paso de su amo.

—¿Va a salir, mi lord?

—Tal vez cabalgue.

—Va a llover.

—Entonces daré un paseo —rectificó, y se detuvo a regañadientes en el vestíbulo para tomar el pesado paraguas de seda que el ayuda de cámara le puso en la mano.

Se dirigió hacia el estanque de la parte trasera. Aquel lugar guardaba recuerdos desagradables: Mary empujándolo al agua y su casi ahogamiento.

Normalmente evitaba ese sitio, pero hoy quería sentirse incómodo y castigarse por lo que pensaba hacer y por lo que ya había hecho.

Pero al mirar ahora el estanque verde y marrón, parecía más pequeño, menos aterrador. El terror y el horror que había sentido de niño se habían disipado hasta volverse casi insignificantes.

Tal vez ya no se valoraba a sí mismo; y, al no temer tanto a la muerte, su fobia al agua había disminuido de manera natural.

Alrededor del estanque, la vida parecía haber estallado. Las plantas se retorcían, se enroscaban y se extendían con entusiasmo por el suelo, mientras las enredaderas sueltas se entrelazaban con deleite alrededor del muro de piedra roto al otro lado.

Jo había ido a verlo esa mañana para hablar de asuntos de la casa. Ahora recordaba la conversación. Ella se preguntaba por qué había mantenido a tantos sirvientes cuando no podía permitírselo.

No había respondido entonces, porque ¿cómo confesar que había soportado las dificultades por ella, por la encantadora joven a la que consideraba su hermanita? Los había conservado porque quería mantener el nivel de vida que habían tenido su tía y su tío, para que Jo tuviera lo mismo que sus padres habían tenido, y nada menos.

Tras su muerte, Mary, su esposa, no había calentado su cama, pero al menos había mantenido cierta disciplina entre el servicio. Le tenían miedo y por eso se comportaban.

Pero la forma en que ella les hablaba, con la boca torcida y la barbilla alzada con arrogancia, lo había disgustado tanto que ya no podía obligarse a reprender a los sirvientes. Además, había esperado que Jo tomara el control de los asuntos domésticos.

Se detuvo para respirar profundamente el aire frío y húmedo, con la mente agitada por pensamientos que no le dejaban encontrar paz.

Un tenue y dulce aroma lo tentó, sacándolo de su melancolía. Encontró su origen: un gran arbusto rebosante de rosas color durazno. Arrancó una flor suave y redondeada, la sostuvo entre las palmas y la llevó a su nariz.

Tenía un ligero aroma floral, distinto de la fragancia profunda y embriagadora de la popular rosa damascena que se encontraba en los jardines cuidados de toda Inglaterra.

Prefería aquel perfume, esa belleza sutil y vibrante escondida entre el paisaje salvaje.

Contempló el jardín descuidado teñido de dorado, consciente de que incluso con la ayuda de Elizabeth el nivel había decaído. A decir verdad, le gustaba aquella belleza indómita; encajaba con su temperamento oscuro. No era gentil, nunca lo había sido, y aquella explosión áspera de naturaleza reflejaba lo más profundo de su corazón.

Arrojó el paraguas, rompió un trozo del tallo espinoso de la rosa y lo lanzó al agua para ver las ondas.

Las ondas crecieron y se extendieron antes de desvanecerse, y la agitación terminó en una nota de quietud.

Su mente se relajó lentamente y apartó el horror de la noche anterior.

El cielo estaba cubierto de nubes, y el aroma de la vegetación verde oscuro impregnando el aire frío y húmedo no resultaba desagradable. Cerró los ojos y guardó en su mente la imagen del paisaje tranquilo.

Al cabo de un rato, sintió un leve calor en la nuca y se volvió para encontrar a Elizabeth de pie a unos pasos de él.

Llevaba un vestido de seda shantung verde pálido y una chaqueta Spencer acanalada de color durazno maduro.

Pero él no lo sabía.

Desde donde estaba, su figura aparecía borrosa y apenas podía distinguir las telas; así que, para él, parecía la rosa que tenía en la mano.

Avanzó hasta que su rostro se volvió más claro.

Sus extremidades estaban extrañamente quietas y su expresión, que apenas lograba distinguir, era extraña. Tenía los labios entreabiertos, los ojos con un brillo húmedo y un leve rubor en el cuello y las mejillas.

Parecía que lo había estado observando durante un buen rato y que se había quedado hechizada.

Esa mirada… su corazón empezó a latir con rapidez al comprender vagamente la razón.

La atracción que ella sentía por él estaba al borde de un precipicio, tambaleándose y amenazando con transformarse en un profundo abismo de amor apasionado.

Sus ojos comenzaron a deslizarse lentamente desde sus oscuras cejas, bajaron por la línea de su nariz y finalmente se detuvieron en sus labios.

De la devoción, sus sentimientos estaban empezando a transformarse en un deseo posesivo.

Ese era el momento en que debía alejarse, dejarla sola, temblando bajo la brisa fría y solitaria. Debía permitir que el frío penetrara su piel y enfriara su ardor; pero, en cambio, sus pies comenzaron a moverse hacia aquella figura frágil.

Los ojos de ella se abrieron con sorpresa y un destello de miedo cruzó su mirada; sus pasos se detuvieron.

La rosa que sostenía se aplastó en su puño, y los pétalos cayeron revoloteando al suelo.

Respiró lentamente, calmándose.

Si ella se asustaba y huía, sería difícil impedir que escapara de regreso a Finnshire para siempre.

Y ahora que por fin había despertado… aquel torrente de emociones no era fácil de apagar, así que tendría que ayudarla a atravesarlo.

Poco a poco.

Ah, estaba en conflicto, inventando excusas porque…

Era increíblemente hermosa.

Sus labios estaban pálidos por el frío. Quería morderlos y mordisquearlos para devolverles su habitual color de cereza. Sus pestañas temblorosas eran espesas y largas, mientras que sus

suaves ojos marrones estaban aturdidos, como si él ya la hubiera llevado a la cama.

Su rostro era tan abierto y expresivo, y su dulce deseo de complacerlo constantemente apelaba a sus sentidos diabólicos… apelaba tanto que apenas podía soportarlo.

Otra respiración profunda le devolvió el sentido de la razón.

—¿Eres tú, Eli? —Su voz era ronca y se aclaró la garganta—. ¿No tienes frío?

Ella no habló.

Él apartó deliberadamente la mirada de su rostro y señaló el estanque.

—Cuando pague las deudas, podremos contratar a algunos jardineros para limpiar esto.

Su tono tranquilo e indiferente pareció surtir efecto.

Al cabo de un momento, su respiración agitada volvió a la normalidad y sus puños se relajaron.

La miró de reojo y vio una gota de lluvia caer sobre su mejilla, deslizarse por su cuello como un diminuto arroyo y desaparecer en la leve curva de su pecho.

Sintió que resbalaba hacia la tentación: ya se había condenado al infierno; ¿qué importaba un pecado más?

Las llamas brillaron en sus ojos y dio otro paso hacia ella.

Estaba celoso de aquella gota de agua.

El miedo volvió a sus ojos, pero él ya no estaba de humor para ser paciente. Abandonó la pretensión y preguntó con una voz que ya no era suave, sino llena de un desafío perverso:

—¿Tienes miedo? Pensé que eras valiente.

Dio otro paso.

Una brisa fría sopló, tirando y empujándolos como si quisiera enfriar la sangre ardiente que corría por sus venas.

Fracasó.

Por supuesto, no logró apagar la aterradora pasión que giraba en sus corazones. Habían tardado años en llegar a ese punto; ¿cómo iba a extinguirse con tanta facilidad?

Él lo entendía, pero ella acababa de florecer. Aquella avalancha de emociones era demasiado para ella; aquel calor era abrumador e

insoportable.

Un momento más y su piel se resquebrajaría, permitiendo que sus necesidades primitivas dominaran sus mentes sensatas y los dejaran aturdidos.

Sus ojos se abrieron de par en par y su cuerpo se tensó como el de un pájaro a punto de alzar el vuelo, como si pudiera sentir lo que él quería.

Quería huir de él.

¿Quería correr? Su ira estalló y la llamó con tono burlón:

—¿Eres un león sin dientes? ¿Un águila sin garras? ¿Un tigre de papel, eh?

—Eh… —la voz de Jo llegó desde detrás de él, apagando las llamas invisibles—. ¿Por qué hablas de animales? ¿Planeas abrir un circo?

Elizabeth soltó un jadeo de sorpresa y alivio, pero aun así no se atrevió a hablar. Su lengua todavía estaba hecha un nudo.

Se rodeó con los brazos y se frotó, dándose cuenta de pronto de lo frío que hacía, y luego clavó la mirada en Jo como si fuera una estrella del norte y ella una viajera perdida en el mar.

Jo tiró del brazo de William, y él volvió en sí. ¿Qué había estado a punto de hacer? ¿De verdad habría seguido el rastro que aquella gota había dejado sobre su piel?

Había llevado a la cama a muchas mujeres, pero ninguna lo había hecho acercarse tanto a perder la razón.

La muchacha no había hecho más que quedarse de pie frente a él con una película de deseo y confusión en los ojos, y eso lo había convertido en un libertino.

***

—Un cerdito, dos cerditos, tres cerditos… ¡asados! —Elizabeth exhaló lentamente mientras veía a Lord Darby desaparecer dentro de la casa. Su corazón alterado por fin se calmó.

Cantar la canción de los cerditos cuando estaba nerviosa y necesitaba mantener una apariencia tranquila siempre funcionaba, pero hoy él se veía tan apuesto que se había quedado aturdida y sin juicio.

No era como si el sol hubiera brillado sobre él o una gruesa capa de nieve hubiera cubierto el paisaje para mostrarlo en todo su esplendor.

No, había sido un día gris y miserable, y él estaba allí, entre la tierra salvaje, con un abrigo de piel verde, mirando sin ver el agua opaca.

La rosa en su mano… tragó saliva. Había algo en la forma en que la había sostenido y frotado hasta que los pétalos cayeron que le había parecido indecente.

Levantó la vista hacia las densas nubes grises. Una ligera llovizna comenzó a caer y una neblina se elevó a lo lejos, cubriendo el paisaje.

Últimamente, sus ojos habían empezado a notar pequeños detalles de él: la manera en que presionaba el índice con el pulgar cuando estaba irritado, cómo su boca fría y dura se curvaba apenas para mostrar su diversión, o la forma en que su nuez se movía cada vez que tragaba.

Antes se sentía cómoda en su presencia, robándole golosinas de los dedos con los dientes, burlándose de él sin piedad, o incluso agarrándolo del brazo sin pensarlo y arrastrándolo a la pista para bailar un vals.

Y ahora, al alzar el rostro hacia la lluvia y cerrar los ojos, no se atrevería a hacerlo.

¿Qué había provocado aquel cambio entre ellos?

¿Había sido su mirada o la de ella?

De cualquier modo, lo mejor era evitarlo hasta saber la respuesta.

—Está lloviendo a cántaros. —Su doncella levantó un paraguas sobre su cabeza—. Entre.

Elizabeth se dejó arrastrar hacia el interior.

Su criada gruñó mientras la ayudaba a secarse el cabello y cambiarse de ropa.

—¿Habló con su señoría?

—Quizá. —Elizabeth frunció el ceño. Parecía que habían tenido una larga conversación y, sin embargo, no habían intercambiado ni una palabra.

—¿Qué le dijo?

—¿Eh?

La criada le frotó la cabeza un poco más fuerte.

—¿Olvidó decírselo?

—¿El qué?

—Tenía que hablar con su señoría sobre las cuentas, además de lo que descubrió sobre el ataque.

¡El ataque al carruaje!

Por eso había ido a buscarlo y, en algún momento del camino, había perdido el juicio ante su belleza.

—¿Dónde está? —saltó de la silla.

—En su estudio. No, vuelva aquí y arréglese antes de ir —la criada la sujetó y prácticamente la empujó de vuelta—. No va a andar por los pasillos en camisón escandalizando al servicio.

Elizabeth fulminó con la mirada a su doncella y le pidió que se diera prisa en ayudarla a vestirse.

Debía decirle lo antes posible que había descubierto el nombre del culpable detrás del intento de asesinato.

CAPÍTULO CUARENTA Y SEIS

Elizabeth irrumpió en el estudio con siete pequineses trotando detrás de ella.

—Mi lord —se dejó caer en el sofá cerca de la ventana—. Descubrí quién contrató a esos sabuesos infernales que atacaron nuestro carruaje.

William mojó la pluma en tinta y continuó escribiendo.

Ella frotó con entusiasmo la cabeza de uno de los pequineses, haciéndolo chillar.

—Nunca fue culpa suya. Ese asunto desafortunado del agua y el vino del que tanto habló… ya no tiene que preocuparse por eso. Todo fue cosa mía —sonrió con orgullo—. Fue Lord Snyder quien intentó acabar con mi existencia; usted nunca fue el objetivo.

Él hizo una pausa.

—¿Acabar con tu existencia?

—Sí, suena más bonito que decir asesinato. ¡Mi lord, casi pierde la vida por mi culpa! Yo soy totalmente responsable. ¿No es maravilloso?

Él alzó la vista y la encontró mirándolo fijamente, junto con todos sus perros: ocho pares de ojos llenos de afecto, adoración y necesidad parpadeaban hacia él con rapidez.

Dejó la pluma y se frotó la sien. Con esa mirada cálida clavada en él como un sol ardiente, olvidarse de la falta de cariño parental en su vida era imposible; se sentía como si estuviera repleto de amor ancestral de muchas generaciones, sin espacio para más.

Cuando siguieron observándolo, se rindió y chasqueó los dedos. Los perros se lanzaron hacia él de inmediato, y él rio, permitiendo que treparan por todo su cuerpo.

Elizabeth se inclinó hacia adelante, con los dedos de los pies presionando la alfombra.

—Eso es suficiente —reprendió a los ruidosos perros.

Él la miró con una mezcla de diversión y exasperación, porque estaba celosa de sus propias mascotas.

Cuando los perros finalmente se acomodaron, ella continuó:

—Sabe que hace un tiempo tuve un conflicto con Lord Snyder; por eso estoy aquí, escondiéndome de él.

—¿Qué conflicto?

Él se sacudió el pelo de perro de la camisa y volvió a tomar la pluma. Los secretos y los muros entre ellos se estaban derrumbando rápidamente; se preguntaba si aquello cambiaría algo entre los dos y, aun así, esperaba con ansias el día en que pudieran ser completamente sinceros.

Ella se había quedado inmóvil ante su pregunta, y sus pestañas temblaron mientras trataba de inventar una mentira adecuada.

—Robé su carruaje —confesó en voz baja.

Una vez más, aquel miedo evidente apareció en su rostro.

Él suavizó el tono.

—Entiendo. ¿Alguien salió herido?

—No —se apresuró a asegurar—. Solo estaba jugando a ser bandida de caminos con el hijo menor del Halcón, Dimbercove. El Halcón es muy amigo de Penelope y mío...

—Eli, lo sé. Tu hermana me explicó todo antes de tu llegada. ¿Por qué crees que acepté su petición y permití que te quedaras aquí después de lo ocurrido?

Ella había vuelto a acariciar a los perros, y al oírlo confesar una verdad a cambio de su honestidad, sus manos empezaron a moverse más rápido sobre el pelaje hasta que el pobre animal quedó aplastado contra el cojín con las patas extendidas.

Su piel comenzó a sonrojarse y sus ojos brillaron con confusión; era como si todo su mundo se hubiera puesto de cabeza de repente.

Sus expresiones no estaban protegidas, y él podía leerlas con facilidad. Primero apareció la vergüenza al recordar el momento en que había confesado su amor; luego la ira por la traición de su hermana; y finalmente el alivio de saber que él siempre había conocido la verdad y no la había tratado de forma diferente.

¿Cómo era posible que alguien se viera tan dulce incluso cuando pensaba en asesinar a sus propios hermanos?

Sacudió la cabeza, aturdido, para despejarla y llamó para que trajeran té.

Parecía que la carga emocional había agotado a Elizabeth, porque ahora estaba tendida en la luz del sol que entraba por las ramas del árbol fuera de la ventana como un gato demasiado bien alimentado.

Mientras tanto, él seguía sentado en la fría sombra revisando los libros de cuentas.

Pasó mucho tiempo antes de que ella pudiera asimilar todo lo que había aprendido y finalmente hablar.

—¿Mi lord?

—¿Hmm? —ni siquiera levantó la cabeza.

—¿Por qué busca la soledad?

Era una pregunta extraña; quizá pensaba que era mejor fingir que la conversación anterior no había ocurrido. Él decidió seguirle el juego.

—No estoy solo.

—¿Pero realmente detesta la compañía?

Debió haberle pedido que se marchara una hora antes, pero tenerla allí resultaba agradable y le costaba poner fin a aquella paz. Tomó un abrecartas y abrió un sobre mientras hablaba.

—Cuando estaba en Cambridge, un viejo profesor decidió compadecerse de mí y me insistió en que sacara la cabeza de los libros y socializara. Sorprendentemente, cuando hice amigos descubrí que me gustaba. Pero ahora que soy mayor, mis pensamientos han vuelto a retroceder.

—¿Qué quiere decir?

—No pretendo ser grosero ni indiferente —porque mi visión se vuelve borrosa cuando la gente está demasiado cerca o demasiado lejos de mí—, pero a veces finjo no ver a alguien que no quiero ver porque he aprendido algo con la edad...

—¡Bah! No es viejo.

—Seis años mayor que tú —le recordó—. Me di cuenta de que, si no estás dispuesto a gastar tus libras duramente ganadas en la persona que tienes delante, entonces tampoco deberías darle tu tiempo. El dinero puede recuperarse, pero el tiempo no.

Sus ojos se abrieron.

—El tiempo es más valioso que las libras y los chelines.

Él esparció arena secante sobre la hoja para secar la tinta.

—Entonces, ¿por qué gastarlo en personas que no lo merecen?

Ella jugó con la oreja de un perro mientras reflexionaba sobre sus palabras.

—Entonces debe odiar tratar con los cobradores de deudas. No solo se llevan su dinero, también su tiempo.

Un destello de dolor cruzó su rostro.

—A menudo quiero abandonar esta casa y esta identidad y no volver jamás.

Sus dedos se quedaron quietos y habló con fiereza.

—Algún día será libre de todas sus deudas, te lo prometo.

Sonaba infantil, pero como era ella quien lo decía, quería creerlo. Después de todo, llevaba años compartiendo sus cargas e intentando ayudarlo.

El silencio volvió a caer en el estudio, interrumpido solo por el jadeo de los perros. Tras un rato, cuando pensó que se había quedado dormida, su voz resonó en la habitación como una campanilla, ligeramente temblorosa.

—Mi lord, ¿cree que soy digna de su precioso tiempo?

Ahora fue él quien se alarmó. Intentó parecer severo al levantar la cabeza y mirarla.

Ella tenía la cabeza sobre un cojín, una mejilla sonrojada apoyada contra el brocado amarillo pálido. La luz que entraba iluminaba los sedosos mechones de cabello que enmarcaban su rostro, haciéndolos parecer hilos de oro antiguo.

Su mirada descendió.

Parte de su nuca quedaba expuesta a su vista, lisa e impecable. Aunque estaba sentada demasiado lejos para ver los detalles más finos, sabía que entre el hueco de su clavícula había un pequeño punto oscuro, un lunar que contrastaba de forma sorprendente con su piel suave.

Todo en ella era suave.

Ella notó su profunda observación y se incorporó. Un grueso mechón escapó de su moño, se deslizó por su hombro y terminó descansando sobre las visibles curvas de su pecho.

Se negó a mirarlo, y su expresión suave y tímida hizo que él apretara los puños.

Había pasado demasiado tiempo desde que había estado con una mujer, así que no era extraño que esos pensamientos volvieran a invadir su mente.

—Deberías prepararte para la cena —su voz fue como hielo.

Su labio inferior tembló, pero no se movió.

—No hasta que responda mi pregunta.

—La pregunta que hiciste está equivocada. Yo debería preguntarme si soy digno de tus preciosas horas… y no lo soy.

Sus ojos brillaron y por fin lo miró directamente. Estaba furiosa, y su mirada directa pareció atravesarle el corazón. Odiaba verla molesta, y ahora que lo estaba… se sentía perdido. Había sido sincero, y tal vez su tono había sido más duro de lo que pretendía, pero...

Ella salió furiosa de la habitación junto con los perros antes de que pudiera explicarse.

—¡Eli! —la llamó, medio levantándose del asiento.

La puerta se cerró de un golpe, y esta vez el silencio que cayó sobre la habitación fue absoluto.

Se quedó mirando fijamente el tintero volcado que había estado sobre la mesa frente a ella.

Lo había derribado al salir corriendo, y ahora la vívida tinta azul, distinta de la más barata que él usaba, comenzaba a extenderse sobre la alfombra de rosas.

La dejó mancharse.

***

—¿Qué clase de respuesta fue esa? — Elizabeth salió del estudio hecha una furia.

Cada vez le dolía más estar cerca de Lord Darby.

Era exquisitamente doloroso sentarse a su lado todos los días y fingir que no sentía por él nada más que el cariño de una buena amiga. Y ahora incluso había empezado a envolver su rechazo dentro de un ramo de flores en lugar de atravesarla directamente con palabras breves y afiladas como antes.

Esta vez no había querido confesarse ni coquetear; de verdad había sido una pregunta inocente. Había pasado toda la tarde sentada en su estudio y se había preguntado si lo estaba molestando, pero él se había apresurado a aprovechar la ocasión para ponerla en su lugar.

Muy bien. No era lo bastante buena para él y nunca lo sería. Ahora lo entendía. Después de todo, ¿a quién le gustaría una señorita caprichosa y malcriada? Además, él ya sabía todo sobre el incidente del robo del carruaje y la había visto pelear; por lo tanto, la mayoría de sus secretos ya estaban al descubierto. No era de extrañar que no pudiera caer rendido ante sus encantos.

Dolía demasiado. Tenía que marcharse en ese mismo instante; cada momento era una agonía...

La puerta principal se abrió de golpe, y la repentina ráfaga de viento entró en la casa y le echó el cabello hacia atrás. Cuando su visión borrosa se aclaró, encontró a una recién llegada de pie en el vestíbulo.

La señorita Rose Thornburgh, vestida con elegancia con un vestido color hoja de té pálido, apoyó una sombrilla de encaje blanco contra la pared y se ajustó los guantes de satén.

Elizabeth conocía a aquella joven. Habían asistido juntas al Seminario Atterberry, pero la muchacha de mejillas rosadas, parlanchina y de rostro expresivo se había transformado en una joven refinada con el cabello perfectamente peinado, joyas delicadas y modales suaves.

Era la hija de un rico comerciante con algunas conexiones aristocráticas, y también la prima materna de Jo. Sus padres viajaban a menudo por negocios, y para evitar que parientes codiciosos y poco fiables se aprovecharan de su única hija, habían decidido enviarla al Seminario Atterberry.

Lord Darby se detuvo en su persecución de Elizabeth cuando vio a la recién llegada.

—Prima, pensé que llegarías más tarde por la noche.

—No es tu prima, sino la mía. Deja de robármela —rio Jo mientras saludaba a Rose.

Elizabeth tosió suavemente en un pañuelo y se acercó al grupo.

Jo sonrió con entusiasmo.

—Elizabeth, olvidé decirte que Rose se quedará con nosotros unos días. Fuimos juntas a la escuela, ¿recuerdas?

—¿Cómo fue tu viaje? —preguntó Elizabeth con una sonrisa educada.

—Cansador —respondió Rose con debilidad—. No pudimos venir en el carruaje familiar, que está bien suspendido, sino en uno de repuesto, así que...

Se llevó una mano a la cabeza, pero antes de que pudiera terminar su actuación de delicada doncella a punto de desmayarse, Elizabeth se desplomó en el suelo y cerró los ojos.

Jo gritó, y Lord Darby, que ya había extendido los brazos listo para atrapar a Rose, se apresuró al lado de Elizabeth. Rose se tambaleó un momento antes de recuperar el equilibrio y enderezarse.

Habían ido a la misma escuela; ¿cómo podía Rose olvidarlo? Habían aprendido todos los trucos juntas, así que sus intenciones eran evidentes. En cuanto a volver a casa, Elizabeth decidió que lo haría justo después de ocuparse de aquella joven.

—¡Eli! —gimió Jo.

Rose se inclinó sobre la figura tendida.

—¿Qué ocurrió? ¿Olvidó comer?

Jo colocó una mano fresca sobre la frente de Elizabeth.

—Le duele otra vez el estómago.

—¡Buttons! —llamó Lord Darby al mayordomo—. Ve a buscar al doctor Craye al pueblo.

Elizabeth arañó suavemente la palma de Jo para indicarle en secreto que estaba bien.

—No… un poco de descanso es todo lo que necesito.

Él ignoró sus palabras y la levantó en brazos como si no pesara nada.

Hoy olía a naranjas amargas… naranjas amargas y tinta.

Con la oreja pegada a su pecho, podía oír su corazón latiendo tan rápido como el suyo. Su mente empezó a nublarse; su presencia y su contacto le robaban la capacidad de pensar.

El calor de sus dedos se filtró a través del vestido y calentó su cintura, haciéndole cosquillas.

De pronto empezó a debatirse.

Él la sujetó aún más fuerte mientras subía las escaleras.

—No te muevas —ordenó—. O los dos caeremos rodando y nos mataremos.

Ahora lamentaba haber decidido competir con la señorita Thornburgh. Después de todo, era una amiga de la familia y una joven amable y dulce con una excelente dote. No era una villana malvada, sino un partido adecuado para Lord Darby.

Cuanto más lo pensaba, peor se sentía, y el malestar que había fingido comenzó a volverse demasiado real.

Aquella sensación punzante y agria, como si hubiera tragado un cubo de limas, era nueva.

Incluso cuando él se había casado con Mary, había estado enfadada, disgustada e infeliz, pero no tan terriblemente asustada.

Quizá era porque sabía que él nunca podría amar a Mary, pero Rose, en cambio, sí podía conquistar su corazón y su mente.

Él la dejó sobre la cama y, justo cuando su cabeza tocó la almohada, ella encontró su mirada. Él siempre había destacado como una luciérnaga revoloteando sobre un río oscuro y lodoso: distante, mágico y hermoso, sin que ninguna suciedad empañara su alma brillante. Su manera de ser era como la de un roble alto y flexible, que se mece con la brisa y observa sin mezclarse jamás con el mundo caótico que lo rodea.

Pero ahora que era mayor, más cercana a él, esa distancia se había acortado, y podía ver el alma oculta y frágil: no tan hermosa ni tan perfecta, sino llena de dolorosos moretones y grietas.

Ojalá pudiera derretirse en un bálsamo sanador y llenar sus partes rotas y faltantes, fundir su alma con la de él y hacerlo brillar aún más, hasta cegar los ojos del mundo criticón.

—¿Te gustaría un poco de té?

La voz de Rose sonó disonante, áspera e intrusiva.

Elizabeth apretó los labios y cerró los ojos. ¿Rose ya se imaginaba como la señora de la casa? ¿Cómo se atrevía a preguntarle si quería té? ¿No correspondía eso a Jo o a lord Darby?

¿Dimbercove estrangularía a esa mujer si le pagaba lo suficiente? ¿O la arrojaría a una tina llena de erizos hasta que quedara toda cubierta de pinchazos?

—Quiero dormir —dijo Elizabeth, dándose la vuelta y hundiendo el rostro en la almohada—. No hace falta llamar al médico.

—Te despertaré cuando el médico llegue —replicó lord Darby mientras corría las cortinas de la cama.

Una vez que se marcharon, volvió a buscar esos pensamientos esquivos que la habían estado rondando todo el día. Por fin entendía el amor.

No era una pasión devoradora, ni una amistad eterna, ni emociones extremas, sino una comprensión suave, la certeza de que pertenecían el uno al otro. Era aceptar completamente a la otra persona, valorar sus defectos y sus logros, celebrar cada paso adelante y acurrucarse juntos en busca de consuelo cada vez que todo se derrumbaba.

El amor era la convicción inquebrantable de que su corazón solo estaría en paz, en casa, a su lado; que existirían como el yin y el yang, diferentes pero siempre juntos, con un poco de él en ella y de ella en él.

Era una pena que él no pudiera ver la verdad, y que permanecieran rotos para siempre el resto de sus vidas.

El médico llegó, recetó algunos tónicos y se marchó. Declaró que no era nada serio, y la casa entera se relajó.

Cuando Elizabeth volvió a encontrarse con Rose a la hora de la cena, hizo una reverencia.

—Hice que tu primer día aquí fuera desagradable —se disculpó mientras imaginaba a sus perros masticando los rizos de la joven—. Debemos hacer algo entretenido mañana para compensar el día de hoy.

—Solo si te sientes mejor; de lo contrario, Jo ya es compañía suficiente —respondió Rose con una sonrisa.

Lord Darby, ajeno a las pullas que volaban por encima de su cabeza, apartó los platos más pesados del lugar de Elizabeth y los cambió por otros más ligeros.

Luego pasó unos minutos quitando las espinas de un pescado y colocando la carne blanca y desmenuzada en los platos de Jo y Elizabeth.

Rose esperó con anticipación su turno. Cuando no llegó, su boca se torció hacia abajo y sus ojos destellaron.

Jo bajó la voz y compartió un chisme.

—Lady D fue sorprendida besando a lord L.

—¿Lord L? —Elizabeth se intrigó—. Pero ¿no es lord L primo del suegro de lady D?

—Precisamente. Se estaban besando apasionadamente bajo la mesa en la fiesta de la señora B.

Elizabeth probó el pato; el calor le quemó la boca, y se lamió los labios mientras miraba a lord Darby.

Él ya había terminado con el pescado y ahora cortaba el trozo más tierno de carne para lady Fowler.

Toda esa conversación sobre besos le hizo preguntarse cómo sería besarlo apasionadamente.

El beso que habían compartido estando borrachos no contaba, porque el maldito brandy había enturbiado su recuerdo.

¿Podría fingir que estaba bebida otra vez y aparecer esta noche en su habitación? Sería una lástima marcharse de Ingram House sin besarlo al menos una vez estando en pleno uso de sus sentidos.

Él captó su mirada y apartó los ojos.

Cuando ella siguió mirándolo con expresión ausente, Jo pinchó a Elizabeth y susurró:

—Recupérate, Eli. No es una ciruela confitada.

Elizabeth volvió en sí, alisó sus labios fruncidos y se sonrojó. ¿Habría notado él su comportamiento y adivinado lo que estaba pensando? Sin apetito, miró la comida y arrugó la nariz, preguntándose si podría usar la excusa de antes —los retortijones— para retirarse temprano.

—Eli —dijo él de pronto—. ¿Puedes pasarme la sal?

Ella parpadeó; la cabeza todavía le daba vueltas, llena de demasiados pensamientos y emociones.

Él entrecerró los ojos y le lanzó un guisante a la cabeza.

—¿Te pasa algo en los oídos además de en el estómago?

—Mi lord —replicó ella con brusquedad, lanzándole un guisante de vuelta.

Él lo atrapó con destreza y se lo metió en la boca.

—No desperdicies la comida.

—Tú empezaste —refunfuñó ella, tomando la cuchara.

El ambiente volvió a la normalidad, y sus ojos se suavizaron mientras la observaba comer.

Mientras tanto, Rose, que había estado sosteniéndose la cabeza y fingiendo tener dolor todo el tiempo, fue ignorada. Finalmente también se rindió y se metió en la boca un trozo de pescado lleno de espinas.

CAPÍTULO CUARENTA Y SIETE

A la mañana siguiente, fiel a su palabra, Elizabeth se levantó temprano, dispuesta a entretener a Rose y mantenerla alejada de lord Darby. Sin embargo, la joven resultó ser más hábil de lo que había imaginado: ya había salido a pasear con él.

Elizabeth arrastró a Jo fuera de la habitación y salió corriendo de la casa sin capa ni sombrilla. Encontraron a Rose caminando delante de lord Darby junto al estanque.

Las chicas se sentaron bajo un arce y comieron cacahuetes mientras los observaban con atención.

—Quiere casarse con él —murmuró Elizabeth—. Su familia la descuida, así que comparte con él un pasado trágico, tiene una excelente dote y es dulce, amable, sensata y poeta. Mientras que yo no soy nada de eso. Soy caprichosa y me aburro con facilidad. Gasto en cintas sin pensarlo y hago pucheros cuando no consigo lo que quiero.

Jo rompió la cáscara de un cacahuete.

—Ah. Eso fue lo que percibí anoche entre ustedes dos. Hostilidad.

Elizabeth suspiró.

—No puedo seguir despreciándola solo porque le gusta. Él no es mío para esconderlo, por mucho que quiera hacerlo.

—Estás siendo magnánima —los ojos de Jo se abrieron—. ¿Por fin has madurado, Eli?

Elizabeth le lanzó una nuez a la cabeza.

—Mantén los ojos en ellos. Quizá veamos el comienzo de un romance apasionado.

Jo volvió a mirar a la pareja, que paseaba lentamente por la orilla.

—¿No lo impedirás?

Los ojos de Elizabeth se volvieron vacíos.

—Hace demasiado tiempo que él está sin compañía ni felicidad.

Jo frunció el ceño.

—No creo que Rose haga nada. Es demasiado tímida.

Elizabeth se recostó contra el tronco del árbol. La corteza y el suelo estaban fríos, y el frío comenzó a colarse por sus medias y enaguas, pero no pudo obligarse a volver al interior.

Un momento después, Rose fingió resbalar, pero lord Darby, que caminaba varios pasos detrás de ella, no reaccionó.

—Ah, el primer movimiento —dijo Elizabeth.

—¿Eh? ¿Por qué dices eso?

—Eligió el único árbol en flor para resbalar debajo.

—Pero él no la ayudó a levantarse.

—Porque está medio ciego y no se dio cuenta. Ella, en cambio, no lo sabe.

—Pobre Rose.

—Pobre Rose —repitió Elizabeth con falsedad.

—¿Y ahora qué?

—Está vestida de blanco.

—¿Y?

—¿No recuerdas nuestras lecciones de etiqueta?

—Oh… se caerá al estanque.

Elizabeth se puso de pie de un salto.

—Ah, ahí va.

Rose giró de lado y cayó en el agua fría.

¡Splash!

Jo también se levantó.

—La chica está coqueteando con la muerte para conquistarlo. Debe de amarlo de verdad.

—Ve a buscar una capa y llama a las doncellas para que la ayuden a entrar —dijo Elizabeth—. Si se enferma, no se marchará en una quincena.

Mientras Jo se apresuraba a irse, Elizabeth caminó tranquilamente hacia la orilla.

Lord Darby estaba hurgando algo en el suelo con un palo, así que aún no había visto el maravilloso espectáculo de Rose con la ropa ahora casi transparente.

—¡Ayuda! —gritó Rose mientras subía y bajaba en el agua.

Lord Darby finalmente reaccionó y se acercó. Se quedó al borde del estanque y entrecerró los ojos para ver su figura chapoteando.

—El estanque no es profundo donde estás; solo deja que tus pies encuentren el fondo.

Rose, que había estado esperando que él saltara heroicamente al agua, se quedó inmóvil.

—¿Ayuda? —intentó de nuevo cuando encontró terreno firme.

Él le ofreció el extremo del palo que sostenía.

—Me temo que el agua está un poco fría. Quizá puedas sujetar este extremo y te sacaré.

Elizabeth contuvo una risa y caminó hasta donde él había estado hurgando en el suelo. Miró con curiosidad y encontró un caracol medio enterrado en el barro. Ah, estaba tratando de salvar a la criatura cuando Rose lo llamó. Se agachó y, sin preocuparse por sus guantes de seda, sacó al pequeño y lo salvó de una muerte prematura.

Después se acercó más a la pareja y notó que Rose ya había salido del estanque y llevaba puesto el abrigo de él.

—Elizabeth —llamó lord Darby sin darse vuelta.

Ella se quedó inmóvil, sorprendida. ¿Cómo había sabido que era ella?

Él se volvió y dijo:

—¿Puedes pedirle a alguien que traiga una capa?

Le estaba hablando a un joven manzano, así que Elizabeth miró el árbol, vio que el tronco era bastante delgado y se sintió complacida.

Mientras tanto, Rose parpadeaba confundida mientras lord Darby seguía hablándole al manzano.

—Eli —insistió, dirigiéndose a una rama que se balanceaba—. Date prisa.

Elizabeth obedientemente se colocó frente al árbol al que él se dirigía y respondió:

—Las doncellas estarán aquí en cualquier momento; ya mandé a buscar ayuda.

Lord Darby debería usar sus gafas, pensó Elizabeth divertida. Había comprado unas, las rompió y luego decidió que eran demasiado caras para comprar otras, así que abandonó el asunto por completo.

Además, una vez le había dicho que todo lo que veía eran prestamistas, así que era mejor estar ciego.

Las doncellas y algunos lacayos llegaron, envolvieron a Rose como a una momia egipcia y la levantaron.

Lord Darby caminó hacia Elizabeth y por fin la vio con claridad.

—¡Tú tampoco llevas abrigo y estás afuera con zapatillas de casa!

La levantó en brazos y pasó junto a Rose, a quien los sirvientes llevaban de vuelta a la casa en posición horizontal.

Las chicas se miraron fijamente al cruzarse, ambas tan desconcertadas como la otra.

Más tarde esa noche, todas las chimeneas del salón familiar estaban encendidas, y las tres chicas estaban sentadas bebiendo chocolate caliente y estornudando.

—Un correo urgente —dijo un lacayo al mayordomo mientras pasaba corriendo frente a la sala.

Jo y Rose estaban ocupadas riendo y cotilleando al otro extremo de la habitación, así que no notaron nada.

Elizabeth dejó su taza a un lado y salió apresuradamente. ¿Otro poderoso lord en apuros amenazando a lord Darby por dinero?

El lacayo corrió hacia el estudio de lord Darby, se detuvo frente a la puerta, llamó y entró.

Elizabeth esperó hasta que el lacayo salió nuevamente con las manos vacías antes de acercarse a la puerta.

Se quedó merodeando afuera, preguntándose si debía entrar y preguntar qué ocurría.

—Lord Snyder está muerto —dijo el ayuda de cámara a lord Darby.

—¿Qué motivo dieron? —preguntó lord Darby.

—Suicidio.

—Ah. ¿Quién encontró su carta de confesión?

—Lord Adair.

—Envía a lord Adair unas cuantas botellas del mejor vino que tengamos.

—¿Cómo lo lograste?

La pregunta del ayuda de cámara hizo que Elizabeth se estremeciera, pero antes de que pudiera pensar más en ello, la

puerta se abrió de golpe y lord Darby la miró desde arriba.

—Entra —ordenó.

El ayuda de cámara pareció percibir algo, así que dejó la puerta ligeramente entreabierta antes de retirarse con discreción.

—¿Té? —preguntó lord Darby.

Ella negó con la cabeza.

—Debería volver con las chicas.

—Siéntate.

Se humedeció los labios, de pronto nerviosa. Él parecía el mismo de siempre, pero podía sentir una extraña corriente bajo la superficie, una especie de peligro que sus sentidos habían aprendido a reconocer con los años.

Era la misma sensación que la invadía justo antes de que alguien la atacara desde las sombras, una especie de intuición casi sobrenatural que la había advertido repetidamente y le había salvado la vida.

—Lo maté —declaró él.

Se dejó caer en el asiento, atónita.

—¿L...lord Snyder?

Él asintió, con una expresión inexpresiva, como si estuviera hablando del salario del mayordomo.

—Lord Adair ha tenido la amabilidad de permitirme escapar del castigo.

Empujó una copa de brandy hacia ella y observó cómo la tomaba con dedos temblorosos.

—Nunca has matado a nadie, ¿verdad, Eli?

Sonaba tranquilo y gentil, igual que siempre, y sin embargo la piel de todo su cuerpo se erizó ante sus palabras.

—¿Cómo? —preguntó por fin.

—Un pequeño pastel de frutas hecho con almendras amargas. No demasiado; no quería que muriera rápido...

—Pero el expreso dijo que se suicidó.

—Le dije que estaba envenenado; podía sentirlo. Así que le dije que le daría el antídoto si escribía todos sus crímenes. Empezó a escribir y murió a mitad de la confesión.

—Entonces parecía que estaba confesando en sus últimos momentos después de tomar el veneno él mismo —concluyó ella.

—Había informado a Lord Adair. Llegó a tiempo para encargarse del asunto.

—¿Por qué lo involucró?

—La carta habría desaparecido y nunca se habría hecho pública si Lord Adair no hubiera estado involucrado. Solo él puede enfrentarse a los aristócratas y ganar.

—Jugó con tu vida. Lord Adair podría haberlo encarcelado por lo que hizo.

—Valía la pena el riesgo.

La observó beber el brandy, cada gota, sin siquiera hacer una mueca.

—Ahora ambas máscaras han caído, Lancelot. Por fin nos enfrentamos en la verdad.

Su piel palideció aún más. Había luchado, robado y chantajeado, pero sus manos nunca habían estado manchadas de sangre, mientras que a él parecía no importarle que su alma hubiera sido condenada por toda la eternidad.

—¿Era necesario? —preguntó.

—Intentó matarte, y habría seguido intentándolo. ¿Cómo podía permitir que lo lograra? Era la única manera de liberarte. Nunca te ha gustado que te controlen, y mientras él existiera estarías encadenada y vigilada para siempre.

Caminó lentamente alrededor del escritorio, la levantó y la obligó a mirarlo.

—Esto es lo que soy. Violento, cruel, desesperado.

Su mirada parecía decir: Vete. No soy un caballero, sino un hombre peligroso.

Ella pudo ver el conflicto en su rostro; por una vez, sus emociones no estaban del todo bajo control.

—¿Había matado a alguien antes? —preguntó, con todo el cuerpo temblando entre sus manos.

—No, pero he herido a muchos.

—Entonces ¿por qué dio un paso tan terrible? No le debía nada.

—Se atrevió a hacerte daño.

Ella se quedó atónita y, casi sin darse cuenta, dio un paso hacia la puerta. Su corazón latía con fuerza mientras la expresión de él seguía rígida.

Sus manos cayeron a los lados y sus ojos se volvieron desolados.

—Y...yo debería irme. —Dio otro paso hacia la puerta—. Podemos hablar de esto mañana...

Necesitaba pensar; necesitaba tiempo para asimilar todo lo que había descubierto. Él decía que no la amaba ni quería casarse con ella... pero entonces ¿por qué había matado por ella?

Él siguió mirándola con ojos insondables, negándose a bajar la mirada. Ya no ocultaba su intensidad ni le importaba si la aterraba.

Dio otro paso, y de repente él apareció frente a ella y cerró la puerta de un golpe.

—Eli —susurró; su control se había quebrado.

Inclinó la cabeza y mordisqueó su boca, haciéndola sangrar.

—Eli.

Ella cerró los ojos; su mente quedó al instante envuelta por su calor y su aroma.

Él volvió a moverse para succionar su labio inferior.

—Crees que soy un buen hombre, un alma gentil. Pero no me conoces, y no puedes amar a alguien que no conoces. Por eso no te creí entonces, ni creo ahora en las emociones que veo en tus ojos.

Profundizó el beso y, tras una breve pausa, preguntó:

—¿Te asusto? ¿Te repugno?

Ella clavó las uñas en sus hombros y negó con firmeza. No lo entendía, pero nada de lo que él pudiera hacer en esta vida la disgustaría.

—Has hecho grandes cosas para proteger a la familia Ingram y ahora a mí. Si las circunstancias no te hubieran empujado, nunca habrías hecho algo así. No te culpo. Robaste carruajes y dirigiste al artista Tainted para ayudarme. Lo sé todo —dijo él mientras la levantaba y la sentaba sobre la mesa, separándole las piernas con brusquedad para colocarse entre ellas—. Sé que me has ayudado desde las sombras durante muchos años, incluso cuando eras demasiado joven para comprender las consecuencias. Y usaste esa pequeña mente aguda para manejar los hilos de muchas mentes

dementes y peligrosas. Pero nunca intentaste engañarme ni atraparme para que me casara contigo.

Sus ojos estaban sombríos y su cuerpo envuelto en un aura de miseria y derrota.

A ella le dolió el corazón por él, por la difícil vida que había llevado. Las cargas sobre sus jóvenes hombros parecían interminables, pesándolo, haciéndolo más sabio y más maduro que su edad.

Y ahora incluso había condenado su alma.

Ella agarró su cuello y frotó su rostro contra él. Sus manos recorrieron lentamente su espalda, desde la nuca hasta las caderas.

Él pareció comprender su gesto y se sintió conmovido. A cambio, quiso complacerla.

Complacerla tanto que se volviera adicta a su contacto, como al opio, y nunca se marchara.

Sus manos se deslizaron bajo sus faldas y tomaron su muslo, avanzando lentamente hacia arriba. Sus palabras ya sonaban apagadas en sus oídos.

—Eli —murmuró, mientras la acariciaba entre las piernas—. Eli. ¿Cómo puedes amarme? ¡Maldita sea! Esto es una tortura.

Su alma se retorcía como si ya hubiera ido al purgatorio, y quería agarrarla y reclamarla de inmediato, pero su corazón se negaba a tratarla mal.

Ella merecía ser tratada bien.

Ese pequeño halo de luz que parecía emanar de su piel dorada y suave lo ayudaba a mantener la cordura. Como si hubiera posado una delicada garra sobre una bestia salvaje y, con sus ojos, lo hubiera domesticado.

Ella tembló y jadeó levemente ante su audaz caricia. El aliento caliente escapaba de sus labios húmedos en breves exhalaciones, haciéndolo sonreír.

—Respira —susurró contra su piel; su lengua rozó el pequeño lunar de su cuello—. ¿Aún tengo que recordártelo? Ya no eres una niña.

—He visitado burdeles —se estremeció bajo sus dedos expertos —. Lo sé todo.

Él soltó una risa baja y profundizó el beso.

Sus dedos se movieron con más urgencia, luego tantearon la entrada y se deslizaron dentro.

Ella estaba tensa, muy tensa, y temblaba. El sudor perló su frente, pero aun así controló con cuidado su fuerza y su ritmo.

Sus ojos ardían con amor, culpa y deseo, intensos y perturbadores, pero ella no podía verlos a través del velo de lujuria.

Arqueó la espalda y gimió; sus dedos se hundieron en su cabello y lo agarraron con fuerza, casi con dolor.

—¿Te gusta? ¿Quieres que vaya más rápido o más lento? —Su voz tenía un toque burlón y mucho calor.

—No puedo pensar, mi lord —jadeó mientras él seguía hablando y cubriéndole el cuello de besos—. Sus palabras se están desperdiciando.

Él lamió y succionó su piel, dejando marcas por todas partes.

Su mente quedó completamente en blanco cuando él descendió y sus labios reemplazaron a sus dedos.

—No —se retorció de repente—. Es sucio.

—No es sucio. Es dulce. —Sus palabras contra su muslo le hicieron cosquillas, y ella se estremeció aún más.

Le sujetó las muñecas y las mantuvo detrás de la espalda mientras su cabeza permanecía firmemente bajo su falda.

Su boca succionaba y besaba lenta y pacientemente, como si no tuviera intención de detenerse jamás.

Sus pupilas se contrajeron hasta convertirse en diminutos puntos y su mente quedó completamente aturdida. Sus músculos se estiraban y se tensaban, su cuello se arqueó y las yemas de sus dedos se clavaron en sus palmas.

La parte baja de su espalda se hundía contra el escritorio, con fuerza suficiente para dejar un moretón, pero no podía sentir nada excepto sus atenciones.

Pronto el placer se volvió insoportable, amenazando con desbordarla. Sus pestañas temblaron y su piel se sonrojó de pies a cabeza.

Quería apartar su cabeza, y al mismo tiempo su cuerpo deseaba acercarse más a él.

Él se alegró de que ella no pudiera ver su expresión en ese momento. Su deseo estaba rígido y palpitante, sus ojos llenos de una lujuria helada que pedía liberación. El impulso de reclamarla y saquearla se mantenía a raya únicamente por pura fuerza de voluntad.

Su posesividad ya no se ocultaba tras una máscara aristocrática y cortés, y sus ojos oscuros adquirieron un aire inquietantemente demoníaco.

Su lengua hábil y rítmica se movía, rozaba y giraba de la manera más tentadora, como si estuviera degustando la comida más deliciosa. Como si hubiera estado hambriento y nada pudiera distraerlo de su festín.

Como si la estuviera llenando de placer para que su cuerpo aprendiera a estremecerse solo por él.

—Ah… —se mordió los labios para ahogar su grito cuando de pronto se estremeció y vio estrellas.

Su mente se dispersó y todo su cuerpo se derritió en una masa relajada.

Él la sostuvo por la cintura cuando sus rodillas cedieron de repente y casi se desplomó sobre la alfombra.

Frotó su boca húmeda contra la parte superior de su pecho mientras ella se apoyaba en él pasivamente, completamente sin fuerzas ni pensamientos.

Su corazón latía con violencia mientras sus extremidades se negaban a moverse, como si pesadas cadenas de hierro las sujetaran. Incluso su respiración era irregular, áspera y poco armoniosa.

Eso… había sido maravilloso.

Pasó un rato antes de que pudiera levantar la cabeza y mirarlo a los ojos.

Los ojos de él eran suaves, gentiles y llenos de diversión.

Un momento después, ella bajó las pestañas y, sorprendentemente, su piel se sonrojó de un rojo aún más intenso.

Él sonrió y la atrajo más cerca. Fue entonces cuando ella sintió su deseo latiendo contra su abdomen.

Tardó un momento en comprender qué era y por qué estaba duro. ¿Debería hacer lo mismo que él había hecho?

No… moriría de vergüenza.

¿Entonces qué?

Tras un momento de silencio, reunió todo su valor e intentó coquetear para dejar claro que no se oponía a continuar.

Enroscó los brazos alrededor de su cuello y arqueó la espalda, intentando acercarse más.

—Sus botones son bonitos, mi lord, pero hacen daño. Quizá… ¿debería quitarse la ropa?

Sus ojos inquietos y su voz temblorosa arruinaron un poco su audacia. Y en lugar de una sirena seductora, parecía más bien un gatito coqueto.

Él rio, pero de pronto se puso serio y apoyó la frente contra la de ella.

—Estoy perdiendo el control —retorció un puñado de su falda—. Puede que sea despreciable para el mundo, pero prometo no serlo… contigo. Pero, Eli, yo traigo desgracia.

—No me importa —susurró ella.

Él suspiró y dio un paso atrás, arreglándole la ropa y el cabello. Su expresión volvió a ser tranquila, mientras la mirada oscura y ardiente de antes desaparecía.

¡Bah! ¿No era eso una crueldad? Ofrecer un sorbo, pero no saciar la sed.

¿No era simplemente hacer el amor? A los hombres les gustaba eso, y quizá, si ella daba ese paso, la parte de su corazón que se había vuelto fría y desesperanzada se llenaría otra vez de calor.

Le tomó la mano y lo arrastró de nuevo hacia ella.

—No, sea despreciable. Tan despreciable como quiera. Cuanto peor sea, mejor, mi lord. No tengo objeción.

Él la miró fijamente, negándose a sonreír de nuevo o a ceder. Entendía lo que ella intentaba hacer, lo que estaba ofreciendo y por qué. Puede que ignorara sus secretos, pero después de tantos años aún podía leer sus emociones con facilidad.

¿Comprendía siquiera lo que estaba ofreciendo o lo cruel que podía ser un hombre?

Sus ojos grandes y confiados eran como punzadas dolorosas en su pecho.

Por desgracia, no podía tomar nada de ella; solo podía dar.

Ella pareció percibir su retirada, y sus dedos se aferraron a su cintura mientras su pulgar se movía lentamente de un lado a otro.

El control que apenas mantenía se tambaleó peligrosamente y le nubló la mente, y volvió a luchar por mantenerse alerta y cuerdo.

Sus ojos se volvieron fríos y su espalda se cubrió de sudor. Debía enviarla a su habitación hasta que recuperara la razón. Quizá, a la luz del día, sería más fácil hablar y resolver su enredo…

Ella le mordisqueó la barbilla, interrumpiendo sus pensamientos.

—He sido bendecida toda mi vida, y si nos casamos, nuestras vidas estarán equilibradas. El mundo dirá que es mi mala suerte casarme con usted, mientras que es su buena fortuna casarse conmigo.

—Lord Snyder ha muerto. Así que tu razón para esconderte en mi casa ha desaparecido.

Cuando él no continuó, su corazón se enfrió. Le estaba pidiendo que se fuera, ¿verdad? ¿Por qué si no diría algo así?

Había matado a Lord Snyder no por un gran amor romántico, sino para sacarla de la casa porque lo había fastidiado hasta el cansancio.

¿Eso era lo que estaba diciendo? ¿Era ella tan terrible?

Las lágrimas le nublaron la vista cuando de pronto saltó de la mesa y huyó. Todo su rostro estaba rojo de humillación.

Lo odiaba… odiaba a ese hombre horrible. Él lo había sabido todo y aun así la había engañado durante meses. Desesperada, se puso un abrigo y salió corriendo hacia la noche oscura y fría del invierno.

CAPÍTULO CUARENTA Y OCHO

—Elizabeth —Dimbercove la sujetó del brazo—. ¿Adónde vas?

—Date prisa, los piratas de tierra se reúnen hoy; llegaremos tarde —dijo con la voz entrecortada.

—Creí que no ibas a ir. Es demasiado peligroso en caso de que te reconozcan.

—No necesitas acompañarme.

Dimbercove la agarró por la cintura y se la echó sobre el hombro como si fuera un saco de trigo.

—«No necesitas acompañarme» —imitó con una voz aguda—. No llevas zapatos ni zapatillas, y te vas a reunir con un grupo de bandidos. Si ellos no te matan, lo hará el viento helado. No puedo permitir que mueras, ya que tú pagas mi salario.

Siguió quejándose mientras se dirigía hacia la parte trasera de la casa. Finalmente, la instó a subir a su habitación, abrigarse mejor y volver a bajar.

Elizabeth, de forma extraña, fue obediente e hizo lo que le dijeron por una vez. Así que, cuando siguió las instrucciones de Dimbercove y se apresuró a ponerse un vestido fino de lana, sacó de debajo de la cama un saco que contenía cosas necesarias como velas, una manta, frutas secas, un cambio de ropa y armas, y bajó de nuevo a toda prisa, él se quedó mirándola largo rato.

—¿Tienes fiebre? —preguntó.

—No.

—¿Entonces eres una impostora?

Ella inclinó la cabeza y empezó a caminar hacia los altos muros de la finca, coronados con vidrios rotos. No tenía humor para bromear.

Lord Darby había matado a alguien por ella y, aun así, afirmaba que no la amaba. Y aquellos besos… su mente empezó a volverse blanda como papilla, así que se obligó a concentrarse en la reunión que estaba por celebrarse.

Había empezado a comportarse como una bandida indisciplinada y a asaltar carruajes para obtener información que ayudara a Lord Darby. Creaba obstáculos para quienes le debían dinero a Sir Ingram, los distraía y le compraba tiempo a Lord Darby.

Había formado una extensa red simplemente para protegerlo, y había mantenido todas sus actividades en secreto para evitar que sus hermanas la detuvieran.

En cuanto a pedir ayuda a sus hermanas, no quería involucrarlas en actividades criminales. No. Había decidido que lo mejor era enfrentarse sola a la situación mientras fingía ser una criatura descontrolada y sin moral. Una joven mimada y aburrida que buscaba emoción y aventura sin preocuparse por nada.

En parte también era por lealtad hacia Jo. Ver sufrir a las dos personas que más quería le rompía el corazón y le daba un propósito en la vida.

Cuando las cosas empezaron a mejorar para ellos, eso le trajo alegría, y cada paso positivo se convirtió en una emoción que perseguía como un jugador empedernido.

—Dimbercove —dijo en voz baja mientras se sentaba detrás de él en el carruaje—. Él sabe que yo soy Lancelot, y ahora que sabe que yo sé que él sabe, no me permitirá ayudarlo en el futuro.

—Es capaz de ocuparse de sus propios asuntos —la tranquilizó Dimbercove—. No puedes seguir luchando sus batallas por él. Es hora de enterrar a Lancelot.

—No me ama.

—¿A Lancelot? No puede, puesto que no existe.

—¡Dimber!

Él sonrió.

—Has estado intentando poseerlo como si fuera una joya rara. ¿En qué te hace eso diferente de las otras mujeres de la alta sociedad? Él no quiere que lo controlen, igual que tú no quieres que te digan qué hacer. De lo contrario, ya se habría casado hace mucho con alguna rica heredera.

Ella lo miró con asombro.

—Dimbercove, a veces no eres tan tonto.

—No eres la única que tiene ingenio. Aprende a confiar en los demás y a apoyarte en ellos.

Permaneció en silencio un buen rato mientras atravesaban el pueblo dormido.

Un sereno golpeó el suelo con su bastón y gritó con voz seca:

—¡Pasadas las dos, casi las tres! ¡Muy buen día para vosotros!

Pronto, el sonido de aquel guardia nocturno en su ronda y la luz de su lámpara balanceándose se desvanecieron en la distancia mientras el carruaje se adentraba en el camino rural.

Finalmente suspiró.

—Ojalá hubiera elegido otro nombre. Lancelot es un nombre horrible. Me da vergüenza que él lo sepa ahora.

Dimbercove no supo qué responder. ¿De verdad eso era lo que le preocupaba, y no el hecho de que él conociera su pasado de robos, chantajes e inmoralidad?

***

William ató su caballo y trepó a un árbol. Se apoyó contra el tronco, con una pierna doblada sobre la rama gruesa y la otra colgando.

La capa oscura que lo cubría lo ayudaba a fundirse con las sombras, volviéndolo invisible a menos que uno supiera dónde buscar.

A lo lejos, la luz de la luna caía sobre un grupo de infames y desordenados caballeros, ladrones y salteadores.

Sus ojos eran débiles, pero oía perfectamente. Por sus rudas conversaciones quedaba claro que pelearían hasta que quedara un único vencedor.

El motivo de todo aquel alboroto era que uno de los hombres había llamado a la madre de un joven dimber mort. Algunos no consideraban apropiado mencionar a las madres en discusiones de negocios, y los ánimos se encendieron mientras discutían sobre lo que podía o no decirse.

La discusión escaló con una ronda de insultos creativos, cada uno más colorido que el anterior, pero al final nadie salió vencedor.

Cuando llegó el momento de sacar las armas, una voz delgada y débil se alzó:

—Esperen.

Casi cuarenta hombres peligrosos estaban de pie en círculo, sosteniendo antorchas de juncos, y de entre ellos un muchacho que no parecía tener más de catorce años dio un paso al frente con valentía.

William se enderezó de golpe y miró en dirección a la voz, mientras las palmas de sus manos comenzaban a sudar.

El muchacho habló de nuevo:

—Avanzad como el viento del norte, lleno de escarcha, dolor y presagios, y barred el continente sin dejar rastro. —Frunció el ceño y añadió—. Idealmente debería abreviarse a "el viento del norte no deja rastro". Lástima que ya sea tarde para cambiarlo.

Los hombres se quedaron inmóviles. Todos habían oído esa frase y respetaban enormemente a quien la había pronunciado. A lo largo de los años habían obtenido muchas ganancias tratando con esa persona, que les indicaba los momentos y lugares adecuados para robar a los ricos. Era su contacto más preciado, y no se atrevían a faltarle al respeto, así que se quitaron los sombreros con reverencia, bajaron las antorchas y escucharon.

Solo un joven alto que estaba junto al muchacho se atrevió a rodear con un brazo protector sus hombros delgados.

El muchacho se lo quitó de encima, pero el hombre grande lo arrastró detrás de sí.

Al final, el muchacho se puso de puntillas y habló por encima del hombro del hombre.

—Lancelot envía sus saludos y algunas palabras de sabiduría.

Los hombres respondieron con gritos entusiastas, como si estuvieran frente a una estricta maestra y quisieran comportarse como alumnos ejemplares.

El joven continuó:

—Estas son las palabras de mi maestro.

Abrió un papel y leyó con voz débil pero firme:

—Mis queridos amigos, vuestros enemigos son ricos. La sangre azul corre por sus venas y ríos de oro y joyas llenan sus sótanos. Tratan a gente como nosotros como si fuéramos basura, nos miran rebuscar comida mientras alimentan a sus tigres y elefantes con

manjares. Consideran que sus rosales valen más que las vidas humanas.

Los hombres alzaron la barbilla, con resentimiento y amargura en los ojos.

El joven elevó la voz.

—Pero no debería ser así. Aprended del vasto mundo. ¿Sabéis que en París ningún ladrón pasa hambre? Todos se retiran a un pintoresco pueblo cuando son demasiado viejos para continuar. ¿Sabéis por qué?

—¿Por qué? —preguntaron obedientemente los hombres.

—¡Por la unidad! —tronó el muchacho—. Mis queridos hombres, en lugar de pelear y mataros entre vosotros, debéis veros como hermanos y reconocer que tenéis un enemigo común. Debéis formar un sindicato, uniros y crear armonía. Guardad algunas libras para los caídos y sus familias, marcad claramente las tierras y reclamad territorios. Estas son las sabias palabras de Lancelot. De este modo, incluso si morís, vuestros hijos y vuestras viudas vivirán bien. ¿Acaso no tomasteis este difícil y retorcido camino por vuestros amigos y vuestra familia? Entonces trabajad juntos para mantenerlos alimentados y a salvo.

Los hombres rugieron cuando el joven terminó de hablar.

El muchacho volvió a ponerse de puntillas y levantó un dedo; los hombres se callaron de inmediato como cachorros esperando comida. Guardó la hoja en blanco en su bolsillo y continuó:

—Pero somos hombres que disfrutan de una buena batalla. Esos débiles lores y damas no pueden satisfacer nuestra sed de sangre; por eso debemos competir entre nosotros para mantener afiladas nuestras garras y nuestro ingenio. Propongo que cada año nos reunamos en este mismo día y mantengamos viva la herencia de nuestras familias. Por ejemplo, todos sabéis que el hombre que está ante mí es el hijo del Halcón.

Algunos hombres se inclinaron respetuosamente hacia Dimbercove.

—¡El Halcón dominaba los caminos en su época! —gritó alguien.

La voz culta y educada del joven continuó resonando:

—Exactamente. Y todos debéis conocer la famosa danza del Halcón. Frente a mí está el hijo mayor del otro famoso salteador de caminos, la Cobra. Y junto a él está nuestro hermano más reciente y talentoso, el Hombre Pluma de Gallina. Aprended de ellos y bailad. Quien tenga la actuación más aterradora ganará.

Los hombres se miraron con desconcierto. Habían recibido tantos golpes en la vida que era comprensible que su inteligencia se hubiera resentido.

En pocas palabras, tardaron en entender.

En cambio, los tres hombres mencionados dieron un paso al frente y comenzaron a bailar. Uno se arrastró por el suelo siseando, otro agitó los brazos como alas, y el tercero movió la cabeza como una gallina picoteando arroz.

Cuando el espectáculo terminó, volvieron a sus puestos.

Algunos hombres se rascaron la cabeza.

El muchacho se inclinó solemnemente ante los que habían actuado y continuó:

—En lugar de luchar con armas y cortar cabezas, bailad para decidir quién es el mejor. Si no sabéis bailar, premiad al mejor cazador, arquero o cocinero. Después celebrad una competición final entre todos los ladrones de Inglaterra para decidir quién es el mejor de todos.

Un gran grito de entusiasmo estalló cuando por fin comprendieron lo que quería decir.

Comenzaron a discutir los detalles llenos de emoción.

La idea era fascinante.

Un hombre encendió un cigarro de tabaco barato y sopló distraídamente el humo hacia el rostro del muchacho. Era el más educado y el más viejo del grupo, por lo que su estatus no era menor que el de Lancelot. Lo conocían como el Fantasma Asediado, y habló con una voz temblorosa llena de emoción:

—Esto es sentar las bases para una Olimpiada de ladrones. Brillante. Además de deportes, trepar muros, moverse entre sombras, trucos de carterista y más pueden servir para decidir quién es el mejor de los mejores. Es una oportunidad maravillosa para

demostrar finalmente nuestro valor y terminar con estas pequeñas disputas.

El muchacho tosió al inhalar una bocanada de humo barato, y los hombres se volvieron hacia él con preocupación.

William también se tensó al ver los ojos de Elizabeth enrojecerse mientras seguía tosiendo.

El sonido era demasiado delicado, demasiado femenino.

Maldición, la descubrirían.

El muchacho se limpió los ojos.

—Mi cuerpo es débil; debo regresar a descansar.

Los hombres se inclinaron con tristeza, reacios a dejar marchar a alguien tan iluminado. Uno de ellos se atrevió a preguntar:

—¿Le gustaría a Lancelot ser nuestro líder?

—El líder debe ser el ganador de la competición y debe cambiar cada año; eso es lo que él desea. En cuanto a su participación… —tosió— ha decidido retirarse. Este es su adiós definitivo.

Algunos ojos se enrojecieron al oír la noticia; incluso hubo quienes derramaron lágrimas.

El muchacho sonrió y, entre los sollozos de los criminales, seguido por el hijo menor del Halcón, desapareció en la noche para siempre.

Poco después, una sombra que se parecía notablemente a William se separó de un árbol y, junto con los guardias del duque escondidos entre los arbustos y los hombres de Lord Savill colgados de las ramas, siguió al travieso muchacho hasta su casa.

Unas horas más tarde, William estaba sentado en el estudio de Ingram House, rodeado por los cuñados de Elizabeth. Había pensado que aquella noche hercúlea había terminado, pero justo cuando estaba a punto de irse a dormir, había llegado esta nueva oleada de visitantes nocturnos.

CAPÍTULO CUARENTA Y NUEVE

La luz de las velas titilaba, proyectando sombras inquietantes que trepaban por las paredes e iluminaban a los hombres reunidos en el estudio.

El fuego casi se había apagado y el frío empezaba a colarse en la habitación. William evitó deliberadamente llamar a un sirviente para que lo avivara.

Esperaba que el frío animara a aquellos visitantes nocturnos a concluir su asunto con rapidez y marcharse.

Los miró con los ojos entornados, sin ánimo de ocultar su irritación, aunque todos los que tenía delante estaban rodeados de riqueza y poder y, si quisieran, podrían quitarle la vida con un simple gesto.

Debería haber tenido miedo, pero estaba demasiado cansado, y lo único en lo que podía pensar era en su cama cálida y suave.

Miró de reojo al duque de Blackthorne y maldijo en silencio su mala suerte. El duque era viejo y, por derecho, debería haber estado ya dormido. Sin embargo, estaba sentado con la espalda recta, clavándole una mirada alerta e inteligente. El único signo de su edad avanzada era el toque de canas en su cabello, una profunda línea alrededor de la boca y las manchas de la edad en el dorso de las manos.

Mientras tanto, el marido de Celine, el conde de Devon, estaba medio recostado en el sofá con un ejemplar de los poemas de Philbert Woodbead cubriéndole los ojos. William sospechaba que aquel hombre sensato estaba dormido y sintió una inmediata simpatía por él.

El marido de Dorothy, lord Huxley, tenía a los siete perros sentados encima, de modo que solo se veían partes de su cuerpo. Entretanto, lord Savill estaba sentado junto al duque y miraba a William con ojos calculadores.

—Encierra a esa niña en su habitación —ordenó el duque—. No permitas que salga.

—Lord Snyder está muerto —le recordó William—. Ya no soy responsable de ella.

Aún no, añadió para sí, pero no pensaba mostrar sus cartas a aquel grupo tan maleducado.

Lord Savill se pasó una mano por la cara.

—Se plantó en medio de un grupo de sabuesos del demonio sin la menor señal de miedo. ¿Acaso es… un poco corta de entendimiento? Incluso habló y los incitó contra la misma clase a la que pertenece.

—¿Por qué no la detuviste, Darby? —Lord Huxley escupió un pelo de perro de su boca y lo fulminó con la mirada—. No deberías haber permitido que saliera de esta casa.

William se irritó. Aquellos hombres eran sus futuros cuñados, y si no se defendía hoy, lo acosarían para siempre en las reuniones familiares.

Habían irrumpido en su casa en mitad de la noche y ahora estaban haciendo exigencias. Y aunque él estaba tan preocupado como ellos por el desprecio que Elizabeth había mostrado por su propia vida esa noche, eso no significaba que fuera a permitir que lo interrogaran como si fuera un criminal.

Cierto, no había sido claro con Elizabeth antes, en el estudio, acerca de sus intenciones, pero había estado empezando a decidirse.

¿Acaso no había cubierto de besos su garganta?

¿Pensaba ella que él era el tipo de hombre que rehuía asumir responsabilidades? Aquel momento había sido íntimo, difícil, intenso, y él había estado tan confundido como ella, murmurando tonterías a su oído.

¡Al diablo con todo! No era una paloma… y, sin embargo, había arrullado.

En su vida había arrullado, ni había permitido que una mujer se marchara antes de que hubieran terminado completamente lo que habían empezado.

¿Acaso su contención en aquel momento ardiente no revelaba lo que sentía?

—Eres un idiota —las palabras del duque atravesaron su cráneo.

William perdió la paciencia.

—Podríais haber cortado la cabeza de todos y cada uno de esos piratas terrestres, ya que habíais enviado un ejército para protegerla desde las sombras y habríais resuelto todos los problemas de Inglaterra esta noche.

—Necesito a algunos de esos hombres. No puedo mantener a raya a mis enemigos, que son una amenaza mucho más siniestra, sin unos cuantos individuos poco recomendables a mi lado —respondió el duque con calma—. Y si mis hombres hubieran actuado, ella habría corrido aún más peligro.

William apretó el vaso de brandy que tenía en la mano, y fue un milagro que no se quebrara bajo su fuerza.

—Si quieren encerrarla, háganlo. Yo no lo haré.

—Nadie debería hacerlo —intervino finalmente lord Savill, poniéndose del lado de William—. La última vez que lo intentamos, se negó a comer hasta que la dejamos salir y, al final, había perdido bastante peso. Esa muchacha es lo bastante obstinada como para enfermar solo para salirse con la suya. Lo único que podemos hacer es seguir protegiéndola en secreto.

William frunció el ceño.

—Pero tampoco podemos ignorar sus acciones y dejarla correr por ahí como un ganso suelto.

El duque sonrió.

—Entonces cásate con ella, dale unos cuantos hijos, y estará demasiado ocupada para pensar en otras cosas. Quiere emoción; dásela en la cama.

—¿Eso funcionó con la duquesa? —preguntó lord Huxley con un brillo divertido en los ojos.

El duque apretó los labios.

—La duquesa… es muy parecida a Eli, aunque no tan insensata ni tan malcriada. Jamás se pondría en peligro.

—Celine sí lo haría —intervino el conde—. Se coló otra vez en el Desperate Lark, el barco pirata del Black Rover. Quería ver una tierra nueva. Yo solo puedo seguirla adonde vaya mientras rezo por nuestra seguridad.

—Lord Darby, cásese con Elizabeth —ordenó el duque—. Pagaré todas sus deudas.

—Pagaré mis propias deudas —gruñó William.

—Aun así —se encogió de hombros el duque—. Debe casarse con ella. Elija una fecha.

William inclinó la cabeza hacia un lado.

—Su Gracia, no lo entiendo. ¿Por qué el hombre que debe casarse con ella tengo que ser yo? Me halaga, pero me desconcierta. Seguramente toda la alta sociedad está deseando casarse con una joven tan hermosa y con una dote excelente. Además, todo el mundo conoce su afecto por Eli. Casarse con ella significaría entrar en la familia del duque de Blackthorne, y mejor aún: cada persona en esta habitación está emparentada con ella y posee una cantidad asombrosa de riqueza, respeto y conexiones. Si se unieran, podrían gobernar Inglaterra.

El duque parecía impaciente.

—Ya pasó mi hora de dormir.

William no retrocedió; entrelazó los dedos y esperó con calma.

El duque murmuró algo entre dientes y finalmente dijo:

—Esta noche todos nosotros teníamos hombres siguiendo a Elizabeth. Pero entre los guardias había un joven que no pertenecía ni a los ladrones ni a nuestros hombres. Estaba sentado en un árbol, oculto entre las sombras, tenso y preparado. Cuando Eli dio un paso al frente para hablar, apretó las manos con tanta fuerza que las uñas se le clavaron en las palmas, rompiendo la piel y dejando marcas en forma de medialuna.

El duque se inclinó y abrió a la fuerza los dedos de William para mostrar la evidencia.

—Mató a lord Snyder, algo que ni siquiera yo me atreví a hacer por temor a provocar la ira del rey. Desafió a la muerte para protegerla, entró solo en una guarida de ladrones y cumplió todos sus deseos mientras ella vivía bajo su techo, por no mencionar el asunto de la mermelada de grosella. Todo eso solo puede significar una cosa: la ama. No ama su riqueza, su estatus o sus conexiones, sino a ella.

William palideció y apartó la mirada, sintiéndose como si de repente lo hubieran desnudado y obligado a bailar un vals.

Era la primera vez que alguien enumeraba sus acciones y exponía su corazón ante él y ante el mundo. Todo aquel tiempo había evitado reconocerlo, llamándolo atracción, afecto y otras tonterías que no definían realmente la profundidad de sus sentimientos.

Ahora, frente a la expresión comprensiva del duque, ya no podía negarlo.

El duque soltó un suspiro cansado y vertió un vaso de brandy sobre la palma herida de William, haciéndolo exclamar de sorpresa.

—Estaba tan preocupado por Eli que ni siquiera se dio cuenta de que estaba sangrando.

Sacó un pañuelo con el emblema de Blackthorne bordado en el borde y limpió la mano de William con gestos suaves, como si estuviera acostumbrado a cuidar de los más jóvenes.

—Todos los que estamos aquí nos enamoramos de una Fairweather, y queremos lo mismo para la más joven. Ahora, ¿entiende por qué solo puedes ser usted?

William retiró la mano y la escondió bajo el escritorio para ocultarla de la vista. Sus espesas pestañas oscuras temblaron mientras enfrentaba a los hombres con su secreto al descubierto.

La lámpara titilante a su lado iluminaba la mitad de su rostro pálido y apuesto, dejando la otra en sombras. De pronto parecía muy joven y perdido, lo que ablandó los corazones de los presentes.

Siempre había pensado que no era digno de Elizabeth, pero ahora, mientras las palabras del duque resonaban en sus oídos, comprendió que quizá no era del todo cierto.

El amor no podía comprarse, ni con riqueza ni con conexiones; por eso era mucho más valioso, y los hombres que tenía delante entendían claramente esa verdad.

Un marido rico y poderoso podría darle un hogar estable, pero ¿se preocuparía por ella cuando desapareciera en mitad de la noche y la seguiría sin preocuparse por su propia seguridad? ¿Sabría cómo hacerla feliz o entender sus cambiantes estados de ánimo?

Su corazón se contrajo al pensar en ella acostada sola, indefensa y enferma, demasiado orgullosa para admitir ante sus hermanas que

no tenía a nadie a su lado en momentos de necesidad. Su espíritu se quebraría poco a poco, y entonces ni la riqueza ni las conexiones podrían aliviar el dolor de su corazón.

Pero si él estuviera a su lado, sabría qué hacer, cómo hacerla sonreír y cómo aliviar su malestar.

Sus ojos se posaron en la alfombra de rosas y, vagamente, en la tenue luz, distinguió la mancha de tinta que no habían logrado borrar por completo. Eli había volcado el tintero aquel día cuando le preguntó si ella era digna de su tiempo.

Lo era, tan digna que él quería darle todas sus horas, toda su maldita vida.

En cuanto a él, su amor lo hacía digno de ella.

Otros hombres de la alta sociedad nunca lo entenderían, pero él sabía que no necesitaba mantenerla en casa con un niño cada vez que buscara aventuras. En lugar de eso, simplemente debía pedirle que administrara su hacienda, porque ella era mucho más capaz que él y además lo disfrutaba.

Pagar sus deudas, preocuparse por las finanzas y emprender nuevos negocios mantendría su mente activa y entretenida.

Ningún otro hombre en Inglaterra permitiría a una mujer semejante libertad y respeto.

Finalmente inclinó la cabeza en señal de derrota.

—He recibido muy poco en la vida, y cuando alguna vez obtuve algo sin haber hecho nada para merecerlo, fue tanto más precioso. Eli ha hecho mucho por mí.

—Ya pasó hace rato mi hora de dormir —le recordó el duque con impaciencia.

William obligó a salir las palabras.

—Quiero casarme con ella, no para recompensarla por su devoción, sino porque quiero hacerlo.

El duque dio una palmada.

—Haré que la duquesa...

—Espere —lo detuvo William apresuradamente—. La he disgustado y ha malinterpretado lo que quise decir. Déjeme cortejarla como corresponde. No puedo ni voy a obligarla.

Lord Savill asintió con aprobación.

—Tiene razón. Este asunto no debe apresurarse. Después de todo, aún son jóvenes. No hay necesidad de precipitarse.

Lo discutieron un rato más, pero la conclusión siguió siendo la misma. William cortejaría a Elizabeth, como era su derecho, antes de fijar una fecha para la boda.

Cuando los hombres se marcharon, William se apartó de la puerta y se quedó de pie cerca de la mancha en la alfombra. Tras un momento, tomó el tintero de su escritorio y vertió con cuidado unas gotas de tinta junto a la marca existente.

El sol comenzaba a elevarse sobre el horizonte y, como si alguien hubiera volcado jarras de acuarelas, un tenue tono rosado y anaranjado empezó a extenderse por el cielo.

A la luz del amanecer, observó cómo las dos manchas de tinta se unían. Sus labios se curvaron ligeramente y un destello de su lado más travieso brilló en su expresión.

¿No sería maravilloso tener siempre a su lado a la persona que tenía el poder de iluminar su vida incluso a cincuenta millas de distancia?

¿La merecía?

Quizá no, pero ¿qué hombre sensato aceptaría una novia que roba carruajes? Si se viera obligada a casarse con un caballero bien educado, acabaría convirtiéndose en una sombra.

No, ella necesitaba a un bribón como él, alguien que conociera cada faceta de su ser y que se deleitara en complacer alegremente su locura.

Pero primero debía seducirla a fondo, hasta que no pudiera escapar.

No permitiría que escapara.

—Mi lord —el ayuda de cámara llamó a la puerta—. La señorita Fairweather regresó a Finnshire mientras usted estaba ocupado parloteando.

CAPÍTULO CINCUENTA

Jo miró a William desde la silla junto al hogar en el salón de la mañana.

—¿Por qué estás fulminando con la mirada el sombrero de Elizabeth?

El sombrero marrón tejido que colgaba de su dedo índice estaba adornado con frutas hechas de lana de colores y cintas de seda; era horrendo.

—Elizabeth ha enviado un recado; quiere que le devuelvan sus pertenencias —respondió William con sequedad.

—Tendré que reunirlas yo; los sirvientes no pueden tocar sus cosas. ¿Enviará un carruaje para recogerlas?

El sombrero que tenía en la mano era tan grande que cubría por completo la cabeza de Elizabeth, ocultando su hermoso cabello castaño claro. Entrecerró los ojos, arrojó el sombrero al fuego y lo observó arder.

—Si quiere sus pertenencias, tendrá que venir a buscarlas ella misma.

—¿Por qué hiciste…? Ah, a veces no te entiendo, William.

Jo suspiró y se frotó la cabeza.

—Me voy a dormir. Me duele la cabeza desde hace todo el día, y hace tanto calor…

William parpadeó y miró por la ventana hacia los árboles cubiertos de nieve que brillaban en el crepúsculo.

¿Calor?

Frunció el ceño y la despidió con un gesto, distraído.

Al principio, cuando había descubierto las intenciones de Elizabeth hacia él, había querido mantener las distancias. Se mostraba contenido y reservado con ella porque no quería aprovecharse de su confianza y de sus sentimientos solo porque él era mayor y tenía más experiencia.

Ahora que ella se había convertido en una joven inteligente y entendía sus propias necesidades y deseos, él podía bajar la guardia y verla como a una igual.

Las máscaras habían caído, y por fin los dos se enfrentaban tal como eran. Pero antes de que pudiera alegrarse por ese nuevo estado entre ellos, ella había decidido huir.

Alguien capaz de hacer que criminales curtidos se arrodillaran… había huido.

Se bebió un vaso de brandy de un trago y sintió el ardor bajarle por la garganta y calentarle el estómago. Tras un momento contemplando el sombrero chamuscado, se dirigió con paso decidido hacia la habitación de Elizabeth.

Rara vez se aventuraba en aquella ala de la casa, y al llegar frente a la puerta de Elizabeth se detuvo, preguntándose si debía cruzar el umbral.

El brandy, el sombrero y las voces de sus futuros cuñados lo empujaron a seguir adelante. Abrió la puerta y entró.

Era una habitación encantadora, delicada y floral, llena de seda y encaje. Estaba repleta de adornos preciosos que parecían fuera de lugar en la empobrecida casa Ingram.

Miró dentro de un jarrón alto junto a la puerta y encontró una espada con empuñadura enjoyada escondida allí. Un arco y unas flechas estaban colocados sobre el armario, con las puntas asomando por el borde y delatando su presencia, mientras que una barba postiza había quedado olvidada sobre la alfombra.

Elizabeth solo permitía que su doncella limpiara su habitación y, considerando los secretos que la joven guardaba, aquello era de esperar.

Se acercó al escritorio junto a la ventana y encendió una vela. El sol se había puesto hacía rato, y la última luz de la tarde estaba a punto de desaparecer. Una lluvia suave mezclada con nieve comenzó a caer, y el repiqueteo de las gotas contra la ventana parecía acompasarse con los latidos de su corazón.

Sobre el escritorio había un estuche de escritura de sándalo rojo. Lo abrió y encontró un diario acomodado en el compartimento forrado de seda.

Sus dedos se detuvieron sobre el diario y, tras una leve punzada de conciencia, lo abrió.

El comienzo del libro estaba lleno de una letra que parecía como si un grupo de gusanos hubiera sido mojado en tinta y arrojado desde un acantilado sobre las páginas. Pero más adelante la caligrafía mejoraba, y la tinta se volvía más clara.

Leyó la primera página.

«Hoy conocí a la señorita Josephine Ingram y a su primo, Lord William Edmond Darby. He decidido casarme con él, ya que es pobre, guapo y parece fácil de manejar.»

Soltó una risita y pasó la página.

«Debo aprender todo lo posible sobre él si voy a ser su esposa. No le gustan las cosas dulces, desprecia la sopa y adora el brandy. Lee The Gentleman's Magazine, Blackwood's Edinburgh Magazine, The Literary Gazette y enormes tomos cuyos nombres no recuerdo; en fin, todos suenan tremendamente aburridos.»

«Sus ojos son bonitos, y los míos también, así que nuestros hijos tendrán ojos hermosos, aunque el resto de ellos resulte con aspecto de sapo.»

«Le gusta dormir hasta el mediodía, lo cual, con razón, debería ser lo normal, porque levantarse temprano es una absoluta vergüenza y una falta de respeto hacia la noche, que es cuando empieza la diversión.»

«No fuma mucho ni toma rapé, pero sí bebe un poco de brandy todas las noches antes de acostarse. Me pregunto si su cara se pondrá roja cuando esté borracho. Seguro que entonces no se vería tan guapo. Me gustaría verlo borracho alguna vez y burlarme de él por ello.»

«No creo que nada pueda hacerlo menos hermoso. Esta noche lo vi completamente hundido en sus copas, y su piel enrojecida solo lo hacía más atractivo. Quizá, si contrajera la viruela, podría hacerlo apenas un poco menos guapo. Si alguna vez enfermara o contrajera alguna enfermedad, entonces me retiraría a un pintoresco pueblo y lo cuidaría hasta que recuperara la salud.»

«Le pregunté a Jo si él parecía enfermizo o tenía un cuerpo débil y le rogué que me avisara de inmediato si alguna vez se ponía terriblemente enfermo. Ella cree que soy horrible por desear algo así. Tendré que preguntarle a Penny si lo encerraría por mí en una casa de campo.»

«Penny se negó y pidió a un médico que me diera algunas pócimas amargas.»

Pasó varias páginas, y las anotaciones ya eran de la Eli adulta. La sonrisa se desvaneció de sus labios.

«Jo mencionó a Mary esta noche, y él salió de la habitación al oír su nombre. Esa mujer lo persigue incluso después de muerta. Ojalá hubiera sido mayor, más sabia y más poderosa cuando lo estaban obligando a pasar por el altar. Nunca lo habría permitido.»

«Debo recordar decirle al ayuda de cámara que insista en que lleve un paraguas cada vez que salga. Le resulta engorroso cargarlo, pero se resfría con facilidad.»

«Lord S vuelve a molestarlo para que pague la deuda. Lo encontré esta noche y le advertí que se mantuviera alejado. Lord S no necesita el dinero; simplemente disfruta haciendo que los demás se sientan insignificantes. Además, sospecho que los pagarés que tiene en su poder son falsos. Es un zorro astuto y casi descubrió mi identidad. Me lastimé la rodilla al escapar de su casa; el muro era más alto de lo que esperaba, y el hombre tenía lobos en lugar de perros vigilando el patio. Más tarde, en la casa Ingram, oculté bien el dolor y creo que Jo no descubrió nada. Duele.»

Ante un amor tan ardiente y apasionado, que no había hecho más que profundizarse con el tiempo, ¿cómo podía permanecer impasible?

Pasó a la penúltima página, con los dedos temblando.

«Esta noche me contó un gran secreto, y hablamos de otros asuntos que no puedo escribir aquí. Sé que no me ama, y ya he hecho las paces con ese conocimiento, pero lo que me desgarró el

corazón fue que dijo que yo no lo conocía. ¿Cómo puede decir palabras tan crueles?

Él sabía que yo era Lancelot y, por lo tanto, conocía la mayoría de sus actos. La verdad no es que yo no lo conozca, sino que él no me conoce a mí; de lo contrario, ¿por qué pensaría que podría amar a un hombre tonto y cobarde? Siempre supe que tenía una voluntad fuerte y que era capaz, pero él solo me veía como una niña difícil y rebelde.»

Pasó la página, con un presentimiento de temor en el corazón.

«No puedo seguir; duele demasiado. Por eso, esta noche dejaré descansar a Lancelot, enterraré la espada y regresaré a Finnshire. Él puede resolver sus propios problemas; mi intervención no es bienvenida.

Mañana dejaré de amarlo.»

Una gota cayó sobre la última página, junto a una mancha de lágrima igual a ella, como si fuera un sello que marcara el final de algo profundo.

—Mi lord —jadeó el mayordomo—. La señorita Ingram se ha desmayado.

CAPÍTULO CINCUENTA Y UNO

El viento sacudía los árboles; las ramas raspaban contra las paredes de la casa y una corriente de aire frío silbaba constantemente por los corredores, robando todo el calor. La lluvia helada incluso caía por algunas chimeneas rotas e inundaba unas cuantas habitaciones en ruinas.

Pero a William no le importaban en absoluto ni el viento furioso ni la lluvia azotadora mientras miraba a Jo, que yacía en la cama, con preocupación.

—William, simplemente no comí lo suficiente, y el corsé estaba demasiado apretado. —Jo le apretó la mano, clavando las uñas en sus guantes—. No tengo fiebre, ni tos, ni escalofríos. ¿Por qué llamarías al doctor Medley desde tan lejos por una tontería así?

William frunció los labios con escepticismo.

—Le daré un día, y si sigues indispuesta… —se interrumpió cuando el ayuda de cámara llamó a la puerta—. Ah, Muttons, por fin estás aquí. Necesito enviar un mensaje urgente.

Jo lo miró con irritación.

—Dijiste que me darías un día.

Él ignoró a su prima y escribió rápidamente una nota.

Señorita Fairweather,

Jo está gravemente enferma. Puede que no sobreviva ni una quincena.

Regrese a casa de inmediato.

Jo, mordisqueando una galleta, leyó el contenido de la carta y parpadeó confundida.

—¿Eh?

—Recuerda actuar como si estuvieras en tu lecho de muerte cuando ella llegue. —Selló el sobre y se lo entregó al ayuda de cámara—. Dáselo a Buttons y dile que lo envíe con urgencia.

—Estás siendo malvado y cruel. —Jo entrecerró los ojos—. William, déjala en paz, te lo ruego.

—Quiero casarme con ella.

La galleta cayó de la mano de Jo.

—¿De verdad?

—Sí.

—¿Por qué?

—Yo… le tengo cariño.

—¿Estás bromeando?

—No.

—¿Saltarías al Támesis por ella?

—En un cálido día de verano, sí.

Jo lo miró con severidad.

—William, no quería admitirlo, pero me estás obligando. Si la lastimas y tengo que elegir entre ustedes dos, elegiré a Elizabeth.

—¡Jo!

—Tiene más dinero y mejores conexiones.

William sonrió de pronto.

—La amo. ¿Es razón suficiente para convencerte?

Jo se quedó atónita un momento antes de aplaudir con deleite. Su enfermedad parecía haber desaparecido con aquella noticia.

—Oh, soy tan feliz… pero te estará bien merecido si se niega a regresar. Tendrás que sufrir por ella tanto como ella ha sufrido.

Él bajó las pestañas.

—¿Sufrió mucho?

—Sí. William, prométeme que la harás feliz, o te prohibiré casarte con ella.

Él apartó su mano y se levantó.

—¿Eres su prima o la mía?

—Estás sonrojado. —Jo lo miró sorprendida—. Ah, ahora puedo morir feliz.

—No hables así.

—Eres tú quien escribe que estoy en mi lecho de muerte.

—Ve a dormir.

—Ve tú a dormir.

—No soy yo quien se desmayó como una damisela.

Jo lanzó una almohada a su espalda cuando se marchaba.

—Cuida tus palabras, o cuando Eli regrese le diré que fuiste horrible conmigo mientras estaba enferma.

—Lo espero con gusto.

***

Mientras tanto, en Finnshire, Elizabeth tenía dolor de estómago. Sus labios estaban blancos con un tinte azulado, y apenas podía levantar la cabeza mientras suplicaba a su doncella, Molly, que le diera algo de comer.

—¿Qué desea, señorita? —Molly se retorcía las manos.

—Comida —respondió Elizabeth, sintiéndose como si estuviera en un barco, mareada.

—¿Qué clase de comida?

—Pan —murmuró finalmente Elizabeth con debilidad.

—¿Solo pan? ¿O también té? ¿Le gustaría con mantequilla… no el té, sino el pan? Su gracia ha enviado un pan de frutas; ¿se refiere a eso?

—Mmm.

—Puede que ya se haya acabado… han pasado unos días. Señorita… señorita, ¿está dormida?

Jane entró en la habitación con paso decidido, miró el rostro pálido de Elizabeth apoyado sobre el escritorio y espetó:

—¿Qué ha pasado?

—La señorita pidió comida, pero no me dijo qué quería. —Molly tartamudeó—. Luego se quedó dormida.

—Se ha desmayado. —Jane controló su frustración y tocó la frente de Elizabeth—. Cuando una persona está enferma, no la interrogues; haz lo posible por ayudarla dándole lo que creas que necesita. Si no puedes ayudar o no sabes qué hacer, busca a alguien que sí pueda. Una persona enferma no puede tomar decisiones por sí misma, porque su mente está confusa.

Los ojos de Molly se llenaron de lágrimas.

—Yo…

Jane estaba demasiado preocupada e impaciente para ocuparse de ella.

—Corre a buscar a un lacayo. Necesito que alguien me ayude a levantarla y ponerla en la cama.

Molly salió corriendo, pero en lugar de un lacayo regresó con Dimbercove.

—Lo siento —dijo Dimbercove, quitándose el sombrero e inclinándose—. No pretendía entrometerme, pero oí a Molly decir que Eli —la señorita Fairweather— ha enfermado. Lord Darby me dijo que esto podría suceder y le preocupaba que su doncella lo olvidara. —Sacó unas hojas de papel cubiertas de una escritura firme y elegante y se las entregó a Jane—. Lo dejó por escrito.

Jane leyó la nota.

El uso prolongado del tónico glow a veces la enferma, pero el médico me ha asegurado que no es nada de lo que debamos preocuparnos. Aun así, debemos evitar que recaiga, así que por favor dale todos los días la preparación herbal que él ha recetado. Es amarga y solo la tomará si se tiene algo dulce a mano para después.

La leche, la crema y los alimentos pesados deben evitarse, pero no debe saltarse las comidas y debe comer a horarios regulares. He incluido algunas recetas de sopas ligeras que le gustan.

Jane siguió leyendo, y sus cejas se alzaron con asombro. La carta estaba llena de detalles sobre los gustos y disgustos de Elizabeth que ni siquiera Molly, que había estado con ella durante diez años, había logrado deducir.

Lord Darby no consideraba a Elizabeth mimada ni una molestia, sino que procuraba atender cuidadosamente cada una de sus necesidades. No se burlaba de su crianza privilegiada, no ignoraba ni desestimaba su enfermedad como la mayoría de los hombres habría hecho, ni la dejaba a merced de su doncella.

Los ojos de Jane se llenaron de lágrimas mientras apartaba el cabello del húmedo rostro de Elizabeth.

—Elegiste a un buen hombre. Bien hecho, Eli.

Al día siguiente, Elizabeth se sentía lo bastante bien como para sentarse en la sala familiar con su madre y sus hermanas.

La señora Fairweather observó cómo Elizabeth soplaba el té y daba un sorbo.

—Eli, ¿quieres que secuestre a lord Darby?

Elizabeth dejó la taza sobre la mesa y respondió con calma:

—No, gracias.

—¿Podría atarlo y obligarlo a confesar? —insistió la señora Fairweather.

—¿Tortura? —Celine se animó—. ¿Con plumas?

—Podríamos darle mucho dinero —dijo Dorothy—. A los hombres les gusta el dinero.

—¡Ya sé! —Penelope aplaudió—. Arruinamos sus perspectivas, lo dejamos en la miseria y, cuando esté en la calle, hambriento y viviendo entre ratones, llegarás en un carruaje elegante con una botella de whisky y un cuenco de gachas calientes y le ofrecerás salvarlo. Entonces te amará.

—No —discreparon todas al unísono.

—Entonces un poco de besos —dijo la señora Fairweather tras un momento—. O algo más, y luego los sorprendemos en pleno acto y los enviamos corriendo a Gretna Green.

Elizabeth agarró la taza de té y se tragó su contenido humeante, ocultando su rostro furiosamente sonrojado.

La señora Fairweather y sus hermanas continuaron ofreciendo consejos. No podían soportar ver a Elizabeth triste y la acosaban con planes, todos los cuales ella rechazaba.

Elizabeth sabía que su familia tenía buenas intenciones, pero cada mención de lord Darby era como una puñalada en el corazón. Todos aquellos meses escondida en su casa la habían acostumbrado a su presencia, y ahora que no podía verlo todos los días, la hacía sentirse enferma.

Su casa ahora le resultaba más familiar que la suya propia, y sentía que ya no podía respirar si no compartían el mismo aire.

A medida que los días pasaban, sus emociones empeoraban constantemente y apenas lograba contener las lágrimas.

Esa desesperación por otro ser era algo que nunca había sentido antes. Ahora comprendía que lo que había creído que era amor había sido solo un pálido reflejo de la realidad: un boceto tosco de

un paisaje vívido y lujoso que insinuaba tormentas ocultas y valles hermosos más allá de lo imaginable.

Ahora que lo entendía, era sobrecogedor e intenso, tanto que apenas podía soportar el torrente de sentimientos; pero justo cuando pensaba que se desintegraría, llegó un mensaje pidiéndole que regresara con urgencia porque Jo había caído gravemente enferma.

El corazón de Elizabeth se hundió, el miedo se filtró en sus huesos y, sin perder tiempo, se apresuró a prepararse para partir.

La señora Fairweather y sus hermanas se despidieron de ella con alegría mientras una vez más subía al carruaje y se dirigía a Ingram House. Esta vez iba acompañada de baúles llenos de los vestidos más hermosos y escandalosos, que le recordaron que debía usar cada día a la hora de la cena.

Sus hermanas le aconsejaron que debía aprovechar al máximo su escote. Los hombres no podían pensar frente a suaves curvas, y si esos dos pequeños montículos además se movían un poco, entonces el cerebro de un hombre se derretía por completo y se volvía estúpido.

Debía usar sus atributos y obtener la victoria, la animaron, mientras el carruaje avanzaba hacia Ingram House y ella se sonrojaba.

CAPÍTULO CINCUENTA Y DOS

Elizabeth saltó del carruaje y cayó sobre la suave nieve, que se levantó en una nube a su alrededor. Sus medias se empaparon, pero no se dio cuenta porque lord Darby caminaba hacia ella con grandes zancadas, la mirada intensa y decidida.

Sintió una punzada de miedo e incertidumbre. ¿No quería que regresara? Pero ese mensaje había sido escrito de su puño y letra… sus pensamientos se dispersaron cuando él la envolvió en sus brazos, ignorando a los sirvientes escandalizados que los rodeaban.

Su corazón retumbaba mientras su aroma y su calor la rodeaban, disipando el frío del invierno. Quería hablar, apartarlo, pero su mente y su corazón parecían estar en guerra, dejándola confundida y aturdida, como un pájaro que vuela directo contra una ventana olvidando que la última vez que lo hizo se golpeó el pico y perdió el conocimiento.

Cuando él se apartó, sus ojos estaban ligeramente enrojecidos.

—Jo no se ve bien. Estaba desesperado…

—Lo entiendo —respondió ella con toda la frialdad que pudo.

Aquel abrazo de hacía un momento… él simplemente había estado alterado y necesitaba consuelo; no tenía que explicarlo. La gente hacía todo tipo de cosas extrañas cuando estaba alterada. Sin ir más lejos, su vecino el señor Devon comenzaba a lamer el papel de las paredes cada vez que su hija lo visitaba, mientras que su propio primo segundo había corrido voluntariamente vueltas alrededor de su casa antes de su noche de bodas.

Él la miró un momento y de repente le tomó la mano.

—Los sirvientes nos vieron…

—No importa. Están bien pagados y son discretos.

Su boca se torció hacia abajo, y ella frunció el ceño confundida. ¿Por qué estaba molesto? Seguramente no pensaría que ella exigiría ir a la iglesia solo por esto.

La arrastró al interior mientras ella aún reflexionaba sobre su extraño comportamiento.

—Eli, me alegra que estés aquí —dijo con sinceridad.

Ella habló sin pensar.

—Eres familia; por supuesto que vendría en un momento así.

Ambos se quedaron quietos, y ella deseó poder lanzarse a la nieve y enterrarse como un cisne que busca peces en un lago.

Su boca se movió ligeramente después de un momento, pero no lo contradijo.

Ella se aclaró la garganta.

—Quiero decir… todos somos hijos de la tierra, británicos de nacimiento, así que en cierto sentido somos una gran familia. Todos los humanos están emparentados. Después de todo, nacimos de Adán y Eva. Ellos son nuestros antepasados muchas veces lejanos; por lo tanto, estamos relacionados.

Su rostro se volvió rojo mientras balbuceaba tonterías y, aunque había llegado con el viento y el hielo, su cuerpo comenzó a sentirse caliente e incómodo.

Él asintió con seriedad.

—Lo entiendo y estoy completamente de acuerdo con cada palabra que dices. Somos, en efecto, una familia.

Su corazón comenzó a latir con fuerza ante esas palabras, y su mente se quedó en blanco. ¿Por qué se comportaba de forma tan distinta? Sus ojos tenían una nueva calidez, y la miraba como si fuera un delicioso conejo asado que quisiera devorar.

¿Acaso la enfermedad de Jo le había trastornado la mente?

Era posible, ya que había perdido a toda su familia y a todos los que amaba. Así que era natural que temiera perder también a Jo.

—Sobre lo de antes —susurró justo antes de entrar en el salón matinal—. ¿Podría golpearse la cabeza contra la pared unas cuantas veces, solo hasta que pierda el recuerdo de lo que ocurrió hace un momento?

—¿Quieres que olvide que nos abrazamos? ¿O la parte en la que dijiste que éramos los nietos de Adán y Eva?

—Silencio —chilló ella—. Todo. Olvídelo todo.

—Me temo que quiero recordarlo durante el resto de mi vida.

Ahora sentía que todo su rostro ardía.

—Entonces finja olvidarlo y no vuelva a mencionarlo jamás, milord, por favor.

—No.

—Creía que era usted un caballero.

—Un grave malentendido por su parte. No soy nada de eso. Ahora hace demasiado frío.

Le quitó los guantes y el abrigo como si todos los sirvientes se hubieran convertido en fantasmas invisibles y la condujo al salón familiar, donde tres grandes chimeneas rugían con entusiasmo.

—Siéntate junto al fuego.

—¡Eli! —Jo, recostada en un gran sillón, sonrió radiante.

Se veía fresca y sonrosada, incluso un poco más rellena, y Elizabeth se preguntó si la habían engañado haciéndole creer que estaba enferma.

Jo, ajena a la sospecha de Elizabeth, saltó del sillón y corrió hacia ella.

—Estoy tan contenta de que estés aquí. Lady Fowler está tomando una siesta, y antes estaba tejiendo un nuevo sombrero para ti. William quemó el otro; lo vi arrojarlo al fuego. Déjame abrazarte…

Pero nunca llegó a los brazos de Elizabeth porque, de repente, su voz se apagó, su cuerpo se desplomó y cayó en un desmayo total.

***

Jo despertó poco después de que la acomodaran en la cama. Su piel se había vuelto pálida y la fina piel bajo sus ojos parecía amoratada a la luz de la tarde.

Alguien había ido a buscar al médico. Mientras tanto, Elizabeth, al ver a su amiga en ese estado, estaba profundamente conmocionada.

—¿Voy a morir, Eli? —susurró Jo.

—No —la voz de Elizabeth tembló—. No pareces tan enferma, solo un poco… desmejorada. Una buena noche de descanso es todo lo que necesitas.

Jo asintió y cerró los ojos obedientemente mientras Elizabeth salía de la habitación.

No podía soportar quedarse más tiempo en la casa. Las paredes de Ingram House parecían de repente rezumar miedo y angustia, y se sentía sofocada.

Había dejado de nevar y el sol se mantenía bajo en el cielo, pero sin preocuparse por la temperatura helada ni por la noche que se acercaba, se puso una capa roja oscura y salió apresuradamente.

Además del estanque descuidado de la finca Ingram, a un corto paseo, había un lago artificial. Cuando se acercó, se sorprendió al ver a alguien caminando sobre la superficie del lago como una criatura sobrenatural.

Sabía que solo era una ilusión. Un estrecho puente de piedra cruzaba el lago, pero estaba construido tan bajo que, cuando el agua subía, ocultaba su existencia. Desde donde estaba, todo lo que podía ver era a un hombre alto y apuesto que parecía una belleza etérea deslizándose sobre la brillante superficie del agua.

Era lord Darby, que también había escapado de la casa debido al sentimiento de angustia y temor que había provocado el repentino desmayo de Jo.

Sus hombros estaban encorvados y sus hermosos rasgos mostraban melancolía. Se detuvo en medio del puente y contempló el agua burbujeante y creciente. Sus ojos bajos parecían dibujados con la tinta más oscura, perfectamente curvados y levantándose suavemente en las comisuras.

Era como si una selkie hubiera salido del agua, se hubiera puesto su piel humana y esperara a su amante. Solo una criatura de otro mundo podía hechizar de esa manera, y a Elizabeth le resultaba difícil apartar la mirada.

Una ráfaga de viento cortante le golpeó el rostro y la devolvió a la realidad.

El lago debería haber estado congelado, pero la temperatura había sido cambiante: nevaba un momento y al siguiente la nieve se convertía en agua. Mojarse los pies en aguas tan heladas seguramente causaría congelación.

Caminó apresuradamente hacia él, con el corazón latiendo con fuerza.

—Bájese del puente —dijo bruscamente antes de poder detenerse —. Sus pies se le van a caer en cualquier momento.

Él la miró, y su mirada se volvió más profunda.

—¿Estás preocupada por mí?

—Pensaba en Jo. Ella necesita que usted esté bien para que pueda cuidarla. Si se enferma, entonces…

Él tomó su brazo y cruzó el puente con ella, llevándolos a ambos a terreno más seco. Su ánimo seguía pensativo.

—¿Por qué ocultas tu corazón bondadoso?

Ella quiso discutirle, pero al considerar su pregunta se dio cuenta de que estaba siendo infantil.

¿Qué tenía de malo preocuparse por otra persona? ¿No era natural? Después de todo, ellos eran… amigos.

Sus pies empezaron a dolerle y a sentirse incómodos por el breve contacto con el agua helada. Aceleró el paso hacia la casa.

—Creo que se ha vuelto un hábito. Ya sabe cómo es mi familia… quieren protegerme de todo mal.

—La mayoría de las familias son así.

Ella meditó sus palabras y luego negó con la cabeza.

—Yo era una niña enfermiza que lloraba mucho. Pero un día, cuando tenía seis años, me desperté por un alboroto abajo. Salí de mi habitación a escondidas y miré entre los barrotes de la barandilla a mi familia reunida en el vestíbulo. Mi madre estaba llorando mientras mi padre advertía a todos que no me dijeran que mi abuelo había muerto. Sabían que yo estaba muy unida a él y temían que me rompiera el corazón.

Lord Darby no la interrumpió, pero su mano se cerró con más fuerza alrededor de su codo.

El sol comenzó a descender y la oscuridad crecía poco a poco, pero ninguno de los dos pareció notarlo mientras seguían caminando por el sendero, lleno de sombras de hojas y ramas.

A mitad de camino, algunos sirvientes llegaron con lámparas para guiarlos de regreso a casa, perturbando brevemente la calma.

—¿Y luego? —la animó él.

Elizabeth se inclinó distraídamente un poco más hacia él mientras retomaban el paseo y continuó recordando:

—Ese fue solo un incidente entre muchos. Mi familia intentó ocultar el hecho de que mi pato mascota había muerto porque lo alimenté demasiado, y cuando rompí mi muñeca, la reemplazaron por una nueva diciendo que la habían arreglado. Todos parecían pensar que yo estaba hecha de porcelana y que una verdad amarga me haría pedazos. Así que decidí dejar de tener un corazón tan sensible, porque si lo tienes, la gente empieza a ocultarte cosas.

—Así que decidiste ser fuerte. —Él le sonrió desde arriba.

Ella asintió.

—No es agradable que te engañen constantemente y no te digan las cosas. Me hacía sentir infeliz, como si no fuera alguien en quien se pudiera confiar, sino una carga a la que había que proteger. Yo quería que mi madre llorara en mi hombro y que mis hermanas compartieran sus preocupaciones conmigo. ¿Acaso no significa eso formar parte de una familia?

—No lo sabría, pero suena agradable. —Le pasó un brazo por los hombros y la acercó a él—. Estás temblando.

—Usted también —respondió ella al sentir que sus dedos temblaban—. Tome, use mi calentador de manos. Ha estado en el agua más tiempo que yo.

Él tomó su mano enguantada, la colocó sobre el calentador y la cubrió con la suya.

—Podemos usarlo los dos.

Su pecho se sentía como si cien conejos estuvieran saltando dentro de él, y ese extraño calor volvió a subir y teñir su piel.

—Esto no es apropiado.

—Los sirvientes son discretos —replicó él, devolviéndole sus propias palabras.

Ella miró sus manos entrelazadas y tiró un par de veces para intentar liberarse, pero él se negó a soltarla.

Había dicho que no era un caballero, y ella empezaba a entender por qué.

—El médico está aquí —el mayordomo corrió hacia ellos y les hizo una señal urgente.

Los charcos de luz dorada proyectados por las lámparas de aceite que los sirvientes sostenían suavemente balanceándose iluminaron

el camino frente a ellos mientras se apresuraban hacia la casa.

Sus manos seguían firmemente entrelazadas.

Un momento después, como si quisiera distraerla de la conversación que se avecinaba con el médico, él acercó los labios a su oído y dijo:

—No terminamos nuestra conversación porque huiste de vuelta a Finnshire.

Todo su cuerpo pareció hormiguear cuando su aliento rozó su oído sensible.

—¿Q...qué?

Él pareció satisfecho al ver la expresión aturdida en su rostro y se enderezó.

—Nada, ya llegamos. Cámbiate a ropa seca y reúnete conmigo en la habitación de Jo.

CAPÍTULO CINCUENTA Y TRES

Afuera había una tormenta de nieve. Los copos blancos caían del cielo como polvo de azúcar, y el vendaval los arrojaba juguetonamente de un lado a otro.

Elizabeth caminaba de un lado a otro por la habitación mientras el médico sostenía la muñeca de Jo y le tomaba el pulso. Le hizo algunas preguntas, y su rostro rojo y arrugado se volvía cada vez más grave a medida que Jo respondía.

El médico se volvió hacia la joven ayudante que estaba a su lado, le susurró unas palabras y corrió las cortinas de la cama.

La mujer examinó a Jo y finalmente anunció en voz baja:

—Señorita Ingram, está usted embarazada.

Elizabeth soltó una risa.

—Eso no puede ser.

El médico se aclaró la garganta y dijo con tono apologético:

—Tendré que informar a lord Darby.

Elizabeth miró a Jo con diversión.

—Jo, diles que es imposible.

La sonrisa desapareció de sus labios cuando no recibió respuesta desde detrás de las cortinas de la cama.

—¿Jo?

—No se lo diga a mi primo —la mano de Jo salió de debajo de las cortinas y sujetó el brazo del médico—. Por favor. No podrá soportarlo.

—Lo entiendo, pero es solo cuestión de tiempo antes de que empiece a notarse —respondió él con suavidad.

Elizabeth seguía confundida.

—Pero ella no está casada. ¿Cómo puede ser?

—Creciste en una granja, Eli —replicó Jo con angustia—. ¿Te has vuelto estúpida?

Elizabeth miró a su amiga, asimilando lentamente la noticia, pero aun así sin comprender.

¿Cómo era posible?

Jo era una buena chica: la erudita educada y correcta que no pensaba en otra cosa que en los libros.

Pero aun así… ¿con quién podría haber tenido una aventura? Vivían juntas, comían y bebían juntas, y compartían todos los pensamientos que se les pasaban por la cabeza, ¿no era así?

—No lo entiendo —Elizabeth de pronto se sintió increíblemente angustiada y casi extendió la mano para ofrecerle su propio pulso al médico—. ¿Cómo es posible?

—¿Los hombres no pueden desearme? —preguntó Jo con franqueza.

Elizabeth no discutió con ella como en el pasado ni salió furiosa de la habitación. Simplemente se sentó en silencio mientras Jo bebía una taza de té que la enfermera le había entregado.

Elizabeth observó a su amiga esconder los labios temblorosos detrás de la taza de té y sintió que el corazón se le encogía.

Las preguntas podían esperar.

Se inclinó hacia delante y apartó un rizo detrás de la oreja de Jo.

—No tengas miedo; yo me encargaré de esto.

Jo rompió a llorar y la abrazó.

—¿Cómo vas a arreglarlo, Eli? ¿Cómo?

—Dime quién es el responsable y obligaré a ese hombre a casarse contigo.

—No.

—Es la única manera.

—¿Puedes ocultárselo a William?

—Confía en él. No es tan mezquino como crees.

—Le romperá el corazón.

—Jo, tarde o temprano lo sabrá. ¿No preferirías que lo oyera de ti?

—Espera. Solo hasta que… hable con el responsable de esto.

—¿Puedes confiarme el nombre? Jo… por favor.

Jo se mordió el labio y soltó de golpe:

—El conde de Leigh.

Elizabeth parpadeó.

—¿Cuándo se volvieron tan cercanos?

—Quería cortejarte a ti —Jo apartó la mirada—. Me pidió ayuda el día en que confesaste a William. Me acosó con cartas hasta que cedí y lo ayudé diciéndole qué cosas te gustaban o a quién pensabas visitar… tonterías inofensivas. Nos encariñamos mientras seguíamos intercambiando cartas, y luego visité su casa.

—Las carreras de caballos —recordó Elizabeth.

—Me di cuenta de que nos habíamos tomado cariño. Así que, mientras tú creías que estaba ocupada aprendiendo a ser la señora de una casa y haciendo visitas matutinas, empecé a reunirme con él en secreto.

—Entonces, cuando lo sepa, se casará contigo.

Jo negó con la cabeza.

—Su madre no lo aprobará.

—Entonces huyan.

—Eli, el mundo no piensa ni actúa como tú. Él adora a su madre y nunca irá contra su voluntad.

—No buscó su aprobación cuando se acostó contigo —replicó Elizabeth con brusquedad—. Ese hombre debe asumir la responsabilidad de lo que ha hecho.

—Este asunto no es de tu incumbencia —gritó Jo—. Creo que deberías regresar a Finnshire.

Elizabeth acomodó una almohada detrás de Jo.

—Me quedaré hasta verte casada.

—¡Elizabeth! No te queremos aquí, ni yo ni mi primo.

Elizabeth palideció ante aquellas palabras duras, pero no cedió.

—No me marcharé hasta que este asunto se resuelva, por muy crueles que sean tus palabras.

***

Un relámpago rasgó el cielo y el trueno resonó como si un dios estuviera enfadado.

William se apartó de la puerta que conducía a la habitación de Jo y regresó a su estudio. Se quedó junto al fuego, esperando que el calor disipara el frío que se había instalado en sus huesos.

Esta nueva circunstancia era una broma cruel, como si alguien que controlara su destino estuviera jugando con las cuerdas de su corazón.

Estaba cansado de contener su amor por Elizabeth, pasara lo que pasara, y entonces le recordaban su mala suerte.

¿Cómo podía conseguir lo que deseaba tan fácilmente?

¿No era por eso por lo que había dejado de desear cosas en primer lugar?

Presionó el pulgar contra el índice y cerró los ojos con fuerza.

¿Cómo pudo Jo hacer algo así? ¿Por qué había dado ese paso?

Había fallado en su deber hacia ella. No había notado los cambios en su comportamiento.

Su propio dolor lo había cegado ante los problemas de Jo; por eso ahora toda esperanza estaba perdida.

No debió ser egoísta; algunas personas nacen para servir a los demás, o serán castigadas.

Había deseado a Elizabeth, había querido casarse con ella y había soñado con la felicidad, pero el destino se había reído: un hombre con sangre en las manos no merecía paz.

—William.

Elizabeth había entrado en algún momento sin que él se diera cuenta, y oír su nombre en sus labios lo devolvió al presente.

—Eli, ¿quieres una copa?

Ella aceptó el vaso de whisky y un cigarro.

—Pareces… ¿el médico te lo dijo?

—Lo oí por casualidad.

Ella soltó un suspiro.

—Él se casará con ella.

—Y si no lo hace, tendré que ocupar su lugar.

Las manos de Elizabeth temblaron mientras cortaba el cigarro.

—Aún no está todo perdido.

Él se apartó del fuego y la miró fijamente.

—Tengo miedo.

Los ojos de ella se alzaron hacia su rostro con sorpresa.

—Lord Darby, confíe en mí, encontraré una solución. Jo no es Mary.

—No quiero casarme con ella… nos haría muy infelices a los dos.

—Si el conde se niega, podemos esconderla en el campo. Ya no asiste a la temporada, así que unos meses lejos...

—No abandonará al niño. Yo jamás lo permitiría.

—Yo fingiré que es mío y lo criaré; después de todo, algo así se espera de mí.

Sus pestañas temblaron y su piel, como un melocotón perfectamente maduro y sonrosado, parecía pedir que la mordieran.

Él maldijo en voz baja y avanzó hacia ella.

En un instante la tenía entre sus brazos y la estaba besando.

El cigarro se deslizó de entre sus dedos y cayó silenciosamente sobre la alfombra.

Sus emociones estaban desbordadas y se sentía desamparado; ella era el único ancla en su vida.

La besó como si pudiera calmar todos sus dolores: la estrella del norte, constante y siempre presente, que había brillado sobre su vida gris y trágica. Amándolo desde lejos, su afecto había permanecido firme y obstinadamente inquebrantable, sin importar lo torcido que hubiera sido el camino.

¿Cómo no iba a conmoverlo?

La levantó y la presionó contra la pared. Se separó brevemente para susurrar:

—Abre la boca.

Ella obedeció… naturalmente obedeció. Todo su cuerpo se había vuelto blando y se había derretido como un charco de miel bajo el roce persuasivo de sus labios.

Lo besó con pasión, negándose a soltarla. Todo le había sido arrebatado uno por uno; todo lo que le daba alegría y todos los que le ofrecían amor le habían sido quitados.

Sus corazones latían frenéticamente, desesperados, y sus respiraciones llegaban en jadeos cortos.

Esta vez él no le recordó que respirara, porque él también había olvidado cómo hacerlo.

Las yemas de sus dedos abrasaban su piel mientras su lengua se deslizaba para enredarse con la de ella. Sus cuerpos se aferraban el uno al otro como si intentaran fundirse.

Esta vez los besos no eran suaves, lentos ni dulces, sino ardientes y llenos de un deseo áspero.

Esta vez no quería inclinarse ante el destino.

Esta vez quería proteger y atesorar a la persona que más significaba para él y, curiosamente, no fue el nombre de Jo el que apareció en su mente, sino el de Elizabeth.

El vestido de ella resbaló de sus hombros y se acumuló en su cintura. Su piel brillaba y resplandecía como si estuviera espolvoreada con oro.

Sus dedos acariciaron su pecho, ligera, tan ligeramente que ella sintió como si una mariposa hubiera rozado su piel y, cargada de polen, hubiera salido volando. Se sentía caliente y húmeda, y el aire estancado de la habitación no hacía nada por aliviar esa sensación.

Cada parte de su cuerpo hormigueaba y, recordando el placer que había sentido la última vez, tembló de anticipación.

Su corazón empezó a latir aún más rápido y las llamas parecían correr por su piel mientras él dejaba caer besos por todo su cuerpo.

Pero, aunque su mente estaba aturdida, recordó bajar la mano y acariciarlo.

Él se estremeció ante aquel contacto repentino e íntimo, y sus ojos se abrieron con sorpresa.

Esa sensación, ese increíble conocimiento de que podía complacerlo de otra manera, la llenó de alegría, y continuó explorando y provocando.

La mente de él quedó deliciosamente en blanco, sus preocupaciones apartadas por las acciones de ella. Permaneció casi pasivo, dejándola tocar, sentir y jugar.

A veces ella acariciaba suavemente; otras veces, sus uñas se hundían o raspaban sobre la tela, haciéndolo temblar.

No pasó mucho tiempo antes de que su control se quebrara. Apartó la mano de ella y, en cambio, se frotó contra su cuerpo a través de las capas de ropa.

No era suficiente para ninguno de los dos. No era suficiente para satisfacer la necesidad que crecía entre ellos.

Pero por ahora tendría que bastar.

Separó sus labios, se arrodilló ante ella y se inclinó hacia su abrazo.

—Todo saldrá bien —prometió en voz baja, besando su pecho—, porque esta vez lucharemos juntos.

CAPÍTULO CINCUENTA Y CUATRO

A la mañana siguiente, el conde de Leigh se presentó en la sala matinal de la casa Ingram.

—Señorita Ingram, la amo con ardor —declaró.

Elizabeth, sentada en el taburete del piano, asintió con entusiasmo.

El conde echó un vistazo a la cabeza de Elizabeth, que no dejaba de asentir, palideció y cayó de rodillas.

—Cásese conmigo, mi queridísima Josephine.

Elizabeth levantó la mano, preguntándose si debería añadir una melodía romántica para mejorar el ambiente.

El conde se estremeció y se postró ante Jo.

—Moriré sin usted.

William observaba todo el espectáculo con un brillo en los ojos.

Jo, mientras tanto, masticó una uva, la tragó y preguntó:

—¿Su madre no tiene ninguna objeción?

—Soy un hombre adulto —tembló el conde—. No temo al amor.

—Puede retirarse —dijo William, que ya había tenido suficiente de aquella tontería.

El conde pareció confundido.

—¿Cuándo será nuestra boda?

—No habrá boda —respondió William con cortesía.

El conde cruzó la mirada con Elizabeth y enseguida dejó caer unas lágrimas.

—Provengo de una familia respetable. Nos adoramos; por favor, ¿por qué debe separar a dos enamorados?

William decidió ser duro.

—Su rostro me desagrada.

El conde enseñó los dientes, intentando parecer más atractivo.

—Mandaremos grabar un plato con su nombre para nuestro pequeño hogar. Pensaba pintar las paredes de azul para que combinen con sus ojos.

—Los ojos de Jo son verdes.

—Me he equivocado.

—Haré como si también se hubiera equivocado al querer casarse con ella.

—¿Entonces nada hará que cambie de opinión?

—No.

—Rechazo la dote y, en cambio, le pagaré yo.

—No.

—¿Por qué no?

—Mi lord —dijo William con amabilidad—, es usted un buen hombre. Estamos en medio de un problema familiar. No quiero ser descortés, pero lo mejor será que se retire. En cuanto a casarse con Jo, es imposible.

El conde hizo una reverencia, mordisqueó su sombrero durante un momento y luego aceptó la derrota.

Una vez que se marchó, William se frotó el entrecejo.

—Eli, pensé que íbamos a resolver esto juntos.

—¿Pero no es maravilloso? —parpadeó Elizabeth—. El hombre vino por su cuenta y confesó su amor. No tuvimos que hacer nada.

—Le diste una paliza —observó Jo con calma.

William espantó a los sirvientes que se habían agrupado en el pasillo, cerró la puerta y regresó a su asiento.

—Descubrí temprano esta mañana… que la esposa del hermano mayor del conde fue asesinada porque dio a luz a dos hijos muertos y ningún heredero vivo. Él se volvió a casar en menos de un año.

Elizabeth quedó atónita.

—El conde no parece cruel.

Él continuó como si no la hubiera escuchado:

—¿Crees que Jo estaría a salvo en una familia así? El conde de Leigh conoce bien los hechos, por eso no quiere enfrentarse a su madre. ¿Cómo podría una familia así aceptar a Jo como su esposa? Lo más probable es que se deshagan de ella antes de la boda o después.

—Pero el conde la protegerá —objetó Elizabeth—. Ellos… tuvieron un hijo, así que debe amarla.

—El deseo de un hombre no tiene nada que ver con el amor —le dijo con franqueza—. No serás tan ingenua como para pensar eso, ¿verdad?

El rostro de Elizabeth se sonrojó y bajó la mirada. Tras un momento, preguntó:

—Entonces, ¿qué piensas hacer?

—Puede quedarse en casa, protegida y cuidada, en lugar de vivir en un lugar donde será ignorada o algo peor. Además, la alta sociedad ya nos rechaza…

—El niño sufrirá —señaló Elizabeth—. Puede que ahora no te importe, pero después…

—No me casaré contigo, William. —Jo estaba cansada de escucharlos hablar de ella como si no estuviera en la habitación—. Prefiero tener a este hijo como mujer soltera, enfrentar la ira de la sociedad y ser rechazada antes que hacer lo que hizo mi hermana.

William levantó la mano en gesto conciliador.

—Jo, escúchame...

—No —replicó ella—. ¿Cuánto tiempo más vas a sufrir por los errores de mi familia? ¡Nada de esto es culpa tuya!

Rompió a llorar y arrojó el cuenco de uvas al suelo. Golpeó la alfombra, pero no se rompió, lo que la enfureció aún más.

—Basta, William, deja de ser un mártir; me enferma. Estoy cansada de verte hacer todo lo posible por mi felicidad… tu bondad me pesa. Tengo que comportarme y ser una joven disciplinada porque tú has renunciado a toda tu vida y tu felicidad por mí. ¿Por qué no puedo tener la libertad que tiene Eli? No quiero enterrar la cabeza en los libros, aceptar mi destino y quedarme soltera. Deja de tratarme tan bien, te lo ruego.

Él palideció y pareció visiblemente enfermo, como si cada palabra de Jo lo hubiera golpeado físicamente.

Elizabeth dudó por un instante, pero al final corrió hacia Jo.

—Shh, pensaremos en algo. Tenemos tiempo. No llores; toma, bebe un poco de té. ¿Quieres algo de tostadas? ¿Naranjas? Mi hermana envió algunas desde su invernadero.

Jo siguió sollozando mientras William observaba con desdicha. Sus problemas nunca parecían terminar.

***

Los ojos de Elizabeth se abrieron de golpe cuando percibió a alguien corriendo frente a su habitación. En un instante, se puso una bata, se acercó a la puerta con un candelabro en la mano y miró hacia el pasillo.

Vio una figura doblando la esquina.

Las campanas de la iglesia a lo lejos sonaron dos veces, indicando que era tarde en la noche.

Elizabeth tragó su miedo a la oscuridad, apagó la vela para ocultarse y la siguió rápidamente.

Ese abrigo de piel de zorro color crema sobre los hombros de la figura que huía le resultaba familiar.

Las paredes parecían exhalar aire frío, helando el ambiente, robándole todo el calor de la piel y haciéndola temblar bajo la fina bata de satén que se había puesto sobre la camisa de dormir.

A medida que la distancia entre ellas se acortaba, se dio cuenta de que la mujer no era una sirvienta ladrona, sino Jo.

Mantuvo sus pasos ligeros mientras su mente giraba en confusión.

¿Adónde iba?

Jo no podía estar yendo a ver al conde, ya que esa misma mañana había parecido indiferente hacia él y lo había rechazado incluso después de que le suplicara matrimonio.

Su mente se llenó de preguntas… ¿cuántos secretos guardaba Jo?

La oscuridad intensificó el temor en su pecho cuando se dio cuenta de lo sola que estaba en una mansión que no era su hogar.

Durante los últimos dos días, Jo se había vuelto una desconocida, llena de secretos y planes que la inquietaban y la hacían dudar de su lugar en esa casa.

Una ráfaga helada pasó junto a ella, haciéndola estremecerse sin control. No podía encender una vela, ni tenía un plan; esas eran las dos cosas que solían reconfortarla en momentos como ese y fortalecer su ánimo.

Aumentó la velocidad y casi corrió tras Jo, pero su amiga era más rápida. Abrió la ventana de la sala matinal y saltó afuera.

Elizabeth la siguió apresuradamente, agradecida por la pálida luz de la luna que se acumulaba en el alféizar. Su corazón se estabilizó al acercarse a la luz, y su mente volvió a funcionar.

¿Estaba la joven planeando hacer algo insensato, como escapar de sus vidas para liberar a Lord Darby?

Desechó la idea en cuanto surgió. Jo no era de tomar el camino cobarde, ni tan imprudente como para poner en peligro su vida o desaparecer sin dejar rastro, sabiendo bien que eso heriría profundamente a Lord Darby.

Cansada de especular, se inclinó sobre el alféizar y miró hacia afuera. La suerte estaba de su lado: Jo no se había alejado mucho, sino que permanecía lo bastante cerca de la sala matinal como para que pudiera escuchar.

La luna estaba casi llena, y su luz bañaba a dos personas que estaban muy juntas en un estrecho sendero de piedra.

Jo sostenía la mano de un hombre: una figura alta y delgada que le resultaba familiar… inquietantemente familiar.

No era el conde; no, esa persona era mucho más alta y, por la ligera joroba en la parte superior de la espalda, parecía también mucho mayor.

Ella inclinó la cabeza para oír mejor.

—Te negaste a responder a mis cartas… lo descubrieron —sollozó Jo de forma incoherente.

—Salí en cuanto recibí tu mensaje urgente informándome de nuestro hijo. Después, me retrasé por las consecuencias de la tormenta. La nieve se había acumulado y los árboles caídos bloqueaban los caminos. Jamás abandonaría a mi familia.

El hombre bajó la cabeza y besó a Jo en la boca.

El beso fue profundo, apasionado y ansioso, y ninguno de los dos se molestó en ocultar el sonido de sus labios ni sus gemidos.

El rostro de Elizabeth se acaloró, y apartó la mirada. Esa voz… le resultaba familiar, la había oído muchas veces.

—Jo —dijo el hombre con voz ronca—, inclina la cabeza hacia la derecha… en un ángulo de veinte grados. Eso es.

Ah, entonces lo comprendió; era el profesor de matemáticas, el señor Marlowe, de Atterberry House. ¡Aquel del que todas las chicas se habían encaprichado!

—¿Quién es ese hombre?

Elizabeth estuvo a punto de gritar cuando alguien susurró detrás de ella. Se giró y encontró a Lord Darby mirando fijamente a la pareja entrelazada.

Su corazón latía con fuerza, pero recordó llevarse un dedo a los labios para indicarle que guardara silencio.

Él frunció el ceño, tomó distraídamente su mano y empezó a frotarla entre las suyas para darle calor. Ninguno llevaba guantes; aquel contacto directo le quemó la piel.

Tras un momento, acercó los labios a la concha de su oído y preguntó:

—¿Lo conoces?

Ella asintió e intentó apartarse, pero el alféizar ya se le clavaba en la espalda y no tenía a dónde huir.

—¿Debería detener esto? —susurró, con un atisbo de ira—. Ellos están…

Sus ojos descendieron hacia los labios de ella, y Elizabeth se apresuró a sujetarle la muñeca. Un tenue vaho escapó de sus labios cuando habló.

—T...tranquilo.

Al ver que no parecía convencido, se inclinó hacia él, imitando su gesto anterior, y murmuró junto a su oído:

—Creo que él es el padre del bebé.

Él la miró, aturdido.

—¿Hmm?

—Shh… escuche.

Se volvió de nuevo hacia la pareja.

Jo hablaba otra vez, pero ahora su conversación era demasiado baja para distinguirla.

Elizabeth intentó concentrarse y se inclinó un poco más por la ventana, pero toda su espalda hormigueaba, como si el aire entre ella y Lord Darby se hubiera condensado y vuelto tangible. Sentía el

calor de su cuerpo y ya no podía concentrarse en la pareja que coqueteaba a unos pocos pasos.

Jo seguía hablando con su amante, pero Elizabeth ya no lograba entender las palabras. El hombre detrás de ella había capturado todos sus sentidos.

Oía la respiración constante de Lord Darby y el suave roce de las telas cada vez que su bata de satén se deslizaba contra su ropa. Solo sentía el ritmo rápido y tenso de su aliento en la nuca y el calor que emanaba de su cuerpo, protegiéndola del aire helado de la noche.

La pareja seguía susurrando y besándose de vez en cuando. Finalmente, cuando Jo comenzó a volverse hacia el salón, Lord Darby tiró de Elizabeth hacia sus brazos, la hizo girar lejos de la ventana y se escondieron detrás de una silla alta de cuero rojo.

Fue un movimiento fluido y silencioso, propio de dos personas acostumbradas a pelear y difíciles de sorprender.

La oscuridad los envolvía, lejos de la luz de la luna. A su lado, la chimenea estaba fría y silenciosa. Solo su respiración rápida y suave rompía el silencio, y el vaho blanco que escapaba de sus labios se entrelazaba en el aire.

El corazón de Elizabeth golpeaba con fuerza; Lord Darby ahora rodeaba por completo su esbelta figura. Era la primera vez que un hombre la sostenía cuando apenas llevaba una fina camisola y una bata de satén. La situación, tan escandalosa, la hizo estremecerse.

Él creyó que tenía frío y la atrajo aún más hacia sí.

Su mente quedó en blanco, y su cuerpo se agitó como si tuviera voluntad propia.

Su calor era agradable, tan agradable que casi se acurrucó contra su pecho, como si estuviera embriagada.

Sus labios rozaron su cuello una vez, como por accidente, y él se tensó y clavó las uñas en su brazo a modo de advertencia.

El torpe regreso de Jo al interior fue lo bastante ruidoso como para devolver a Elizabeth a la realidad. Se concentró en el sonido de sus enaguas y sus zapatillas al caer sobre la alfombra. Su respiración era tan rápida e irregular como la de ellos.

Jo no miró alrededor; claramente tenía la mente en otra cosa. Se apresuró a regresar por donde había venido, y Elizabeth soltó lentamente el aire que había estado conteniendo.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó Lord Darby.

Ella se dio cuenta de que aún estaba aferrada a su camisa y apoyada en su calor. Soltando las manos, se puso en pie de un salto.

—Hablaré con ella y averiguaré la verdad.

—¿Crees que ella… cuántos…? —no pudo terminar la frase.

—Jo no es así. Tengo la sensación de que el conde era una distracción. Ella siempre ha amado al señor Marlowe.

—¿Señor Marlowe?

—Nos enseñaba en el internado, y muchas chicas lo admiraban. No me tomé en serio el interés de Jo, ni pensé que él correspondería a sus sentimientos. —Su mente estaba confusa, sus palabras atropelladas—. No tengo del todo claro qué está pasando… pero deme algo de tiempo para averiguarlo.

—Un día —concedió al final—. Mi prima está besando a un extraño en mi casa… si no me hubieras detenido, lo habría matado.

—Si lo hubiera matado, habría terminado en la cárcel, y su prima tendría que criar sola al niño.

—Pero te tenemos a ti —replicó en voz baja—. Nunca dejarías sola a Jo. Además, si terminara en la cárcel, tú me sacarías de allí y me esconderías para siempre. ¿No es eso lo que más deseas?

Ella se apartó y caminó hacia el claro de luz lunar. ¿Sabía él lo profundos que eran sus sentimientos? De pronto sintió ganas de llorar.

—Eli —la llamó en voz baja.

Se volvió a regañadientes y, envuelta en la luz plateada, parecía casi etérea. Sus ojos se llenaron de lágrimas, y lo miró con una tristeza palpable. Las gotas brillaban como diamantes en sus pestañas, y sus labios parecían húmedos y suaves.

Él se acercó lentamente, levantó la mano y la llevó hacia su rostro; al ver que ella no se apartaba, apartó un mechón suelto detrás de su oreja. Sus dedos descendieron por su mejilla sonrojada y se detuvieron cerca de la comisura de su boca.

En esa hora tardía, mientras el mundo dormía, cada palabra y cada roce se intensificaban, y la visión anterior de la pareja besándose con pasión hacía la atmósfera aún más densa, hasta volverse casi insoportable.

Con un sonido ahogado, inclinó la cabeza y la besó profundamente, mostrándole su corazón sin necesidad de palabras. Su lengua encontró la de ella, acariciándola, mientras sus manos la atraían contra su cálido cuerpo.

Ya no podía dejar de tocarla cuando estaban solos. Su mente parecía volverse irracional, indómita y ansiosa. La suavidad de su piel, su dulce fragancia y su ternura lo llamaban, lo tentaban, lo arrastraban hacia pensamientos indecibles.

¡Maldición! Era como un incienso embriagador, envolviendo sus sentidos, girando alrededor de su cuerpo, adormeciendo poco a poco su mente y dejándolo necesitado, exigente.

La atrajo más cerca, queriendo un poco más, apenas un sorbo de su dulzura para calmar su sed. Sus manos se cerraron sobre su cintura, amasándola con cierta brusquedad, como si estuviera perdiendo el control.

Sus besos exigentes la obligaron a inclinar la cabeza hacia atrás, y sus piernas temblaron, amenazando con fallarle. Sus dedos se aferraron a sus hombros, apoyándose en su fuerza para mantenerse en pie.

Su piel se había vuelto tan sensible que incluso podía sentir la aspereza de sus dedos a través de la fina seda. Esos dedos ascendieron lentamente y rodearon sus pechos doloridos.

Sintió como si estuviera cayendo en un pozo profundo; el estómago le cosquilleaba y su piel parecía arder.

Un gemido escapó de sus labios, sobresaltándolos a ambos.

Aprovechó su vacilación para apartarse de un salto y poner distancia entre ellos, pero el aire seguía vibrando al ritmo de su corazón.

Sus ojos aún ardían con deseo y confusión. Parecían más oscuros y profundos que nunca, mirándola como si intentara hipnotizarla para que regresara a sus brazos.

—Elizabeth.

Dio un paso hacia ella, pero ella ya había recuperado la cordura y retrocedió con rapidez. No era momento de centrarse en sus propios sentimientos.

—T...tengo que hablar con Jo antes de que se vaya a dormir.

Su expresión se despejó como si le hubieran arrojado agua helada. Cerró los ojos y se frotó el entrecejo, recriminándose por comportarse como un adolescente en un momento así, por actuar como el mismo libertino que acababa de maldecir mentalmente al ver besando a su prima. Todas las coloridas maldiciones que había lanzado contra el desconocido ahora rebotaban contra él mismo.

¡Por el amor a la bondad, ya no era un muchacho inmaduro!

Ella interpretó su silencio sombrío como una señal de que podía retirarse.

—Quiero una explicación lo antes posible —le dijo él a su espalda cuando ella se alejaba—. Solo puedo tolerar hasta cierto punto, Eli. Un día más, y llamaré al responsable y lo retaré a un duelo.

CAPÍTULO CINCUENTA Y CINCO

Elizabeth encontró a Jo en su habitación, con velas encendidas que iluminaban cada rincón. Había un baúl sobre la cama y estaba metiendo cosas en él apresuradamente.

—¿Te vas? —preguntó Elizabeth con calma.

—¡Eli! —Jo se giró, sobresaltada. Sus ojos verdes estaban inusualmente brillantes, muy abiertos, sin rastro de sueño. Su cabello caía suelto y desordenado sobre los hombros.

—¿Golpeé al conde sin motivo alguno?

Jo se sonrojó y evitó su mirada.

—Me besó y declaró su afecto. Nada más ocurrió entre nosotros. Sabía que perdería el valor frente a su madre y se negaría a casarse conmigo. Además, William jamás permitiría que me casara con una familia así; por eso… yo… lo tenía todo planeado. Olvidé tenerte en cuenta…

—Ya veo. Él pensó que yo había descubierto sus sentimientos, y que, simplemente porque te besó, decidí que debían casarse.

Jo asintió.

—Algo así.

—Entonces, ¿el padre del bebé?

—Richard… el señor Marlowe.

—¿Cuándo dejaste de confiar en mí, Jo?

El silencio cayó en la habitación.

Tras lo que pareció una eternidad, Jo alzó la vista, con los ojos enrojecidos por la angustia.

—Richard es pobre, mucho mayor que yo y no tiene familia. Tú y William me habrían disuadido… y no pude evitar ocultarlo.

—¿Cuánto tiempo llevan juntos?

—Dos años. En la escuela no se fijaba en mí… pero volvimos a encontrarnos. Es pariente de la señora Farrow, en el pueblo, y la visita a menudo. Me lo crucé cuando llevaba caldo para ella cuando estaba enferma. Empezamos a hablar y… nos enamoramos.

—¿Es esa la verdad?

Jo se cubrió el rostro con las manos.

—Tenía miedo de tener esperanza… de confiar. Pensé que me quedaría soltera. Todos esos vestidos tan bonitos que Jane me conseguía para las temporadas no servían de nada. Ningún hombre me quería, excepto él. Yo también quiero casarme y tener una familia, Eli, y pensé que si eso no era posible, al menos podría tener un romance discreto y vivir el resto de mi vida con esos recuerdos. Pero al final, el niño… lo cambió todo, y ahora todo ha salido a la luz.

—¿Por qué estás empacando?

—Vamos a Gretna Green. Quiere casarse conmigo.

—Felicidades —la voz de Elizabeth fue fría—. No te detendré, y si hubieras confesado antes, quizá incluso te habría ayudado.

Jo tomó las manos frías de Elizabeth.

—Lo siento, estaba asustada y confundida. Sí confío en ti.

Elizabeth dio un paso atrás.

—He sido una tonta al entrometerme en los asuntos de tu familia todos estos años. Soy yo quien debería disculparse por interferir en cosas que no me conciernen.

Parecía haberse abierto un abismo entre ellas. Elizabeth no había hecho más que apoyarla todo ese tiempo, y sin embargo Jo había seguido ocultando y mintiendo. Estaba herida y no podía perdonarla con facilidad.

—Eli…

—Vete; debe de estar congelándose ahí fuera con este clima. Les deseo felicidad a ambos.

Jo dudó un momento antes de soltar un suspiro resignado.

—Te recuperaré —prometió con firmeza—. No todos podemos ser tan sinceros y de corazón limpio como tú, Eli. Algunos hemos tenido una vida difícil y nos cuesta amar con tanta franqueza y pasión. Perdóname esta vez.

Elizabeth apretó los labios y miró hacia la noche oscura y fría, ocultando sus ojos húmedos.

Jo hizo una profunda reverencia de disculpa y se marchó. En cuanto sus pasos se desvanecieron, Elizabeth corrió hacia el ala

oeste.

La puerta de la habitación de Lord Darby estaba abierta, y una vela casi consumida iluminaba una figura tras unos suaves cortinajes blancos. La tenue luz apenas alcanzaba una parte del cuarto, creando un círculo dorado que lo separaba del resto de la estancia, sumida en la oscuridad.

La figura en la cama se giró hacia la luz, y sus pasos se volvieron más ligeros al acercarse.

Lord Darby ya dormía, con la respiración tranquila. Sus largas pestañas oscuras descansaban sobre su piel pálida, proyectando sombras en sus mejillas como alas de un ángel oscuro.

Su labio inferior brillaba levemente, como si lo hubiera humedecido en sueños.

Después de la agitación de la noche, sus emociones habían salido a la superficie, amenazando con desbordarse.

Separó las cortinas de la cama y dudó… era raro verlo en paz, y sin embargo no podía pedir a los sirvientes que lo despertaran para darle la noticia de la fuga; era algo que debía manejarse con discreción.

Tendría que despertarlo ella misma.

Un aroma profundo, con notas de tabaco y brandy, impregnaba la habitación, casi embriagador por lo distinto que era del perfume de flores al que estaba acostumbrada en su dormitorio.

Ese olor parecía espesar el aire, volviéndolo denso, y tuvo que esforzarse más para respirar.

Contempló su figura dormida, disfrutando de ese momento, pero consciente de la urgencia.

Solo un instante más, se dijo, inclinándose hacia él, muy cerca de su rostro, queriendo satisfacer su curiosidad.

¿Sería ese aroma más intenso junto a su piel?

Un pensamiento peligroso la empujó de pronto a abandonar la cautela. Jo había sido lo bastante valiente como para ignorar las normas y arriesgarse solo para crear recuerdos.

Elizabeth deseó lo mismo; quiso deslizarse bajo las sábanas.

De repente, la llama de la vela crepitó con fuerza, como una advertencia, devolviéndola a la realidad. Se apartó de golpe, pero

una mano salió disparada y la sujetó por la nuca, impidiéndole escapar.

—Te atrapé.

Sus ojos se abrieron de golpe y la miró fijamente.

Ella se quedó inmóvil, con el corazón desbocado, como si hubiera corrido kilómetros. Las emociones contenidas estallaron, cálidas y turbulentas, dejándole la mente en blanco.

El silencio entre ellos se alargó, y a esas horas, con el mundo dormido, la tensión parecía intensificarse. Ambos estaban al borde de un abismo, y por muy traviesa que fuera Elizabeth, aquella era una línea peligrosa que dudaba cruzar.

Se dio cuenta de que no era tan valiente como Jo. Ante él, estaba completamente desconcertada y aturdida.

Él, en cambio, parecía demasiado consciente, demasiado despierto. Sus ojos brillaban con tal intensidad y determinación que ella no sabía cómo interpretarlo. La mano que sostenía su cabeza masajeó suavemente su nuca antes de ejercer presión, acercándola más.

Sus labios se detuvieron sobre los de ella por un instante tentador, como esperando algo, pero la mente de Elizabeth hacía rato que se había derretido, acostumbrada a ceder ante él sin cuestionar; simplemente lo dejó hacer.

Sus pestañas temblaron, y los dedos en su cuello vacilaron un instante antes de acercarla aún más, hasta que sus labios se encontraron.

Sintió como si se quemara.

Se habían besado antes, pero esta vez, en su cama, era diferente, más intenso. Todos sus sentidos se agudizaron, y cada parte de ella quedó envuelta en una confusión de placer.

En algún lugar de la casa, un perro gimió.

Ella se apartó, llevándose la colcha con ella. ¿Cuándo la había agarrado? Miró la tela, aún tibia por su calor, entre sus dedos, y de pronto se la echó sobre la cabeza.

Si él no podía verla, entonces no había ocurrido.

Tal vez estaba dormida, y todo aquello era un sueño absurdo, y cuando abriera los ojos, el mundo volvería a la normalidad, y él

dejaría de mirarla como si quisiera—

—¿Tímida? —su voz era ronca, sin rastro de burla.

Ella asomó la cabeza de golpe, con los ojos encendidos. ¿Tímida? ¿A quién llamaba tímida? No era una debutante ingenua ignorante del mundo.

Él alzó una ceja, y ella volvió a esconderse bajo la colcha.

Esta vez, él sí rio. Cuando su risa se apagó, intentó apartar la colcha de su férreo agarre.

—¿Entraste aquí por besos o…?

Sus ojos se abrieron de par en par y saltó de la cama. Tenía el cabello revuelto y la piel teñida de un rubor favorecedor.

—Han partido hacia Gretna Green; debe darse prisa.

Le tiró de los brazos, intentando arrastrarlo con ella.

—No se quede ahí parpadeando como un tonto. El señor Marlowe y Jo ya están en camino. Tenemos que ir tras ellos.

La diversión se desvaneció rápidamente, sustituida por la ira, y él entró en acción. Se dirigió a grandes zancadas hacia su guardarropa y lo abrió de un tirón.

—Iré solo.

—Iré con usted —protestó ella, y luego soltó un pequeño chillido.

Él se había quitado la camisa y estaba cambiándose por otra, y la tenue luz iluminó por un instante su torso desnudo.

Cuando recuperó el habla, continuó:

—Tenemos que mantenerlos a salvo y asegurarnos de que se casen. Aunque no creo que él le haga daño, nunca se sabe. La gente puede volverse extraña y guardar secretos…

Él volvió hacia ella y la besó en la boca, silenciándola.

—Lo entiendo.

Ella se quedó momentáneamente sin palabras otra vez antes de sacudir la cabeza y dar un paso atrás.

—Usted… usted deténgase.

—¿Detenerme en qué? —esperó, y como ella no respondió, añadió—: No creía que fueras del tipo tímido. Es intrigante.

—¿Por qué está tan contento? ¿No le importa Jo?

—Estoy intentando aferrarme a este raro momento… aquí… juntos.

Ya se había puesto el abrigo y ahora se ajustaba los guantes.

Ella chasqueó la lengua por lo bajo y le tomó la mano para ayudarlo. Él tenía razón; la vida podía terminar mañana, y lo único que quedaría sería el arrepentimiento.

Sus dedos fríos rozaron su piel desnuda mientras deslizaba sus dedos dentro de los guantes.

—Aún no llevas capa —lo reprendió él, quitando la colcha de la cama para envolverla—. No te enfermes; mi corazón no podría soportarlo.

Ella se quedó inmóvil ante sus palabras.

—¿Se ha comido una olla de azúcar? ¿Por qué hoy sus palabras son tan dulces?

—Probé la miel en tu lengua.

Ella se estremeció y se apartó.

—Me está haciendo sangrar los oídos.

La sonrisa que él le devolvió no llegó a sus ojos.

De pronto comprendió que estaba intentando distraerla de su preocupación. Su tono burlón era para calmar sus nervios.

¡Bah! No era ninguna tonta.

—Yo también tengo que prepararme. Espere un momento. Solo necesito una capa.

—Necesito que te quedes aquí —dijo él, bloqueándole el paso—. Lady Fowler está sola y no sabe lo que ocurre. Se alarmará si se despierta y encuentra la casa vacía. Además, estaré más tranquilo sabiendo que estás a salvo en casa.

Ella lo miró, queriendo discutir, pero se dio cuenta de que tenía razón.

—Lleve algunos guardias; ahora que Snyder está muerto, yo no necesito protección. Dimbercove es suficiente.

Él se quedó inmóvil.

—No volverás a encontrarte con Dimbercove sola por la noche.

Ella no le preguntó por qué; en cambio, lo empujó.

—Dese prisa. Dudo que hayan ido muy lejos.

Él no se movió, sino que siguió mirándola con una expresión complicada.

—¿Qué ocurre? —preguntó ella.

—Si quieres irte, no lo hagas sin despedirte.

Sus ojos brillaron a la luz vacilante, y a ella le dolió el corazón al comprender lo que quería decir.

Sus padres no se habían despedido de él antes de dejarlo solo en el mundo, ni había podido decir adiós a su hermano, el niño no nacido que nunca tuvo la oportunidad de mostrar su rostro.

Incluso Jo se había marchado sin avisarle.

Y ahora temía que ella regresara a Finnshire y no volviera jamás. Todos esos años, había sido ella quien corría tras él, pero ahora parecía que él también temía que desapareciera de su vida.

—Esperaré a que regrese —prometió ella. Cuando él siguió sin moverse, comprendió que a él también le costaba separarse de ella.

Eso le provocó un dulce dolor en el pecho, y lo empujó de nuevo.

Él permaneció firme, con la mirada ardiente y más cálida que la llama de la vela.

Otro empujón, y por fin se dio la vuelta y salió de la habitación.

Ella observó su espalda alejarse, sintiendo como si hubiera vivido un año en una sola noche. Volvió a su alcoba, con pasos lentos y firmes, y cuando se deslizó de nuevo en la cama, su corazón había dejado de latir con fuerza.

No pudo dormirse, así que se quedó mirando la fina cortina que caía sobre la cama con dosel.

Ese estado en el que estaban —besándose pero sin definir claramente su relación— era peligroso y emocionante. Era como si él supiera que bailar en ese borde de incertidumbre sería increíblemente estimulante para ella.

Y aun así, quería que hablara, que confesara, o su corazón explotaría de tanto latir, y entonces moriría.

No quería morir, y por una vez, deseaba estabilidad y paz. Ese coqueteo ardiente y juguetón era demasiado incluso para su espíritu aventurero.

Se giró y hundió la cabeza en la almohada.

Al cabo de un momento, un pensamiento suelto e inquietante se deslizó en su mente. Él había dicho una vez que un hombre puede desear a una mujer sin estar enamorado; ¿era eso lo que estaba pasando?

Si no definían y nombraban esa ambigüedad, ¿se disiparía como una gota de tinta en un lago?

¿Desaparecería como una ola que avanza hacia la orilla, pero nunca llega y se disuelve de nuevo en el agua?

Ella quería que estallara con pasión, que salpicara para que el mundo lo viera. Ya no tenía paciencia para esperar.

Y sin embargo, con él ausente, eso era lo que tendría que hacer.

CAPÍTULO CINCUENTA Y SEIS

William observó a la pareja recién casada bajar los escalones. La luz del sol brillaba sobre las cabezas inclinadas de Jo y el señor Marlowe. No estaban sonriendo, y aun así, de algún modo, la felicidad y el alivio llenaban su caminar tranquilo.

Salió del carruaje y se mostró ante sus miradas atónitas.

—William…

Jo se tambaleó con inseguridad, y el hombre a su lado le sujetó instintivamente el codo para sostenerla.

La ternura y la preocupación en la mirada del señor Marlowe al observar a su nueva esposa eran genuinas. Un nudo en el corazón de William se disolvió y se asentó, pero no les permitió ver su alivio.

—Suban al carruaje —William se hizo a un lado para dejar pasar a la pareja.

Jo miró a su esposo y, ante su asentimiento alentador, obedeció.

William se sentó frente a ellos y golpeó las paredes del carruaje. Las ruedas comenzaron a girar y los caballos relincharon.

—Están casados —dijo finalmente.

Jo asintió; una palidez gris y nerviosa había reemplazado el brillo feliz de antes.

—¿Adónde nos llevas?

—De regreso a Ingram House, a menos que la vivienda que él ha elegido sea más cómoda.

—Puedo cuidar de mi esposa.

Los ojos de William ardieron con fría ira.

—No tienes dinero ni familia. Ese alojamiento de soltero, de una sola habitación, cerca de Atterberry House no puede ser lo suficientemente decente para una recién casada que espera un hijo.

—A mí no me importa —replicó Jo.

—A mí sí, y si él es un caballero, querrá lo mejor para su familia.

—¿Qué propones? —preguntó el señor Marlowe con calma.

—Ella es vulnerable y necesita cuidados. Quédense con nosotros un tiempo y, mientras tanto, busquen un alojamiento mejor. Con la dote de Jo, podrán permitirse algo más apropiado para una familia joven.

—No viviré en tu casa —protestó Jo.

—Es tu casa —respondió William con sequedad—. Yo solo soy su guardián.

—William…

Él alzó la mano, silenciándola.

—Eli está esperando en casa. Si puedes convencerla, te permitiré hacer lo que quieras.

Jo se marchitó al oír el nombre de Elizabeth, y William giró la mirada para ocultar su expresión satisfecha. De pronto, su vida ya no parecía tan sombría, y maravillosos planes comenzaron a agolparse en su mente.

Si tan solo no le hubiera pedido tiempo al duque para cortejar a Elizabeth, podría haber dejado a Jo en Ingram House y haber llevado a Eli a Gretna Green sin demora.

¡Maldita sea! Quería volver atrás en el tiempo para darse un golpe en la cabeza y aplastar su orgullo. De no ser por esa decisión idiota, ahora estaría junto a Jo y su nuevo esposo, disfrutando también de la vida matrimonial.

Esta noche podrían haber estado compartiendo una cama.

Miró con recelo al señor Marlowe, envidiando su buena fortuna.

El señor Marlowe malinterpretó su mirada oscura y se apresuró a disculparse por su escandalosa conducta al acostarse con su prima.

William ignoró al hombre balbuceante. Lo hecho, hecho estaba, y al final, Jo parecía feliz, y eso era lo único que importaba.

Durante el resto del trayecto, ignoró a la pareja coqueta, con la mente completamente puesta en Elizabeth.

Había perdido tantos años en darse cuenta de su amor, mientras que esos dos habían saltado por encima de su indecisión y lo habían hecho todo.

El amor debía llegar en el momento adecuado, se consoló; demasiado pronto, sería ácido y desagradable como ciruelas verdes; demasiado tarde, estaría podrido.

Ahora estaba perfectamente maduro.

Ah, si tan solo pudiera volar de regreso a casa en ese mismo instante… cada día lejos de ella era doloroso.

***

Cuando el carruaje llegó a Ingram House, los pasajeros se apresuraron a sus habitaciones para arreglarse y prepararse para enfrentarse a Elizabeth.

El señor Marlowe estaba confundido de por qué una simple joven los asustaba tanto.

Cuando Jo, el señor Marlowe y William finalmente entraron en el comedor, encontraron a Elizabeth mordisqueando algo blanco.

Un extraño sonido crujiente llenaba el aire.

El grupo palideció al darse cuenta de que Elizabeth estaba masticando un hueso, y frente a ella había una pila de los que ya había chupado el tuétano.

Eso no era todo; los perros sentados bajo la mesa también estaban comiendo huesos.

Muchos huesos.

Los dientes afilados de humanos y animales se concentraban en su extraña cena, ignorando a los recién llegados.

El señor Marlowe finalmente comenzó a sentirse nervioso. Tal vez las dudas de Jo y Lord Darby no eran infundadas.

—Eli —llamó Jo con nerviosismo.

—¿Hmm? —Elizabeth no levantó la vista.

—Estoy casada.

—Te deseo felicidad —respondió Elizabeth con suavidad.

Las sillas rasparon brevemente el suelo cuando los tres se unieron a Elizabeth en la mesa.

Los perros levantaron la cabeza, observaron al señor Marlowe y ladearon la cabeza, como debatiendo si debían olfatear a ese extraño, pero, al igual que su dueña, decidieron que no valía la pena el esfuerzo y continuaron royendo.

Lord Darby puso un cuenco de sopa frente a Elizabeth.

—Ya basta, come otra cosa.

Ella no levantó las pestañas.

—Lady Fowler recibió un mensaje urgente. Está en el salón de recepción hablando con el mensajero. Parecía extranjero. He indicado al ayuda de cámara y al mayordomo que la vigilen.

Lord Darby la observó un momento antes de explicar en voz baja:

—Nos detuvimos a descansar, por eso nos retrasamos. Jo se sintió mal en el camino.

Elizabeth finalmente lo miró y tomó la cuchara para beber la sopa.

La habitación cayó en silencio mientras la observaban comer. Nadie más parecía tener apetito.

—Eli —Jo golpeó la mesa para llamar su atención.

Elizabeth no levantó la vista. Todo lo que había hecho esa semana era pensar en Jo y en Lord Darby. Recordó todas las veces que Jo la había protegido y había estado a su lado. En todos los años que se conocían, los momentos felices habían superado con creces a los desagradables.

Era inevitable que las cosas salieran mal en una relación, pero mientras los momentos buenos fueran más altos que los malos, valía la pena luchar.

Le había dolido que Jo supusiera que la habría detenido de casarse con el señor Marlowe por su falta de riqueza y posición, pero también entendía su miedo. El hombre no era adecuado, y quizá, en ese momento, habría objetado o al menos intentado impedir que Jo se acostara con él.

Así que había perdonado a Jo, pero no lograba admitirlo.

Jo percibió que Elizabeth se estaba suavizando y saltó de su silla.

—Eli —corrió a su lado.

Elizabeth giró la cabeza hacia la izquierda.

Jo saltó al otro lado.

—Eli.

Elizabeth miró hacia la derecha.

Jo le sujetó la cara y la sostuvo con firmeza.

—Eli, tenemos que contarles a todas las chicas del seminario sobre mi boda. ¿Te imaginas sus caras?

Sonrió radiante y comenzó a cubrir su cabeza malhumorada con besos.

Los perros finalmente reaccionaron y, abandonando sus huesos, ladraron y saltaron sobre las dos mujeres.

Elizabeth por fin soltó una risita y abrazó a Jo.

Ah, todo quedaba en el pasado; su amiga estaba casada y claramente encantada. No quería seguir enfurruñada y arruinar la felicidad de los recién casados.

Eso fue todo lo que necesitaron para reconciliarse.

La verdadera amistad era así; rara vez se necesitaban largas palabras para resolver los problemas. Las formalidades, la cortesía y el orgullo estaban reservados para extraños o conocidos.

—No eres tan difícil de convencer —comentó Lord Darby—. Eres un tigre sin dientes, un gatito sin garras.

El cuenco de sopa fue reemplazado por un plato de carne.

Jo reaccionó más rápido que Elizabeth y le dio un golpe en la cabeza con los nudillos.

—Déjala en paz. Es más valiente que tú.

Elizabeth ignoró a los primos discutiendo y se dirigió al señor Marlowe:

—Felicidades. Espero que haga feliz a Jo.

Lord Darby resopló.

—O te encerrará en un calabozo y lo llenará de ardillas hambrientas hasta que te arrepientas.

—No lo haré —negó Elizabeth en voz alta.

—Se lo hiciste a Lord Sniggs —le recordó Lord Darby.

—Eso fue hace mucho tiempo; espere, ¿cómo lo sabe?

—Sé todo sobre ti, Lancelot.

Ella lo fulminó con la mirada. ¿No le importaba su imagen de delicada joven ante el señor Marlowe?

¡Oh! Se había vuelto insoportable.

Una criada entró con una botella de champán, y por fin dejaron de lado todas las reservas y comenzaron a hablar de la boda y de las aventuras del camino.

Elizabeth miró los platos colocados frente a ella y los encontró poco apetecibles. Así que se inclinó para ver lo que tenía Lord Darby.

—Eso no —advirtió él cuando ella señaló con la cuchara.

Su boca se torció, y él admitió a regañadientes:

—Es carne de conejo.

Oh, la noticia pareció dolerle. Los conejos eran demasiado adorables para comerlos, así que obedientemente atacó el ave que él le ofreció en su lugar.

Al cabo de un rato, Lord Darby preguntó de repente:

—Jo, ¿te gusta esta mansión?

—La detesto —respondió ella sin dudar.

Él pareció sorprendido por la respuesta.

—La conservé por ti.

—¿Por qué? Solo guarda recuerdos desagradables.

—Es tu hogar, donde creciste. Después de todo, pertenece a tu familia.

—Nunca se sintió como un hogar —replicó Jo—. No hasta que Elizabeth vino a vivir aquí y alegró el lugar.

Las llamas de las velas se elevaron como si quemaran algo, y los sirvientes entraron con el siguiente plato.

El señor Marlowe le preguntó brevemente a Elizabeth si le gustaría recibir clases de aritmética, y la horrorizó tanto que perdió el apetito.

Cuando los sirvientes se retiraron, Lord Darby miró a su prima y habló con vacilación:

—Jo, a mí tampoco me gusta este lugar.

Las palabras parecían forzadas, como si hubieran estado en la punta de su lengua durante mucho tiempo y finalmente hubieran salido.

—¿Lo vendemos?

Tres personas y siete perros se giraron para mirarlo.

Bebió un sorbo de vino y continuó:

—He estado pensándolo desde el momento en que te casaste. No tuviste reparos en mudarte a esa espantosa… casa suya —hizo un gesto con tres dedos hacia el señor Marlowe. Parecía que el hombre aún no había sido perdonado por haber dejado embarazada a su prima fuera del matrimonio—. Me he resistido a vender esta mansión porque pensé que estabas apegada a ella, pero ahora me doy cuenta de que estaba equivocado. Deshagámonos de este lugar y usemos el dinero para pagar la mayor parte de las deudas y guardar

algo para encontrarte un nuevo hogar. No será tan grande ni tan grandioso, pero una pequeña cabaña…

Jo aplaudió encantada.

—Es una idea maravillosa. Por fin podrás volver a tu hogar familiar y ser libre. Cuando Richard y yo nos estabilicemos, también ayudaremos a pagar las deudas restantes, y con tus ingresos anuales como lord, podrás vivir bastante bien.

—¿Por qué no la vendió antes? —se rio el señor Marlowe, recibiendo una mirada fulminante desde el lado opuesto de la mesa.

—Ya explicó por qué —el tono de Elizabeth era helado.

El señor Marlowe se replegó en silencio como un caracol en su concha, mientras Jo le daba palmaditas tranquilizadoras en la mano.

Estaba claro que nadie podía hablar mal de Lord Darby, o Elizabeth se volvería peligrosa en un instante.

—Entonces está decidido —sonrió Lord Darby y sirvió a todos una copa de champán—. Venderé la propiedad y la mayoría de sus pertenencias. Jo pasará los próximos meses apartando lo que quiera conservar. Señor Marlowe, por favor, busque una casa al mismo tiempo.

—Regresaré a Finnshire —dijo Elizabeth.

Lord Darby le metió una uva en la boca para silenciarla.

—No. No puedes abandonar a Jo en esta situación. Necesita ayuda; debes quedarte.

Jo asintió.

—No puedo hacer esto sola, no en mi estado. Necesito a una mujer capaz cerca… A ver, los sirvientes pueden seguir a William a su propiedad. Yo me llevaré a mi doncella personal y quizá a la fregona. ¿Qué opinas, Eli?

El resto de la noche lo pasaron haciendo planes felices, y si Lord Darby se colocaba cerca de Elizabeth, haciéndola sonrojar en más de una ocasión, se ignoraba como si fuera lo más natural del mundo.

CAPÍTULO CINCUENTA Y SIETE

Un grito hizo que William y el señor Marlowe salieran disparados del estudio al día siguiente.

El tono severo de Elizabeth siguió al chillido.

—¡Polly Peachum, Charlotte, Sophia, Violet, Edith, Drusilla, Peanut! ¡Vengan aquí!

En medio de la confusión, la voz delgada y preocupada de Lady Fowler dijo:

—Ese perro me robó la ropa interior, Jo. Tenemos que recuperarla antes de que los hombres la vean.

—Vamos, Peanut —la animó Jo—. Deja de correr.

—Polly —reprendió Elizabeth—. En serio, ¿qué comiste hoy? ¡Cómo te atreves a portarte mal!

—No la rompas —suplicó Lady Fowler—. Es de seda y un regalo de un amante.

—¿Cuántos amantes has tenido? —preguntó Elizabeth, deteniéndose un momento.

—Diecisiete —sonrió Lady Fowler—. Incluso hice que un príncipe cayera rendido a mis pies solo con ofrecerle un recorte de la uña de mi dedo más pequeño.

—Drusilla, no mastiques las cortinas —volvió Elizabeth a reprender a los perros.

El sol entraba a raudales en el pasillo donde William estaba de pie, y las paredes a su alrededor parecían bañadas en oro. Se apoyó en el marco de la puerta mientras escuchaba a las mujeres gritar y los ladridos y el correteo de los pequineses. Todos esos nombres pertenecían a sus antiguas amantes, y oírlos de esa forma lo hacía sentirse exasperado y divertido a la vez.

—¡Lo encontré! —gritó Jo.

Lady Fowler se metió la prenda blanca entre el escote y salió corriendo.

Vio a William y al señor Marlowe y se detuvo en seco.

—¿Ese es el esposo de Josephine?

La primera vez que había hecho esa pregunta, había sorprendido a todos. Parecía que los fragmentos perdidos de su memoria habían sido reemplazados por una especie de capacidad para ver qué hombre estaba destinado a estar con qué mujer.

El señor Marlowe saludó al hombro izquierdo de Lady Fowler. Sus ojos, incómodos, trataban de evitar mirar la tela que asomaba entre el profundo escote de su abundante busto.

William estalló en carcajadas.

Aquellas frías y grises paredes de Ingram House se habían entibiado; los duros ecos del pasado se habían apagado, reemplazados por la alegría. La sensación de pertenencia que había perdido el día en que murieron sus padres ahora le era devuelta por Elizabeth Fairweather y encajada de nuevo en su pecho.

Se asomó al interior de la habitación y vio a Elizabeth de pie, con las manos en las caderas, mientras siete perros estaban sentados frente a ella con la cabeza gacha.

Era esbelta como un hada, pero sus ojos brillaban con la determinación de un feroz dragón por vivir bien y a lo grande. Buscaba la alegría en la vida cotidiana y quería que todos los que amaba fueran igual de felices.

Esa forma de vivir era rara entre la mayoría, que parecía disfrutar de su propia miseria.

La observó reprender a sus mascotas, para luego suavizarse cuando los pequeños demonios movieron la cola y se acercaron poco a poco hacia ella. Finalmente cedió, se sentó en el suelo y dejó que treparan sobre ella, sin preocuparse por su costoso vestido de muselina.

El camino de hielo negro por el que había estado caminando se derritió, revelando tierra firme. En el futuro, si ella quería ir de aventura, él la protegería; pero si deseaba paz, él sería su hogar.

Su corazón dio un vuelco al pensar en tenerla a su lado, y un extraño temor volvió a surgir. Todo lo que había amado le había sido arrebatado, como si la alegría fuera un charco de luz imposible de retener, pero la ira y la determinación siguieron al miedo.

Se negó a dejar que el destino dictara su vida y lo llenara de miseria. Esta vez, aunque fuera por un instante, la tendría.

Ella se giró, como si hubiera sentido su mirada ardiente, y su risa vaciló.

—¿Lord Darby?

—Tus palabras se han hecho realidad.

Ella lo observó acercarse, tensando los hombros.

—¿Ah, sí?

—Una vez me dijiste que tenías una abundancia de buena fortuna, y que si la compartías conmigo, las cosas mejorarían.

—Oh.

Se detuvo a un paso de ella, contenido. Parecía estar conteniendo una avalancha solo con su voluntad, como si una palabra equivocada bastara para hacerlo desbordarse.

Ella abrazó a dos de los perros y escondió el rostro en su suave pelaje.

De pronto, él recordó todas las veces en que había salido a cabalgar temprano por la mañana y se había retrasado sin querer. El estómago le rugía durante todo el camino, y lo soportaba hasta llegar a casa. Después, la espera del desayuno se volvía insoportable, hasta casi dolerle el deseo de un simple trozo de pan, sabiendo que ya estaba al alcance de la mano.

Al mirarla ahora, sus sentimientos eran similares. No pasaría mucho tiempo antes de poder tenerla, pero debía esperar, aunque su impaciencia lo hiciera casi salivar.

Tenía los ojos ligeramente enrojecidos y la voz ronca y baja cuando continuó:

—Ahora que Jo está casada, Ingram House será vendida; me gustaría que tú...

Ella lo interrumpió.

—Ah, me duele el estómago, mi lord. Necesito descansar.

La conocía demasiado bien, y el terror en sus ojos justo cuando empezaba a hablar la había delatado. Temía que fuera a pedirle que regresara a casa.

—Quédate un momento —ordenó.

Elizabeth se aferró el estómago y soltó una sarta de improperios que habría hecho sonrojar a un pirata.

Él sonrió de pronto.

—Eres increíblemente dulce, Eli. Incluso las palabras vulgares suenan como miel cuando salen de tu boca.

—¡Ciego como un murciélago! —exclamó Jo horrorizada, pasando por encima de la figura desplomada de su esposo, cuya delicada sensibilidad había sido sacudida por la avalancha de groserías—. William, ¿crees que te has vuelto un poco loco o completamente imbécil? ¿Debería llamar al médico? Y, Eli, me prometiste que no volverías a usar ese lenguaje.

—Tu esposo está gimiendo —dijo William con calma.

Jo frunció el ceño y miró a Mr. Marlowe, que se retorcía en el suelo.

—Ayúdame a levantarlo.

William obedeció, y Elizabeth aprovechó la distracción para salir corriendo de la habitación.

Él dejó a Mr. Marlowe sobre el sofá, lanzó un frasco de sales aromáticas en dirección a Jo y salió tras Elizabeth.

Estaba decidido a proponerle matrimonio antes de que terminara el día; no le importaba en absoluto el decoro. Se conocían lo suficiente como para prescindir de formalidades tan ridículas.

Se arrepentía de haber pedido permiso a sus hermanos para cortejarla. Se le había acabado la paciencia y ahora solo quería cargarla al hombro y exigir que se quedara con él para siempre.

¡Al diablo con ser un caballero!

Una vez más maldijo su maldito orgullo, que había salido a relucir ante sus cuñados, y abrió de golpe la puerta de su dormitorio… solo para descubrir que estaba vacío.

Se dirigió apresuradamente a la cocina. Había sacrificado toda su vida por otros simplemente por los lazos de sangre, pero ahora quería ser egoísta. Quería todas las noches de Elizabeth hasta el día de su muerte.

Quería reclamarlas todas.

—No más huidas —murmuró cuando la vio tendida sobre la hierba, disfrutando del sol como si no tuviera nada que ver con la

tormenta que rugía dentro de él.

CAPÍTULO CINCUENTA Y OCHO

Penelope, Celine, Dorothy y Jane empujaron hacia adelante a un hombre tan delgado que parecía que saldría volando si soplaba un poco más fuerte el viento.

Penelope preguntó en voz baja:

—¿Qué está pasando, señor Phunny?

El hombre llamado Phunny asomó la cabeza desde detrás del alto arbusto de zarzamoras donde todos se habían escondido y habló con una voz que hacía juego con su figura.

—La señorita Fairweather está dormida, y Lord Darby la está mirando.

—Qué encantador —aplaudió Dorothy.

—Silencio —la reprendieron las otras.

—¿Y ahora qué? —preguntó Jane nerviosa.

Celine respondió:

—Phunny atraerá la atención de Lord Darby. Cuando él venga hacia aquí, sus hombres lo secuestrarán, y entonces Elizabeth vendrá naturalmente a rescatarlo.

—Penny —tiró Jane de la manga de la duquesa—. ¿Tenemos que hacerlo? Lord Darby quiere tiempo para cortejarla.

—Él tiene tiempo —respondió Penelope con brusquedad—. Pero el sastre no.

—¿Sastre? —preguntó Phunny—. ¿Quién es Sastre?

—El modista de la calle Mayfair —lo iluminó Dorothy—. El mejor de toda Inglaterra y Francia. Solo estará disponible dentro de dos semanas para tomarnos medidas para la boda; después estará ocupado durante un año.

Phunny tembló como una flor al viento.

—¿Recurrir a algo así por un sastre… no es demasiado?

—No —replicó Celine—. Es totalmente razonable. Tienes la cabeza dura y no lo entiendes.

Phunny se puso verde como una ciruela inmadura. Estaban planeando secuestrar a alguien para obligarlo a casarse con su hermana… solo porque el sastre no estaría disponible después.

Aquellas mujeres eran despiadadas.

—Es el mejor —explicó Dorothy con amabilidad—. Y la ropa es el aspecto más importante de una boda. Es la menor de nosotras, y queremos una boda fastuosa que nadie olvide jamás.

—Algo que rivalice con la de George y Caroline —añadió Penelope con cariño—. Escuché que las mujeres en las puertas del palacio se quedaron en enaguas y gritaron durante su celebración.

Phunny se tambaleó levemente, no solo por la brisa, sino porque hablaban del rey como si fuera un viejo amigo… lo cual probablemente era cierto, ya que la mayor era duquesa.

¡Maldita sea! Estaba junto a una duquesa.

Al principio pensó que el dinero en su bolsillo bastaba para el trabajo, pero ahora… casi le faltaba el aire.

—¿Qué está pasando ahora? —preguntó Penelope, pinchándole una costilla con la punta de su sombrilla.

Phunny tragó saliva y respondió con valentía:

—Lord Darby la ha dejado dormida en la hierba y ha vuelto al interior.

Dorothy sacó una botella de vino de debajo de sus enaguas y repartió copas.

—Volverá —dijo con confianza, sirviendo la bebida.

Celine abrió una cesta llena de comida.

—Mejor comamos algo; ya casi es hora de la cena.

Penelope se volvió otra vez hacia el delincuente aterrorizado.

—Cuando Lord Darby regrese, muéstrale un arma. ¿Qué has traído? Ah, este arco y flecha servirá. Apunta hacia él, pero no dispares. Cuando te vea, te perseguirá.

—Luego —continuó Celine, distraída por un trozo de pastel de frutas—, los hombres que trajiste lo capturarán, lo llevarán al carruaje y lo llevarán a la casa que hemos elegido.

Phunny preguntó con cautela:

—¿No deberían secuestrar a la dama para que el hombre la rescate? ¿No es así como suele hacerse?

—Has visto demasiadas obras de teatro —lo reprendió Dorothy—. Nuestra hermana es de las que rescatan.

—¿Y cómo lo encontrará? —se atrevió a preguntar.

—Podríamos esperar a que pregunte, pero eso tomaría demasiado tiempo. No quiero que Lord Darby sufra —dijo Jane, sacando un papel—. Aquí tienes una nota con la dirección; cuando corras, déjala caer en el camino para que la encuentre.

—¿Has entendido el plan? —preguntó Dorothy.

—Tiene algunos huecos —respondió Phunny con sinceridad.

—Las Fairweather tenemos mucha suerte —dijo Penelope con confianza—. Nada saldrá mal mientras tengamos un plan, aunque sea vago.

—¿Lo tienes claro? —preguntó Celine con desconfianza.

Phunny se enderezó.

—Atraeré su atención y correré; él me seguirá; mis hombres lo meterán en un carruaje, y yo dejaré la nota para que su hermana lo rescate.

Dorothy sonrió radiante.

—Eres más listo de lo que pareces. Buen chico, toma una fresa.

Phunny obedeció y decidió no discutir con sus bien pagadoras empleadoras.

—Ha regresado —anunció al rato—. Ah… fue a buscar una sombrilla… la sostiene sobre ella para protegerla del sol mientras duerme.

Los ojos de las hermanas se agrandaron, enternecidas.

—¡Date prisa! ¡Blande el arco! —urgieron.

Phunny salió del arbusto y lo agitó hacia Lord Darby.

Lord Darby miró el jardín descuidado con dulzura… y luego su mirada pasó por encima de Phunny sin reacción alguna.

—No parece importarle —dijo Phunny.

—Muestra los dientes —sugirió Penelope.

—Cambia a la espada —añadió Dorothy.

Phunny se giró, enseñó los dientes como una nutria enfadada y blandió la espada.

—Añade el arco —indicó Celine.

Así, apuntó con la flecha y la espada al mismo tiempo.

Lord Darby permaneció impasible, sosteniendo la sombrilla sobre Elizabeth dormida, como un monje en meditación.

Las hermanas terminaron de comer y miraron confundidas.

—¿Crees —dijo Jane— que Elizabeth lo ha dejado aturdido?

—Es posible —reflexionó Dorothy—. De otro modo, ¿por qué ignoraría a alguien armado frente a él?

—¡Elizabeth se está despertando, escóndanse!

Phunny intentó retirarse, pero fue visto… no por Lord Darby, sino por Elizabeth.

—¿Quién es ese? —gritó ella, levantándose y corriendo hacia el arbusto.

—¿Dónde? —preguntó Lord Darby, confundido.

Todos entraron en pánico y comenzaron a correr.

—¿El plan? —jadeó Phunny.

—Sigue en pie —dijo Celine—. Secuestren a ambos.

—Tú ve hacia el carruaje —ordenó Dorothy—. Atráelos y captura a los dos.

—Pero… si los secuestramos a ambos, ¿quién los rescatará?

—No hagas preguntas —gritó Jane—. ¡Te pagaré el doble!

—¡No dejes que Elizabeth te alcance! —añadió Dorothy.

Phunny corrió más rápido y logró llegar al carruaje antes que ellos.

—¡A por los dos! —ordenó.

Veintiséis hombres saltaron de los árboles y, preparados, lanzaron una red sobre ambos en cuanto aparecieron, sin arriesgarse a una lucha inútil.

Una vez que los peces fueron atrapados, los llevaron hasta el carruaje y los metieron dentro a la fuerza.

CAPÍTULO CINCUENTA Y NUEVE

—¿Deberíamos escapar? —preguntó William.

—No, quiero golpear a los responsables de esto. —Elizabeth bostezó—. Primero consigamos algunas pistas sobre su identidad.

—Hmm. —William se recostó contra el asiento.

Los hombres les habían atado brazos y piernas, además de vendarles los ojos, pero ninguno de los dos parecía preocupado.

De hecho, William estaba encantado. De ese modo, Elizabeth no podía huir y se vería obligada a escucharlo.

—Eli —preguntó tras un momento—. Te agrado, ¿verdad?

—Humpf.

—Aún me amas, ¿no? —insistió.

El carruaje quedó en silencio. Al cabo de un momento, ella respondió con brusquedad:

—No.

—Estás sonrojada; eso significa que te gusto.

—Está vendado.

—Puedo sentirlo.

—Tonterías.

—Normalmente te sonrojas en mi presencia.

—Lady Fowler se pone roja cada vez que come lengua especiada. ¿Eso significa que está enamorada de una vaca?

Él soltó una risa y apoyó la cabeza contra el asiento.

Llegaron poco después y los llevaron al interior: el frío desapareció, reemplazado por un calor intenso.

Les quitaron las vendas, y ambos se encontraron frente a frente, con las manos atadas a la espalda.

Un fuego rugiente iluminaba una hermosa habitación con libros y muebles en rojo y dorado.

—Un criminal culto —observó William. Su cabello estaba desordenado, el cuello de su camisa tirado hacia un lado, dejando ver parte de su hombro y su largo cuello pálido.

Los ojos de Elizabeth estaban enrojecidos, su rostro suave y un poco hinchado por la larga siesta anterior.

—El padre de Dimbercove colecciona libros.

—Quieres decir que los roba y los acapara.

—Hmm. —Se relamió los labios secos—. Tengo sed.

Un hombre alto y corpulento apareció de algún lado y acercó una taza a sus labios.

—Té —explicó—. Sin leche, dos cucharadas de azúcar.

Los ojos de Elizabeth se abrieron de par en par, y cruzó una mirada con William.

—Qué considerado. —William negó levemente con la cabeza.

Elizabeth giró la cabeza, apartándose obedientemente de la taza.

—¿Por qué me trajiste aquí?

El hombre no respondió; se marchó tan misteriosamente como había aparecido.

William observó a Elizabeth mientras evaluaba la habitación y localizaba todas las salidas. Ninguna otra mujer habría estado tan tranquila en una situación así. Sintió una oleada de admiración por ella y, de pronto, dijo:

—¿Quieres casarte conmigo?

Elizabeth se quedó inmóvil, y sus ojos finalmente mostraron un atisbo de angustia.

—¿Siente lástima por mí?

—¿Lástima? —Ahora era su turno de alterarse—. Eres la persona más afortunada que conozco; ¿cómo podría sentir lástima por ti?

—Entonces, ¿por qué?

—Llevas años haciéndome sonreír, y me gustaría seguir sonriendo el resto de mi vida.

—Entonces cásese con un bufón.

Él se quedó en silencio; normalmente, a las mujeres les bastaba con oír un gruñido suyo para lanzarse a sus brazos. Esa respuesta lo tomó por sorpresa.

¿Cómo se corteja a una mujer?

Tras debatirlo mentalmente, soltó unas líneas románticas:

—No me moví con mis pies, sino entre las sombras,
atravesado por mi mirada hechizada, contemplando

la poderosa multitud de frescas flores de mayo...

—No soy un narciso —replicó ella con sequedad—. Tengo sentimientos.

Sus ojos se entrecerraron ante su tono frívolo.

—Elizabeth, basta.

Ella alzó la mirada, sorprendida.

—Usted…

—No hables; solo mírame.

Parpadeó un momento y, intimidada por su expresión severa, cerró los labios y clavó en él sus grandes ojos marrones.

Su piel brillaba dorada bajo la luz de las lámparas de aceite.

Las llamas parecían acariciarla.

Mientras él la miraba en silencio, sus mejillas se sonrojaron y sus pestañas amenazaron con bajar.

La luz jugaba sobre su figura temblorosa, suave y cálida. Se reflejaba en sus ojos, en su cabello e incluso en los delicados hilos de su vestido de muselina… era hermosa… y, por el momento, fuera de su alcance.

Su corazón se estremeció: ¿se cansaría de esperarlo y desaparecería?

¿Ya se había cansado de él?

De pronto, sus manos comenzaron a sudar, pero al estar atadas no podía secarlas. Incluso su cuero cabelludo se sentía extraño; nunca se había sentido tan inseguro frente a una mujer.

—Cambio de opinión, deja de mirarme y escucha bien.

—Oh. —Soltó un leve suspiro y obedientemente fijó la vista en sus botas.

—Me importas profundamente. Adoro cada parte de ti, y cada momento en que no puedo besarte ni abrazarte es una agonía.

Ella alzó la cabeza de golpe, mirándolo con incredulidad.

Su voz tembló al continuar:

—Me enamoré de ti, no sé cuándo… fui duro y seguí actuando con frialdad porque tenía miedo. Miedo de que los prestamistas se aferraran a ti y a tu familia y los pusieran en peligro. Tu familia puede protegerse, pero como mi esposa habrías sido la más

vulnerable. Algunos de los hombres a los que mi tío pidió dinero están desesperados y tienen motivos para ser violentos...

—¿Qué ha cambiado ahora? —lo interrumpió ella.

—Con tu ayuda y la venta de Ingram House, puedo aspirar a un futuro estable. No puedo darte todo lo que mereces, pero puedo intentarlo. Y después de estos meses juntos y de conocer tu carácter, me di cuenta de que eres más fuerte de lo que pensaba, lo suficiente para cuidarte sola. Quizá eres la única mujer que puede sobrevivir a mi lado.

Ella seguía mirándolo con incredulidad, como si no creyera una sola palabra. Él no podía culparla; después de todo, la había rechazado tantas veces que era lógico que hubiera perdido toda esperanza.

Sus siguientes palabras lo confirmaron:

—No lo amo ni le creo. —El pecho de Elizabeth subía y bajaba agitado. Sus emociones le resultaban tan incomprensibles que las rechazaba, recurriendo a palabras duras porque no podía escapar físicamente.

Él la miró, sintiéndose impotente. Nunca había sentido una oleada tan oscura de miseria… una sola frase suya lo dejó vacío, como si le hubieran drenado la vida. Sentía el corazón roto, no solo por él, sino también por ella.

Así se había sentido ella cuando él rechazó su amor; era justo que ahora él sufriera lo mismo.

¿Era demasiado tarde? ¿Su corazón se había enfriado por fin tras años de devoción?

—Basta de charlas.

Un hombre extraño y corpulento entró en la habitación, interrumpiendo su conversación. Se balanceó un momento sobre los talones antes de acercarse lentamente a William.

—Perdón, mi lord —dijo con una reverencia, y luego le dio una patada en las piernas atadas.

La violencia repentina los dejó atónitos.

El hombre sacó un cuchillo, lo hizo girar entre sus dedos y volvió a patear, haciendo que William se estremeciera y girara la cabeza para ocultar el rostro.

El hombre chasqueó la lengua y, con la punta afilada del cuchillo, lo obligó a mirar al frente otra vez. Una diminuta gota de sangre brilló en su mejilla pálida como un rubí.

—¡Basta! —gritó Elizabeth, forcejeando con las ataduras. Se agitaba como un pez atrapado en una red, desesperada, como si su vida se escapara con cada respiración.

William llevaba rato trabajando en las cuerdas y había logrado liberar las manos, pero al verla reaccionar así, se detuvo y continuó fingiendo que seguía atado.

Elizabeth se retorció con fuerza, tirando de las cuerdas con todas sus energías. Su esbelta cintura se movía de un lado a otro de la forma más deliciosa, y un poco de su tobillo, atado con gruesas cuerdas, quedó al descubierto.

El cuello de él se sonrojó, y estuvo a punto de abandonar la farsa cuando un anhelo desesperado de sostenerla lo invadió.

Pero se contuvo… porque ya no quería solo un breve abrazo.

Lo quería todo: su corazón, su cuerpo y su alma.

Quizá era diabólico por su parte ser tan cruel y encontrar placer en saber que el miedo intenso en sus ojos era solo por él, pero no podía evitarlo, porque eso confirmaba que ella aún lo amaba profundamente, y casi animó al hombre a golpearlo con más fuerza.

Como si leyera sus pensamientos, el hombre reanudó las patadas; parecían más dolorosas de lo que realmente eran, apenas peores que la picadura de una pulga.

El hombre estaba actuando igual que él; su bota golpeaba más a menudo las gruesas cuerdas que su pierna desprotegida. Una sospecha empezó a formarse en la mente de William sobre quién podría estar detrás del secuestro.

El equilibrio del hombre falló, y finalmente rozó la espinilla de William y le abrió la piel. Empezó a sangrar; pronto empapó sus calzones y se hizo visible.

—¡Basta, basta, por favor, detente! ¿Qué quieres? —Elizabeth, llena de furia al ver la sangre, finalmente rompió las cuerdas y se abalanzó sobre el hombre.

Un movimiento rápido y el hombre estaba en el suelo, gimiendo. Al instante siguiente, estaba atado y sentado en la misma silla que

ella había ocupado momentos antes.

Luego corrió hacia William; sus manos temblaban mientras desataba las cuerdas de sus piernas.

Cuando levantó la mirada, él le mostró las manos libres.

—¿Dejaste que te golpeara? —preguntó, conmocionada.

—Lo merecía.

Sus ojos se abrieron al comprender el significado, y trató de huir, pero él la sujetó del brazo, negándose a dejarla ir.

—No más huidas.

—Creo que es despreciable.

—Puede que ahora no me ames, pero en algún momento lo hiciste… ¿no es así?

Ella dudó, luego asintió. Después de todo, lo había confesado; ¿cómo iba a negarlo ahora?

Él continuó:

—Entonces dime por qué. No creo ser digno.

Ella se encendió tal como él esperaba.

—Es apuesto, inteligente y amable. No descarta mis palabras, no me considera caprichosa y me permite la libertad de hacer lo que quiero. Confía en mí; confía en mi criterio y en mi inteligencia. Ningún otro hombre en Inglaterra es tan generoso… no vuelvas a menospreciarse, ni a su carácter ni a sus logros.

—Mi madre era más brillante que mi padre —respondió en voz baja—. Gran parte de la gloria que él obtuvo en vida fue gracias a sus estrategias. Tú te pareces mucho a ella.

Sus ojos se suavizaron, y le permitió colocar una mano en la parte baja de su espalda.

Él la atrajo un poco más, obligándola a inclinarse hasta que su rostro quedó sobre el suyo.

—Eli, cásate conmigo por lástima si no es por amor. No me importa que me compadezcan, en absoluto. Si eres tú, lo acepto.

—Desvergonzado —lo acusó, aunque sus labios se curvaron ligeramente.

—Permíteme ser quien más cerca esté de tu corazón. —De pronto se puso de pie y la abrazó—. Déjame pasar el resto de mi vida borrando todos los momentos en que te hice daño.

Su sonrisa se desvaneció, y las lágrimas brotaron en sus ojos. Escondió el rostro en su hombro para que él no percibiera su debilidad. No quería rendirse tan rápido, mientras que él estaba decidido a resolverlo todo en ese instante.

La batalla silenciosa se desvaneció cuando sus cuerpos comenzaron a fundirse por la cercanía con la persona que amaban, y sus sentimientos reprimidos surgieron como un océano desbordado.

Se volvió imposible ocultar el temblor de sus cuerpos, y pronto la atmósfera se volvió cálida y cargada de deseo.

Él besó su cabello, un beso ligero y fugaz, contenido y lleno de afecto.

No era suficiente.

La sangre les corría ardiente por las venas. Sus corazones comenzaron a latir con fuerza y rapidez, como si compartieran la misma excitación.

Esta vez, ella cedió primero y reclamó sus labios, sorprendiéndolo y llenándolo de una alegría inmensa.

Lo besó con cuidado, torpemente, mordisqueando su labio inferior como si fuera de mazapán. Curiosamente, su falta de experiencia intensificó su deseo más que todas las maniobras de sus amantes expertas.

Él le permitió hacer lo que quisiera, y esa quietud forzada mientras ella exploraba su boca resultaba increíblemente erótica.

Sus ojos se suavizaron al pensar en cómo habían cambiado sus sueños.

Antes había rezado con fervor para que sus padres regresaran milagrosamente, luego quiso ayudar a la familia Ingram, ver a sus primos bien casados y saldar sus deudas.

Después, su deseo se redujo a encontrar consuelo.

Ahora, había nacido uno nuevo en su corazón. Algo que deseaba más que cualquier otra cosa. Un anhelo ardiente que le robaba el aliento.

Quería llevar a la dulce Eli a la cama y provocarla hasta hacerla llorar. Quería poseerla, mantenerla a su lado para siempre y, aunque sabía que ella merecía algo mejor que él, aun así deseaba reclamarla.

Quería besar cada centímetro de su piel, ver cómo su mirada se llenaba de necesidad y hacerla gemir una y otra vez.

Tanto le habían arrebatado en la vida, tantos sueños rotos… pero esta vez no permitiría que Eli escapara.

No podía, ya no.

Inhaló con fuerza, la atrajo más cerca y tomó el control del beso. Su boca se movía con habilidad, explorando y provocando.

La respuesta desinhibida de ella liberó la bestia que había mantenido oculta; esta vez, la dejó salir.

Permitió que sus pensamientos fueran más lejos que nunca, y su mente se llenó de imágenes de ambos entrelazados como en una pintura, con su cabello extendido como tinta sobre almohadas de satén blanco, mientras él se inclinaba sobre ella contemplando su rostro amado.

Deseaba ese momento con tal intensidad que le dolía.

Impulsado por su imaginación, sus labios se movieron sobre ella con una ferocidad largamente contenida, sin importarle si la asustaba. Ella era lo bastante valiente para soportarlo… para soportar todo lo que él y la vida le ofrecieran.

Deslizó la lengua en su boca y succionó su labio inferior.

Esta vez, quería hacer algo por sí mismo. Dejar de pensar en lo que el mundo esperaba de él y centrarse en lo que él quería.

La quería a ella, y decidió conseguirla. Esta vez no huiría, ni permitiría que ella lo hiciera.

Elizabeth Fairweather no era una niña, ni un talismán de la suerte, ni solo la amiga de su prima. Era una mujer a la que deseaba y adoraba.

Era su felicidad, todo su maldito mundo.

—Me besaste —dijo, separándose apenas para rozar su cuello. Su aliento cálido y sus suaves mordiscos la hicieron estremecerse y clavarle las uñas en los brazos—. Debes hacerte responsable de esto y casarte conmigo. Sé que te he hecho daño en el pasado; castígame como quieras, pero perdóname y admite que me amas.

Alzó la cabeza y se apartó, negándose a abrazarla de nuevo.

Ella tiró de su cuello de camisa, con un velo de deseo en los ojos.

Él siguió esperando con frialdad, los puños tensos a los lados.

Finalmente, ella cedió y susurró:

—Nunca dejé de amarte; es imposible.

—¿Te casarás conmigo?

Ella asintió rápidamente y lo miró con grandes ojos llenos de esperanza.

—¿Ahora… me besas?

Él la estrechó con felicidad y obedeció encantado a su prometida.

CAPÍTULO SESENTA

Penelope fulminó al duque con la mirada.

—¿Por qué le pediste a ese hombre que lo lastimara?

—Es hora de cenar —dijo el duque, dirigiéndose al bastón con cabeza de león dorado a su lado.

Penelope sacó un pastel de frutas y se lo plantó bajo la nariz.

Él lo miró y luego continuó con voz débil:

—Quería volver a casa, pero Elizabeth se resistía a confesar; simplemente ayudé a William a acelerar las cosas.

—Eh… —Jane frunció el ceño—. Por favor explíquese, su gracia.

El duque se apartó de la puerta y se internó más en la habitación, fuera del alcance de oídos de sirvientes y guardias.

—Mientras castigaban a lord Darby, Elizabeth se dio cuenta de que aún lo amaba y no podía verlo sufrir. Eso la obligó a derribar la barrera que había levantado alrededor de su corazón y rendirse. Esa muchacha entiende las acciones, no las palabras vacías.

Celine le dio un codazo a Penelope, que ya había comenzado a desmayarse ante las sabias palabras de su esposo.

—Penny, todavía se están besando, y empieza a ser un poco impropio.

Penelope sacó a Phunny del retrete donde se había escondido al ver al duque.

—Ve, detenlos.

Phunny tembló como una rama seca sin hojas, horrorizado.

—¿Cómo?

Jane sacó una bolsa y se la metió en los brazos.

—Aquí tienes otra bolsa de monedas. Piensa por ti mismo.

Desde que Jane se había casado con el hombre más rico de Inglaterra y había amasado su fortuna vendiendo sus pinturas, había comprendido el poder del dinero. Si veía un problema, le lanzaba libras. Si no se resolvía, lanzaba más libras hasta que se solucionaba. Hasta ahora, no había fallado.

Así que Phunny, el héroe de la noche, volvió a aparecer ante los amantes.

—Disculpen —dijo.

Lo ignoraron.

Se aclaró la garganta.

Siguieron besándose.

Tosió, carraspeó y se revolcó por el suelo.

Finalmente, Elizabeth levantó la cabeza y lo miró con irritación. Lo agarró del cuello, lo arrastró hasta la silla frente al anterior rufián y lo ató. Luego les vendó los ojos a los dos y regresó a los brazos de lord Darby.

Penelope frunció el ceño.

—Me pregunto si juntar a estos dos es buena idea. Carecen de decoro.

—Demasiado tarde —replicó Dorothy.

El duque perdió la paciencia cuando los sonidos de besos siguieron resonando por la casa como campanas de iglesia.

—Dejen el carruaje afuera para ellos y salgamos por la puerta de la cocina. Todavía tengo hambre.

—Mañana —dijo Jane mientras todos se preparaban para marcharse— podremos empezar a planear la boda e invitar al sastre.

***

Elizabeth finalmente se apartó de los brazos de lord Darby y preguntó:

—Creí que muchos más hombres nos habían tendido una emboscada. ¿Por qué no han venido a detenernos?

—Creo que eran amigos más que enemigos —los ojos de lord Darby brillaron.

Mientras se besaban, él había visto a todas sus hermanas y al duque pasar a gatas y dirigirse hacia la parte trasera.

El duque incluso le había guiñado un ojo.

—Pero...

Lord Darby la silenció con un beso rápido y la condujo fuera por la puerta principal, donde los copos de nieve comenzaban a caer, brillando como estrellas doradas en el crepúsculo.

—Tenemos muchos enemigos; es mejor no pensar en trivialidades.

Elizabeth quiso discutir que ser secuestrada a plena luz del día en su propia casa no era algo trivial, pero los criminales no habían sido lo suficientemente sanguinarios. Confundida, se sentó en el carruaje y reflexionó sobre el incidente, llegando a la conclusión de que aquello olía muchísimo a un plan ideado por sus hermanas.

Después de todo, no era una completa idiota.

—Acércate, tengo frío —dijo lord Darby, suspirando satisfecho cuando ella apoyó la cabeza en su hombro—. Después de casarnos, tendrás que ayudarme a resolver mis problemas. Tengo muchísimos.

Ella asintió feliz.

—Y la próxima vez que sientas el impulso de asaltar un carruaje, llévame contigo. Nunca lo he hecho.

Ella se acurrucó aún más cerca y volvió a asentir.

Elizabeth nunca se ponía nerviosa frente a los demás; su orgullo y confianza siempre le habían permitido tratar con la gente con soltura, salvo cuando se trataba de lord Darby.

Ese miedo a decepcionarlo surgía porque era la única persona cuya opinión realmente le importaba.

Él besó la parte superior de su cabeza, y una profunda sensación de satisfacción la invadió. Deseó poder capturar ese momento de felicidad para siempre y volver a él una y otra vez.

Él rozó su oreja con la nariz, con un tono ligeramente molesto.

—Iba a proponerte matrimonio la noche en que te hablé de asesinar a lord Snyder, pero huiste. La próxima vez, no te escapes cuando hablo.

—Como desees.

—Mañana iré a Finnshire a pedir tu mano —continuó.

Ella cerró los ojos y pasó la lengua por sus labios hinchados.

—Pasado mañana iré a ver a mis hermanas para planear la boda.

El carruaje se detuvo; el mundo había pasado velozmente mientras ellos estaban envueltos en ese cálido resplandor de amor.

La puerta de la casa estaba abierta, y lady Fowler estaba en el umbral regañando a un hombre.

—¡No quiero nada de eso! ¡Déselo a lord Darby! —rugió.

—¿Qué está pasando? —William se acercó a lady Fowler y la colocó detrás de él—. ¿Quién es usted?

—El humilde sirviente del difunto Raja Haripoonaji, segundo hijo del maharajá de Poonch Pihar —dijo el hombre, mostrando un emblema—. He venido a informar a su alteza que su esposo ha fallecido y le ha dejado algunas cosas, pero ella se niega a aceptarlas.

—¿Su alteza? —preguntaron lord Darby y Elizabeth, confundidos.

El hombre se inclinó hacia lady Fowler.

—Ella insiste en que no quiere saber nada.

—William —ordenó lady Fowler—. Tú te quedas con el palacio y el dinero.

***

William estaba sentado en su despacho, mirando fijamente a lady Fowler.

—¿Tenía un palacio que olvidó? —preguntó Elizabeth por tercera vez.

Jo y el señor Marlowe habían sido traídos de regreso desde la posada del pueblo y ahora estaban sentados con ellos en el despacho. Aún no habían logrado cerrar la boca tras oír la noticia.

—Tenía muchos palacios —replicó lady Fowler—. Solo me dejó uno.

—Estuvo casada —William se frotó las sienes—. ¿Por qué nadie lo sabía?

—Todos los que lo sabían están muertos —suspiró lady Fowler—. Soy vieja; es un milagro que haya vivido tantos años.

—¿Mis padres lo sabían? —preguntó Jo.

Lady Fowler asintió.

—Déjenme hablar —dijo William, cortando la siguiente pregunta de Jo—. Cuéntelo todo en orden.

Lady Fowler frunció el ceño.

—Fue hace mucho tiempo. Mis padres, tus abuelos —hizo un gesto hacia Jo—, eran aristócratas ricos. Cuando era joven, viajé a muchos lugares con ellos, al igual que tu padre. Cuando acababa de presentarme en la corte, conocí al apuesto Raja Haripoonaji de Pihar y me enamoré.

Sus ojos se velaron al recordar.

—Tenía un hermoso bigote rizado y espeso, y era un excelente jugador de polo.

—¿Y luego? —insistió William.

—Nos casamos en secreto, y envié un mensaje a mi familia solo después de embarcar hacia la India. Pero el amor se desvaneció rápidamente, con la política del palacio, la comida exótica y el idioma. Era un segundo príncipe, pero tenía muchas responsabilidades, por si alguno de sus planes funcionaba y su hermano mayor moría en un accidente trágico, lo que lo convertiría en heredero al trono. Así que pronto fui olvidada. Sus padres tampoco me aprobaban, ya que era inglesa, diferente y demasiado audaz para su gusto.

—Entonces, ¿era infeliz y lo dejó? —Elizabeth sostuvo la mano de la mujer mayor y la acarició con simpatía—. Eso fue valiente.

Lady Fowler negó con la cabeza, frunciendo los labios como si hubiera mordido un limón agrio.

—Mi suegra, la maharaní, estaba conspirando para matarme. Me enteré y escapé con la ayuda de una doncella leal. Ahora que lo pienso, todos querían matarse entre sí. Sorprendentemente, Hari sobrevivió hasta ahora.

—Entonces, ¿este dinero? —preguntó Jo con cautela—. Seguramente significa que nunca estuviste lejos de sus pensamientos.

Lady Fowler resopló.

—Les dijo a sus compatriotas que yo estaba muerta; después de eso, se casó con tres mujeres y tuvo innumerables concubinas. Para equilibrar su karma y asegurarse un lugar en el más allá, me dejó un palacio y algo de riqueza. No lo quiero ni lo necesito.

William frunció el ceño.

—Pero...

Lady Fowler alzó la mano.

—Lo desprecio. Arruinó mi vida y me arrebató mi juventud, y no quiero nada que haya tocado vuelva a manchar mi vida. Podría haberme buscado todos estos años, haberme ayudado cuando luchaba por alimentarme y pasaba de un familiar a otro. Pero no lo

hizo, y ahora estoy cansada y vieja, sin ningún deseo de vivir en el lujo. Las pieles me hacen estornudar y las joyas me hacen doler los lóbulos de las orejas.

Se inclinó hacia adelante y le dio unas palmadas en la mano.

—William, aunque soy olvidadiza, recuerdo todas las veces que me has tratado con amor y respeto. Prefieres que yo coma la carne más blanda debido a mis dientes débiles en lugar de guardártela para ti, como harían la mayoría de los hombres. Te veo a ti y a Jo como mis hijos; por eso, considéralo una herencia. Tómenlo todo como regalo de boda, como una compensación, para que recupere algo de dignidad antes de morir.

—Pero...

Lady Fowler lo fulminó con la mirada.

—Si no lo aceptas, lo regalaré.

—Lo aceptará —Elizabeth dio una palmada sobre la mesa—. Lo aceptarás porque Lady Fowler no lo gastará en ella misma, pero tú puedes gastarlo en ella, llenando su vida de lujo y felicidad. Si tú no tienes qué comer o dónde vivir, entonces ella tampoco lo tendrá. Debes ceder y ser sensato.

William miró los rostros esperanzados a su alrededor y finalmente posó la vista en los amables ojos brillantes de Lady Fowler. Durante mucho tiempo había echado en falta la mano de un mayor sobre su cabeza, y ahora parecía que siempre la había tenido, pero nunca lo había notado. Finalmente sonrió y asintió.

—Jo y yo lo compartiremos. Esto me permitirá tener una boda grandiosa y darle muchos nietos con los que jugar, su alteza.

—¡Oh! No me llames así. —Lady Fowler se inclinó hacia adelante y le dio un golpe en la cabeza—. Exijo que la bodega esté llena de vino y brandy.

—Con la riqueza que ahora tengo en mis arcas, puedo llenarle una casa entera; ¿por qué solo la bodega? —No podía creer su suerte; se había vuelto rico y había ganado un palacio en un abrir y cerrar de ojos.

—Mensaje —el ayuda de cámara entró apresurado y le entregó una nota a William.

William la leyó y abrió los ojos de par en par.

—Lord Winterbottom ha muerto.

Elizabeth se irguió.

—¿El mismo al que sir Ingram le debía la mayor deuda?

—Sí, y no dejó hijos… lo que significa que ya no le debo a nadie doce mil libras.

—Quiero aplaudir —dijo Jo con una voz tenue—. Pero no es apropiado, ¿verdad?

—Mensaje —entró corriendo un lacayo.

Aún aturdido por el primer aviso, William abrió un segundo:

—Mi tío abuelo Eustice ha muerto y me ha dejado una fortuna.

—¿Quién? —Todos parpadearon.

William se encogió de hombros mientras leía.

—Un pariente, al parecer, que se mudó hace muchos años a Jamaica e hizo fortuna.

—¿Lo conocías? —preguntó Elizabeth.

—Nunca había oído hablar de él —negó William, mientras Lady Fowler asentía.

—Yo sí —dijo Lady Fowler, chasqueando los dedos al recordarlo—. Me acuerdo de él. Solía escribirle a menudo y contarle tu lamentable situación y el montón de deudas. Era mi primo.

—Su memoria es sorprendente a veces —dijo William, mirándola con sospecha.

Lady Fowler parpadeó con inocencia.

—Quiero aplaudir otra vez —la voz de Jo rompió el silencio.

—Mensaje —el mayordomo irrumpió—. El conde de Pekham ha muerto; su familia ha condonado todas las deudas.

Esta vez, no pudieron evitar ponerse de pie y estallar en un estruendoso aplauso.

En efecto, cuando el destino decidía recompensar a los buenos, lo hacía con todo su esplendor.

CAPÍTULO SESENTA Y UNO

Elizabeth regresaría a Finnshire para planear la boda, pero antes de eso, William la llevó a la casa donde había crecido.

La finca Redwood, en Sommeshire, era un lugar encantador, casualmente en las cercanías de Finnshire. Era una casa extensa construida en el siglo XV y conservaba gran parte de su arquitectura. Los terrenos estaban descuidados, pero los numerosos árboles antiguos que salpicaban la propiedad le daban un encanto majestuoso y hermoso.

El carruaje se detuvo frente a la entrada y descendieron rápidamente.

Se mudarían allí una vez casados, y William estaba ansioso por mostrárselo todo.

Pero, en lugar de sorprenderla a ella, fue él quien quedó impactado por lo que encontró.

La casa deteriorada que recordaba había sido restaurada a su antiguo esplendor.

Era cierto que era imposible que cada detalle fuera exactamente igual que antes, y el paso del tiempo había dejado sus huellas, pero resultaba familiar y acogedora, y por un momento sintió como si volviera a ser un niño y, más allá de la puerta, sus padres lo esperaran con los brazos abiertos.

Cruzó el umbral con pasos inseguros. Las paredes estaban pintadas, los muebles restaurados a su estado original, e incluso los objetos que habían sido robados a lo largo de los años habían sido recuperados y devueltos.

Atónito, se giró para mirarla.

—Un regalo de boda adelantado —dijo Elizabeth en voz baja.

—¿Cómo lograste esto? —preguntó, tomando un jarrón y girándolo—. Creí que estos habían sido robados.

—El antiguo cuidador me dio la lista de las cosas que faltaban, y los vecinos completaron algunos detalles. El sindicato de ladrones

hizo el resto y fue de gran ayuda para localizar todo lo posible a lo largo de los años.

—Pero no estaban aquí cuando vine la última vez. ¿Dónde guardaste todo esto? Debió de llevar mucho tiempo encontrarlo.

—En el granero de casa, que nunca se usa.

Su corazón estaba tan lleno de amor que no sabía qué hacer. Nadie en toda su vida había pensado en él como ella lo había hecho.

En un solo movimiento, la atrajo hacia sus brazos y la besó. En silencio, se prometió a sí mismo que pasaría el resto de su vida haciéndola feliz.

Apretó su esbelta cintura y la estrechó. Su lengua se deslizó entre sus labios y recorrió su paladar, haciéndola estremecerse.

Siguió besándola hasta dejarla sin sentido, dominando sus emociones y su cuerpo, deleitándose en el hecho de que nadie en el mundo podía domar su naturaleza salvaje excepto él.

Sostener a esa ave inquieta y tenerla maleable en sus brazos como arcilla lo llenaba tanto de satisfacción como de frustración. Aún no estaban casados, y tenerla tan dispuesta lo obligaba a luchar cada día contra su autocontrol.

Se separaron brevemente, jadeando y tratando de calmar sus emociones.

Él parecía especialmente atormentado; tenía los puños cerrados y los ojos enrojecidos.

Sus ojos brillaron al ver su expresión sufrida, y se puso de puntillas para soplarle en la oreja.

Sus pestañas temblaron con violencia, y ella dijo con picardía:

—No necesitas contenerte.

Era como una pequeña sirena tentadora, provocando y desapareciendo entre olas tormentosas. Sabía que él no la tomaría por completo porque quería diferenciar su relación con ella de la que tenía con sus amantes.

Él le mordió los labios suavemente, como castigo ligero.

Ella aprovechó para besarlo de nuevo. Su mano sostuvo su nuca mientras sus dedos se aferraban a su cintura.

Su fuerza lo sorprendió, y por un momento se preguntó si podría escapar de su agarre.

La lengua de ella se deslizó en su boca, extinguiendo de inmediato cualquier pensamiento.

En la casa silenciosa, el sonido de los besos se amplificaba. Él sabía a las ciruelas azucaradas que habían compartido en el carruaje: dulce, ácido y delicioso.

De pronto, sus dedos atraparon su muñeca con firmeza, mientras la otra mano la empujaba hasta que su espalda quedó contra la pared.

Con un pequeño salto, ella enroscó las piernas alrededor de su cintura, queriendo acercarse aún más.

Él olía a sol y brisa marina. Embriagador.

Se besaron profundamente durante un rato, y luego ella le dio unas palmadas en la espalda para indicar que había terminado de provocarlo. Su respiración era agitada y comenzaba a sentir calor. El sudor corría por su espalda, haciendo que el vestido se pegara a su piel.

Pero él ya había perdido la cordura, y su posesividad y deseo nublaban por completo su mente.

Le sujetó el mentón cuando ella apartó la cara para evitar su beso y la obligó a volver. Sus labios succionaban y sus dedos tiraban hasta que ella abrió la boca otra vez.

—Hace calor —susurró ella.

Él la bajó y deslizó el vestido de uno de sus hombros.

Comprendiendo su intención, ella se giró para permitirle desatar los cordones.

Él se quedó inmóvil un instante, como si una flecha dulce e insoportable le hubiera atravesado el corazón. Tanto amor inundó su pecho ante su reacción; demostraba cuánto confiaba en él, cuánto lo adoraba.

Como si ya fuera su otra mitad.

Esa honestidad en su cuerpo y sus palabras comenzó a desgastar su determinación, y antes de darse cuenta, se había quitado la camisa y había desatado su vestido.

Su sombra la envolvía, su figura alta bloqueaba la luz del sol entre las cortinas entreabiertas.

Besó su cuello, dejando pequeños besos, succionando, marcando su piel de rojo. Sus manos moldeaban sus pechos, su lengua rozaba sus pezones, convirtiendo todo su cuerpo en una masa temblorosa.

Su voz se volvió ronca al gemir, queriendo que se detuviera y, al mismo tiempo, no. Él tomó su mano, entrelazando sus largos y hermosos dedos con los suyos y apretando.

Sus palmas estaban húmedas de sudor, pero no les importaba.

Él levantó la cabeza para mirar sus pestañas temblorosas y sus párpados teñidos de rosa. Lágrimas corrían por su rostro, abrumada por las sensaciones, incapaz de resistir más.

Era demasiado, pero él se negaba a darle un momento para recomponerse.

Fue entonces cuando ella comprendió que él era mucho más intenso de lo que había imaginado. Sus ojos eran casi salvajes, brillando con un deseo e intensidad desnudos, tanto que de pronto sintió miedo.

Quizá él había tenido razón, y ese modo impetuoso no era el adecuado. Deberían esperar hasta estar en una cama cubierta de pétalos de rosa.

Como si pensara lo mismo, él se apartó de repente, la vistió a toda prisa y se vistió él también.

—No más —murmuró, apoyando la frente contra la de ella.

Respiraron juntos, rápida y entrecortadamente como olas turbulentas, que poco a poco se calmaron.

—Te asusté —dijo con tono de disculpa. Su voz aún era ronca, como si acabara de despertar de un sueño profundo.

Ella besó su mejilla.

—Seré más valiente el día de la boda.

—Seré gentil —prometió él.

—Sé tú mismo —suspiró ella, acurrucándose en el hueco de su hombro, sintiéndose contenta y adorada.

—Te amo —susurró él contra su boca.

—Entonces bésame para siempre —respondió ella con sinceridad, deslizando lentamente la mano bajo su camisa y acariciando su piel desnuda. Sus dedos estaban fríos y eran increíblemente agradables al rozar su piel caliente.

Ahora era él quien temblaba y se derretía. ¡Bah! Incluso así, ella quería competir y tomar ventaja.

Gimió para sí y la apartó.

—Compórtate.

***

Era el último día antes de que la casa Ingram fuera alquilada y dos días antes de la boda. William había decidido no venderla, ya que ya no lo necesitaban, y el alquiler sería entregado a Jo para mantener la hermosa mansión que había comprado en Bath.

Elizabeth estaba revisando cuidadosamente el despacho para asegurarse de que todo estuviera en orden antes de la llegada de los nuevos inquilinos, cuando un golpe en la puerta la distrajo.

Dimbercove giraba un sombrero en la mano.

—Quiero casarme.

Elizabeth se sentó en el borde de la mesa del despacho.

—¿Con Rose, la lechera?

Se sonrojó.

—Sí.

—No puedes seguir con tu vida desenfrenada después de casarte.

—¡Nunca quise vivir así!

—¡Bah! Siempre me arrastrabas contigo en tus aventuras.

—Ya ni siquiera te sonrojas cuando mientes —gruñó él.

—Si no es robar y saquear, ¿qué harás?

—Sus padres tienen una pequeña granja y no tienen hijos varones. Planeo ayudarlos a administrarla.

El corazón de ella se hundió al oírlo.

—Ya veo.

—¿Eli?

—No nos veremos tanto —bajó la cabeza, mirando sus zapatillas de brocado.

—No, no lo haremos.

—Te irás lejos, te instalarás en un campo extraño y te olvidarás de mí —Elizabeth frunció el ceño—. Llevas un año hablando de esa chica.

—¡Tú llevas seis años enamorada de lord Darby!

—Ocho —corrigió—. En fin, tenía la sensación de que algún día me dirías esto, así que preparé un pequeño regalo para tu nueva vida. Covey, te deseo felicidad, suerte y muchos hijos.

Él tomó el sobre sellado que ella sacó de su retículo y lo abrió.

—También te deseo felicidad y suerte, Eli.

Ella esperó un momento antes de recordarle:

—Olvidaste añadir hijos.

Él la miró fijamente.

—¿Cómo puedes ser tan desvergonzada? ¿Eres una dama o no?

Ella soltó una risita.

—¿Por qué tienes las orejas rojas? ¿No encontramos esos libros juntos? Incluso te dejé quedártelos.

—¡Recuperaste algunos!

—Para educar a las chicas del seminario. ¿Sigues guardando rencor? ¡Qué mezquino!

Él le dio la espalda y finalmente leyó el contenido de la carta. Pasó lo que pareció una eternidad antes de que se girara de nuevo hacia ella.

Elizabeth parpadeó rápidamente.

—¿Estás lo suficientemente conmovido como para llorar?

—Esto… —su labio inferior tembló—. Tú… ¿cuándo?

Elizabeth pareció avergonzada por primera vez.

—Siempre sentí que Penelope y tu padre, Jimmy el salteador de caminos, es decir, el Halcón, eran grandes amigos. Pensé que nosotros seríamos iguales, pero parecía haber un mar entre nosotros porque yo soy de la nobleza y tú no. Nunca me viste como igual, como una hermana, mientras que yo siempre te consideré mi hermanito.

Sus ojos estaban rojos, y se recompuso antes de decir:

—Soy dos años mayor que tú.

—Pero tu inteligencia alcanzó la mía cuatro años después.

Él no discutió y dijo con voz temblorosa:

—No puedo aceptar esto.

—Es fruto de tu esfuerzo. Por cada carruaje que robamos y cada lord al que despojamos de joyas y libras, utilicé a mis cuñados para

vender el botín e invertir en uno o dos barcos de especias. Los beneficios han sido excelentes, y hemos ganado bastante dinero.

—¿Por qué no me lo dijiste?

—Sueles conformarte con muy poco. Si te hubiera dejado quedarte con el botín, habrías abandonado nuestras aventuras y te habrías asentado con una prole de hijos. Yo quería que tuvieras más de lo que puedes imaginar. Quería que tuvieras tanta riqueza que ni siquiera tus nietos necesitaran cometer pequeños delitos para alimentarse.

—Eli, yo…

—¿Te conmueve? Entonces permítete elogiarme.

Él suspiró.

—Con las libras que me has dado, hoy no voy a discutir y estaré de acuerdo con todo lo que digas. Eres una amiga maravillosa, con un gran corazón. Habría estado muriéndome de hambre en las calles de no ser por tu ayuda oportuna. También sé de los orfanatos que funcionan gracias a tu caridad… eres una heroína, una benefactora consumada, un ángel enviado del cielo que ha perdido sus alas y, en lugar de rendirse, ha recurrido a medios demoníacos… pero por el bienestar de todos los que ama.

Elizabeth aplaudió.

—Ahora escribe cada palabra, excepto la parte de los medios demoníacos.

Él estaba demasiado desconcertado como para siquiera poner los ojos en blanco.

—Aun no entiendo por qué no confiaste en mí.

—Cuando empezamos a asaltar carruajes, me negué a darte tu parte; me lo quedé todo. Si me hubieras visto como una amiga o una hermana, habrías peleado conmigo, pero no lo hiciste. Solo te estaba provocando, pero al verte entregar todas las monedas sin protestar, comprendí que todavía nos veías como amo y sirviente.

Él pareció incómodo ante su análisis.

—¿Herí tus sentimientos?

—Incontables veces.

—Creo que estamos más cerca que eso. —De pronto dio tres largas zancadas y la abrazó—. Robaste y saqueaste no solo por lord

Darby, sino también por mí, ¿verdad? Sabías que no aceptaría caridad como tu querido lord Darby, así que ideaste este plan descabellado. Supongo que éramos demasiado jóvenes para saberlo. Eli, te pusiste en peligro una y otra vez por ambos, y estoy muy agradecido.

—Y aun así te vas.

Él se apartó y dijo con aire engreído:

—He cruzado el mar y me he unido a las filas de la ilustre nobleza terrateniente, casi a tu nivel ahora, pero esta será la última vez que te abrace. Mi Rose se pondrá celosa.

—¿Quién quiere abrazarte? Apestas. —Puso los ojos en blanco—. ¿Qué harás con toda esa riqueza?

—Comprar una casa, algunas tierras y vivir de mis propiedades. ¿Qué más?

Ella cruzó los brazos y alzó una ceja.

—De no ser por mí, habrías seguido comportándote como un salvaje.

Él se mordió la lengua, negándose a recordar las innumerables veces que ella había arrastrado su renuente cuerpo a aventuras temerarias. En fin, ella le había dado una nueva vida.

Elizabeth sacó la lengua.

—Puedes irte; tu Po Po te está esperando.

Él se quedó helado.

—¿Nos espiaste?

—¡Mo Mo ama a Po Po! —estalló en carcajadas.

—¡Eli!

—¿No pudiste pensar en nombres más encantadores? ¿Quieres que te dé una lista?

—Elizabeth Fairweather, me voy a Finnshire. Seguiré vigilándote, así que cuida tu lengua.

—¡Dijiste que te ibas lejos!

—Lo hago, a Finnshire.

—Entonces, ¿por qué me hiciste sentir que te irías a mil millas de distancia? Hasta derramé una lágrima en secreto.

—Te estaba molestando. ¿Acaso no hacen eso los hermanos mayores?

Esta vez fue ella quien quedó en silencio, atónita, y finalmente una lágrima rodó por su mejilla.

—¿Podemos abrazarnos otra vez?

—¡No! —irrumpió lord Darby—. A su Po Po no le gustará, ni a mí tampoco. A partir de ahora, no puedes tocar a ningún otro hombre.

Elizabeth frunció el ceño.

—¿Y mi padre?

—Excepto él.

—¿Y mi cuñado?

—No.

—¿Y si se caen y se rompen una pierna y tengo que ayudarlos a levantarse?

—Llama a los lacayos.

Ella entrecerró los ojos.

—Bien, entonces tú tampoco puedes tocar a nadie.

—¿Y lady Fowler?

—No.

—Es mayor y puede necesitar ayuda.

—Llama a las doncellas.

Dimbercove guardó el sobre que había cambiado su vida en un instante y salió silenciosamente de la habitación mientras la pareja seguía discutiendo.

La siguiente vez que se encontraron fue el día de la boda de lord Darby y Elizabeth Fairweather… y vaya día que fue…

CAPÍTULO SESENTA Y DOS

Elizabeth y William se casaron en una boda fastuosa que rivalizaba con la del rey. Los periódicos estaban llenos de noticias sobre el evento, y aun años después se hablaba de él con asombro.

Las cien palomas blancas que fueron liberadas se convirtieron, con el paso del tiempo, en cien mil pavos reales blancos relucientes en los relatos que se transmitían, y la esmeralda que adornaba el cuello de la novia pasó de tener el tamaño de una gran moneda al de un enorme huevo de ganso.

En el día real de la boda, tras la breve y emotiva ceremonia en la que William y Elizabeth se casaron con una licencia especial obtenida por el duque de Blackthorne, las hermanas Fairweather y sus esposos, Jo y el señor Marlowe, lady Fowler, el señor y la señora Fairweather, Dimbercove y su lechera, algunos delincuentes sospechosos, siete perros vestidos con perlas, junto con trescientos invitados de sangre noble, asistieron al banquete y disfrutaron de champán y exquisita comida.

La señora Fairweather se desmayó tres veces de felicidad, mientras que incluso el señor Fairweather se sintió lo suficientemente conmovido como para quedarse despierto más allá de su hora habitual.

—Creo que son perfectos el uno para el otro —dijo Penelope en voz baja a Celine.

Celine miró y vio a Elizabeth con lágrimas en los ojos mientras contemplaba su plato de sopa. Lord Darby, con calma, sacó el guisante que había hecho llorar a la valiente ladrona de carruajes.

Una vieja conocida desagradable que pasaba por allí se detuvo al ver al novio coqueteando con la novia y resopló con desdén ante aquella muestra pública de afecto.

Elizabeth lanzó el guisante por encima del hombro, y este aterrizó con precisión sobre el elaborado peinado de la mujer.

Lord Darby entonces sacó otro guisante de su plato y se lo pasó.

Elizabeth lo tomó sin pensarlo y también lo lanzó.

La pareja que lanzaba guisantes formaba una combinación peculiar, pero parecía increíblemente feliz.

—Aun no entiendo cómo logran llevarse bien —dijo Dorothy desde el otro lado de la mesa—. No podrían ser más diferentes.

Mientras Elizabeth quería cruzar océanos, descubrir tierras extrañas, conocer gente interesante, probar frutas y platos extranjeros, oler flores desconocidas y aprender a través de la experiencia, William se conformaba con leer sobre ello. Se movía por la vida como un río tranquilo, sin buscar más, intentando simplemente llegar a su destino de la forma más serena posible.

Su futuro tendría desafíos, pero al ver el profundo amor y respeto entre ellos, las hermanas estaban seguras de que duraría toda la vida.

—¿Dónde está el hijo de Jo? —preguntó Jane, estirando el cuello —. Ah, ¿es ese bebé que chilla?

Elizabeth asintió.

—Ha conseguido una hermosa casa grande junto al mar. Pensamos visitarla en invierno.

—¡Jimmy! —gritó Penelope—. Escuché que tu hijo ahora es un terrateniente. ¡Bien hecho! Su boda fue maravillosa.

El Halcón hizo una profunda reverencia hacia su mesa.

—Estoy borracho.

Penelope sonrió.

—Tantos carruajes ricos ahí fuera deben hacerte picar las manos.

—Por eso —dijo Jimmy, inclinándose otra vez— estoy borracho. No se puede robar en un día así.

—No se debe robar ningún día —dijo el duque, señalándolo con el dedo.

Llenaron sus copas y brindaron ruidosamente por la salud de Jimmy, luego pidieron otra ronda por sus futuros nietos.

Cuando todos estaban lo suficientemente ebrios, Celine se volvió hacia Dorothy y dijo con voz pastosa:

—Es una pena que ya no tengamos hermanas solteras con las que entrometernos.

Dorothy asintió.

—Ni primas perdidas.

Penelope mordió un pastel de frutas y escupió las pasas.

—¿Nuestro padre habrá tenido alguna hija fuera del matrimonio?

—¡Penny! —exclamaron al unísono.

Penelope se encogió de hombros.

—O eso, o nos hemos quedado sin hermanas solteras.

Se hizo un silencio.

Dorothy jugueteó con el tallo de su copa.

—Esta es la última boda… y luego no habrá más.

—Los próximos en casarse serán vuestros hijos —suspiró Penelope.

—No es lo mismo —dijo Celine.

Dorothy estiró las piernas y acarició su vientre lleno.

—Tal vez deberíamos…

—¿Sí? —preguntó Celine.

—Bueno… —aclaró la garganta—. Padre era un hombre apuesto.

—Encantador —añadió Penelope con cariño—. Las mujeres lo adoran.

—Madre puede ser difícil —tosió Dorothy.

—Muy difícil —coincidió Penelope.

Se quedaron pensativas un momento.

—Siempre podemos preguntarle —susurró Penelope.

Dorothy se animó.

—Eli puede sacar el tema. Padre la quiere más.

Celine asintió con entusiasmo.

—Lejos de madre. Es delicado. Difícil de tratar.

Dorothy frunció el ceño.

—¿Quizá Eli pueda escribirle?

Penelope se frotó las manos y sonrió.

—Vamos a preguntarle.

Pero no tuvieron oportunidad de hacerlo, porque los recién casados estaban perdidos en la mirada del otro.

—Eli —dijo lord Darby, sosteniendo su mano en voz baja.

Ella lo miró, ajena a todo lo demás.

—¿Hmm?

—Las luces de gas están listas.

—¿Era necesario poner tantas alrededor de la casa?

—Siempre quiero que estés en la luz.

Ella sonrió.

—No le temo a la oscuridad si estás a mi lado.

Lord Darby continuó en voz ronca:

—Cuando me besaste, Jo se casó, la finca Ingram fue arrendada y la mayoría de las deudas se pagaron. Cuando te convertiste en mi prometida, gané un palacio y una riqueza increíble, pero ahora que te has casado conmigo, he recibido el mejor regalo de todos.

—¿Cuál?

—Una familia. Gracias por eliminar mi mala suerte y llenar mi vida de amor y fortuna.

Su conversación amorosa se vio interrumpida por un grito agudo que resonó en el aire.

Philbert Woodbead llegó a su manera, colgando del candelabro.

—He vuelto —anunció—. Y tras muchos años en retiro, he regresado para actuar, solo porque adoro a la novia.

Los invitados se pusieron de pie y aplaudieron con entusiasmo.

Abrió la boca y, entre silbidos y gritos, anunció su último poema.

Soy como una polilla
Hui de la luz y busqué la oscuridad,
Entonces llegaste tú, una hermosa mariposa,
Me envolviste con tus alas y me llevaste a volar.
Vi la luz; vi la luz
Entonces, un lagarto nos devoró.
Nos volvimos papilla en sus entrañas
Y finalmente nos convertimos en uno.

El impacto fue tan poderoso que la mitad de los invitados se desmayaron al terminar el último verso, y ese momento también quedó registrado en los libros de historia junto con otros detalles de la boda.

Después, los recién casados se escabulleron para pasar su primera noche juntos. Por desgracia, estaban demasiado cansados y se quedaron dormidos en cuanto se recostaron en la cama, pero no

te preocupes, porque a la mañana siguiente consumaron el matrimonio con entusiasmo.

Elizabeth se despertó y encontró a su esposo mirándola fijamente.

Su cabello oscuro estaba desordenado, caía sobre su frente y se curvaba levemente en la nuca. La hostilidad y dureza que solían acompañarlo habían desaparecido, dejando ver su lado suave y tierno. Sus ojos estaban llenos de amor y asombro, como si hubiera cruzado mares y montañas y encontrado un tesoro increíble.

Las cortinas de la cama aún estaban cerradas, y la luz de la mañana tardía se filtraba a través de la tela fina, envolviéndolos en un resplandor suave, como si el cielo los bendijera con una vida de felicidad.

Ella alzó los brazos y los pasó alrededor de su cuello, atrayéndolo más cerca.

—Buenos días, mi querido esposo.

Él contuvo la respiración al oír sus palabras, y un brillo sospechoso cubrió sus ojos.

—Buenos días —respondió con voz baja, grave e íntima.

Ella bostezó y se frotó la nariz con el dorso de la mano.

Él sonrió. Incluso ese gesto le parecía adorable. Su mano permanecía quieta, pero su cabeza se movía de un lado a otro.

Al notar su mirada constante, ella parpadeó dos veces, confundida, y se tocó el cabello desordenado.

Ah, era tan adorable, como un hermoso conejito que él quisiera guardar en el bolsillo y llevar consigo todo el día, sacándolo de vez en cuando para acariciarle la cabeza y ver cómo se movía su naricita rosada.

Ella le dio un golpecito en el brazo.

—Pareces un poco fuera de ti. ¿En qué estás pensando?

Su sonrisa se amplió, y sus ojos se llenaron aún más de adoración.

—Ojalá pudieras convertirte en un conejito, así podría tenerte conmigo todo el tiempo.

Ella estalló en risas.

Él la observó con alegría y luego con un deseo creciente. Sus pupilas se dilataron, y su expresión se volvió intensa mientras su mirada descendía de su rostro a su cuerpo.

La delicada camisola de seda y encaje que llevaba se había deslizado de un hombro, dejando al descubierto sus clavículas y la suave curva de su pecho. Su piel, con tonos de durazno y oro, brillaba más hermosa que nunca, lisa y fragante como una rosa exquisita.

La sonrisa desapareció de sus labios.

—¿Tienes hambre? —preguntó con ligereza, aunque sus dedos apretaban la sábana con fuerza.

Estaba nerviosa.

Su expresión se volvió tierna, y con cuidado apartó la tela para descubrir su cuerpo.

La prenda se había enredado en ella durante la noche, ajustándose a sus curvas, mientras una parte se había subido hasta su cadera, dejando al descubierto uno de sus muslos.

La seda y el encaje enmarcaban su figura como una obra de arte hecha exactamente a su gusto.

Él tragó saliva y se acercó más.

Sus pestañas temblaron, y su primer impulso fue huir, pero lo ignoró. Permaneció quieta, como un pequeño pájaro en una rama, con las alas recogidas y la cabeza inclinada.

Él rozó su cuello con la nariz antes de que sus labios tocaran los suyos suavemente, despacio, con cuidado, como si temiera asustarla.

El canto de los pájaros llenaba la habitación, pero fuera de eso, todo estaba en silencio. Las paredes eran gruesas y las demás habitaciones estaban lejos. Nadie interrumpiría a los recién casados, y nada impediría que finalmente se unieran.

Él lo sabía, por eso se obligó a ir despacio. Ahora ella era suya, y no había prisa.

La saboreó como si fuera una copa de champán costoso. Cada beso le daba un placer inmenso.

Sus corazones comenzaron a latir con fuerza, el sonido resonando en sus oídos.

Ya no estaba claro quién jadeaba, quién suspiraba o quién respiraba con dificultad. Sus alientos, latidos y sonidos se mezclaban como tinta en el agua.

Cuando él se detuvo para mirarla de nuevo, sus orejas se tornaron rosadas, y ella intentó cubrirse el rostro con el brazo.

Él sonrió y apartó su mano para besarla con más profundidad.

El beso intenso la dejó aturdida y sin fuerzas.

—¿Tienes miedo? —preguntó.

Ella notó que los dedos de él temblaban al recorrer sus brazos, y ese detalle le dio valor. Negó con la cabeza y acarició su espalda, animándolo a continuar. Era más fuerte de lo que parecía.

No se rompería.

El deseo de él la hizo dudar.

Esperaba no romperse.

Él besó su clavícula y recorrió con la lengua donde la había mordido.

Ese ritmo lento y cargado de tensión la hacía sentir como si estuviera al borde de una embarcación inestable.

Para apresurar las cosas, ella comenzó a desabotonarle la camisa, dejando al descubierto su pecho. Le rozó el pezón y observó cómo se movía su nuez de Adán.

Le quitó la camisa y llevó las manos hacia sus pantalones.

Su valor flaqueó, y él soltó una risa antes de terminar de desvestirse. Su risa alivió la tensión, transformando el momento en algo más relajado y placentero.

Ella le mordisqueó el hombro en respuesta a su burla.

Él sintió el pecho oprimido al atraerla hacia sí, y ambos cerraron los ojos al mismo tiempo, exhalando con fuerza cuando sus pieles se rozaron.

Sus cuerpos entrelazados parecían fundirse, mientras la luz difusa los envolvía.

Las sábanas subían y bajaban, a veces con rapidez, a veces con una lentitud intensa, y pronto un suave sollozo femenino llenó el aire.

Sudor, aliento y latidos se mezclaron hasta volverse uno.

El sol ascendió alto en el cielo, tiñéndolo de naranja y dorado, y los sollozos se transformaron en risas y gemidos mientras el calor de la tarde llenaba la habitación.

Una fina capa de sudor brillaba sobre sus cuerpos mientras permanecían abrazados, reacios a separarse siquiera por un instante.

—¿Estuvo bien? —le preguntó él más tarde.

Aunque le costaba admitirlo, todo había salido tan bien que lo repitieron esa misma noche, después de que ella comiera y descansara.

Al día siguiente, volvió a preguntarle.

Ella entrecerró los ojos cansados y frunció los labios con fingida molestia. ¿Cómo iba a admitir que le había gustado tanto? ¿No la haría parecer descarada?

Respondió dándole una ligera patada en el tobillo y escondiéndose bajo las sábanas.

Él la sacó de allí entre risas y la cubrió de besos.

Las risas llenaron la habitación, alegres y luminosas, un sonido que quedó impregnado en las paredes como un recuerdo eterno.

Fin

OTROS LIBROS DE LA AUTORA

Comedias Románticas de la Regencia

Penelope

Buscando a Philbert Woodbead

Dorothy

Elizabeth

Romances de la Regencia

La Duquesa Accidental

Cuando Llega el Canalla

Misterios de la Regencia

Apuesta Perevrsa

Asesinato En Rudhall Manor

La Muerte de un Aristócrata

Comedias Románticas Contemporáneas

Un Muffin de Amor Y un Chai Latte

Fantasía

Meara

Destinado

SOBRE LA AUTORA

Anya Wylde vive en Irlanda junto a su esposo, sus dos hijos y un caniche francés gordito (ahora a dieta). Sabe preparar un curry delicioso, y su idea de hacer ejercicio es estirar los dedos de los pies de vez en cuando. Tiene un título en literatura inglesa y adora leer y escribir.